
La virgen
CONDENADA AL MAFIOSO PERVERSO –EL BEBÊ RECHAZADO
S. D. MARINHO

La virgen CONDENADA AL MAFIOSO PERVERSO –EL BEBÊ RECHAZADO

S. D. MARINHO

LA VIRGEN CONDENADA AL MAFIOSO PERVERSO – EL BEBÉ RECHAZADO

Copyright © 2025 S. D. MARINHO
Todos los derechos reservados.

Este libro está protegido por las leyes internacionales de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro sistema, sin el permiso previo y por escrito de la autora, excepto en los casos permitidos por la ley.

Versión digital – 2025.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Portada: Samanta Marinho
Maquetación: Samanta Marinho
Corrección: Elaine Santos
Lectura crítica: Lúh Neris y Carla Freitas
Traducción: Samanta Marinho

SINOPSIS

Aurora creía estar a punto de vivir un cuento de hadas. Su matrimonio con Vincenzo De Luca, el respetado e influyente empresario italiano, parecía ser su gran oportunidad para escapar de la tiranía de su padre y finalmente encontrar la tan ansiada felicidad. Con el encanto de un verdadero caballero, Vincenzo conquistó su corazón sin siquiera esforzarse.

Pero Aurora no tenía idea de que, detrás de la fachada impecable, se escondía el temido y perverso Don de la Cosa Nostra. Cuando la máscara de perfección de Vincenzo cayó, Aurora enfrentó la mayor decepción de su vida. Su príncipe azul era, en realidad, un sapo y, lo que era peor, gracias a las manipulaciones de su propio padre, ella estaba, sin saberlo, engañando al hombre que tanto amaba.

Cuando Vincenzo descubrió las mentiras, sus palabras fueron tan devastadoras como sus actos.

—¿Y nuestro hijo, Vincenzo?
—Es un bastardo, al igual que tú, que mentiste sobre tener la sangre de la mafia, pero no eres más que una traidora y ahora pagarás las consecuencias de tus acciones.

Humillada, rechazada y embarazada, Aurora huyó.

—Quiero a todos buscándola. Cancelen todas las operaciones. Hasta que encontremos a mi esposa, todo queda paralizado.

Sumário

SINOPSIS
PRÓLOGO - Tolinha
CAPÍTULO 1 – Inútil
CAPÍTULO 2 - Pequeña llama
CAPÍTULO 3 - Príncipe
CAPÍTULO 4 - Deliciosa
CAPÍTULO 5 - Quero ser sua
CAPÍTULO 6 - Energía
CAPÍTULO 7 - Conversación seria
CAPÍTULO 8 - Hombre común
CAPÍTULO 9 - Egoísmo justificado
CAPÍTULO 10 - Interesante
CAPÍTULO 11 - Ajuar
CAPÍTULO 12 - Ahora
CAPÍTULO 13 - Adaptar
CAPÍTULO 14 - Acepta
CAPÍTULO 15 – Ocio
CAPÍTULO 16 – Tonterías
CAPÍTULO 17 – Mi luz
CAPÍTULO 18 – Estoy dispuesta
CAPÍTULO 19 – Aurora ardiente
CAPÍTULO 20 – Pesadilla
CAPÍTULO 22 - Visita
CAPÍTULO 23 - Terca
CAPÍTULO 24 - ¿Qué eres, al fin y al cabo?
CAPÍTULO 25 - Pertenecer
CAPÍTULO 26 – Bastarda
CAPÍTULO 27 – Felicidades

CAPÍTULO 28 – Desilusión
CAPÍTULO 29 – Cuide de ella
CAPÍTULO 30 - Todo
CAPÍTULO 31 - Vacío
CAPÍTULO 32 - Prioridades
CAPÍTULO 33 - Estabilizada
CAPÍTULO 34 - Decisión
CAPÍTULO 35 - Negociación
CAPÍTULO 36 - En el momento de la ira
CAPÍTULO 37 - Verdad
CAPÍTULO 38 - Príncipe de las tinieblas
CAPÍTULO 39 - Completos
EPÍLOGO
EL HIJO DEL MAFIOSO CRUEL : DESPRECIADA Y EMBARAZADA
AGRADECIMIENTOS

Este libro es para los corazones que, al igual que el mío, saben que el amor verdadero no es perfecto, pero sí persistente, resiliente, capaz de atravesar tormentas y renacer más fuerte.

NOTA DE LA AUTORA

¿Recuerdas esa vez en la que dijiste algo en un arranque de rabia y después el arrepentimiento te golpeó como un puñal? Yo también lo viví. Las palabras pueden desgarrar más que un arma, y aun así, sigo creyendo que el perdón guarda un poder casi milagroso de recomponer lo que parecía roto.

Este libro es justo eso: cicatrices, caídas y la valentía de volver a levantarse. Porque amar de verdad nunca será perfecto, pero sí es persistente, testarudo, capaz de renacer una y otra vez. Y yo vivo cada línea, cada reencuentro, como si fuera el primero.

Con cariño,
S. D. Marinho

«No hay amor sin perdón, y no hay perdón sin amor.»

— Bryant H. McGill

PRÓLOGO - Tolinha

AURORA Colombo

Mi corazón latía tan rápido que parecía a punto de explotar mientras me escondía detrás de la gigantesca mansión donde había vivido en las últimas semanas. Semanas que, al inicio, habían sido como un cuento de hadas, pero que ahora se habían transformado en una pesadilla de la que no podía despertar. Vincenzo De Luca, el hombre que una vez pensé que era mi sueño, era ahora mi peor terror.

La oscuridad nocturna alrededor era cortada solo por las luces estratégicas que iluminaban los jardines bien cuidados. Estaba agachada, intentando ocultarme entre la vegetación, pero sabía que no tenía adónde correr. El peso de las decisiones que tomé me aplastaba. Aun así, necesitaba intentar huir, aunque fuera una misión suicida.

Soldados estaban esparcidos por todos lados, como perros guardianes leales a su amo. Cada uno de ellos armado, entrenado y absolutamente fiel al hombre que ahora era mi esposo. Vincenzo había jurado protegerme, pero aquel juramento tenía un precio demasiado alto. Yo era Aurora De Luca, esposa del Don de la Cosa Nostra, el hombre más temido y respetado en toda Italia. Por un momento, consideré que ellos no me atacarían —al fin y al cabo, yo era la señora De Luca—. Sin embargo, la realidad me golpeó como una bofetada helada…

¿Y si Vincenzo ya había dado la orden? Una sola palabra suya era suficiente para que cualquiera de aquellos hombres arrancara mi vida sin pestañear. Tal vez él hubiera instruido que me llevaran de regreso para que él mismo pudiera cumplir lo que consideraba ser su "justicia". Vincenzo no era conocido por su paciencia, mucho menos por su misericordia.

Un sonido de pasos que se acercaban me hizo tragar en seco y me levanté con la mano en el corazón. Mi pecho estaba tan apretado

que parecía faltarme el aire. Todo mi cuerpo temblaba, no solo por el frío de la noche, sino por el pavor que me consumía. Mi cabeza latía como nunca, un tipo de dolor que parecía venir directamente del alma. No era solo miedo; era el peso de las mentiras, de los secretos que ahora estaban a la luz.

«La mentira es algo que no tolero».

Recordé la voz grave de Vincenzo, que resonaba como una sentencia de muerte en cada una de mis neuronas. Era una de sus máximas, algo que repetía con frecuencia, pero yo nunca había visto la seriedad detrás de esas palabras hasta ese día. Recordé la escena horrible en que él, sin dudar, ordenó el desmembramiento de uno de sus hombres que le había mentido. Fue en ese momento cuando comprendí que no había escapatoria. Estaba atrapada en una telaraña tejida por mis propias decisiones y, ahora, Vincenzo era la araña que esperaba pacientemente para devorarme.

—La señora De Luca pasó por aquí, estoy seguro —la voz de uno de los soldados me trajo de vuelta a la realidad, interrumpiendo mis pensamientos aterradores. Cerré los ojos con fuerza, como si eso pudiera volverme invisible.

Los pasos se hicieron más fuertes, más cercanos, el sonido resonando como martillazos. Mi respiración estaba entrecortada y, por un segundo, pensé que mi propio corazón me traicionaría, revelando mi posición. Podía sentir, antes incluso de verlo, que él estaba allí. El perfume característico de Vincenzo —amaderado, intenso, casi sofocante— flotaba en el aire como un aviso de su presencia.

—No fue lejos. Cuando la encuentren, tráiganla a mí —dijo él. Había algo en su voz que hacía que mis piernas flaquearan, una rabia y desprecio que no dejaba dudas: yo ya no tenía ninguna oportunidad.

Mis esperanzas se hicieron añicos en ese mismo instante. Todo lo que había imaginado para mi vida, todos los planes y sueños, estaban destruidos. Vincenzo De Luca era un hombre que nunca perdonaba, y yo sabía que no sería la excepción.

—Señora —la voz del soldado me llamó, cargada de sorpresa y, quizá, un poco de compasión. Me había encontrado. Sus ojos abiertos de par en par confirmaron lo que yo ya sabía. No había manera de escapar.

Antes de que pudiera reaccionar, Vincenzo apareció a su lado. Su presencia llenaba todo el espacio, poderosa y sofocante. Vestía un traje negro impecable, que parecía resaltar aún más la frialdad de su mirada. Su rostro era una máscara de calma, pero sus ojos —aquellos ojos grises como una noche estrellada— estaban cargados de odio.

—Tolinha —murmuró, con una sonrisa perversa prendida de sus labios finos—. Además de pensar que podías engañarme, ¿todavía te atreves a intentar huir de mí?

Él dio un paso al frente y yo retrocedí instintivamente. Era como observar a un depredador acercándose a su presa, cada movimiento planeado, lleno de intención. Mi cuerpo se congeló, incapaz de reaccionar. Las palabras murieron en mi garganta.

Pero antes de que él pudiera hacer cualquier cosa, sentí un mareo avasallador apoderarse de mí. El mundo a mi alrededor giró, las luces y sombras mezclándose en una confusión que no podía comprender. Mis piernas flaquearon y mi cuerpo cayó contra el suelo frío. Sentí la piel de mis brazos raspar contra el cemento, un dolor distante comparado con el caos que dominaba mi mente. Y, entonces, todo se volvió oscuro.

CAPÍTULO 1 – Inútil

AURORA Colombo

Meses antes…

Las tardes en casa tenían una vibra opresiva, como si el tiempo simplemente se arrastrara dentro de aquellos muros lujosos. La inmensa mansión, con sus paredes cubiertas de cuadros carísimos y muebles que parecían más piezas de museo que objetos útiles, era una falsa perfección. Para mí, era una prisión. Me alejaba de todo lo que deseaba, de todo lo que soñaba.

Sentada a la mesa del comedor, observé el folleto sencillo que sostenía. Era un panfleto de un curso de alfarería. Mi corazón se encogió al imaginar cómo sería la libertad de seguir algo que realmente amaba. Desde niña, me fascinaba el acto de crear con las manos, de transformar la arcilla en formas únicas. Recordé cómo corría por el jardín, llena de barro, moldeando pequeños jarros torcidos con tierra y agua. Los empleados siempre corrían detrás de mí, intentando detenerme, pero yo era irredimible.

"¡Eso no es el comportamiento de una niña decente!" solía gritar mi madre, casi arrancándose los cabellos al verme en ese estado. Ella no entendía y, en realidad, nunca quiso entender. En cuanto a mi padre… él ni siquiera se daba cuenta. Siempre demasiado ocupado para importarle las pequeñas cosas que me hacían feliz.

Mi madre interrumpió mis pensamientos, como siempre hacía.

—¿Qué es eso, Aurora? ¿Estás prestando atención a lo que digo? — Su voz sonó afilada, cortando mi breve alegría.

Aparté los ojos del folleto, respirando hondo para contener la frustración. No valía la pena discutir. No con ella.

—Estoy viendo este curso. Creo que lo voy a hacer —respondí, forzando una sonrisa que probablemente no convenció a nadie—. ¿Qué estaba diciendo usted?

Me miró como si hubiera dicho la cosa más absurda del mundo.

—¿Lo vas a hacer en qué vida? —preguntó, arqueando una ceja con impaciencia. Sostenía un catálogo de decoraciones en las manos, señalando imágenes de servilletas de colores—. Sobre las servilletas, ¿crees que quedan mejor rojas o azules?

La miré, conteniendo el suspiro de exasperación.

—No sé por qué otro banquete aquí en casa. ¿Cuál es el beneficio? —pregunté, dejando el folleto a un lado.

—Tenemos que estar al día, querida. Tu padre hace su parte y nosotras hacemos la nuestra.

"Nuestra parte." Esa frase me hizo un nudo en el estómago. Siempre parecía significar que teníamos que fingir constantemente.

—Mi padre no hace nada. Absolutamente nada. Ni siquiera lo veo por aquí —disparé, con una irritación que apenas logré contener.

El dolor de cabeza que llevaba atormentándome meses volvió con fuerza, como un martillo golpeando repetidamente mi sien. Llevé la mano a la frente, intentando contener el latido.

—Esto está empeorando cada día —comentó mi madre, entrecerrando los ojos—. Tenemos que encontrar la manera de llevarte con el doctor Wilson.

—Con permiso, voy a tomar una aspirina —murmuré, empujando la silla hacia atrás mientras me levantaba.

Caminé hacia la cocina, apoyándome en las paredes a medida que el dolor aumentaba. Mi cuerpo se sentía pesado, como si el cansancio acumulado durante meses me estuviera asfixiando.

—¿Suzie? —llamé a la cocinera, pero el silencio fue la única respuesta.

Una voz inesperada y fría sonó detrás de mí.

—Ella está ocupada.

Me giré lentamente, mi cuerpo congelándose al escuchar la voz cortante de mi padre. Estaba parado en la puerta, su sombra proyectándose frente a mí, tan intimidante como su presencia real.

—¿Padre, usted está en casa? —pregunté sorprendida, intentando disimular la mueca causada por el dolor.

—Escuché lo que dijiste sobre que no hago nada —respondió con los dientes apretados y los ojos fijos en mí.

—Bueno, disculpe, es que…

—¡Inútil! —me interrumpió, con la voz cargada de desprecio—. Además de gastar solo mi dinero, ¿aún te atreves a entrometerte en mi vida, alegando que no hago nada?

Antes de que pudiera decir otra palabra, me golpeó con una bofetada fuerte en el rostro. El impacto me hizo tambalear, la piel ardiendo como fuego. Lo miré con tristeza, pero mantuve la boca cerrada, sabiendo que cualquier respuesta solo empeoraría la situación.

—¿Acaso quieres también un masajito en los pies? —se burló, cruzando los brazos.

—No, lo siento, papá, yo…

—Procura mejorar esa apariencia tuya —me interrumpió de nuevo—. Porque esta noche, en la cena, vas a conocer a tu futuro marido, el hombre que nos ayudará a poner nuestra vida en orden otra vez.

Sentí como si me hubieran dado otra bofetada, pero esta vez en el alma.

—¿Cómo así? Yo… yo no estoy preparada para casarme, papá. —El dolor de cabeza explotó con una intensidad insoportable, como si mi cabeza se partiera en dos—. ¡Ay… ay… duele mucho, papá! —grité, cayendo de rodillas al suelo. Mis manos presionaron mi cabeza mientras el mundo a mi alrededor comenzaba a girar.

—Llama al doctor Wilson, querido. La pobrecita está mal desde hace días —oí la voz de mi madre al fondo, casi inaudible a causa del

dolor que latía en mis oídos.

—Solo me faltaba esto. Mi única hija resultando problemática —replicó mi padre, con un disgusto evidente.

Fueron las últimas palabras que escuché antes de que todo desapareciera en una oscuridad asfixiante.

VINCENZO De Luca

La sala de reuniones era una mezcla de poder y ostentación. Las paredes estaban cubiertas por paneles de madera oscura, meticulosamente tallados, que exhalaban tradición y riqueza. Lámparas de cristal relucían en el techo, esparciendo una luz dorada que se reflejaba en las copas de vino servidas en una bandeja de plata. La mesa larga, de roble macizo, estaba repleta de documentos, tabletas y las manos cuidadosamente cruzadas de los hombres y mujeres más influyentes de Palermo.

Yo estaba sentado en uno de los extremos, con la postura impecable de alguien que sabía que lo observaban. Mis manos descansaban sobre la mesa, pero mi mirada vagaba por la sala. Todos los detalles, desde el tono de voz del alcalde hasta la vacilación de un empresario al firmar un documento, eran analizados y memorizados.

La verdad era que estaba aburrido. Las discusiones giraban en torno a proyectos futuros que, según ellos, beneficiarían a la ciudad. Beneficios para todos. La hipocresía era casi palpable. Para mí, aquello no era más que un juego de conveniencias. Nadie estaba realmente interesado en el bien común, sino en lo que podían ganar para sí mismos.

Aun así, estar allí era una obligación. Mi nombre, Vincenzo De Luca, no podía desaparecer de los círculos de influencia. Respetado por los buenos, temido por los malos. Así era como mantenía mi poder.

—¿Puedo contar con su apoyo? —preguntó el alcalde, gesticulando para que su secretario trajera un documento—. Señor De Luca, ¿puedo contar con su apoyo?

Mi respuesta fue inmediata, calculada para sonar como una orden disfrazada de cortesía:

—Por supuesto, señor alcalde. Apoyo estos proyectos y estoy seguro de que serán un éxito.

Mis ojos recorrieron a cada uno de los presentes. Yo sabía que, al confirmar mi apoyo, todos los demás seguirían mi ejemplo. No era vanidad, era el reflejo de lo que yo era. No era solo un productor de vinos, sino el mayor productor de vinos de Italia. Mis botellas estaban en las bodegas más exclusivas del mundo. Mi apellido era sinónimo de excelencia.

Pero esa era solo la superficie. Bajo el disfraz de heredero y presidente de la Viña Imperiale, yo era el actual Don de la Cosa Nostra. La tradición había comenzado hace más de un siglo con mi familia y, hoy, toda la operación estaba bajo mi mando. Odiado. Envidiado. Deseado. Respetado. Temido.

—Será un placer —dijo una socialité, con una sonrisa que intentaba ser encantadora, pero que solo me causó repulsión. Era la esposa de un empresario del sector de electrónicos.

Pronto, todos los demás empezaron a murmurar en acuerdo. Algunos, con prisa, firmaron el documento que el alcalde distribuyó. Mantuve mi postura calma, pero por dentro contaba los segundos para salir de allí.

—Señor Vincenzo, le estaba contando sobre cuando viajamos juntos a América… —Una voz irritantemente alegre cortó el aire, interrumpiendo mis pensamientos.

Giré la cabeza lentamente para encarar al infeliz que osaba incluirme en su conversación. Era el hijo menor de un productor de vinos local. Ni siquiera un competidor digno. El vino de su familia era mediocre, nada que pudiera compararse con el mío.

—¿Cómo? —pregunté, ajustando mi corbata con un gesto lento. Mi paciencia estaba al límite, pero mantuve el tono controlado.

—En el barco, ¿recuerda? —insistió, sonriendo de forma exagerada, como si esperara que confirmara su historia.

Ah, sí… Hablaba de un viaje insignificante, en el cual tuvo la suerte de estar en la misma embarcación que yo. Suerte que, en ese momento, parecía más una desgracia para él.

—Bueno… —empecé, pero el idiota tuvo la osadía de interrumpirme.

—¡Fue muy divertido! El señor De Luca y yo reímos mucho durante el viaje, jugamos ajedrez y…

Mi ceja se arqueó de forma casi imperceptible, pero mi mirada era una advertencia.

—¿Jugamos ajedrez? —pregunté con una frialdad que hizo vacilar su sonrisa.

—¡Sí! Incluso le dejé ganar una vez, pero…

—Con permiso —gruñí, levantándome antes de que pudiera decir más estupideces—. Debo irme. Los deberes me llaman.

Dejé la sala sin mirar atrás. La simple idea de escuchar más mentiras sobre mí era nauseabunda. Mantuve la máscara de hombre educado y refinado hasta cruzar la puerta, pero, en cuanto lo hice, cayó.

A los treinta y dos años, yo era un hombre que hacía las cosas a mi manera. Mi voluntad era ley, mi verdad era absoluta. Estaba acostumbrado a imponer mi visión al mundo, ya sea con palabras o con acciones más… contundentes.

El joven idiota que había mentido sobre mí acababa de sellar su propio destino. Él aún no lo sabía, pero esas habían sido las últimas mentiras que saldrían de su boca.

Mientras caminaba por el pasillo silencioso, una sonrisa fría surgió en mis labios. Vincenzo De Luca, el Don de la Cosa Nostra, había vuelto.

—¿Lo atraparon? —pregunté, mi voz fría mientras observaba mi reflejo en el retrovisor del Ferrari negro estacionado a la sombra de

un árbol. Inhalé el humo del cigarrillo profundamente, sintiendo el calor familiar llenar mis pulmones antes de soltarlo en un soplo lento. Una mano sostenía el celular contra mi oído, la otra mantenía el cigarrillo firme entre los dedos.

—Sí, jefe, pero hasta da pena —la voz de Giovanni sonó al otro lado de la línea, cargada de un humor sombrío—. Se está cagando todo.

Una leve sonrisa se formó en mis labios. ¿Pena? No, eso no era algo que Giovanni ni ninguno de mis hombres debiera sentir. La pena era un lujo que nunca tuvimos, un sentimiento que no cabía en nuestro mundo.

—Ya voy para allá —dije, corto y directo, colgando la llamada antes de que pudiera responder.

Dejé el celular en el asiento a mi lado y observé el horizonte por la ventana. El sol ya se estaba poniendo, tenía una cena importante programada más tarde, pero antes de eso había algo mucho más interesante esperándome. Habría tiempo para un pequeño entretenimiento.

Arrojé el cigarrillo por la ventana, observando mientras se apagaba al tocar el suelo. Giré la llave en el encendido, y el motor del Ferrari rugió. Era un sonido que yo adoraba, el presagio de poder y velocidad.

En el espejo retrovisor, vi el coche de mis soldados estacionado estratégicamente a poca distancia. Un SUV negro, discreto, pero eficiente, que siempre me seguía. Dentro, cuatro hombres armados estaban listos para cualquier eventualidad. Eran mis ojos y oídos, el escudo que prefería no usar, pero que sabía indispensable.

Arranqué y el SUV aceleró suavemente detrás de mí, manteniendo una distancia segura, como siempre. Era un ballet cuidadosamente ensayado, con cada hombre sabiendo exactamente qué hacer sin necesidad de que yo diera instrucciones.

Cuando llegué al almacén, en el fondo de un taller mecánico dirigido por mis hombres, estacioné el Ferrari a la sombra de un techo

improvisado. El SUV se detuvo justo detrás, y dos de los soldados bajaron, tomando posiciones cerca de la entrada. Sabían que ese era mi territorio, pero aun así permanecían atentos.

Entré al almacén con pasos firmes, el sonido resonando sobre el suelo de concreto. El olor a aceite quemado y grasa se mezclaba con el aire pesado, creando un ambiente sofocante. Giovanni estaba sentado en un banco de metal, casual, con el cigarrillo colgando de los labios mientras miraba al hombre en el suelo con una mezcla de aburrimiento y diversión.

El sujeto estaba sentado en el suelo frío, las manos atadas a la espalda. Su rostro pálido estaba cubierto de sudor, y sus ojos recorrían la sala con pavor, hasta posarse en mí en cuanto entré.

—Buenas tardes —dije, una sonrisa divertida jugando en mis labios mientras me quitaba el abrigo y lo colgaba en un gancho cerca de la puerta.

A pesar de la ligereza en la voz, por dentro sentía el odio burbujeando. El tipo de odio que viene de un principio violado. Las mentiras sobre mí eran intolerables, un pecado que no podía quedar impune.

—Buenas tardes, jefe. —Giovanni rió, sacudiendo la cabeza—. Se está cagando todo y no para de preguntar cuántos quiere.

—¿Cuántos qué? —pregunté, arqueando una ceja mientras me acercaba.

Giovanni se encogió de hombros.

—Creo que piensa que habrá un precio. Está preguntando cuánto cuesta salir vivo de aquí.

—¿Qué está pasando, señor De Luca? ¿Por qué estoy aquí? —Davide finalmente logró hablar, su voz temblando, pero aun así intentando sonar confiado.

Ignoré la pregunta y caminé hasta una mesa cercana, donde una colección de herramientas estaba organizada. Cada una de ellas

tenía una historia, un propósito. Mis dedos se deslizaron lentamente sobre los mangos de metal, hasta detenerse en mi favorita: una maza pesada con un mango de madera bien pulido.

Tomé la herramienta y me giré hacia Davide, sintiendo el peso reconfortante en mi mano.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté con voz baja.

—Soy Davide Esposito. Hijo de Stefano. Yo no hice nada, yo…

—¡Sssss! —hice el sonido de silencio con la boca, levantando la mano libre. Él tragó en seco, deteniéndose de inmediato.

—Hiciste algo muy feo, Davide. —Incliné levemente la cabeza, mi tono de voz simulando pesar—. Mentiste sobre mí.

—Yo… yo solo quería que él me apreciara y me dejara casarme con su hija. Por eso dije que viajamos juntos. ¡Lo siento, pero no fue nada grave! ¡Por favor, déjeme ir! —Su voz salió en un flujo nervioso, las palabras atropellándose unas a otras mientras me observaba con los ojos desorbitados.

Entonces, vio la maza.

—¿Por qué está sosteniendo eso? —preguntó, el terror volviéndose evidente en su voz.

Levanté la maza, admirándola como si fuera una obra de arte.

—Esto de aquí es Antonella. ¿Te gusta? —pregunté, deslizando la mano por la superficie lisa de la herramienta—. Ella sirve para mandar a la gente al infierno.

El silencio fue interrumpido por la respiración agitada de Davide. Sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas, y su boca se abrió y cerró varias veces antes de, finalmente, lograr hablar:

—¡Qué mierda, tío! ¿Quién es usted? ¿Es un lunático? ¿Un psicópata? ¿Quiere dinero?

Di un paso al frente, agachándome para quedar más cerca de su rostro.

—Mentiste, Davide. —Mi voz era casi un susurro, pero cada palabra traía el peso de la sentencia—. Y la mentira es algo que no tolero.

Antes de que pudiera responder, balanceé la maza con toda mi fuerza, golpeándole la cabeza. El impacto fue brutal, resonando en el almacén como un trueno. La sangre explotó en todas direcciones, salpicando las paredes, el suelo e incluso mi rostro.

Me quedé quieto por un momento, observando el cuerpo inmóvil en el suelo. La respiración pesada de Giovanni sonó detrás de mí, pero no dijo nada. Sabía que ese era un momento mío.

Lentamente, limpié mi rostro con la manga de la camisa, sintiendo el olor metálico de la sangre mezclado con el aire.

—Tira los restos al mar —le dije a Giovanni, mi voz volviendo al tono casual—. Y limpia este desastre.

Sin esperar respuesta, salí del almacén. Tenía una cena a la que asistir y Antonella ya había cumplido su función, mi heroína.

Entré al coche y, antes de arrancar, observé por el espejo retrovisor mientras el SUV de los soldados retomaba su posición, silenciosos y precisos como siempre. Iría hasta mi ático. No era mi residencia oficial, pero era el lugar ideal cuando el tiempo era corto. Allí podría deshacerme del olor metálico de la sangre, darme una ducha caliente y vestir algo más apropiado. Necesitaba estar impecable para la cena. Y necesitaba ser rápido.

CAPÍTULO 2 - Pequeña llama

AURORA Colombo

Yo estaba acostada bajo el aparato de resonancia, completamente inmóvil, mientras los ruidos altos y rítmicos invadían mis oídos, imposibles de ignorar. La sensación de asfixia era casi insoportable, como si la máquina no solo estuviera examinando mi cuerpo, sino drenando cada resquicio de fuerza que tenía. Mi pecho parecía pesado, mi respiración corta, como si todo el peso de mis incertidumbres estuviera presionando mi alma.

—Estamos casi terminando, Aurora —la voz del médico resonó por el intercomunicador, su intento de sonar reconfortante resultando distante y carente de verdadera empatía.

—Está bien, doctor —respondí, intentando esconder la tensión en mi voz. Pero nada estaba bien, y yo lo sabía.

El tiempo parecía haberse detenido. Allí dentro, rodeada por el ruido ensordecedor de la máquina, mi mente se llenó de pensamientos que se atropellaban. Era aterrador estar entre dos extremos. ¿Y si todo estaba bien? Eso significaría continuar viviendo esta vida asfixiante, controlada, sin ninguna libertad real. ¿Y si fuera algo grave? ¿Una enfermedad que complicara aún más mi existencia? Esa incertidumbre me corroía por dentro.

Intenté desviar la mente hacia recuerdos más ligeros, pero incluso ellos traían un sabor agridulce. Pensé en mi infancia. En aquellas tardes soleadas en que corría descalza por el patio de la casa de mis abuelos, jugando con mis primos. Ellos eran mi escape, mi alegría. Recordé sus risas, cómo hacíamos travesuras juntos, los juegos que parecían durar para siempre. Pero todo eso había desaparecido con el tiempo, como polvo arrastrado por el viento. Mi padre, siempre tan controlador, había aislado a mi madre y a mí de cualquier cercanía real con la familia.

Después, pensé en él: Massimo Colombo. Mi padre. Mi carcelero. Recordé la manera fría en que me miraba, como si yo fuera solo una extensión de su ego. Un trofeo. Cuando era niña, aún albergaba la esperanza de que pudiera amarme de verdad. Deseaba desesperadamente que viera algo en mí más allá de una obligación. Pero ese sueño murió cuando me di cuenta de que sus ojos nunca brillaban al verme, ni siquiera cuando alcanzaba lo que él consideraba "perfecto".

Mi madre era otro enigma. Práctica y casi indiferente respecto a la vida, pero aun así conseguía demostrar un afecto extraño hacia mí. Decía que me amaba y yo lo creía, pero su amor estaba condicionado por las reglas impuestas por Massimo. A veces me preguntaba si ella no era tan prisionera como yo. ¿Será que también quería huir? ¿O será que ya había desistido?

Yo la extrañaría cuando me fuera. Eso era seguro. Pero sabía que tendría que irme. Ya no había manera de permanecer en esa vida.

Había cumplido dieciocho años hacía dos meses. Finalmente era legalmente adulta, pero, en la práctica, todavía me sentía como una niña atrapada bajo la sombra de un padre que controlaba cada aspecto de mi existencia. Yo sabía que no podría esperar hasta los veintiuno para conquistar mi libertad. Mi padre ya había dejado claro que la universidad estaba fuera de cuestión. Decía que las mujeres no necesitaban diplomas, solo un buen matrimonio. ¿Trabajar? Eso sería un insulto al "honor de la familia". La única salida sería huir, dejar todo atrás e intentar recomenzar sola.

El sonido de la máquina cesó abruptamente y sentí mi cuerpo siendo empujado lentamente hacia afuera del tubo. La luz blanca y fría de la sala me golpeó como una explosión, dejándome levemente mareada mientras mis ojos se ajustaban.

Al lado del médico, estaba mi padre. Massimo Colombo, aparentemente demasiado joven para ser mi padre, siempre impecable, exhalaba una elegancia innata que lo hacía casi tan encantador como intimidante. Tenía el rostro de un hombre que se

creía poderoso, con rasgos bien definidos y una sonrisa que raramente era verdadera. Su cabello rubio levemente encanecido combinaba con la piel clara, pero los ojos castaños, cálidos y expresivos, eran muy diferentes de los míos, que habían heredado el azul brillante de algún miembro de mi familia que no conocía. Todos decían que yo era el reflejo femenino de él, y eso, de cierta forma, me aterrorizaba. Pero lo que me llamó la atención en ese momento fueron sus ojos. Estaban abiertos de par en par, fijos en mí con una expresión que me desarmó. Había algo allí que no lograba descifrar. ¿Preocupación? ¿Ira? ¿Desagrado? ¿O todo al mismo tiempo?

—Entonces, los medicamentos que prescribí serán suficientes para calmar los dolores —dijo el médico, mirando directamente a mi padre.

—¿Qué tengo, doctor? —pregunté, intentando sonar firme, pero mi voz tembló levemente. Ajusté la ropa hospitalaria, sintiendo el tejido áspero contra la piel.

La mirada del médico vaciló por un momento y luego desvió los ojos hacia el suelo. Mi padre, por su parte, hizo un gesto corto y rígido con la cabeza. Fue suficiente para silenciarlo.

—Nada de qué preocuparse —respondió el médico, pero sus palabras carecían de convicción.

Yo quería gritar. Quería gritar que esa era mi vida. Que tenía derecho a saber lo que estaba sucediendo con mi propio cuerpo. Pero las palabras quedaron atrapadas en mi garganta. Como siempre, me vi impotente ante él.

Massimo Colombo no era solo mi padre; era el dueño de mi existencia. Era la muralla que bloqueaba cualquier posibilidad de libertad o autonomía. No podía enfrentarlo. Nunca pude. Él era el titiritero, y yo, la marioneta que bailaba según su voluntad.

Aurora Colombo. La hija perfecta. La muñeca de porcelana que él exhibía, pero que nunca sería libre.

Mientras los dos hombres intercambiaban palabras en voz baja, ignorando mi presencia como si fuera un objeto, sentí el peso de la impotencia crecer dentro de mí. Quería llorar, pero no podía. No delante de él.

Algún día, de alguna forma, esas cadenas serían rotas.

Salí de la sala sin mirar atrás, pero con una sola certeza: no podía seguir viviendo así. Algo tendría que cambiar.

El trayecto hasta casa fue silencioso. Siempre lo era. Pero, esta vez, el silencio parecía más ruidoso que nunca, cargado de un peso que me asfixiaba. El motor del coche ronroneaba bajo mientras el chofer nos llevaba por las calles concurridas, pero la tensión dentro del vehículo era casi palpable. Mi padre estaba a mi lado, sentado con la postura erguida, la mirada fija en la carretera.

Parecía decepcionado. ¿Pero por qué? ¿Estaría decepcionado porque yo no estaba enferma? Esa idea me golpeó como un cuchillo. ¿Sería posible? El pensamiento me dejó inquieta y, por más que intentara alejarlo, continuaba enraizándose.

—Papá… —hablé, vacilante. Mi voz sonó más débil de lo que esperaba.

Él se giró hacia mí despacio, sus ojos atravesándome como cuchillas.

—Aurora, hoy es un día importante y casi lo echaste a perder. —Su voz era fría, calculada. Apretó los labios antes de continuar, como si estuviera eligiendo cuidadosamente las palabras—. ¿Será que, al menos una vez en tu vida, puedes darme algún orgullo?

Tragué en seco, sintiendo el nudo apretar en mi garganta. Por un momento, no supe qué responder. ¿Orgullo? Yo ya no quería eso. No quería ser motivo de orgullo para él. Quería ser lo opuesto. Quería que experimentara la impotencia, la sensación de perder el control que tanto valoraba. Quería ser libre de su sombra.

—Veré qué puedo hacer —respondí finalmente, dejando escapar un tono sarcástico que no logré contener.

Sus ojos se entrecerraron, pero permaneció en silencio. Aun así, vi sus manos cerrarse en puños, el control sobre su ira casi palpable. ¿Por qué me odiaba tanto? ¿Qué había en mí que lo molestaba tanto?

Pero, al mismo tiempo, me di cuenta de que ya no me importaba. O, al menos, quería creerlo.

Cuando el coche finalmente estacionó frente a nuestra casa, bajé rápidamente, ansiosa por salir de ese espacio sofocante. Pero antes de que pudiera alejarme, sentí la mano firme de mi padre sujetando mi muñeca, obligándome a mirarlo.

—Toma una pastilla y ve a arreglarte para recibir nuestra visita. —Me entregó una cajita de medicamento, sus palabras sonando más como una orden que como preocupación.

Tomé el medicamento, no porque quisiera obedecerlo, sino porque sabía que no tenía elección. El dolor que sentía era insoportable, y ni siquiera mi orgullo sería capaz de hacerme soportarlo por voluntad propia. Si el remedio iba a ayudarme, claro que lo aceptaría.

Y, si no lo aceptaba, estaba segura de que él me lo metería a la fuerza.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza, sumisa, pero sin mirarlo directamente. Mi corazón estaba acelerado, la mezcla de ira y humillación latiendo en mi pecho.

Entré en casa y subí las escaleras rápidamente, dejándolo atrás. En ese momento, comprendí que cada interacción con mi padre era una batalla perdida. No necesitaba gritar para romperme; su presencia era suficiente. Pero, mientras subía a mi cuarto, tenía una certeza: algún día, de alguna forma, encontraría la manera de escapar.

Cerré la puerta detrás de mí, sintiendo el silencio del cuarto envolverme como una manta pesada. Sostuve la cajita de medicamento por unos segundos, mirándola como si fuera una sentencia de prisión. No era solo una pastilla para el dolor físico, era

un símbolo de su control, de la manera en que dirigía cada aspecto de mi vida.

Tragué la pastilla sin pensar demasiado. Respiré hondo, intentando recomponerme antes de empezar a arreglarme para la "visita importante". En ese momento, todo lo que quería era desaparecer.

La joven de dieciocho años que ansiaba ser libre estaba a punto de conocer a su probable futuro marido, o mejor dicho, a su nuevo carcelero. La idea me hacía querer reír y llorar al mismo tiempo, una mezcla de ironía y desesperación que se había vuelto constante en mi vida.

Sí, soñaba con casarme, pero no así. No de esta forma, como un peón en un juego de poder que mi padre estaba jugando. Yo quería un matrimonio en el futuro —un futuro lejano. Un futuro en el que hubiera alcanzado mi autonomía, en el que pudiera caminar por las calles sin sentir que me vigilaban, en el que pudiera tomar decisiones que fueran mías.

Soñaba con aprender a moldear vasijas de barro como nadie, con sumergir las manos en la arcilla, crear formas únicas y sentir la libertad que venía de transformar algo de la nada. Soñaba con viajar, conocer ciudades que solo había visto en libros o de las que había oído hablar en conversaciones de otras personas. Quería conocer a otras personas, personas que no estuvieran ligadas a los intereses de mi padre, que no me miraran como si yo fuera solo una extensión de él.

Pero esos sueños parecían tan distantes como las estrellas en el cielo. Por ahora, estaba atrapada en el papel que me habían dado. La hija obediente. La muñeca perfecta.

Por ahora, fingiría seguir los planes de mi padre.

Mi estrategia era simple: hacer lo que él esperaba, al menos en la superficie. Me vería hermosa para esa noche, vestiría la máscara que él quería que usara y fingiría seguir el manual que él escribió para mi vida.

Pero, dentro de mí, algo estaba cambiando. Una pequeña llama de revuelta ardía, discreta pero constante. Sabía que, en la primera oportunidad que surgiera, me iría. Y cuando eso pasara, no miraría atrás.

Nunca más.

VINCENZO De Luca

Antes de salir, me había arreglado con cuidado, como siempre hacía. Pero, esta vez, había algo diferente en la forma en que me vestí. Me estaba preparando como un depredador que se arregla para atraer a su presa. El cabello estaba impecablemente peinado, cada hebra en su lugar, reflejando un brillo bajo la luz. Mi traje, de un azul oscuro casi negro, estaba hecho a medida, cayendo perfectamente sobre mi cuerpo. Y, como toque final, apliqué unas pulverizaciones controladas de mi perfume favorito: lo suficiente para marcar presencia, pero sin exagerar.

Cuando se trataba de conquistar a una mujer, me gustaba jugar ese juego. Había algo intrigante en el arte de seducir, de atraer, de crear un campo de fuerza magnético en el que las personas gravitaran a mi alrededor. El problema era que, normalmente, todas las mujeres resultaban demasiado fáciles para mí. Ser el gran Vincenzo De Luca tenía sus desventajas. Era una lluvia de coños, cada una más dispuesta que la anterior, y raramente tenía la oportunidad de cazar alguna.

—Sí, mamá, ella pertenece a la estirpe de la mafia, nieta del difunto Marco Colombo —expliqué, con la voz firme, mientras estaba sentado en el asiento trasero de mi coche. El cuero suave del tapizado no hacía nada por aliviar la irritación creciente en mi mente. Enrico, mi chofer, conducía el vehículo con la precisión de siempre, y el silencio en el interior del coche era roto únicamente por mi conversación.

—¿La hija de Massimo Conti? —La voz de mi madre sonó del otro lado de la línea, cargada de desconfianza—. Él es un fracasado,

Vincenzo, y ellos están fuera. Ya no forman parte de la organización.

Rodé los ojos, aun sabiendo que ella no podía verme. Claro que usaría eso como argumento. Mi madre era así: meticulosa, cuestionadora, una estratega por naturaleza. Y, aunque respetaba su inteligencia, a veces su insistencia me desgastaba.

—Pero ella tiene la sangre, lo lleva dentro —respondí, con el tono de voz subiendo levemente—. No estoy rompiendo ninguna regla, y si quisiera cambiar las reglas, lo haría. Soy el puto Don, ¿no es así? —pregunté, dejando que la irritación transpirara en cada palabra.

El silencio al otro lado fue más irritante que cualquier respuesta que pudiera darme.

Mi madre era la única persona a quien permitía hacer preguntas sobre mi vida. Pero eso solo ocurría de vez en cuando, en momentos en los que estaba aburrido y dispuesto a escuchar su opinión. Hoy, sin embargo, no estaba aburrido. Al contrario, mi mente estaba cargada, y el último fragmento de paciencia que me quedaba estaba siendo corroído por esa conversación.

Enrico lanzó una breve mirada por el retrovisor, tal vez percibiendo la tensión que crecía dentro del coche. Sabía lo suficiente para permanecer callado, manteniéndose concentrado en la carretera, mientras el coche se deslizaba suavemente por las calles de Palermo.

Mi madre finalmente rompió el silencio.

—Vincenzo, ¿sabes lo que estás haciendo?

Una pregunta simple, pero que sonaba como un desafío.

—Siempre sé lo que estoy haciendo, mamá —respondí, mi voz volviendo al tono controlado, pero firme.

Colgué sin esperar más palabras. No necesitaba su aprobación, ni quería más explicaciones en ese momento. Mi decisión ya estaba tomada, y no había fuerza en el mundo que me hiciera cambiar de idea.

Guardé el celular en el bolsillo, recostándome en el asiento y observando la ciudad pasar por la ventana. Palermo estaba tranquila aquella noche, pero la tranquilidad siempre era ilusoria. Como todo a mi alrededor.

Mi mente volvió a la conversación y al nombre que ella había mencionado. Massimo Colombo. Cuando se casó con la hija de un importante subjefe, adoptó el apellido Colombo, pero nunca formó parte de nuestra organización. Lo que realmente importaba no era él, sino su hija.

Aurora Colombo.

Ella tenía la sangre. Y, para mí, eso era suficiente.

Pronto el coche atravesó los portones de hierro forjado, altos y ornamentados, que chirriaban levemente al abrirse. La casa de Massimo pronto apareció a la vista, una construcción extravagante e imponente. Sus columnas blancas y los detalles exagerados estaban claramente diseñados para impresionar, una demostración de poder destinada a intimidar a los demás.

Pero, para mí, no era más que eso: fachada. Nada allí me impresionaba. Comparada con mi propiedad, aquello parecía un eco de grandeza. Massimo había perdido el control hacía mucho tiempo, y todos los adornos del mundo no podrían ocultarlo.

Mientras el coche avanzaba por la larga entrada pavimentada, observé la casa con desdén. Ahora me correspondía a mí arreglarlo todo por él. Siempre era así: hombres débiles acumulando deudas, intentando mantener apariencias hasta que ya no podían más. Cuando todo se derrumbaba, venían a mí. Y yo, como siempre, tomaba el control.

Pero, esta vez, había algo más en juego.

A cambio de mi ayuda, él me daría lo único que aún tenía valor para él: la mano de su bellísima hija. Aurora Colombo. Ya había visto fotos de ella, varias, tomadas desde diferentes ángulos. Cada una confirmaba lo que Massimo afirmaba: era deslumbrante. Una

combinación de belleza angelical y la sangre Colombo corriendo por sus venas.

Yo necesitaba una esposa y él necesitaba a alguien que borrara sus errores y restaurara su posición. Para mí, eso no era solo un matrimonio; era un negocio.

Y los negocios sabía manejarlos como nadie.

Mientras el coche se detenía en la entrada principal, la puerta de enfrente ya estaba abierta. Un empleado aguardaba en la escalinata, con la postura rígida y servil. Ajusté mi corbata y salí del coche con pasos firmes. El perfume que había aplicado más temprano aún flotaba en el aire a mi alrededor, un detalle que sabía que no pasaría desapercibido.

Massimo recibiría lo que quería, pero bajo mis condiciones.

Siempre que todos siguieran mis reglas.

Los tres me esperaban en el vestíbulo de entrada: Massimo, su esposa y su hija. La casa, tan extravagante como había imaginado, estaba iluminada por una lámpara de araña de cristal que colgaba alto en el techo, proyectando reflejos en las paredes de mármol pulido. A pesar de la ostentación a mi alrededor, mis ojos estaban fijos en ellos, analizando cada detalle de sus expresiones y posturas.

Tuve cuidado de no mirarla de inmediato. Yo soy Vincenzo De Luca, y nadie merece ser tan interesante para mí. Era una regla que me obligaba a mantener el control. Si ella era todo lo que esperaba, sería un juego que yo mismo dictaría.

Dos de mis soldados, Marco y Dario, ya estaban posicionados, como siempre. Me acompañaban a distancia, discretos pero atentos, listos para cualquier eventualidad. Ellos se quedaron atrás, observando cada detalle. No entrarían inmediatamente. Marco y Dario sabían cómo esperar y, solo cuando el momento era propicio, me seguían, posicionándose estratégicamente dentro de la casa, siempre a la vista, pero sin interferir.

—Señor De Luca, sea bienvenido a nuestra residencia —dijo Massimo, con una sonrisa forzada mientras extendía la mano con cordialidad.

Acepté el gesto, estrechando su mano con firmeza, pero sin prisa. Un recordatorio de quién era el verdadero hombre en control allí.

—Esta es Isabella Colombo, mi esposa. —La presentó con un gesto en dirección a ella.

Saludé a Isabella con una inclinación simple, casi indiferente. No estaba allí para agradar. Estaba allí como el dominador, el hombre que estaba a punto de resolver los problemas de Massimo a cambio de su hija.

—Y esta —continuó Massimo, con un tono que intentaba ser cálido, pero sonaba calculado— es mi hija, Aurora, a quien tengo el placer de presentarle.

Aurora no levantó la mirada de inmediato. Sus ojos azules permanecieron fijos en el suelo, como si intentara evitar lo inevitable. El vestido rojo largo y ajustado que llevaba parecía moldeado para realzar cada curva, pero el contraste con su postura sumisa me intrigó aún más.

—¿Aurora? —llamó Massimo con firmeza, un tono que sugería más orden que cariño.

En ese mismo instante, levantó la mirada hacia mí.

Y fue en ese momento que la vi de verdad.

—Señorita Colombo —dije con la voz grave en un breve saludo, mis ojos recorriéndola en cuestión de segundos.

Lo que vi confirmó todo lo que ya sabía por las fotos. Era una sirena bajo el vestido, una tentación viva y palpitante. Demasiado joven para cargar con tanta sensualidad. Su cabello rubio, ligeramente ondulado, parecía aún más brillante en persona, casi dorado, y solo podía imaginar cómo sería sujetar ese cabello mientras me cabalgaba, gimiendo de placer, sintiendo cada gemido suyo

reverberar a través de mí. Eran más claros que los de Massimo, pero la forma del rostro era innegablemente heredada de él: la mandíbula marcada, la línea de la barbilla, incluso la postura altiva que solo aumentaba mi deseo de explorar cada curva de su cuerpo hermoso y perfecto. Sus ojos azules, tan lindos, una diferencia evidente con el castaño del padre. Había en ellos una rebeldía, algo salvaje escondido bajo la fachada de obediencia, que parecía negar cualquier comparación con Massimo, pero que me hacía querer descubrir cada secreto que guardaba entre sus muslos, deseando correrme dentro de ella, explorar su coño que, sin duda, era perfecto. Sus labios rosados y carnosos parecían una provocación, perfectos para ser besados, útiles para recorrer cada parte de mi cuerpo, especialmente la cabeza de mi polla. Y, en ese instante, mientras mi mente registraba cada detalle, una certeza se apoderó de mí: la quería.

Ella ya era mía.

Desvió la mirada como una niña terca queriendo hacer un berrinche. Quería jugar conmigo. Y, si eso era lo que quería, entonces sería interesante. Esa actitud la hacía aún más deseable para mí.

—Estoy encantado —dije, dejando que mi voz cargara un toque de ironía y provocación. Una pequeña sonrisa victoriosa surgió en la comisura de mis labios, lo suficientemente discreta para parecer natural, pero evidente como para provocar una reacción.

Ella volvió a mirarme y, por un breve instante, vi el brillo de sorpresa en sus ojos azules. No lo esperaba. Sus mejillas se sonrojaron levemente, pero, enseguida, su expresión volvió a la neutralidad, como si intentara ocultar cualquier vulnerabilidad.

Interesante. Muy interesante.

Sin desviar la mirada, saludé con una sonrisa educada y comencé a avanzar por el vestíbulo. Mi andar era firme, cada paso marcado por la confianza de quien sabía exactamente lo que quería y cómo conseguirlo. Massimo e Isabella se apresuraron a acompañarme,

mientras Aurora permanecía parada unos segundos antes de seguirme, aún vacilante.

Mi postura dejaba claro que quería proseguir con los eventos de la noche. El juego ya había comenzado y yo era paciente. Aurora sería mía por voluntad propia. Esos ojitos azules, tercos e inocentes, se darían vuelta bajo mi cuerpo, gritando por mi nombre, pero en mi tiempo y bajo mis condiciones.

CAPÍTULO 3 - Príncipe

AURORA Colombo

Mi corazón latía como un tambor desacompasado, tan fuerte que estaba segura de que todos podían escucharlo. Estaba allí, en el vestíbulo de entrada de nuestra casa, junto a mis padres, esperando conocer al hombre que mi padre había decidido que sería mi futuro esposo. No sabía su nombre, ni cómo era, ni por qué ese matrimonio era tan importante para mi padre. Solo sabía que, aquella noche, todo cambiaría.

Mi madre había pasado las últimas horas ayudándome a arreglarme, insistiendo en cada detalle, como si mi apariencia fuese lo único que importara. El vestido largo, ajustado, parecía una armadura hecha para asfixiarme, y el peso de la tela parecía cargar con todas las expectativas de mi padre. Esperaban que yo fuera perfecta.

"Quédate en silencio, sé educada, sonríe…" me había dicho mi padre antes de bajar las escaleras. Pero ahora, parado a mi lado, parecía tan nervioso como yo. Massimo Colombo, siempre tan vanidoso y controlador, se frotaba las manos una contra otra, y sus ojos demostraban una tensión que rara vez le veía.

¿Por qué estaba tan desesperado por este matrimonio?

Entonces, escuché los pasos. Fuertes, rítmicos, resonando sobre el mármol del vestíbulo. Había llegado.

Por un instante, tuve ganas de salir corriendo. Pero sabía que no podía. Tenía que permanecer allí, inmóvil, aunque mis piernas temblaran y mi corazón se desbocara.

Cuando él entró, el aire pareció cambiar. Era como si la sala se hubiera encogido, sofocante, y mi respiración se quedó atrapada en mi garganta. Él era… arrollador. Lo miré rápidamente, pero fue suficiente para darme cuenta de que era alto, muy alto, con hombros anchos y un cuerpo atlético que parecía esculpido. Sus ojos grises brillaban bajo la luz, como un cielo estrellado, profundos y

casi hipnóticos. Cada rasgo de su rostro era masculino y marcado, desde la mandíbula perfectamente delineada hasta los labios que parecían esbozar una sonrisa discreta, como si siempre estuviera al borde de una broma interna, algo que sugería un sentido del humor oculto, pero también un control absoluto.

Su perfume me alcanzó antes de que dijera una palabra, un aroma suave y sofisticado que parecía combinar perfectamente con la aura de poder que exhalaba. Parecía un ángel, pero no de esos inofensivos. Era el tipo de ángel que podía destruir y encantar al mismo tiempo. Solo no entendía por qué estaba tan protegido por dos hombres y en la casa de mi padre. ¿Eso era realmente necesario? ¿Quién era él? No me importaba.

Mi padre se adelantó y agradecí por ello. No confiaba en mi voz en ese momento.

—Señor De Luca, sea bienvenido a nuestra residencia —dijo, con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

El hombre respondió con un breve apretón de manos, firme, pero sin prisa. Su mirada parecía absorberlo todo alrededor, evaluando, estudiando. Parecía completamente en control, como si fuese el dueño del lugar.

—Esta es mi esposa, Isabella Colombo —continuó mi padre, gesticulando hacia mi madre.

Mi madre sonrió, pero yo sabía que también estaba nerviosa. Ella lo ocultaba mejor que yo, pero conocía bien las señales.

Entonces, mi padre se giró hacia mí y supe que había llegado mi momento.

—Y esta es mi hija, Aurora, a quien tengo el placer de presentarle.

Sentí que mis manos empezaban a sudar. La presentación parecía tan formal, tan seria, que por un momento me sentí menos una persona y más un objeto exhibido. Manteniendo los ojos fijos en el suelo, intenté ocultar mi inquietud.

—¿Aurora? —La voz de mi padre me llamó, con ese tono autoritario que siempre usaba cuando quería recordarme que no había espacio para la desobediencia.

Respiré hondo y levanté la mirada, tratando de parecer segura.

Y fue entonces cuando lo vi tan de cerca.

Por un instante, olvidé cómo respirar. Él realmente era hermoso, pero de una manera que parecía irreal. Sus ojos grises capturaron los míos de inmediato, tan profundos que parecían contener historias que nunca entendería. Parecía inalcanzable, pero, al mismo tiempo, cada detalle suyo gritaba perfección: los hombros anchos, el cuerpo atlético, el rostro de rasgos fuertes, con una mandíbula que podría haber sido esculpida por un artista.

Él no era solo un hombre; era una presencia. Y yo no sabía si debía sentirme intimidada o fascinada.

—Señorita Aurora —dijo, con su voz grave y aterciopelada, mientras hacía una breve inclinación con la cabeza.

Mi respiración vaciló. No necesitaba sonreír para intimidarme. La mirada que me lanzó fue suficiente para hacerme sentir pequeña, frágil, como si pudiera leerme de dentro afuera.

¿Quién era él? ¿Por qué mi padre pensaba que yo debía casarme con alguien así?

Mis ojos se bajaron casi automáticamente, y deseé que el suelo se abriera y me tragara. Pero, incluso mirando al suelo, podía sentir el peso de su mirada, penetrante, como si me estuviera desnudando.

—Estoy encantado —dijo, y el tono de su voz me hizo alzar la mirada de nuevo, sorprendida.

¿Encantado? Parecía estarse divirtiendo con mi reacción y, de alguna forma, eso me desconcertó aún más. Mis mejillas ardieron y supe que estaba sonrojándome. Él sonrió apenas, lo suficiente para parecer en control y, luego, asintió, como si ya hubiera decidido que era hora de seguir adelante.

Comenzó a caminar con la misma firmeza de antes. Mi padre y mi madre lo siguieron rápidamente, pero yo me quedé parada unos segundos, intentando recuperar la compostura.

¿Quién era él? ¿Y por qué parecía tan perfecto y encantador que me irritaba?

Respiré hondo y empecé a caminar detrás de ellos. Mis pasos eran vacilantes, mi mente un caos. Parecía tan perfecto, tan refinado, que casi podía creer que era un príncipe.

Intenté no tropezar mientras los seguía hacia el comedor, apretando los dedos contra la palma de las manos y los labios con fuerza. Necesitaba mantenerme firme. Por más claro que fuera el deseo de mi padre, él no dictaría mi futuro tan fácilmente. Yo no me casaría con ese hombre. No importaba lo hermoso, interesante y… ¿ya dije hermoso?

Cuando me senté en la silla destinada para mí, frente al tal De Luca, me di cuenta de que tendría un verdadero desafío por delante: mirarlo sin parecer frágil.

Podía fingir no verlo, ignorar su presencia arrolladora y concentrarme en la mesa decorada a la perfección, o podía mirarlo e intentar no rendirme a la constatación que me perturbaba desde que nuestras miradas se cruzaron. Él era… irritantemente atractivo.

Odiaba eso.

Esperaba a un hombre viejo y barrigón, del tipo que me lanzaría miradas repugnantes y me haría querer desaparecer. O, tal vez, a alguien joven, pero tan insípido que pudiera despreciar fácilmente. Pero aquel hombre no era nada de lo que esperaba. Era todo lo que me hacía vacilar, todo lo que me sacaba del foco, de la decisión que había tomado.

La sala de comedor estaba impecable, decorada con flores frescas en arreglos simétricos, los cubiertos y artículos de mesa elegidos meticulosamente por mi madre. Todo el ambiente gritaba

sofisticación y planificación, como si eso pudiera encubrir las fallas de la ocasión.

—Espero que aprecie el menú, señor Vincenzo —dijo mi madre, con una sonrisa serena, ajustando una de las copas que ya estaba perfectamente posicionada—. Tuve el cuidado de añadir algo que le guste a usted y algo que le guste a Aurora. Su secretario me ayudó con esa información. De esta forma, los dos ya tendrán una pequeña muestra de cómo serán sus cenas.

Me atraganté con mi propia saliva, pero, como la niña educada que fui entrenada para ser, no tosí ni causé alboroto. En lugar de eso, tomé el vaso de agua frente a mí, bebiendo un sorbo generoso mientras rascaba la garganta disimuladamente. Aun así, todos lo notaron.

Hubo un breve silencio.

—Gracias por la gentileza, señora Isabella —respondió Vincenzo, con su voz grave, tan educada como firme. Sentí de nuevo su mirada sobre mí, como si quisiera estudiarme.

Vincenzo De Luca. Ahora sabía su nombre, y ya parecía alojarse en mi mente como algo imposible de ignorar.

—Aurora, después de la cena, vas a honrar al señor De Luca con una música en el piano —declaró mi padre.

Giré la cabeza hacia él, sintiendo crecer la incomodidad. No era la música; era el contexto. Estaba siendo exhibida como un premio.

Me volví hacia Vincenzo, que me miraba ahora con interés, como si intentara descifrar lo que haría a continuación. No quería ser previsible, pero tampoco quería faltar abiertamente al respeto a mi padre.

—Será un placer —dije, forzando una sonrisa. No la sonrisa educada que él esperaba, sino algo cargado de sarcasmo.

La mirada de Vincenzo brilló ligeramente, había notado el desafío escondido detrás de mis palabras. No dijo nada, pero sus ojos

parecían analizar cada detalle de mi rostro, lo que me hizo estremecer.

Por Dios, estaba fallando miserablemente en ser la buena niña que mi padre quería esa noche.

Me di cuenta de que no había conversación entre ellos. Lo que existía era solo el intento desesperado de mi padre por agradar. Sus frases siempre eran cuidadosamente elegidas, casi ensayadas, mientras Vincenzo mantenía una mirada neutra, pero claramente desinteresada.

Pronto sirvieron la cena y conversaciones triviales llenaron el ambiente. Mi padre intentaba conducir todo con una falsa ligereza, mientras mi madre intervenía con comentarios irrelevantes. Yo, por otro lado, apenas toqué la comida.

Ocasionalmente desviaba la mirada hacia la figura destacada frente a mí. Era imposible de ignorar. Sus movimientos, incluso los más simples, llamaban la atención. Parecía totalmente concentrado en el pedazo de carne de su plato, y la manera en que sostenía los cubiertos tenía algo inexplicablemente… sensual. ¿Cómo alguien podía convertir un gesto banal en algo tan perturbador?

Lo odiaba.

Cuando la cena finalmente terminó, sentí alivio al levantarme de la mesa. Fuimos hacia la sala de estar, donde mi destino estaba trazado: el piano. Mi padre hacía cuestión de exhibir esa "habilidad" como si fuese una joya rara.

Vincenzo, sin embargo, parecía aún más cómodo ahora, como si la cena hubiese servido solo para marcar presencia. Cruzó las piernas en el sofá, tamborileando los dedos en el brazo de madera pulida mientras hacía su exigencia.

—Quisiera una bebida —dijo, con un tono que dejaba claro que esperaba ser servido como un rey.

Mi padre, siempre dispuesto a impresionar, respondió de inmediato:

—Aurora, sirve un buen vino a nuestro visitante antes de tocar el piano. Acompáñalo a mi bodega y deja que elija lo que desee.

Tragué en seco. Ir sola con él hasta la bodega me parecía incorrecto de tantas maneras que ni siquiera sabía por dónde empezar. Pero mi vida era eso: obedecer órdenes que parecían equivocadas y actuar como si todo estuviera bien.

—Claro, por favor, acompáñeme, señor Vincenzo —respondí, manteniendo mi voz firme mientras me levantaba.

Se incorporó del sofá con la misma elegancia que había demostrado toda la noche y, sin decir una palabra, me siguió fuera de la sala. Sus guardaespaldas se quedaron allí, obviamente percibiendo que yo no representaba ningún peligro.

Mientras caminaba delante de él, con las manos unidas frente al cuerpo para disimular mi incomodidad, sentía su mirada quemando en mi espalda. Era como si me analizara, descifrando cada movimiento, cada curva.

Luché contra el impulso de girarme y preguntarle qué quería. No podía permitir que viera el efecto que su presencia tenía sobre mí.

Podía observarme cuanto quisiera, pero no vería ningún signo de debilidad.

Y, aun repitiéndome eso, mi corazón insistía en latir más rápido.

—¿Tiene alguna preferencia? ¿Tinto, blanco… o algo específico? —pregunté cuando entramos en la bodega de mi padre. Evitaba a toda costa mirarlo. El ambiente cerrado de la bodega, tan silencioso e aislado, solo intensificaba mi sensación de incomodidad. Me sentía vulnerable y pequeña frente a él.

Caminaba lentamente por las estanterías, sus dedos rozando levemente las botellas sin prisa, como si analizara cada una. Finalmente, se detuvo frente a una botella de vino Imperiale, la etiqueta destacada entre las demás.

—Veo que tienen aquí mi vino —dijo, tomando la botella con una naturalidad que me hizo recordar quién era realmente.

Vincenzo De Luca.

El peso de ese nombre ahora tenía sentido. No era solo un hombre rico; era el hombre. El dueño de buena parte del país, alguien que exhalaba poder con cada movimiento y cada palabra.

—Es interesante… —continuó, colocando la botella de nuevo cuidadosamente en la estantería.

Me relajé levemente, pensando que la conversación terminaría allí. Pero se giró hacia mí, sus ojos grises atrapando los míos como si me arrastraran a un lugar del que no podía escapar.

—Pero lo prefiero a usted.

Sentí un calor insoportable subir desde mi cuello hasta mi rostro, y mi corazón se desbocó de una forma que me dejó aturdida. ¿Por qué tenía que hablar así?

—¿Disculpe? —pregunté, más para ganar tiempo que por otra cosa.

Sonrió, sin ocultar sus segundas intenciones.

Antes de que pudiera pensar en algo para decir o hacer, cruzó los brazos y me observó por un instante, como si decidiera si continuaría o no.

—Estoy ansioso por verla tocar para mí —dijo finalmente, su voz grave y cargada de una insinuación que me puso aún más nerviosa.

Tocar para él. Las palabras sonaron completamente equivocadas en mis oídos, como si escondieran un significado oculto allí. No sabía si estaba imaginando cosas o si era exactamente lo que él quería que pensara.

Intenté controlar mi expresión, pero sabía que fallaba miserablemente. Me giré rápidamente hacia las estanterías fingiendo buscar algo, mientras mi mente era invadida por pensamientos inconexos y por aquel maldito calor que no parecía disminuir.

—Entonces… señor De Luca, ¿tendré el placer de servirle el Imperiale? —pregunté, intentando aparentar calma.

Él soltó una risa baja, el sonido provocando algo extraño en mi pecho.

—Elija lo que prefiera, Aurora —respondió, finalmente desviando la mirada—. Estoy seguro de que su gusto es excelente.

Tomé la botella más cercana, intentando al máximo mantener las manos firmes, y se la entregué, cuidando que nuestros dedos no se tocaran. Él la aceptó, pero su mirada volvió a atraparme.

—¿Debo beber directamente de la botella? —preguntó, la voz baja, cargada de una provocación que hizo vacilar mi respiración. Vincenzo inclinó levemente la cabeza, la sonrisa en la comisura de los labios creciendo en algo peligrosamente malicioso—. Tengo varias ideas de cómo podría servirme este vino.

Mi cuerpo entero se estremeció. El calor que ya subía por mi cuello parecía incendiar cada célula. Sus palabras no eran solo una broma, eran un golpe proyectado para desestabilizarme. A pesar de nunca haber besado a un hombre, sabía exactamente lo que sucedía entre una pareja.

Apreté los dedos en mis manos, intentando disimular el temblor. Su mirada parecía inmovilizarme en el lugar, como si se divirtiera al ver el efecto que tenía sobre mí.

—Con permiso, voy a buscar las copas —logré murmurar, la voz casi inaudible. Mi único objetivo era salir de allí antes de que dijera algo más.

Di un paso atrás, mi corazón latiendo con fuerza. Cuando me giré para salir, aún sentía su mirada en mi espalda.

—La estaré esperando aquí mismo —dijo antes de que pudiera alejarme lo suficiente.

Ese hombre era un problema mayor de lo que imaginaba, porque estaba disfrutando de lo que me hacía sentir.

CAPÍTULO 4 - Deliciosa

VINCENZO De Luca

Massimo me entregó a su hija en una bandeja de plata, un regalo con el tipo exacto de belleza que me hacía revolverme de deseo: salvaje, vacilante, con un brillo que suplicaba ser domado. Aurora no era solo hermosa, era una tentación pura, una invitación al pecado. Cada gesto nervioso, cada mirada esquiva, solo reforzaba la erección que crecía en mí. Era demasiado joven para entender el juego, pero con un potencial que hacía que mi paciencia valiera la pena. Ella era un banquete y yo estaba hambriento por cada mordida, cada prueba, sintiendo mi polla dura mientras imaginaba su conchita traviesa abriéndose para mí, gimiendo como una puta en celo.

Miré hacia la esquina de la bodega. Allí, copas estaban dispuestas en una bandeja de plata, listas para ser usadas. Sonreí. Aurora salió a buscar copas, pero claramente no lo necesitaba. No se trataba de las copas, nunca lo fue. Se trataba de huir, de crear distancia, de intentar escapar de lo que comenzaba a percibir, del deseo que la consumía en cuanto me vio.

Me recosté contra la estantería, mis dedos rozando casualmente la etiqueta de una botella cercana, mientras mi mente ya trazaba los próximos pasos. Estaba disfrutando cada segundo de ese juego, imaginando cómo sería aplastar todo su cuerpo, verla abrirse para mí, gimiendo delicioso en mi oído.

Aurora aún no lo sabía, pero su cuerpo ya me pertenecía.

Y, cuando lo comprendiera, no quedaría nada más que la rendición. Completa, inevitable, deliciosa. Quería palpar todo su cuerpo, verla entregarse a mí, gimiendo incansablemente, rindiéndose como una esclava del placer.

Mi esposita deliciosa a quien me follaría cada noche.

AURORA Colombo

No necesité dar muchos pasos para darme cuenta de que había cometido un error. Me llevé la mano a la frente, soltando un suspiro frustrado. Claro, la bodega tenía copas suficientes para abastecer a un batallón, y yo salí de allí como si estuviera desesperada por escapar.

Ahora Vincenzo tendría certeza.

Certeza de que yo estaba loca. O peor: certeza de que me estaba muriendo de miedo. ¿Pero miedo de qué? ¿De lo que él representaba? ¿O de lo que yo empezaba a sentir?

Porque, en el fondo, algo en mí estaba inquieto, palpitando, creciendo. La idea de casarme con él no me parecía tan mala como debería.

Era incorrecto. Vincenzo De Luca era peligroso, autoritario, lo opuesto a todo lo que siempre soñé. Pero también era hermoso, seductor, una fuerza arrolladora que parecía capaz de consumirme entera.

Y, en ese momento, algo me ocurrió: tal vez yo sí tenía miedo. Pero no de él. Tenía miedo de mí misma. Porque la idea de vivir un matrimonio intenso, de ser suya, de rendirme a él... empezaba a sonar como algo que podría desear.

¿El primer día, Aurora? ¿En serio? ¿Amor a primera vista, entonces?

Rodé los ojos para mí misma. ¿En qué clase de cliché me estaba convirtiendo? Seguramente no estaba bien de la cabeza, esos dolores que venía sintiendo... algo tenía.

Porque, de repente, ya estaba hablando de amor como una tonta. ¿Amor? ¿Con un hombre al que apenas conocía, pero que conseguía ponerme nerviosa e intrigada con una sola mirada?

No. Eso no era amor. Era confusión. Era el caos que él provocaba en mí, y necesitaba recomponerme antes de que esa idea absurda creciera más.

Caminé por el pasillo intentando no toparme con mi padre o mi madre en el camino. Llegué al comedor y fui hasta la vitrina, escogiendo el par más bello de copas expuestas. Sí, serían las más especiales. Levanté la cabeza y regresé a la bodega con pasos firmes, decidida a recuperar la compostura.

Yo no sería humillada por mí misma.

Cuando entré, Vincenzo estaba apoyado casualmente en una estantería, las manos en los bolsillos, su mirada fija en mí.

—Veo que encontró las copas —dijo con voz baja, seria. Sus ojos se dirigieron a las copas de la bodega, claramente esperando una explicación.

Sentí el peso de su mirada.

—Quise servirle en una copa más especial —respondí, intentando tragar saliva discretamente.

Él se encogió de hombros, la expresión imperturbable, pero había algo en sus ojos que me ponía nerviosa. Curiosidad, tal vez. O algo más peligroso.

Tomé la botella de vino Imperiale, sintiendo mis dedos temblar levemente mientras giraba el corcho con cuidado. Había planeado servir un vino cualquiera, pero cambié de idea. Decidí ser auténtica.

Sí, iba a beber con él. Haría lo posible por no parecer tan tonta, aunque me sintiera la más ingenua de las mujeres frente a un hombre tan atractivo y perfumado.

Él agradeció con un leve gesto cuando le entregué la copa con el propio vino. Tomé la mía y me apoyé en el mostrador frente a él, sintiendo el ambiente cargado por el silencio entre nosotros.

—¿Qué le pareció mi elección? —pregunté, mi voz sonando más segura de lo que me sentía. Sabía que estaba apelando, adulándolo descaradamente.

Dios mío, ¿qué me estaba pasando? Debería mostrar desinterés, alejarme. Pero, en lugar de eso, lo estaba incitando claramente a

interesarse por mí.

Él giró levemente la copa entre los dedos, observando el líquido antes de responder.

—Dije que estaba seguro de su buen gusto.

Sin esbozar una sonrisa, dio un sorbo, los ojos nunca apartándose de los míos. Tragué en seco e hice lo mismo, bebiendo un pequeño trago. El vino era fuerte, con cuerpo. No estaba acostumbrada al alcohol y sentí el calor inmediato bajando por mi garganta.

—Este vino —empezó él, con la voz grave llenando la sala— es producido por mi familia desde hace siglos. Cada uva es escogida manualmente, recolectada en el momento perfecto. Después, hay un proceso meticuloso de fermentación y envejecimiento en barriles de roble, lo que le confiere ese sabor único.

Se detuvo un momento, tomó otro sorbo y, luego, continuó, inclinándose levemente hacia adelante, como si quisiera que escuchara cada palabra.

—Por eso es tan bueno, Aurora. Así como un orgasmo intenso, el vino perfecto no sucede por casualidad. Es el resultado del tiempo, la paciencia y la atención cuidadosa a los detalles. Cada capa necesita ser descubierta, saboreada, para que el final sea tan satisfactorio como el inicio.

Mis mejillas ardían. Habló con una naturalidad que parecía fuera de lugar, pero su voz cargaba algo más, una provocación implícita.

—Creo que entendí —murmuré, mi voz saliendo casi como un ronroneo.

Intenté mantener la expresión neutra, pero sabía que estaba fracasando miserablemente. Tomé otro sorbo del vino, más largo esta vez, para evitar mirarlo directamente.

—Cuando nos casemos, lo entenderás —respondió, encogiéndose de hombros de una forma que parecía restarle importancia a la seriedad

de sus palabras, mientras daba otro trago al vino que brillaba bajo la luz del ambiente.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que nos casaremos? —pregunté, impactada por la naturalidad con que hablaba de un tema tan íntimo y futuro.

Depositó la copa sobre la encimera con un movimiento cuidadoso y se acercó a mí, atrapando mi cuerpo entre el suyo y el mostrador de madera fría. El calor de su presencia contrastaba con el frío del mostrador.

—¿Quieres saberlo? —susurró en mi oído, su voz baja y seductora provocando escalofríos que recorrieron mi espalda como una corriente eléctrica.

—Sí.

Con una facilidad y agilidad que me dejaron sin aliento, tomó la copa de mi mano y, de un movimiento rápido, me levantó, colocándome sentada sobre el mostrador. Abrí los ojos de par en par, instintivamente apoyándome con las manos a cada lado para mantener el equilibrio.

—¿Qué está haciendo? —pregunté, sintiendo mi corazón golpear fuerte contra el pecho, un tambor de ansiedad y excitación.

Él puso una mano firme sobre mi muslo, la otra deslizándose hacia mi cintura y, entonces, con una lentitud torturante, deslizó la mano por debajo de mi vestido. Intenté resistirme, pero me silenció con un "Sssss" mientras su mano avanzaba sobre mi piel caliente, casi en llamas.

—Esto es...

—Después de esto, dime que no vas a querer dormir a mi lado todas las noches —dijo con una certeza que me desarmó, su mano alcanzando mi ropa interior.

Separó más mis piernas con un movimiento preciso, sus dedos firmes y calientes apartando la tela, encontrando mi carne que

reaccionó de inmediato a su toque, como si hubiera estado esperándolo.

—Como sabía, estás empapada, Aurora —dijo, mirándome con ojos que brillaban como los de un lobo hambriento.

—Déjeme salir de aquí —murmuré, mi voz ahogada por el deseo y la vergüenza que se mezclaban dentro de mí.

—Sólo después de confesar que estás loca por ser mi esposita —dijo, moviendo su dedo en mi abertura, cada movimiento un nuevo choque de placer.

—Ohhhh... esto está tan mal, usted no debería...

—Debería, sí —insistió, su rostro pegado al mío, su respiración tan cercana que casi me dejaba sin aire, el calor de su aliento mezclándose con el mío.

Movió los dedos sobre mi clítoris, cada caricia enviando ondas de placer que amenazaban con deshacerme, mientras acariciaba mi rostro con el suyo, intensificando la sensación de cercanía y deseo.

—Te elegí como mi esposa, Aurora. Por eso estoy seguro de que nos casaremos —dijo, mientras un placer inédito parecía a punto de consumirme, llevándome a un clímax que apenas podía comprender.

Cuando estaba a punto de gritar, retiró la mano y, dejándome en un estado de desesperación y frustración, llevó los dedos a la boca y los chupó, provocativo, antes de tomar la copa a mi lado y beber un largo y lento sorbo del líquido.

Eso me dejó jadeante y avergonzada, sintiéndome abandonada por su toque.

—Usted... —dije, pero las palabras murieron en mis labios cuando colocó la copa en mi boca, obligándome a dar un sorbo, el sabor del vino mezclándose con el gusto de nuestra tensión.

—No luches contra ti misma, sé una buena niña y entrégate al placer de vivir intensamente —concluyó, sus ojos llenos de promesas de

más noches como esa, de toda una vida de placeres compartidos entre nosotros dos.

Yo tenía razón. Él era un ángel. Un príncipe.

Por más que mi orgullo gritara, intentando apartarme, intentando impedir que cediera a esa idea insana, todo en mí ya empezaba a aceptar lo inevitable. Tenía algo que me hacía querer olvidar cualquier resistencia.

Yo estaba completamente atrapada. No por el mostrador. No por su fuerza. Sino por la forma en que conseguía transformar cada palabra, cada gesto, en algo que me robaba el aire de los pulmones.

—El vino estaba excelente, pero creo que, para una joven de familia, no es tan apropiado pasar tanto tiempo en compañía de un hombre —dijo, ajustándose la corbata con la misma elegancia que usaba en cada movimiento.

Entonces, abrió una sonrisa perfecta. Ese tipo de sonrisa que nos envuelve, nos atrae como un imán, sin que percibamos que estamos siendo conducidas hacia el fondo de un abismo.

—Vamos. Quiero oírte tocar el piano —completó, con un encanto casi imposible de ignorar.

No podía creerlo, pero sabía lo que estaba sucediendo. Me estaba enamorando. De un hombre al que acababa de conocer, el primer día en que nuestros caminos se cruzaron. ¿Y lo más absurdo? Sería mi marido.

De repente, parecía que la vida había decidido darme una oportunidad. Una oportunidad de ser feliz sin tener que huir, sin tener que abandonar todo y empezar de cero. Una oportunidad de ser yo misma, sin máscaras, sin fingimientos.

Y eso era aterrador. Pero, al mismo tiempo, era una sensación que calentaba mi corazón de una forma que nunca antes había sentido.

Disfrazaba una sonrisa mientras me sentaba frente al piano, acomodándome con cuidado. Mi respiración estaba más acelerada

de lo normal, pero necesitaba mantener la compostura. Mis padres y Vincenzo me observaban atentamente desde el sofá, sus miradas casi perforando mi alma, como si aguardaran algo grandioso. Todos parecían ansiosos por el espectáculo que, por primera vez, yo estaba orgullosa de ofrecer. Noté que sus guardaespaldas no miraban en mi dirección.

Ahora, ya no me sentía como un objeto exhibido. Al menos, no por parte de Vincenzo. La forma en que me miraba era distinta, intensa, como si estuviera interesado no solo en lo que iba a tocar, sino en mí. Me sentía como alguien que se mostraba ante su…

Sacudí la cabeza con rapidez, intentando alejar aquel pensamiento peligroso. No. No podía dejar que mi mente siguiera ese camino, no cuando él ya ocupaba demasiado espacio en mi cabeza. Respiré hondo, permitiendo que mis dedos se deslizaran suavemente por las teclas, iniciando la melodía.

El sonido del piano llenó el ambiente, resonando con una dulzura que parecía reflejar exactamente cómo me sentía en ese momento: vulnerable y nerviosa, pero también extrañamente poderosa. Cada nota fluía con delicadeza, aunque dentro de mí había un caos que no lograba controlar.

Lo ocurrido en la bodega no salía de mi mente. El calor de su toque aún parecía latir en mi piel, haciendo vibrar todo mi cuerpo de un modo que la música solo intensificaba. Vincenzo De Luca me atraía más de lo que podía resistir y allí estaba él, analizándome cuidadosamente. Eso me ponía nerviosa.

Sabía que mis padres estaban atentos, evaluando cada movimiento mío, pero mis ojos insistían en buscar a Vincenzo. Y cuando lo encontraba, un escalofrío me recorría. Me observaba con calma, sus ojos grises fijos en mí como si quisieran descifrar cada fragmento de mi ser.

Cuando la última nota sonó, mi madre fue la primera en aplaudir, su entusiasmo evidente.

—¡Bravo, hija! —exclamó, sonriendo orgullosa.

Poco a poco, mi mirada se desvió hacia Vincenzo. Estaba allí, sentado con una postura relajada, pero sus ojos me sostenían con una intensidad que me hacía sentir desnuda, expuesta. Abrió una sonrisa discreta que me hizo sonrojar.

Comenzó a aplaudir, con calma, sin prisa, como si quisiera reforzar que estaba impresionado, pero sin perder ese control que parecía ser su marca registrada.

Mi corazón se aceleró.

En ese instante supe que no tendría paz. Vincenzo De Luca estaba en mi mente y soñaría con él toda la noche. Ese pensamiento, por más absurdo que pareciera, se había adherido a mí, dejándome en un estado de excitación y confusión que no sabía cómo controlar. Era una joven enamorada a primera vista.

Cuando llegó la hora de que se marchara, sentí un nudo en el pecho. Quería que me llevara con él. Era una locura admitirlo, incluso para mí misma, pero la idea de quedarme allí sin él me resultaba insoportable.

Claro que no me atreví a demostrarlo. No di ninguna prueba, ningún indicio de que me había conquistado en pocas horas. Me mantuve firme, con una leve sonrisa en los labios, mientras mi mente ya trazaba un plan. En cuanto él saliera, iría directo a mi habitación, abriría el portátil y revolvería internet en busca de cada detalle sobre Vincenzo De Luca.

—Señorita Colombo —dijo, acercándose con esa mirada que parecía atravesarme. Tomó mi mano con delicadeza y la llevó a sus labios, depositando un beso suave que erizó mi piel.

Su gentileza me irritó. No quería que fuera tan cuidadoso, tan controlado. Yo quería… ni siquiera sabía lo que quería. Solo sabía que no deseaba que se marchara tan pronto.

Hice un pequeño gesto con la cabeza, intentando mantener la compostura mientras una leve sonrisa aparecía en mis labios. Se

despidió de mis padres con la misma calma y elegancia, como si fuese el dueño absoluto de todo lo que lo rodeaba.

Y, entonces, se fue, acompañado de sus guardaespaldas.

Me quedé de pie por unos segundos, mirando la puerta que ahora estaba cerrada, intentando ordenar mis pensamientos. Pero era imposible.

Ya estaba imaginando cómo sería elegir mi vestido de novia. Al fin y al cabo, no era cuestión de "si" nos casaríamos. Era cuestión de "cuándo."

VINCENZO De Luca

Si ya estaba interesado antes, después de verla, no había más motivo para esperar. Ella sería mía, y punto final.

—Empiece los preparativos para la boda. Quiero la mejor fiesta de toda Italia —instruí a mi secretaria por teléfono, en cuanto el coche comenzó a moverse, dejando atrás la residencia Colombo.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea antes de que Amanda respondiera, con la voz vacilante:

—¿Está seguro, señor? —preguntó, casi tartamudeando—. ¿De verdad va a casarse?

Puse los ojos en blanco, la paciencia desgastándose rápidamente. Su vacilación era irritante, un sonido agudo que cortaba mi concentración.

—¿Eres una reportera o eres la jodida secretaria mía? —pregunté, con la voz cortante.

Amanda Standler era eficiente, igual que todos los que trabajaban para mí. Ese era el requisito mínimo. Yo exigía excelencia, nada menos. Mi problema, sin embargo, fue haber cedido a la debilidad de meterle la polla. Ahora ella pensaba que tenía derecho a cuestionar las decisiones de mi vida, como si fuera algo más que una pieza útil en mi rutina.

Amanda se ocupaba exclusivamente de mi vida pública. Era ella quien asistía a las reuniones con inversores y trataba con la prensa, siempre dispuesta a proteger la imagen que yo necesitaba mantener. Pero no tenía el menor vínculo con la mafia, ni idea de lo que realmente se escondía tras el nombre Vincenzo De Luca. Para ella, yo era solo el magnate del vino. El verdadero Vincenzo estaba más allá de lo que ella podía imaginar.

—Soy su secretaria, pero también le sirvo como amante, y pensé que… —Su voz sonaba más atrevida de lo que debía, un tono que me hizo fruncir el ceño.

—Tú y muchas otras, Amanda. El sexo es solo una distracción, así que deja de pensar, ¿ok? —interrumpí sin un ápice de paciencia—. ¿Podemos volver a hablar de mi boda?

El silencio al otro lado de la línea me trajo un breve alivio. Sabía que estaba procesando el golpe, probablemente con las mejillas ardiendo de vergüenza. Bien, era mejor así. Amanda tenía que entender su lugar en mi vida: conveniente, pero desechable.

—Señor De Luca, discúlpeme —dijo finalmente, su voz regresando al tono profesional—. Organizaré una boda espectacular. ¿Para cuándo?

—Sesenta días. Envía las invitaciones a mi lista VIP de invitados eventuales —ordené, directo y firme. Entonces, antes de que pudiera responder, añadí con frialdad: —Y, Amanda…

—¿Sí, señor?

—Si quieres conservar tu trabajo, olvida que ya te he follado. De lo contrario, será un problema muy serio para ti —afirmé implacablemente, sin dejar espacio para malentendidos.

Trató de responder, pero colgué sin escuchar. No tenía tiempo para más rodeos. Me recosté en el asiento de cuero del coche, observando el reflejo de las luces de la ciudad deslizándose por las ventanas. Las calles de Palermo estaban tranquilas, pero mi interior estaba agitado.

Aurora Colombo. Su nombre no salía de mi mente, repitiéndose como un eco. Su visión, la forma en que me miró, cómo se sonrojaron sus mejillas cuando le hablé, todo parecía perfecto para atraerme. Sabía que no lo hacía a propósito. Era genuino y, quizás por eso, tan irresistible.

Ella no era solo un deseo pasajero. Aurora era mi decisión, mi próximo movimiento. No la necesitaba únicamente como esposa para consolidar mi posición y mi futuro. La quería por completo. Esa jovencita pura e inocente sería mía para profanarla y darle la vuelta por completo.

Todavía sentía su sabor en mi lengua, dulce, llena de lujuria en mis dedos. Era un coño tan suave y caliente, húmedo, apretado, cerrado, perfecto para mí. ¿Y esos ojos sedientos y, al mismo tiempo, tan tímidos? Estaba demasiado ansioso.

Mientras el coche avanzaba por la larga avenida que llevaba a mi residencia, sonreí para mí mismo. Sesenta días.

Sesenta días serían más que suficientes para planear la boda de ensueño de cualquier mujer. Pero, para mí, sesenta días eran casi una eternidad. Una espera demasiado larga. Aun así, valdría cada segundo.

Iba a casa a descansar. En unos días, estaba programado un viaje de negocios, pero no eran negocios convencionales. Necesitaba resolver personalmente un acuerdo con la familia Caruso, una de las pocas que se atrevían a competir conmigo en territorio. La negociación era delicada e implicaba el control de una ruta estratégica para el transporte de mercancías ilegales. Armas y dinero sucio eran el núcleo del acuerdo, pero, para mí, se trataba mucho más de poder y dominio que de simple lucro.

Los Caruso tenían una posición fuerte en Nápoles, y esa ruta era vital tanto para ellos como para mí. Un error y toda la alianza que manteníamos con ellos podía desmoronarse, trayendo más problemas de los que quería manejar en ese momento. Prefería resolver todo con un tiro en la frente, pero ellos eran demasiado

valiosos para el equilibrio. Era un juego peligroso, pero yo sabía exactamente cómo jugarlo.

Si fuera una noche común, después de una reunión como esa, probablemente acabaría en uno de mis burdeles favoritos, eligiendo a dedo a las mujeres que calentarían mi cama. Tres coños diferentes, como mínimo, rodeado de varios pares de tetas rebotando en mi cara, antes de volver a casa. Así solía apagar el estrés del día.

Pero, esta vez, nada de eso parecía importar. Mi atención no estaba en cuerpos desechables ni en el placer momentáneo que pudieran ofrecer. Mi pensamiento estaba fijo en otra cosa. O mejor dicho, en otra persona.

La luna de miel.

En sesenta días, Aurora sería mi esposa. Sesenta días hasta que me perteneciera por completo, y todo lo que yo pudiera ofrecer a cambio sería suyo. Por primera vez en años, estaba verdaderamente ansioso por algo más allá de los negocios, algo que iba más allá del poder y la violencia.

Sonreí para mí mismo en el reflejo de la ventana del coche.

Haría que los Caruso doblaran las rodillas ante mí, pero, esta vez, mi verdadero premio no estaba en Nápoles ni en ninguna ruta de contrabando. Estaba en un vestido rojo, con unos ojos que escondían una rebeldía que apenas podía esperar para explorar.

Aurora Colombo. Mi nuevo motivo para vencer.

CAPÍTULO 5 - Quero ser sua
AURORA Colombo

— Muy bien, Aurora — dijo mi padre, mientras aflojaba la corbata y soltaba un suspiro de alivio. — Se interesó por ti. Parece que habrá boda.

— Yo también estoy segura de que quedó encantado con nuestra hija — afirmó mi madre, sonriendo con orgullo, con un tono tan satisfecho que parecía estar celebrando una victoria personal.

Mi padre, lleno de curiosidad, se acercó a mí, inclinándose hacia adelante con una mirada inquisitiva.

— Aurora, dime, ¿cómo fue cuando se quedaron a solas en la bodega? ¿Qué pasó? ¿Qué te dijo? ¿Qué hizo?

Di un paso hacia atrás, sintiendo el peso de las preguntas indiscretas y consciente de que no debía decir nada. Aquello sería embarazoso.

— Bueno, él… — balbuceé, intentando escoger palabras que no revelaran demasiado.

— ¿Él intentó besarte? — insistió mi padre, con un brillo de expectativa en los ojos, como si estuviera a punto de confirmar una suposición.

— ¿Por qué quieres saber eso? — pregunté, mi voz teñida de incomodidad mientras trataba de esquivar su insistencia.

— Perfecto, lo intentó — afirmó él, ignorando mi pregunta y sacando su propia conclusión.

— Papá, ¿usted quería eso? ¿Quería que yo…? ¡Usted prácticamente me lanzó encima de él! — reclamé, mi voz cargada de dolor e indignación.

— Estoy seguro de que te acostaste con él, ¿verdad? — disparó, y mi mano fue instintivamente a la boca, escandalizada por la grosería

de la pregunta. — Por el tiempo que tardaron, ahora él va a cumplir su palabra y…

— Padre, él no hizo nada conmigo — lo interrumpí con voz firme. Respiré hondo antes de continuar. — Se va a casar conmigo, pero no para cumplir nada, sino porque me desea — casi grité, mi voz quebrada, pero determinada.

Mi padre abrió mucho los ojos y, en seguida, una sonrisa interesada y satisfecha apareció en su rostro. Se frotó las manos con deleite, como si acabara de ganar una disputa.

— Perfecto, mejor aún — dijo, casi con entusiasmo, como si eso reforzara el valor de su decisión.

Era exactamente eso. Mi padre me estaba vendiendo, como si yo fuera un objeto, una muñeca perfectamente arreglada para cumplir su función. Una transacción, nada más. Yo lo sabía. Todos en la sala lo sabían. Y, aun así, me vi intentando tragar la humillación y la indignación que amenazaban con desbordarse.

Por suerte para mí, Vincenzo no parecía estar comprándome. Él me deseaba. Y, de alguna manera, esa diferencia parecía cambiarlo todo.

— Me casaré con él y seré feliz; me dejará vivir intensamente, me lo dijo — afirmé, recordando las palabras de Vincenzo. Mi voz tenía un toque de esperanza y determinación, como si por fin estuviera tomando el control de mi destino, de mi vida.

— ¡Eso es maravilloso! — exclamó mi padre, la satisfacción evidente en su voz. — Finalmente estoy feliz de tener una hija mujer. Formaré parte de la familia De Luca. — Soltó una carcajada, un sonido que resonó en la sala antes de dar la espalda y alejarse con pasos largos, como si ya estuviera saboreando los frutos de lo que consideraba una gran victoria.

Mi madre, siempre más contenida, se acercó con una sonrisa serena y me atrajo hacia un abrazo.

— Querida, muy bien. Vincenzo parece ser un buen muchacho — dijo ella, acariciando mi cabello de forma casi maternal. — Todos estarán felices con esta boda — concluyó, como si eso fuera una certeza que llevaba con orgullo.

Si había algo que realmente me hacía feliz, era la posibilidad de salir de aquella realidad asfixiante. Una vida moldeada por expectativas, control y obediencia ciega. Vincenzo me prometía placer, intensidad y… ¿libertad?

No sabía si era una locura confiar en las pocas palabras que me había dicho, pero, por primera vez en mi vida, veía una posibilidad real delante de mí. Él no parecía verme como un objeto para exhibir o manipular, como lo hacía mi padre. Había algo en sus ojos que me hacía creer que veía más allá de la hija obediente de Massimo Colombo.

Y eso me asustaba. Me excitaba. Me hacía querer saber hasta dónde esa nueva realidad podría llevarme.

— Qué bien, mamá — respondí, intentando parecer indiferente, pero mi mente ya estaba a mil.

En cuanto quedé sola, mi corazón seguía latiendo como si estuviera a punto de explotar. Corrí a mi habitación, casi tropezando con mis propios pies, y cerré la puerta con fuerza. Tomé mi laptop y lo coloqué sobre mis piernas, sentándome en la cama. Mis manos temblaban ligeramente mientras tecleaba: Vincenzo De Luca.

Presioné "Enter" y mordí mis labios, nerviosa. Los segundos que la pantalla tardó en cargar me parecieron años. Movía los pies, intentando disimular la ansiedad, pero cuando aparecieron los resultados, mi respiración se detuvo.

¡Había tantas fotos y titulares!

Cliqué en la primera foto. Él estaba en un evento de gala, usando un traje impecable, sosteniendo una copa de vino. Detrás de él, figuras importantes de la sociedad italiana parecían casi opacadas por su

presencia. ¿Cómo puede alguien irradiar tanta confianza? pensé, mordiéndome la comisura del labio.

Pasé a otra imagen. Ahora estaba en un ambiente al aire libre, una sonrisa discreta en los labios mientras sostenía una botella de vino. El contraste en blanco y negro hacía que sus rasgos parecieran aún más fuertes. ¿Ese hombre es real? pensé, sintiendo mis mejillas arder.

Seguí deslizando. Había un artículo destacado: "Vincenzo De Luca: el magnate del vino italiano". El texto insinuaba que era tan influyente en los negocios como en los bastidores políticos.

¿Entonces controla más que vino?

Otro reportaje llamó mi atención. "El soltero más codiciado de Italia". Soltero hasta ahora, pensé, sintiendo una punzada extraña en el pecho. Las fotos que acompañaban el artículo lo mostraban rodeado de mujeres hermosas, pero siempre con una expresión neutra, casi aburrida. Parecía inalcanzable, como si nadie allí fuera realmente interesante para él. Y eso me hacía sonreír, porque él había mostrado interés en mí.

Deslicé un poco más. Otro titular: "Acusación de soborno archivada por falta de pruebas". Mi corazón se aceleró. El artículo era más sombrío, sugiriendo que tenía aliados en lugares estratégicos. Las palabras "implacable" y "peligroso" aparecían varias veces.

¿Dios mío, en qué me estoy metiendo?

Me encogí de hombros, seguramente eran solo acusaciones sin pruebas, por eso habían sido archivadas.

Cliqué en otra foto. Estaba en un yate, con una camisa de lino abierta en el cuello, gafas de sol cubriéndole los ojos. El mar de fondo parecía tan tranquilo como él. Pasé los dedos por la pantalla, casi hipnotizada.

Seguí bajando, mis dedos vacilantes sobre el touchpad. Fotos, eventos, reportajes… Todo parecía tan calculado, tan perfecto, hasta que mis ojos se detuvieron en algo distinto. Una imagen granulada,

parecía haber sido tomada sin permiso. El pie de foto decía: "Vincenzo De Luca captado en el gimnasio".

Cliqué sin pensar y la foto se abrió en pantalla completa. Fue como recibir un golpe en el estómago.

Estaba de espaldas, pero ligeramente girado, lo suficiente para que su rostro quedara parcialmente visible. Vincenzo estaba distraído, sosteniendo una enorme pesa en una de sus manos, el otro brazo flexionado, mostrando músculos perfectamente esculpidos. El pecho desnudo estaba cubierto por una fina capa de sudor, y cada línea de sus músculos parecía más nítida de lo que debería estar permitido.

Contuve la respiración sin darme cuenta. No era una foto planificada, pero eso solo la hacía aún más… cruda. Real. En sus fotos públicas parecía inalcanzable, pero allí, se veía peligroso de un modo más humano. Más tentador.

Bajé el laptop, intentando recuperar el aliento. Mi corazón estaba desbocado y mis manos temblaban levemente. No debería haber hecho clic. No debería haber visto eso. Vincenzo De Luca era mucho más de lo que yo estaba preparada para manejar.

Cerré los ojos por un momento, pero la imagen estaba grabada en mi mente. Ese pecho desnudo, los hombros anchos, el cabello ligeramente despeinado por la actividad física… Parecía un depredador, incluso en un momento de distracción.

Abrí los ojos de nuevo, abrí el laptop y miré la pantalla. ¿Por qué tenía que ser así? pensé, mordiéndome el labio inferior. Debería estar asustada, pero lo único que lograba sentir era el calor subiendo por mi cuerpo.

Aurora, ¿qué estás haciendo contigo misma? pensé, cerrando el laptop con fuerza.

Pero ya era demasiado tarde. Ese hombre ya se había adueñado de mis pensamientos.

Me tumbé en la cama con el corazón desbocado, el calor subiendo por mi cuello hasta alcanzar mis mejillas. Cerré los ojos, intentando

ignorar los pensamientos que me invadían, pero estaban allí, insistentes e inevitables. Recuerdos de cómo Vincenzo me había tocado en la bodega llenaron mi mente como una película reproduciéndose en cámara lenta.

Cada detalle de ese momento parecía más vívido ahora. El calor de su mano firme sobre mi piel, el toque que parecía dominar cada centímetro de mi cuerpo. El modo en que su voz sonaba baja y ronca.

Mis manos se movieron instintivamente, deslizándose por el tejido del vestido. Primero por los brazos, luego descendiendo por las curvas de mi cuerpo. Toqué mis piernas, sintiendo la textura suave del vestido bajo mis dedos, pero lo que realmente sentía era el recuerdo de sus manos. Era como si todavía estuviera allí, demasiado cerca, tan cerca que mi cuerpo parecía responder a su presencia incluso en la ausencia.

Me mordí el labio inferior, intentando controlarme, pero mi mente no me obedecía. La intensidad de ese momento en la bodega, la forma en que él me provocó, todo regresaba con una claridad que me dejaba sin aliento.

— Vincenzo… — Su nombre escapó de mis labios en un susurro involuntario, mientras mi corazón se aceleraba aún más.

Subí la mano lentamente entre mis muslos, sintiendo la piel suave y caliente, abriéndolos conforme mi deseo lo exigía. No sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero la necesidad era incontrolable. Miré la pantalla del laptop, donde su imagen aún estaba: guapo, delicioso, peligroso, viril. Nunca había hecho eso antes, pero llevé la mano bajo mi braga, imitando lo que Vincenzo había hecho.

— Ahh, Vincenzo… — solté el aire, gimiendo, sintiendo un deseo ardiente crecer dentro de mí. Lo quería, necesitaba esa sensación.

Empecé a estimularme, adorando la sensación de tocar mi propia piel, el recuerdo de él invadiéndome. Mi vestido estaba

completamente subido, revelando mi piel temblorosa y mojada. Estaba tumbada en mi cama, sin una pizca de vergüenza, las piernas bien abiertas, la braga ya empapada con mi deseo.

— Ohhh, eso… — gemí, sintiendo un placer nuevo e intenso acercarse, mi clítoris palpitando con cada roce.

Me movía contra mi propia mano, imaginándolo allí, su boca en mi coño, el calor de su aliento, su lengua explorando. Hasta que me giré boca abajo, aún estimulándome, ahogando el grito en el colchón, sintiendo mi clítoris estremecerse y el mundo explotar en ondas placenteras a través de mi cuerpo.

— ¡Ohhhh, Vincenzo! ¡Eso estuvo muy bueno! — exclamé, mirando su foto en la pantalla, temblando de placer.

Jadeé, intentando recuperar el aliento, mi corazón acelerado, mi coño aún estremeciéndose de satisfacción. La realidad me golpeó y, aunque me sentía avergonzada por lo que había hecho, la ansiedad por casarme con él y descubrir lo que podría hacer conmigo solo aumentaba. Si en pocas horas con él ya había aprendido eso, ¿qué aprendería en una noche entera?

— Ohh, Vincenzo, deseo tanto ser tuya — susurré. — Llévame lejos de aquí…

El sol brillaba intensamente, calentando el jardín de mi casa mientras Alessia y yo nos acomodábamos bajo la sombra de un olivo antiguo. Yo sostenía un lienzo en blanco, pintura y pinceles, todos los regalos que ella me había traído. Alessia siempre encontraba una forma de arrancarme de la monotonía, incluso cuando el peso de mi futuro parecía aplastante.

Su cabello castaño claro caía en ondas naturales hasta los hombros, siempre bien cuidado, pero sin esfuerzo. Tenía ojos marrones, su piel clara, ligeramente bronceada por el sol, combinaba perfectamente con las pecas que adornaban su nariz y mejillas. Siempre bien vestida, sabía equilibrar elegancia y naturalidad, y aquella mañana

no fue diferente: llevaba un vestido de algodón azul claro que realzaba su figura esbelta, combinado con un sombrero de paja.

—¿Cómo así, amiga? ¿Es en serio esto? ¿Vas a casarte con Vincenzo De Luca? —preguntó ella, demasiado entusiasmada para lo que debería ser una noticia sobre mi destino, no el suyo.

Rodé los ojos y suspiré, colocando el lienzo en el caballete improvisado. Alessia era hija de uno de los amigos de mi padre, tan conservador como él. Afortunadamente, ella y yo teníamos una amistad que superaba las tradiciones anticuadas de nuestras familias.

—Voy a casarme, pero ¿por qué pareces tan emocionada si soy yo la que va a casarse? —pregunté, arqueando una ceja. Intenté sonar molesta, pero sabía que mi voz traicionó una pizca de celos.

Ella rió, sentándose en el banco a mi lado y ajustando el sombrero de paja que llevaba.

—¿Será porque es uno de los hombres más buenos que he visto? —respondió Alessia, ocultando una sonrisa maliciosa tras las manos.

Sentí mi rostro enrojecer de inmediato. Vincenzo era atractivo, sí, pero odiaba el hecho de que Alessia se sintiera tan cómoda diciéndolo en voz alta. Volví a rodar los ojos, intentando mantener la compostura.

—Tú crees que todos son guapos. No sé cómo puedes —murmuré, tomando un pincel y sumergiéndolo en la pintura.

Pero tenía que darle la razón, aunque fuera internamente. Vincenzo era irresistible. Y, a pesar de todo, ahora él era... mío.

Alessia resopló.

—Ay, vamos, Aurora. ¿No estás ni un poquito emocionada por estar comprometida con él? Quiero decir, es poderoso, guapo y, según dicen, muy educado. Podías haber terminado con un hombre gordo, viejo y repugnante.

Hice una mueca.

—Gracias por recordarme las horribles posibilidades. Pero eso no quiere decir que no esté asustada, Alessia. Es todo tan... grande.

—¿Grande? —preguntó, parpadeando con curiosidad, pero pronto soltó una carcajada—. Ah, ya entendí.

—¡Alessia! —exclamé, lanzándole una bolita de papel en su dirección, aunque riendo también.

Ella se inclinó hacia adelante, los ojos brillando con una mezcla de curiosidad y envidia.

—Entonces cuéntame. ¿Cómo es él? No en los periódicos ni en fotos, sino en persona.

Mi mente regresó de inmediato a la cena, a la forma en que me miró, al peso de su presencia y al modo en que parecía estar siempre en control. Suspiré, intentando no sonar soñadora.

—Es... intenso. ¿Sabes cuando una persona entra en una sala y sientes como si el aire hubiera cambiado? —comencé, buscando las palabras adecuadas—. Él es así. Alto, ojos grises que parecen desnudarte, y esa sonrisa... Alessia, es como si supiera algo que nadie más sabe.

Ella me miró, boquiabierta.

—Estás enamorada.

—¡No lo estoy! —protesté de inmediato, pero sabía que mi voz sonaba demasiado defensiva.

—¡Sí lo estás! Mírate, toda sonrojada y sonriendo. Él ya te conquistó, Aurora. Acéptalo.

Volví a rodar los ojos, pero no respondí. En lugar de eso, tomé el pincel y empecé a trazar las primeras líneas en el lienzo. Pintar siempre había sido mi manera de escapar, pero en ese momento, ni el arte podía apartarme de los pensamientos sobre Vincenzo.

Alessia se inclinó para observar mi trabajo.

—Lo estás pintando a él, ¿verdad?

Detuve el pincel un segundo y luego continué.

—Tal vez.

Ella soltó una carcajada y yo intenté disimular mi risa también.

Me sentía diferente, me sentía más... mujer.

Sostenía el pincel con delicadeza, mirando la tela donde los trazos de Vincenzo De Luca comenzaban a surgir. No era exactamente una obra maestra, pero logré capturar algo. Sus ojos. No sabía cómo lo había conseguido, pero su mirada parecía estar allí, fija en mí. Suspiré, satisfecha con el resultado. Alessia, a mi lado, suspiró también, apoyando el mentón en las manos mientras observaba.

—¿Ves? Estás completamente encantada con él —dijo, provocándome.

—No empieces —repuse, intentando no sonrojarme, pero fracasando miserablemente.

El sonido de un coche entrando en la propiedad interrumpió nuestro momento. Alessia y yo nos miramos con curiosidad antes de dejarlo todo y correr hacia la entrada. Nos escondimos detrás de un árbol, espiando la escena.

Un coche negro se había estacionado cerca de la entrada. Un mensajero, vestido con un traje impecable, bajó del vehículo cargando un ramo de flores coloridas y un sobre. Entregó todo al mayordomo de la casa, que mantuvo su porte elegante y serio. Alessia y yo nos miramos con aún más curiosidad.

—¿Quién será? —susurró Alessia, con los ojos brillando—. ¿Será Vincenzo? ¿Serán las flores para ti?

—No sé, pero vamos a descubrirlo —respondí, limpiándome las manos manchadas de pintura en mi falda antes de dirigirme hacia la casa.

Entramos juntas en la sala, mi corazón acelerado por la curiosidad y la ansiedad de saber si las flores eran para mí. El mayordomo todavía sostenía el ramo y el sobre cuando nos vio.

—Señorita Aurora —dijo, caminando hacia mí—. El mensaje es para usted.

—¿Para mí? —pregunté, eufórica, mientras tomaba las flores y el sobre.

Alessia prácticamente saltaba a mi lado. Su entusiasmo era contagioso.

Estaba admirando las flores, sosteniéndolas delicadamente en las manos. Los colores vibrantes parecían iluminar la sala, y cada pétalo tenía una perfección que no podía dejar de observar. Las llevé a la nariz, cerrando los ojos mientras inhalaba el perfume suave que me recordaba a la primavera. Era dulce, fresco y encantador, como si hubieran sido escogidas una a una para transmitir un mensaje que las palabras no podrían.

Eran hermosas.

—¿No vas a abrir el sobre? —preguntó ella, dándome un codazo en el brazo.

—Claro que sí —respondí, sintiendo un nudo en el estómago mientras sostenía el sobre con cuidado.

Antes de que pudiera romper el sello, la figura de mi padre apareció en la puerta de la sala. Su presencia, como siempre, era autoritaria, y de inmediato entrecerró los ojos al ver lo que yo sostenía.

—¿De qué se tratan esas flores y ese sobre, Aurora? —preguntó, su voz cargada de sospecha.

—Es... nada, papá... —mentí, escondiendo el sobre detrás de mi espalda.

Pero él fue más rápido. Con un movimiento firme, arrancó el sobre de mis manos.

—¡No, papá! —grité, intentando impedirlo.

Ignoró por completo mis protestas y abrió el sobre. Su expresión se transformó en algo entre satisfacción y orgullo al leer el contenido.

—Muy bien, Aurora. Lo has logrado encantar —declaró, cerrando el sobre con cuidado.

—¿Qué está escrito ahí? —pregunté, con la curiosidad a flor de piel.

—Solo la confirmación de que está interesado en ti. —Mi padre sonrió, casi riéndose—. Vincenzo De Luca no envía flores y cartas tan cálidas a cualquiera.

Alessia intentó espiar por encima de su hombro, pero mi padre guardó rápidamente el papel en el bolsillo de su chaqueta.

—No quiero que lo arruines todo, Aurora. Es tu oportunidad de demostrar que sabes ser una buena hija. No te atrevas a decepcionarme —dijo antes de salir de la sala, aún con el sobre en las manos.

Alessia me miró con las cejas arqueadas, y yo rodé los ojos.

—Es insoportable —murmuré, cruzando los brazos.

—¡Pero Vincenzo te mandó flores! —dijo Alessia, dándome un codazo con una sonrisa traviesa—. ¡Eso es increíble! ¿Qué estaría escrito en esa carta?

—Nunca lo sabré. Él se la quedó —respondí, frustrada.

Miré las flores coloridas en mis manos, y la idea de que él pensaba en mí lo suficiente como para enviarlas hizo que mi corazón se acelerara.

CAPÍTULO 6 - Energía

VINCENZO De Luca

— Bien, pueden retirarse. — Hice un gesto firme para que mis empleados abandonaran la oficina.

Acabábamos de discutir el lanzamiento de una etiqueta especial de vinos, algo que no solo fortalecería la posición de la Bodega Imperiale en el mercado de lujo, sino que también solidificaría su imagen como símbolo de sofisticación y exclusividad. La idea era simple, pero poderosa: crear una edición limitada, una verdadera obra de arte en forma de botella. El diseño sería único, con detalles en oro reluciente y un rojo profundo, representando la pasión y el legado de la bodega. Ese vino sería presentado en una noche de gala, exclusiva para la élite, donde estarían presentes los poderosos e influyentes del país.

Mientras reflexionaba sobre los próximos pasos, mi celular vibró. Era un mensaje de Enrico:

"Está hecho, señor. Las flores y el sobre fueron entregados."

Una sonrisa se formó en mis labios, llena de satisfacción. Flores y una nota. Simple y eficaz. Flores coloridas, vibrantes y llenas de vida, reflejando la juventud, la frescura y el encanto natural de Aurora. Cada tono, desde el amarillo soleado hasta el rojo intenso, había sido elegido para capturar su energía única, su mezcla de vivacidad y dulzura. Quería dejar claro cuánto espacio ya ocupaba en mi mente.

El sobre traía un mensaje sencillo: "No veo la hora de llamarte mi esposita." Era directo, sin rodeos, pero suficiente para hacerla pensar en mí, exactamente como lo planeaba. Una joven inocente, con una mirada tan soñadora como atrevida, ciertamente querría ser deseada por mí. Era un paso calculado, llevándola cada vez más hacia mi mundo. Y todavía recordaba intensamente su conchita

estremeciéndose en mis dedos, húmeda de deseo y con ganas de correrse, y sabía que ella estaba casi tan ansiosa como yo.

Mi polla latía con cada recuerdo de su mirada, de su tono de voz, de cada curva de su cuerpo. Cada detalle se grabó en mi memoria, alimentando el deseo que crecía a cada segundo. La sensación de su piel, su olor, la manera en que me desafiaba: todo eso hacía que mi corazón se acelerara y mi cuerpo reaccionara con una urgencia casi dolorosa.

Por eso estaba preparando el terreno para cuando llegara el momento de tenerla por completo. No sería solo una cuestión de posesión, sino de hacer que confiara, que se rindiera y deseara. Aurora era una pieza importante en mi vida ahora, y todo tenía que ser perfecto. Sería mi reina en este imperio de caos y poder.

Tres golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos. Enderecé la postura y crucé los brazos.

— Adelante.

Amanda entró, equilibrando una bandeja con una taza de café. La sonrisa en su rostro era casi dulce, pero yo sabía exactamente lo que había detrás de esa tentativa de parecer inocente.

— Señor Vincenzo, pensé que un café podría mejorar su día — dijo, la voz teñida de un tono meloso que antes me ponía la polla dura.

Me levanté lentamente y caminé alrededor del escritorio, acercándome con pasos lentos. Amanda era buena en lo que hacía, pero parecía incapaz de comprender los límites. Yo ya le había dejado claro que debía olvidar que habíamos follado.

— ¿Por pedido de quién? — pregunté, acercándome a su cuerpo mientras tomaba la bandeja y la dejaba sobre la mesa con un leve impacto.

— De nadie. Pensé que le gustaría… Me preocupo por su bienestar — respondió, echando hacia atrás un mechón de cabello. Sabía exactamente cómo usar su apariencia a su favor, pero eso ya no me impresionaba.

La observé. Rubia, pero de una manera insípida. Su cabello lacio era demasiado artificial, sin la ligereza de las ondas naturales de Aurora. Sus ojos castaños claros parecían comunes, carentes de profundidad o misterio. El perfume que usaba era fuerte, casi sofocante, un intento desesperado de marcar territorio.

— ¿Preocupada, eh? — cuestioné, mi voz baja y cargada de ironía. Me acerqué más, poniendo mi cuerpo peligrosamente cerca del suyo, solo para observar su reacción.

— Una buena dosis de café para darle más energía — continuó, su voz insinuante mientras sus dedos deslizaban por mi brazo. El toque pretendía ser seductor, pero para mí era solo irritante.

— Me estoy sintiendo mucho más enérgico ahora — respondí, dejando que mi voz dejara traslucir un sarcasmo evidente.

Amanda creyó que estaba avanzando. Su confianza creció y, con una sonrisa casi triunfante, se inclinó más cerca, los dedos ahora jugando con el cuello de mi camisa.

— Pero usted todavía ni tomó el café… ¿Será que yo soy su dosis de energía? — murmuró, la boca peligrosamente próxima a la mía.

Fue suficiente.

— Estás despedida — hablé con firmeza, mi mirada fija en el escote exagerado que ella se empeñaba en exhibir.

— ¿Despedida? — Su voz salió baja, fingiendo sorpresa e incredulidad. — ¿Puedo hacer algo para que cambie de opinión? — insistió, empezando a desabrocharse la blusa, creyendo que ese sería el camino para doblegarme.

Mi paciencia llegó al límite. Sujeté sus muñecas con firmeza y la empujé hacia atrás. No fue un gesto violento, pero tuvo la suficiente fuerza para dejarle claras mis intenciones.

— ¿Estás organizando mi boda y, al mismo tiempo, piensas que voy a querer follar contigo? ¿Qué clase de zorra hace eso? — pregunté, aflojando la corbata. La irritación quemaba en mi voz, pero mantenía

el control. Necesitaba recordar que Amanda no era problema del Don, sino de Vincenzo, el empresario.

Ella abrió mucho los ojos, finalmente entendiendo la gravedad de la situación.

— Yo… pensé que…

— Piensas demasiado. Ya te lo advertí. Sal de mi oficina, ve a Recursos Humanos y finaliza tu contrato. No quiero volver a ver tu cara.

— Acepto ser la amante, no hace falta que actúe así…

— Yo no me caso para tener amantes. La mujer más buena estará en mi cama todas las noches para satisfacerme, y tú perdiste la oportunidad de seguir en el empleo — estaba siendo paciente, hablando demasiado, dando demasiadas oportunidades, pero sabía que tenía que mantener la calma.

Ella no era más que una zorra sin escrúpulos en el mundo de los negocios, no representaba peligro, ni siquiera para mi polla.

— No puede estar hablando en serio… — intentó argumentar, pero su voz perdió la fuerza.

— ¿Quieres comprobarlo? Aparece frente a mí otra vez y verás lo que pasa. Ahora vete y llévate el maldito café contigo — finalicé, señalando la puerta.

Amanda se acomodó la blusa rápidamente, intentando salvar lo que quedaba de su dignidad. Cuando alcanzó la puerta, me lanzó una última mirada, llena de dolor y confusión. No me importaba. Para mí, ya estaba fuera del tablero.

En cuanto salió, respiré hondo, pasando la mano por el cabello. La irritación pronto empezó a disiparse, dando lugar al enfoque que necesitaba para lo que realmente importaba: Aurora.

Esa chica no salía de mi mente. Cada detalle de ella estaba grabado, como un tatuaje ardiendo en mi piel. Aurora Colombo. Inocente,

atrevida, y sin saber lo que el destino le reservaba al tenerme como marido. Yo no tenía paciencia para esperar más.

Tomé el celular y marqué el número de mi futuro suegro.

— ¿Señor De Luca? — contestó casi de inmediato, su voz apresurada, ansiosa.

— Vamos a hacer el compromiso — hablé sin rodeos. — Quiero casarme lo antes posible.

Hubo un breve silencio al otro lado, como si estuviera procesando la súbita urgencia en mis palabras.

— Como usted quiera — respondió al fin, el tono ahora ensayando un entusiasmo. — Será un placer entregarle a mi hija.

— Lo sé — casi escupí las palabras, el sarcasmo evidente en el tono. Yo sabía muy bien que él no tenía otra opción, y ese matrimonio era más conveniente para él que para mí.

— Esta noche, en mi casa — finalicé antes de que pudiera decir algo más.

Colgué sin esperar respuesta. No necesitaba nada más. El juego ya estaba definido, y yo era el único que dictaba las reglas.

Aurora sería mía.

AURORA Colombo

Estaba ajustando el lienzo que había pintado con la mirada de Vincenzo junto al jarrón con las flores coloridas que él me había enviado, colocando todo cuidadosamente sobre el tocador. No pude evitar el pensamiento recurrente sobre la nota que acompañaba a las flores. ¿Por qué mi padre tenía que interceptarla? ¿Por qué siempre encontraba una manera de entorpecer mi vida?

Mientras deslizaba mis dedos por el vidrio del jarrón, perdida en mis reflexiones, un sonido de golpes rápidos en la puerta me hizo

sobresaltarme. Caminé hacia la puerta y, al abrirla, encontré a mi madre parada allí, con los ojos brillando de entusiasmo.

—Aurora, querida, ¡vamos a empezar a ponerte hermosa! ¡Hoy te vas a comprometer! —anunció ella, entrando en la habitación con una sonrisa radiante.

—¿Cómo que hoy? —pregunté, con el corazón disparado por una mezcla de ansiedad y euforia.

—¡Sí, hoy! Vincenzo llamó a tu padre.

Cruzó la habitación con una energía inquieta, deteniéndose frente al tocador. Sus dedos rozaron levemente las flores.

—Está enamorado de ti, hija. Tienes suerte. Vincenzo será un buen marido. —Sus palabras llegaron acompañadas de un suspiro casi soñador.

—¿Cómo así, mamá?

Ella se volvió, mirándome con ternura y seriedad.

—Cuando un hombre ama a una mujer, es capaz de muchas cosas por ella. Para protegerla, para tenerla, incluso si eso significa, a veces, renunciar a algo importante...

Sus ojos tenían un brillo que parecía esconder secretos.

—Vaya, mamá, parece que está hablando de un caso específico. — Mi voz salió casi como una broma.

Ella esbozó una sonrisa misteriosa antes de caminar hacia mi clóset. Abrió la puerta y comenzó a examinar las opciones con una mirada crítica.

—Lo que intento decir, querida, es que eres especial. Vincenzo parece desearte, amarte. Y cuando un hombre poderoso está enamorado, es porque ha encontrado algo único. Él tiene acceso a muchas mujeres, muchísimas. Viene de una vida donde él es el rey, ¿entiendes? Pero te eligió a ti.

Tragué saliva mientras ella sacaba un vestido de la percha. Era azul claro, con un diseño delicado que exhalaba elegancia. Lo sostuvo frente a mí, evaluando si era la elección correcta.

—Este es perfecto, combina con tus ojos y tu cabello. Con él, vas a parecer una princesa, pero con un toque de madurez. Vincenzo quedará aún más encantado.

Mi garganta se cerró.

—Me está poniendo ansiosa —mi voz salió bajita.

Ella rió suavemente mientras colocaba el vestido sobre la cama.

—Es normal sentir eso, querida. El compromiso es un gran paso. Pero confía en mí, Vincenzo es el hombre indicado. Lo verás.

Miré la pintura en el tocador, luego las flores. Mi corazón estaba dividido. Quería tanto creer que esto era real, que Vincenzo realmente me deseaba y que él podía ser la llave para la vida intensa que siempre había soñado. Pero, al mismo tiempo, un miedo persistente me corroía.

¿Y si todo esto no era más que un sueño? ¿Y si yo no era más que otra pieza en el gran juego que mi padre estaba jugando? Quería tanto creer que Vincenzo realmente me veía como alguien especial, como su futura esposa… No, ya estaba creyéndolo, y eso era lo que me aterraba.

Aun así, no había vuelta atrás. El vestido estaba listo, mi madre estaba segura, y Vincenzo me esperaba. Daría un paso más hacia ese misterio llamado matrimonio, intentando apartar el miedo y permitirme soñar.

—¿Tomaste tu medicina? —preguntó mi padre, mientras el coche desaceleraba al acercarse a los enormes portones que protegían la propiedad de Vincenzo.

Estábamos lejos de la ciudad, y el cambio en el paisaje era innegable. Árboles imponentes bordeaban la carretera, conduciéndonos a un escenario que parecía sacado de un cuento de

hadas. A lo lejos, vastos viñedos cubrían las colinas, extendiéndose como una alfombra verde hasta donde alcanzaba la vista. La mansión comenzó a surgir, grandiosa, como si hubiera sido diseñada por seres celestiales. Cada detalle parecía meticulosamente planeado, desde las columnas que sostenían su fachada hasta el brillo de las ventanas reflejando el último tono anaranjado del atardecer.

Pero lo que más llamaba la atención no era la belleza de la propiedad, sino su seguridad exagerada. Rodeada por muros altos, la propiedad parecía más una fortaleza que un hogar. Cámaras de seguridad estaban estratégicamente posicionadas en cada esquina, mientras guardias armados, en sus trajes oscuros, patrullaban el terreno con miradas atentas. Cada movimiento parecía monitoreado, y los portones de hierro forjado detrás de nosotros se cerraron con un sonido metálico que retumbó en el silencio.

A pesar de todo, el lugar tenía una dualidad desconcertante. Era, al mismo tiempo, encantador y sofocante. La belleza de la naturaleza alrededor contrastaba con la sensación de prisión que transmitía la seguridad. Yo sabía que aquello no era para mí; era para proteger a Vincenzo. Un hombre tan rico e importante en Italia necesitaba de esas medidas.

Mi corazón estaba inquieto, alternando entre una excitación casi infantil y un nerviosismo creciente. Me sentía como si estuviera a punto de cruzar un portal hacia una vida completamente nueva. No sería todavía el matrimonio, pero el compromiso ya era un paso muy grande.

—La tomé, papá —respondí, intentando sonar casual, aunque mi tono delataba un poco la ansiedad que sentía.

—¡Perfecto! No quiero que parezcas una loca frente a él —murmuró, ajustando los mechones de cabello en el pequeño espejo de mano que había robado del bolso de mi madre.

Mi padre estaba tan preocupado por su apariencia que parecía él el novio de la noche. Encogí los hombros, tratando de ignorar el

comentario, pero no pude evitar sonreír levemente con ironía.

Los dolores de cabeza que me atormentaban ya no eran una preocupación. La medicina estaba funcionando y, para ser sincera, en ese momento nada más que Vincenzo y lo que esa noche representaba ocupaba mi mente.

—Aurora, querida —dijo mi madre, volviendo su atención hacia mí. Su voz cargaba una pizca de expectativa—, recuerda lo importante que es para nuestra familia que todo salga bien. Si algo sale mal, seremos ridiculizados.

Asentí brevemente con la cabeza, tragando la náusea que amenazaba con subir por mi garganta. Mientras el coche avanzaba por el camino pavimentado y los portones se cerraban detrás de nosotros, sentí que el frío en el estómago crecía.

Mis padres tenían sus expectativas, siempre las habían tenido. Y, si solo se tratara de cumplirlas, yo no habría dudado en huir al otro lado del mundo. Para mí, el matrimonio nunca había sido algo que pudiera imponerse, una obligación. Si fuera algo tan concreto, tan definitivo, solo lo aceptaría porque realmente lo quería.

Y, extrañamente, lo quería.

El coche se detuvo suavemente frente a la mansión. Mi padre ajustó la corbata una última vez antes de salir, su expresión cargada con una mezcla de orgullo y nerviosismo. Mi madre acomodó los detalles de mi vestido, tocando mi hombro de una forma casi cariñosa.

—Aurora, sabes que estás tomando la decisión correcta, ¿verdad? —preguntó.

¿Decisión correcta? ¿Qué decisión? Nadie me había pedido mi opinión. La suerte era que, por algún motivo que no conseguía explicar completamente, yo lo quería. Porque, si no lo quisiera, tendría que casarme igual.

—Aurora, cuida tu postura. Vincenzo valora la elegancia —dijo mi padre en un susurro, y yo puse los ojos en blanco.

Pronto ya no les respondería más.

¿Era yo una hija ingrata? Esa pregunta resonaba en mi mente, pero yo sabía la respuesta. No, no era ingrata. Yo tenía una vida, sentimientos, sueños, y todos ellos eran constantemente sofocados. Mi padre, con su indiferencia y autoridad implacable, y mi madre, con su sumisión ciega hacia él, formaban la jaula que me aprisionaba.

Mi madre vivía para agradar a mi padre. Todo en ella era para él: los gestos, las palabras, incluso la ropa que usaba. Yo veía eso como una prisión invisible, un ejemplo de todo lo que no quería ser. Ella creía que me estaba enseñando el camino correcto, pero solo me mostraba lo que debía evitar.

Y mi padre... Mi padre nunca preguntaba lo que yo quería. Él dictaba. Él decidía. Y, cuando algo salía mal, la culpa recaía sobre mí. Yo era la hija, la heredera, y debía estar a la altura de sus expectativas, incluso si eso significaba enterrar mis propios deseos.

Pero ahora, las cosas estaban cambiando. No era solo un matrimonio. No era solo Vincenzo. Era una puerta abierta hacia algo que nunca había tenido: elección. O, al menos, la ilusión de ella.

—Señor Colombo, señora Colombo, señorita Colombo —el mayordomo nos recibió con formalidad en la entrada, su porte impecable y voz grave reforzaban la seriedad del momento—. El señor Vincenzo los espera. Por favor, acompáñenme.

Mi madre sonrió educadamente, mi padre apenas asintió y yo mantuve la expresión neutra, luchando contra la mezcla de nerviosismo y curiosidad que amenazaba con dominarme. Tratando de no parecer demasiado interesada, los seguí hacia el interior de la casa, pero cada paso que daba me hacía perder un poco más el control sobre la calma que intentaba aparentar.

La casa era simplemente deslumbrante. Yo pensaba que ya conocía el lujo, pero estar allí me hizo darme cuenta de que la realidad estaba en un nivel completamente diferente. Los pisos de mármol

reflejaban la luz de las lámparas de cristal, las paredes estaban decoradas con obras de arte que parecían haber salido directamente de un museo, y el aire estaba impregnado con el aroma sutil de flores frescas mezclado con un leve toque de madera.

Sin embargo, nada de eso era lo que realmente me interesaba. Yo sabía que estaba siendo presentada a un mundo de riqueza y poder, pero lo que mi corazón anhelaba no era el entorno a mi alrededor. Mi foco, mi inquietud, estaba en Vincenzo.

El hombre que prometía intensidad.

Mi mente ya lo idealizaba, y tal vez eso fuera peligroso. Vincenzo era mucho más que un hombre apuesto; él era un enigma. Una fuerza. Alguien que exhalaba control y seducción en dosis casi sofocantes.

Mis padres conversaban educadamente con el mayordomo, pero yo apenas prestaba atención. Estaba absorta en el ambiente y en la expectativa creciente. A cada paso, mi ansiedad aumentaba. ¿Cómo sería encontrarlo nuevamente, ahora, en este momento tan significativo?

Intenté distraerme observando los detalles de la casa, pero era imposible evitar que mi corazón se acelerara. Yo sabía que, en algún lugar de aquel lugar grandioso, Vincenzo me esperaba. Y, más aún, sabía que él había planeado cada detalle de esa noche, cada paso que nos acercaría más a lo que estaba por venir.

Quería parecer serena, pero por dentro estaba en caos. Porque, a pesar de toda la confianza que intentaba demostrar, había algo innegablemente intimidante en saber que ese hombre —tan poderoso, tan intenso— me había elegido a mí.

Sin embargo, antes de la decisión definitiva, necesitaba poner algunos puntos claros con él. Haría algunas preguntas. Tenía que estar segura de ciertas cosas antes de aceptar de verdad ese matrimonio, por más que mi corazón ya me estuviera traicionando al desear desesperadamente que todo saliera bien.

CAPÍTULO 7 - Conversación seria

VINCENZO De Luca

— Casi se ensució los pantalones —comentó Giovanni, su risa resonando por el ambiente como si fuese un trofeo verbal de una de las "enseñanzas" que un infeliz había aprendido al cruzarse en mi camino.

— No digas esas cosas delante de las mujeres —gruñó Donatello, siempre el más diplomático entre nosotros.

Era una noche discreta, cuidadosamente planeada para que solo los esenciales estuviesen presentes. Giovanni, uno de mis hombres más leales; Donatello, mi hermano de juramento y consejero que acababa de regresar de un viaje con mi primo Marco; y la esposa de Donatello, Maria, componían el pequeño grupo. Mi madre también estaba allí, su presencia siempre solemne, una reina en su propio derecho.

Nos encontrábamos reunidos en la sala de estar de mi propiedad, un espacio que exhalaba poder en cada detalle. El suelo de mármol reluciente, los sillones de cuero cuidadosamente dispuestos y la iluminación suave creaban un ambiente que parecía tanto acogedor como intimidante.

Cezare, mi mayordomo —y especialista en combate cuerpo a cuerpo y armas, un verdadero as bajo la manga escondido entre el personal básico—, entró en la sala con la postura impecable de siempre.

— Señor De Luca, la familia Colombo ha llegado —anunció Cezare con la precisión y formalidad de siempre.

Me levanté con calma, ajustando el saco con un movimiento fluido que transmitía tanto dominio como naturalidad. Era mi espacio, mi territorio, y esa noche me pertenecía.

— Bien. Acompáñelos hasta aquí —ordené a Cezare, lanzando una mirada breve a Donatello y Giovanni. Ellos respondieron con un leve

gesto de entendimiento, sus posturas tornándose un poco más rígidas.

La puerta se abrió y los Colombo entraron. Massimo encabezaba el grupo, su andar cargado de rigidez. Era un hombre que sabía que estaba frente a alguien mucho más poderoso. Sus pasos eran controlados, como si caminara sobre hielo delgado. Su esposa lo seguía de cerca, sujetando el bolso con ambas manos, con una expresión que oscilaba entre el orgullo y los nervios.

Pero mi atención fue directamente hacia Aurora. Ella entró última, con una ligera vacilación que no era desconfianza, sino algo más intrigante. Mi mirada recorrió rápidamente su figura, captando cada detalle.

Su vestido azul claro destacaba su juventud y su belleza delicada. Era una prenda elegante que acentuaba su cuerpo de manera sutil, sin ser excesivamente provocativa. Su cabello estaba recogido en un moño bajo, con algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro de forma casi inocente. Y sus ojos… eran una mezcla hipnotizante de nerviosismo y determinación. Un contraste que yo ya sabía que sería adictivo.

— Señor Colombo, señora Colombo, señorita Colombo —saludé, controlando el tono de mi voz para sonar respetuoso y autoritario.

— Señor De Luca, es un placer estar aquí esta noche —respondió Massimo, estrechando mi mano con fuerza. Sonreía, pero el sudor en su frente lo delataba.

Tras un gesto hacia Isabella, mi atención volvió nuevamente a Aurora. Ella evitaba mi mirada, pero de una manera que parecía calculada. No era timidez; era un juego.

— Aurora, está hermosa esta noche —dije, inclinándome para besar el dorso de su mano. Me aseguré de dejar caer mi voz un tono, lo suficiente para que supiera que esas palabras eran exclusivamente para ella.

Vi el rubor colorear sus mejillas, pero no se apartó.

— Gracias, señor Vincenzo —respondió, con voz serena.

Mientras los saludos formales continuaban, sentí la mirada penetrante de mi madre sobre Aurora. Ella no perdía tiempo, evaluando cada gesto, cada expresión. A pesar de su juicio silencioso, sabía que mi decisión ya estaba tomada.

— Entonces, su hija será mi nuera, Massimo —dijo mi madre, con una sonrisa firme que escondía el peso de sus palabras.

— Señora De Luca, no imagina el inmenso placer que siento — respondió Massimo, inclinando levemente la cabeza en deferencia.

La conversación pronto se centró en los mayores. Mi madre, Massimo y su esposa hablaban como si reforzaran una alianza antigua. Donatello y los demás observaban en silencio, asintiendo ocasionalmente, entendiendo que el papel principal de esa noche no era el de ellos.

Hice un gesto discreto a la criada, que estaba de pie junto a la sala. Ella comenzó a servir vino a los recién llegados, moviéndose con la eficiencia que yo esperaba de quien trabajaba para mí.

Me senté en un sillón cercano, estratégicamente posicionado para observar todo. Mi mirada volvió a posarse en Aurora. Ella miraba alrededor con un interés mal disimulado. Sus ojos recorrían los detalles de la sala, los marcos dorados, la alfombra persa, los muebles impecablemente tallados. Yo sabía lo que estaba pensando.

Ella estaba intentando imaginar cómo sería vivir allí.

Una sonrisa discreta surgió en mis labios. Pronto, Aurora no necesitaría imaginar. Entendería lo que significaba ser la reina en un reino como el mío.

— Con permiso.

Aurora se levantó del sillón con un movimiento delicado pero firme, atrayendo de inmediato la atención de todos en la sala. La conversación cesó por un momento, y todas las miradas

convergieron en ella. Sin embargo, su postura no demostraba aprensión, solo una gracia natural que me intrigaba aún más.

La observé atentamente, analizando cada detalle: la forma en que mantenía la cabeza erguida, la gracia en sus movimientos. Aurora era fascinante sin necesidad de esfuerzo.

— ¿Necesita algo? —pregunté, poniéndome de pie casi al mismo instante, con un tono cargado de gentileza, pero que escondía mis verdaderas intenciones.

— El tocador, por favor —respondió ella, con una leve sonrisa.

— Tendré el placer de acompañarla —hice un gesto con la mano, indicando el camino, mientras permitía que mi mirada se demorara lo suficiente para que supiera que yo estaba atento a cada detalle.

Ella aceptó mi ofrecimiento, caminando en la dirección indicada. La sala quedó en silencio mientras todos observaban la escena, pero nadie se atrevió a decir nada. El peso de mi presencia allí era claro, y nadie osaría cuestionar mis acciones.

Conduje a Aurora por un amplio pasillo, decorado con obras de arte y luces estratégicamente colocadas para crear una atmósfera sofisticada. No tenía prisa; cada paso era un juego, y sabía que ella también lo sentía.

— Parece que tuvimos la misma idea —comenté con una sonrisa discreta, rompiendo el silencio mientras caminábamos.

Ella giró ligeramente el rostro hacia mí, sus ojos azules brillando bajo la luz suave.

— ¿Qué idea sería esa, señor De Luca? —preguntó, con una pizca de curiosidad en la voz.

— Estar a solas.

— Usted es inteligente —rió bajito, pero enseguida pareció darse cuenta de algo. Su postura cambió y se recompuso rápidamente—. Pero no es para lo que usted está pensando.

Di un paso más cerca, reduciendo aún más la distancia entre nosotros.

— Imagino que quiere hablar conmigo sobre un asunto serio. Es una joven inteligente.

Ella vaciló, sus ojos bajando por un instante.

— Bueno…

Antes de que terminara, sujeté su brazo con firmeza, pero sin agresividad, y la apoyé suavemente contra la pared cercana. La proximidad hizo que su perfume dulce y suave invadiera mis sentidos y activara cada célula. Presioné mi cuerpo contra el suyo, lo suficiente para que sintiera el calor de mi deseo.

— Puede pedirme lo que quiera, Aurora. Usted es la única persona que tiene mil deseos disponibles conmigo —murmuré ronco en su oído, mi mano deslizándose hasta su cintura y apretando levemente.

Ella alzó la mirada, sorprendida, pero no completamente asustada. Había un brillo desafiante en sus ojos, una terquedad que me hacía querer dominarla y adorarla al mismo tiempo.

— Creo que me ha entendido mal, señor —dijo ella, intentando soltarse, su voz firme, aunque no tanto como quisiera.

Sonreí, apartándome solo lo suficiente para observar cada detalle de su rostro. El rubor en sus mejillas, sus labios entreabiertos buscando palabras que no llegaban.

— ¿Le gustaron las flores? —pregunté, cambiando de tema de manera repentina pero intencional.

Ella parpadeó, sorprendida por el cambio de tono, y tardó unos segundos en responder.

— Sí, son… hermosas. Muchas gracias.

— ¿Y también está ansiosa por llamarme su marido y descubrir qué pasa si no me detengo? —pregunté, con voz baja y cargada de

provocación, mientras acercaba nuestros labios, dejando que el calor del momento nos envolviera.

Mi mano, lenta y firme, descendió hasta su cintura y, con un movimiento natural, se deslizó hacia su trasero. Sentí la tensión en su cuerpo aumentar, pero ella no se apartó. Sus ojos, abiertos de par en par, estaban fijos en los míos, como si intentaran descifrar mis intenciones.

— Vincenzo… —susurró, casi inaudible, su voz vacilando entre la duda y algo más profundo, algo que aún no estaba lista para admitir.

Me acerqué aún más, permitiendo que mi aliento cálido se mezclara con el suyo, sin romper el contacto visual. Era un juego delicado, una prueba de límites, y yo estaba saboreando cada instante.

— No tengas miedo de mí, Aurora. Estoy aquí para cuidarte — murmuré, apretando levemente su cintura, mientras mi pulgar hacía un movimiento circular casi imperceptible sobre su piel.

Ella abrió la boca para decir algo, pero las palabras murieron en sus labios. El rubor en su rostro era la respuesta que buscaba.

Nunca había hecho esto antes. El arte de conquistar, de esperar, de ser gentil, era algo nuevo para mí. Normalmente, las cosas eran rápidas, directas, sin espacio para juegos ni paciencia. Pero Aurora era distinta. Ella merecía algo distinto.

Y, a pesar de la ansiedad y del deseo creciente que ardía dentro de mí, estaba disfrutando cada segundo de este juego de aproximación.

— Solo quiero saber si es cierto que, si me caso con usted, viviré intensamente —dijo de repente, como si hubiese reunido todo el coraje para exponer ese deseo. Su voz llevaba una nota de vulnerabilidad y curiosidad, y sus ojos buscaban los míos, como si necesitaran desesperadamente la respuesta correcta.

Me acerqué aún más, permitiendo que mi mano recorriera suavemente el contorno de su rostro, mi dedo índice trazando un camino delicado por su piel. Mi toque descendió hasta su cabello, donde mis dedos se entrelazaron en sus ondas doradas. Con un

movimiento firme pero suave, levanté su barbilla, obligándola a mirarme directamente.

— Ser mi esposa significa ser libre de todo, Aurora —mi voz salió baja e intensa, cargada de certeza—. Libre de todas las preocupaciones, de todos los miedos, de todas las expectativas que no sean las mías. Pero también significa estar encadenada a mí, y solo a mí.

Ella tragó saliva, pero no desvió la mirada. Eso solo hizo que la admirara más.

— Seremos tú y yo contra el mundo —continué, inclinándome ligeramente, mi respiración rozando sus labios sin alcanzarlos del todo—. Si es necesario, levantaré ejércitos para protegerte. Y si el mundo intenta derribarte, derribaré ciudades enteras para mantenerte en pie.

Aurora parpadeó, como si absorbiera cada palabra, su expresión oscilando entre fascinación e incredulidad.

— ¿Entiendes lo que significa convertirte en la persona más importante de mi vida? —pregunté, mi voz ahora un susurro ronco.

Ella no respondió de inmediato, pero sus labios entreabiertos y el brillo en sus ojos lo decían todo. Era como si estuviera frente a algo demasiado grande para comprender del todo, pero, al mismo tiempo, imposible de resistir.

— ¿Podré especializarme en alfarería? —indagó, su voz entrecortada, como si temiera la respuesta.

Una sonrisa surgió en mis labios mientras deslizaba mi pulgar por su mejilla, admirando la mezcla de coraje y vacilación en sus ojos.

— Podrás ser dueña de la mayor y más lujosa fábrica de cerámicas y porcelanas de Italia, Aurora. Un lugar donde cada pieza llevará tu nombre, tu talento y tu firma. Será tu imperio, tan grande como el mío. —Mi voz salió baja y ronca, pero firme, como quien da una promesa imposible de quebrar.

Sus ojos se abrieron ligeramente y, por un instante, vi algo más que sorpresa. Vi la llama de un sueño comenzando a cobrar vida.

¿Cómo una joven de apenas dieciocho años podía ser tan fascinante, al punto de encantarme con sus miedos, inocencia y sueños?

Ella era lo opuesto a mi mundo, tal vez el equilibrio que mi vida necesitaba. Y debía ser por eso que me cautivó a primera vista. Sí, cumpliría todos sus deseos. Sería mi misión.

Sin poder esperar más, tomé sus labios con los míos, sintiendo la textura suave y sedosa de su boca. Mi lengua encontró la suya, cálida, tan deliciosa que un gemido bajo escapó de mí. Al principio parecía sorprendida, pero no se apartó, no me rechazó. Había algo allí, entre nosotros, que era inevitable, una fuerza que nos empujaba el uno hacia el otro.

— ¿Podemos continuar con los planes? —pregunté, la voz ronca y baja, aún con su sabor en mis labios.

Yo no solía pedir. Yo mandaba, marcaba el ritmo, hacía que las cosas sucedieran. Pero, por Aurora, haría una excepción. Ella era distinta. Ella lo merecía.

— Bueno, sí, estoy confiando en usted, confiando en que seré feliz siendo su esposa —respondió, con la voz más firme de lo que esperaba.

— Ya que estamos teniendo esta conversación tan franca, pequeña —murmuré, sujetando su rostro delicado entre mis manos e inclinándome levemente para acercar nuestras miradas—, tengo una sola cosa que pedirte.

— ¿Qué? —preguntó, casi en un susurro, con un leve temor.

— Nunca me mientas. Odio las mentiras, no las soporto.

Mi voz grave, cargada con el peso de todas las experiencias que me habían enseñado el valor de una verdad, aunque fuese cruel. Aurora parpadeó varias veces, asimilando mis palabras, y luego asintió.

— Lo prometo —dijo, su tono tan suave que parecía un juramento.

Era suficiente.

Volví a besarla, con calma, saboreando el momento. Sus labios empezaron a moverse contra los míos, tímidos, como quien aún no sabe del todo si está en el lugar correcto. Sus manos se aferraron a mis brazos, buscando apoyo, y sentí un calor distinto en el pecho. No era solo deseo; era algo más profundo, algo que hacía desaparecer el resto del mundo.

El beso era dulce, casi inocente, tan diferente de lo que estaba acostumbrado. No era voraz ni apresurado, pero tenía una sinceridad que me tomó desprevenido. Por más que mi polla estuviese dura de deseo por follarla, me contuve. Ella era Aurora, mi chica, y no cabía prisa donde debía haber cuidado.

Esa noche formalizaría la propuesta de matrimonio, como un ángel como ella merecía y, pronto, sería mía en todos los sentidos.

Dos días después…

Estaba en un bar de carretera, el tipo de lugar en el que el olor a cigarro nunca desaparecía, incluso con las ventanas abiertas. Lo mantenía un dueño que recibía buen dinero para garantizar que allí reinara el ambiente perfecto para negocios discretos, sin curiosos ni sorpresas. Solo era frecuentado por integrantes del bajo mundo y, ocasionalmente, por los jefes, hombres como yo y Lucio Caruso, el jefe de una de las familias más imprevisibles del submundo. El ambiente sofocante parecía el escenario perfecto para discusiones que exigían discreción. Una vieja rockola tocaba una melodía rasgada de fondo, como si estuviera tan desgastada como los clientes.

Lucio estaba sentado frente a mí, inclinado en una silla de madera que parecía a punto de ceder bajo su peso. Era un hombre corpulento, de hombros anchos y barriga prominente, características que llevaba con un tipo peculiar de arrogancia. La camisa de cuadros abotonada apenas se ajustaba a sus brazos musculosos, y los jeans gastados completaban la imagen de un hombre que no se

preocupaba por las apariencias, pero sabía imponer respeto. La cabeza rapada acentuaba su expresión salvaje, casi primitiva, y entendía perfectamente por qué lo llamaban "el asesino sangriento". Lucio eliminaba sus problemas con la misma facilidad con la que alguien cambiaba de opinión, sin importarle las consecuencias ni a quién pudiera afectar. Ya había pasado un tiempo en prisión, pero, como cualquier hombre inteligente en este mundo, supo mover los hilos correctos para salir antes de que la puerta de la celda se enfriara.

—Treinta y cinco por ciento —dijo al fin, cediendo un poco. Su voz grave sonó como un trueno apagado, mientras hacía girar una navaja sobre la mesa como si fuera un juguete inofensivo.

Nuestros hombres estaban en la mesa de al lado, la tensión entre ellos tan palpable como el olor a alcohol en el aire. Sus miradas eran como las de perros hambrientos, listos para atacar al menor comando, pero contenidos por la presencia de sus respectivos alfas.

Mantuve la compostura, apartando la vista de la navaja que giraba para mirarlo directamente a los ojos. Yo no era un hombre que se intimidara fácilmente, y Lucio lo sabía.

—Diecinueve por ciento es suficiente —reafirmé, sin vacilar—. Pero, si tanto necesitas que mejore la oferta, puedo incluir algo que cambie el juego: exclusividad en el suministro de las armas automáticas que pediste.

Hice una pausa, dejando que mis palabras flotaran en el aire, esperando que las digiriera.

—Estoy siendo generoso, y sabes tan bien como yo que tengo muchos gastos.

Lucio dejó de jugar con la navaja por un momento, lo que ya era una buena señal. Sus ojos entrecerrados me analizaban, evaluando cada palabra como si intentara medir el costo-beneficio de lo que ofrecía. El silencio que siguió solo fue interrumpido por el tintinear de copas en la barra y el sonido de una botella de whisky al llenarse.

—¿Exclusividad, eh? —murmuró, inclinándose ligeramente hacia adelante. Su voz sonó más grave, casi amenazadora—. Eso cambia el juego. Pero dime, Vincenzo, ¿qué me garantiza que no vas a intentar joderme?

Una ligera sonrisa se formó en mis labios mientras me recostaba en la silla, cruzando los brazos.

—Lo que te lo garantiza, Lucio, es que soy un hombre de palabra —afirmé con tranquilidad—. A diferencia de ti, mi reputación no necesita ser lavada en sangre para ser respetada.

La provocación fue intencional y sabía exactamente lo que estaba haciendo. Soltó una risa baja y corta.

—De acuerdo —dijo, levantando el vaso de whisky en mi dirección—. Diecinueve por ciento, y quiero las armas automáticas en exclusiva.

—Hecho.

Acepté el brindis, alzando mi vaso y dejando que nuestras miradas se cruzaran unos segundos más. El ambiente pesado que flotaba entre nuestros hombres empezó a disiparse lentamente, aunque los ojos seguían ardiendo de vigilancia.

Mientras el líquido amargo del whisky bajaba por mi garganta, sabía que aquella negociación no era el final de nada. Con Lucio Caruso nada era tan simple. Había aceptado los términos, pero eso solo significaba que había logrado comprar tiempo. Tiempo para asegurarme de que esa exclusividad me trajera más ventajas a mí que a él.

Los Caruso siempre habían sido imprevisibles, pero yo también lo era. Y, en este mundo, quien no anticipa los movimientos del otro siempre pierde.

Ya estaba acomodado en el jet privado de regreso a Palermo cuando noté que Giovanni, sentado a unos metros de mí, había endurecido las expresiones mientras miraba la pantalla de su celular. Parecía

querer llamar mi atención sin ser directo, lo que siempre significaba que algo se había salido de control.

—¿Qué pasó? —pregunté, impaciente, apartando los ojos de los documentos frente a mí. Conocía lo suficiente a Giovanni como para saber que solo actuaba así cuando quería que yo tomara la iniciativa de preguntar.

Vaciló un segundo antes de levantar los ojos hacia mí.

—Nada, señor. Solo que su matrimonio acaba de ser divulgado en una nota de un sitio de chismes. —Su ceja se arqueó ligeramente mientras extendía el celular en mi dirección.

Fruncí el ceño, sintiendo ya la irritación subir como una ola. Le quité el aparato de la mano y leí el titular.

"¡Aurora Colombo, hija de Massimo Colombo, atrapa al soltero más codiciado de Italia!"

Debajo, el texto continuaba:

"Aurora Colombo, la hija de Massimo Colombo, un empresario importantísimo en el ramo de los cosméticos, consiguió atrapar el corazón de Vincenzo De Luca, dueño de la bodega Imperiale, simplemente el vino más apreciado en todo el planeta. ¿Será solo un rumor o finalmente el soltero más deseado de Italia pondrá un anillo en su dedo?"

—¡Pero qué mierda! —murmuré, cerrando el puño y lanzando el celular de vuelta a Giovanni—. ¡Ese maldito gusano piensa que puede aprovecharse de mi nombre! —bramé, mi voz retumbando en el espacio reducido de la cabina.

Giovanni permaneció en silencio, lo cual era sensato de su parte. No había necesidad de comentar ni de alimentar mi humor en ese momento.

Era cosa de Massimo, sin duda. ¿Quién más sacaría ventaja de algo así?

Recordaba exactamente cómo había pronunciado las palabras cuando puse el anillo en el dedo de Aurora: "En el momento justo una nota será divulgada." Eso debería ser suficiente para que Massimo supiera que la noticia era asunto mío.

Veía todas las ventajas de ser mi suegro y, sin dudas, pensaba que atarme públicamente de esa forma lo colocaría en una posición de destaque. Obviamente, creía que podía usar mi nombre y mi influencia para elevarse de nuevo.

Respiré hondo, intentando contener el impulso de llamar a Massimo en ese instante y lanzarle una amenaza.

Si pensaba que sería fácil beneficiarse a mis expensas, estaba muy equivocado. Massimo podría intentar lucrar con esta situación, pero al final, quien siempre controlaba el juego era yo.

Cuando llegara a Palermo, me encargaría de recordarle a Massimo cómo funcionaban realmente las cosas.

Massimo no era un hombre estúpido, pero a veces olvidaba con quién estaba tratando. Podría querer promocionarse como mi suegro o intentar usar mi posición para resurgir en el mercado de cosméticos, pero yo lo pondría en su debido lugar. Mi nombre no era un trampolín para los sueños frustrados de nadie.

Sin embargo, también sabía que debía ser estratégico. Massimo tenía algo que yo quería, algo que ahora formaba parte de mis planes: Aurora. Y no arriesgaría nada que pudiera complicar eso.

"Sí, Massimo", pensé, mientras miraba por la ventana del jet las luces distantes de Palermo. "Vas a entender exactamente cómo funcionan las cosas. Pero lo voy a hacer a mi manera."

Debía comprender que cada movimiento que hiciera, cada decisión que tomara, dependería de mí. Pero eso debía hacerse con precisión, sin ruido, sin dañar su reputación; al fin y al cabo, pronto sería mi suegro. No habría escándalos ni titulares, solo sumisión.

Tres días. Ese era el plazo que me di para poner a Colombo en su lugar.

CAPÍTULO 8 - Hombre común

VINCENZO De Luca

Massimo Colombo necesitaba entender cuál era su lugar. No había espacio para dudas ni para aplazamientos. Mi nombre no sería usado como trampolín para sus fracasos, y su posición como mi futuro suegro no le daría privilegios más allá de los que yo decidiera conceder.

El primer movimiento fue cortar sus fuentes de financiamiento. Donatello organizó encuentros privados con dos de los mayores inversionistas de Colombo Cosméticos, ambos endeudados conmigo. En una sola conversación, aseguré que suspendieran cualquier nuevo aporte financiero. Ese mismo día, Massimo intentó agendar reuniones con ellos, pero fue ignorado. Su primer intento de respirar fue sofocado antes incluso de comenzar.

Mientras tanto, envié un ramo de flores blancas para Aurora. El mensaje en la tarjeta era directo: «Un recordatorio de que pronto seremos uno solo. —Vincenzo.» Ella necesitaba sentir mi presencia, incluso si yo estaba demasiado ocupado para verla.

Al día siguiente, pasé a la cadena de suministros de Colombo. Donatello y Marco, siempre eficientes, garantizaron que dos de los principales proveedores enfrentaran "retrasos logísticos". Nada que pareciera orquestado, pero lo suficiente para crear un efecto dominó. Las materias primas críticas no llegaron, obligando a Massimo a enfrentar la insatisfacción de sus clientes.

Mientras tanto, envié otro ramo de flores a Aurora, esta vez con tonos coloridos. La nota decía: «Siempre pensando en ti. — Vincenzo.» Sabía que pensaría en mí cada vez que las mirara.

Paralelamente, intervine en los contratos que Massimo intentaba renegociar con bancos locales. Las condiciones se volvieron súbitamente más rígidas, los plazos más ajustados. No era una negativa directa, pero sí suficiente para crear el tipo de presión que

podría quebrar hasta al hombre más orgulloso. Mientras él enfrentaba esas dificultades, yo me mantenía inaccesible, rechazando sus intentos de contacto.

Al tercer día, recibí el informe completo de las finanzas de Colombo. Las deudas ocultas que intentaba disimular salieron a la luz: préstamos tomados a intereses exorbitantes, usados para mantener la apariencia de un empresario exitoso. Era el golpe final que necesitaba para poner a Massimo de rodillas.

Ese mismo día, envié un ramo de rosas rojas para Aurora, acompañado de un mensaje más íntimo: «Con añoranza de tu sabor. —Vincenzo.»

Mientras Aurora recibía mis flores y pensaba en mí, Massimo aparecía en mi oficina con los hombros rígidos y la mirada de un hombre acorralado.

—Vincenzo, necesito hablar contigo —comenzó, intentando mantener la voz firme, pero sin lograr esconder el nerviosismo.

Levanté los ojos del documento que fingía revisar e hice un gesto para que se sentara.

—Claro, Massimo. ¿Qué lo trae por aquí? —pregunté, como si no supiera exactamente el motivo.

—Estoy enfrentando problemas... desafíos. Sé que tienes influencia en muchas áreas, y como seremos una familia... Necesito tu ayuda.

Me incliné hacia adelante, dejando que una sonrisa fría se formara en mis labios.

—Claro que puedo ayudarte. Pero la ayuda tiene un precio.

Él vaciló, la incomodidad evidente.

—¿Qué quieres?

—El sesenta por ciento de las acciones de Colombo Cosméticos. Seguirás siendo la cara de la empresa, pero, a partir de ahora, todas las decisiones pasarán por mí.

Su indignación fue inmediata.

—¡Esto es un absurdo, Vincenzo! Mi empresa es todo lo que he construido...

—Y que está a punto de desmoronarse —lo interrumpí, con la voz baja y cortante—. Estoy ofreciéndote la única oportunidad de salvar lo que queda. Piensa, Massimo: ¿perder parte del control o perderlo todo? La elección es tuya.

—Pero seremos una familia...

—Los negocios son negocios, deberías saber que no mezclo las cosas.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Él sabía que yo tenía razón. Giovanni colocó una pluma sobre la mesa, y Massimo firmó el contrato con los dedos temblorosos, cada trazo un golpe a su orgullo.

—Nada de lo que hagas será sin mi aprobación. Cada movimiento tuyo pasará por mí. Así es como funcionan las cosas ahora —afirmé, dejándolo callado—. La noticia que divulgaste sobre mi relación con Aurora, hiciste mal en lanzarla sin comunicarme. Recuerda: toda acción tiene una reacción.

Él solo tragó en seco.

Aurora nunca sabría nada de esto. Para ella, su padre seguiría siendo el hombre respetable que conocía.

Para mí, Massimo ahora era un hombre doblegado a mi voluntad.

Giovanni me entregó un informe actualizado de las acciones que tomamos, pero fue la última línea del documento la que me hizo sonreír.

—Las flores para la señorita Aurora fueron entregadas nuevamente esta mañana, junto con el recado en el papel especial que usted solicitó —afirmó.

Massimo me miró, curioso, pero sabía que no tenía espacio para preguntar nada sobre mi atención hacia su hija. Hizo bien en quedarse callado.

Volví mi mirada hacia Giovanni, satisfecho.

—Flores y recados en papel, siempre —dije, dejando a un lado el contrato firmado—. Los mensajes de celular son... banales. Conmigo, las cosas deben ser diferentes. Ella debe sentir que cada palabra fue escrita con cuidado, que cada gesto tiene un propósito.

Giovanni asintió con un breve gesto, mientras Massimo desviaba la mirada, sin saber si debía sentirse incómodo o agradecido por el hecho de que yo tratara a su hija como algo más que común.

—Aurora necesita entender que conmigo, nunca será solo una más. Cada detalle cuenta —continué—. Ella merece más que lo obvio. Los mensajes digitales son para hombres comunes. Yo no soy un hombre común.

La expresión de Massimo se endureció, pero se levantó sin decir una palabra, saludó a Giovanni antes de salir por la puerta con el peso de la sumisión sobre sus hombros.

Reí satisfecho, saboreando el gusto de la victoria.

AURORA Colombo

Dos días después…

Los días en casa se estaban volviendo insoportables. Flores y cartas llegaban sin falta, todas hermosas, delicadas, pero empezaban a parecerme una especie de adorno para una vida en la que cada vez me sentía más como una muñeca. Mi madre estaba más callada que nunca, siempre demasiado ocupada intentando agradar a mi padre. Y él… Ah, mi padre parecía estar en ebullición constante, enfurecido por algo que no tenía el valor de admitir.

Caminaba por los pasillos de la casa, como un fantasma, sintiendo el peso de las expectativas en cada paso. No había mucho que hacer,

aparte de esperar el próximo ramo. Y siempre llegaban, cargados de una belleza casi asfixiante, acompañados de notas tan intensas como las flores mismas. No es que no me gustaran. Vincenzo sabía cómo ser único incluso en eso. Pero estaba cansada de solo esperar, de ser únicamente la receptora.

Faltaban apenas unos veinte días para la boda, que ya era noticia nacional, y todos los días escuchaba murmullos de los empleados comentando sobre "el evento del año".

Estaba irritada. Iba de un lado a otro en mi habitación, los brazos cruzados, intentando controlar el torbellino de pensamientos que insistían en invadirme. Vincenzo tenía el poder de desestabilizarme incluso sin estar presente. Sabía que era un hombre ocupado, con responsabilidades y un imperio que dirigir, pero… ¿qué le costaba dejarme su número de teléfono? ¿Llamarme todas las noches?

El vínculo que estábamos creando parecía fuerte, pero aún frágil. No debería ser así, debería ser más que flores, notas y promesas implícitas en cada gesto suyo. Necesitaba algo concreto, palabras compartidas, conversaciones que nos unieran de verdad. Deseos y promesas no eran suficientes para crear un lazo sólido, no cuando faltaba menos de un mes para casarnos.

Suspiré, agotada de mi propia frustración. Quería conocerlo de verdad, saber qué pasaba por su mente más allá de las miradas intensas y las palabras calculadas que siempre decía. Había tanto misterio en Vincenzo que, a veces, me preguntaba si algún día sería capaz de descifrarlo por completo.

Pero estaba bien. Esperaría. A pesar de la frustración que crecía cada día, sabía que estaba lidiando con un hombre que hacía todo a su tiempo, a su manera. No lo hacía más fácil, pero ya empezaba a entender que, con Vincenzo, la paciencia era una virtud esencial. Al menos él se acordaba de mí, y me aferraba a eso como a un hilo de esperanza. Cada ramo de flores que llegaba a mi puerta, cada nota escrita con aquella caligrafía firme y elegante, era una prueba de

que, de alguna manera, estaba en su mente. Aunque no fuera suficiente para apaciguar mi ansiedad, era algo.

Mi padre parecía haber perdido el interés; ya no interceptaba ninguna carta, ni hacía preguntas indiscretas sobre el contenido de las notas o sobre lo que Vincenzo podría estar tramando. De hecho, parecía ansioso, casi impaciente, como si estuviera contando los días para el próximo paso.

—¡Señorita! —la voz del mayordomo atravesó la puerta de mi habitación, junto con un golpe apresurado—. ¡Señorita, por favor!

Me levanté de inmediato, el corazón ya acelerado. Corrí hacia la puerta y la abrí rápidamente.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, intentando esconder mi inquietud.

—La señora De Luca está en la sala. Ha venido a visitarla.

Parpadeé varias veces, confundida.

—¿Visitarme? —pregunté, sintiendo un frío en el estómago.

La madre de Vincenzo. En el compromiso había sido educada, pero había algo en su forma de ser que no me permitía relajarme. Era una mujer imponente, observadora, y su presencia parecía ocupar todos los espacios. ¿Qué podría querer ahora? Esa visita repentina me puso nerviosa.

—Está bien… Dígale que ya bajo —respondí, intentando sonar segura.

Cerré la puerta y me giré hacia el espejo. Caminé hasta él con pasos rápidos, ajustando el vestido rosa claro que llevaba. Era modesto, pero elegante, destacaba mi figura sin parecer llamativo. Mi cabello estaba suelto en ondas suaves, y no había mucho que arreglar, aun así pasé los dedos por él, intentando calmar el nerviosismo que crecía.

Miré mi reflejo y respiré hondo. Estaba bien. Eso era suficiente.

—Puede que no le agrade, pero Vincenzo me eligió —murmuré, apretando los labios para asegurarme de que estaban impecables.

Mientras bajaba las escaleras, el nerviosismo aún no desaparecía. Al fin y al cabo, ¿qué querría Alessandra De Luca hablar conmigo?

Por suerte, mi madre había salido con algunas amigas. No tendría que lidiar con sus comentarios constantes ni con la forma en que me hacía parecer una chica tonta, sin voz. Si era yo quien conducía la conversación, sabía que podía salir bien. Pero, con ella al lado, sería imposible.

Respiré hondo antes de entrar en la sala. Cuando aparecí en la entrada, encontré a Alessandra ya instalada en el sofá principal, su postura impecable y confiada. Irradiaba autoridad de una forma casi intimidante. El moño perfecto en lo alto de su cabeza acentuaba sus rasgos marcados, mientras los pendientes de plata brillaban a la luz de la lámpara. Era innegable: el aire de poder que exhalaba era el mismo que cargaba Vincenzo, y aquello me hizo tragar saliva.

—Señora De Luca —saludé, haciendo una leve inclinación con la cabeza, mientras sus ojos oscuros recorrían mi cuerpo de arriba abajo, evaluando cada detalle.

—Siéntate, vamos a conversar —dijo ella, sin rodeos, su voz firme, como si fuese la anfitriona de aquella casa.

Caminé hasta el sofá opuesto y me senté, cruzando las piernas con elegancia. No podía demostrar debilidad, aunque por dentro aún no supiera cuál era exactamente mi posición en esa conversación.

—¿Puedo ofrecerle un té? ¿O prefiere una copa de champán o vino? —ofrecí con cortesía, intentando mantener la voz suave y educada.

Entrecerró los ojos por un breve momento, como si evaluara mi intento de ser la anfitriona perfecta.

—Nada, gracias. Prefiero ir directo al punto —respondió, su voz sin rastro de vacilación.

Asentí levemente, ajustando mi postura. Si ella quería ir directo al punto, yo también estaría lista. O, al menos, eso quería creer.

—En ese caso, debo presumir que se trata de un asunto urgente —afirmé, manteniendo la compostura y tratando de mostrar seguridad —. Usted debe de estar bastante ocupada, y no parece demostrar mucho interés en mi relación con Vincenzo… ¿o me equivoco?

Por un breve instante, vi vacilar su mirada, una fracción de segundo casi imperceptible. Era como si mis palabras hubieran tocado en algo que no esperaba escuchar.

—Se equivoca —respondió con voz firme, aunque un poco más controlada—. La vida personal de Vincenzo me interesa totalmente. Y, a pesar de lo que pueda parecer, mi visita aquí no interfiere en lo que suceda entre ustedes.

Sus ojos oscuros se fijaron en los míos y había algo en ellos difícil de descifrar, como si estuviera evaluando no solo mis palabras, sino mi esencia.

—Mi punto es el siguiente: quiero que uses el vestido de boda de mi abuela. Lo usó ella, luego mi madre y, después, yo. Ahora, te corresponde a ti continuar esta tradición. Como no tuve una hija mujer, esa función es tuya.

La sorpresa me golpeó de lleno, pero intenté no demostrarlo. Respiré hondo, procesando sus palabras. Usar el vestido de su familia era, sin duda, un pedido cargado de simbolismo. No era solo tradición, era aceptación. Me estaba colocando en el lugar que antes hubiera ocupado una hija que nunca tuvo.

—Es un honor que usted confíe en mí para algo tan importante —respondí, intentando esconder el torbellino de emociones que surgían dentro de mí—. Pero debo confesar que no esperaba ese gesto.

Ella arqueó una ceja, inclinándose levemente hacia adelante.

—No hace falta agradecer. Solo entiende el peso de lo que esto significa. Vincenzo es mi hijo y tu elección debe honrar no solo a él,

sino también nuestra historia. Ahora llevas un papel importante, Aurora. El vestido será ajustado para ti en los próximos días. No quiero que nada esté fuera de lugar el día de la boda. Y, Aurora… —pausó, mirándome directamente a los ojos—. Honra el nombre De Luca como se merece.

Asentí, aun con la garganta apretada. Por primera vez, sentí el peso de lo que representaba la familia De Luca y, aun así, sabía que no tenía idea de cuántas cosas más podrían estar implicadas.

—Por favor, acepte un té, ahora que ya habló del asunto importante —dije, forzando una sonrisa amarilla mientras hacía un gesto discreto a la criada que esperaba en la esquina. Ella entendió de inmediato y salió en busca del té.

Ella se mantuvo seria, con su postura impecable y mirada analítica fija en mí. No se negó, pero tampoco mostró entusiasmo.

—Acepto, gracias —respondió finalmente, con un leve asentimiento, el tono pulido, pero cargado de formalidad.

Mientras esperábamos, el silencio entre nosotras era pesado, casi tangible. Sentí como si me midiera a cada segundo, cada movimiento, cada respiración.

—El vestido de su abuela debe tener mucha historia —arriesgué, intentando suavizar el ambiente y desviar mi mente del peso del momento.

—La tiene, de hecho —respondió, con voz calma pero cortante—. Cada mujer que lo usó contribuyó a fortalecer el nombre De Luca. No es solo un vestido, Aurora. Es un símbolo. Y un recordatorio.

—¿Un recordatorio? —pregunté, la curiosidad escapando antes de que pudiera controlarla.

Inclinó levemente la cabeza, evaluando mi reacción antes de responder.

—De que todos estamos aquí por un propósito mayor. Familias como la nuestra no sobreviven sin sacrificios. Vincenzo lo entiende. Espero

que tú también lo entiendas.

Aquellas palabras sonaron como una advertencia. Antes de que pudiera responder, la criada volvió con una bandeja plateada, sirviendo dos tazas de té con precisión.

—Gracias —murmuré, sosteniendo la taza como si fuera un escudo.

Alessandra aceptó la suya, levantándola con elegancia, pero su mirada permaneció fija en mí, implacable.

—Aurora, pareces una joven inteligente. No necesito explicar más. Pero recuerda: Vincenzo te eligió a ti. No desperdicies esta oportunidad.

Tomé un sorbo de té, intentando disimular el nerviosismo que sus palabras me causaban. No sabía si aquello era una advertencia, una amenaza velada o simplemente un consejo frío. Tal vez era todo al mismo tiempo.

—Prometo que haré lo mejor que pueda, señora De Luca —respondí, intentando sonar firme, aunque sabía que mi voz llevaba un leve temblor.

Ella terminó el té de un solo trago, dejó la taza en la bandeja y se levantó con la misma gracia con la que había estado hasta entonces.

—Eso espero. Por el bien de todos —dijo, antes de salir de la sala, dejando tras de sí la sensación de que había mucho más en sus palabras de lo que aparentaba.

Respiré hondo cuando la puerta finalmente se cerró, sintiendo que acababa de sobrevivir a una batalla.

—Ok, no fue para tanto. Solo tiene un aire algo sombrío y posesivo, pero en realidad es una señora dulce y gentil que solo quiere recibirme como hija en su familia, ofreciéndome incluso el vestido de su ancestral —me dije a mí misma, intentando consolarme, mientras miraba mi reflejo en el espejo de la sala.

Ahora solo quedaba esperar el desarrollo de los acontecimientos. No podía esperar al día en que daría un paso adelante en mi vida,

cruzando la línea entre el pasado y el futuro.

Miré el delicado anillo en mi dedo, el mismo que Vincenzo colocó en mí la noche en que oficializamos nuestro compromiso. Un solitario de diamante, sencillo, pero cargado de un significado que superaba el valor material. Alessia lo había envidiado —"con todo respeto", según ella. Para mí, el anillo no era solo una joya. Representaba algo más grande, una esperanza de felicidad, la promesa de que algo nuevo y emocionante me esperaba.

Las palabras de Vincenzo resonaban en mi mente constantemente, como si hubieran sido grabadas en mi subconsciente.

"No tengas miedo de mí, Aurora. Estoy aquí para cuidarte…"

Él no salía de mi cabeza. En realidad, parecía haberse adueñado de todos mis pensamientos.

Ya me había vuelto experta en darme placer a mí misma, algo que nunca imaginé hacer con tanta frecuencia. Todas las noches, acostada en mi cama, mis pensamientos eran dominados por él. Cerraba los ojos y lo imaginaba allí, conmigo, sus manos explorando mi cuerpo, su respiración contra mi piel. El calor crecía, consumiéndome, y mis manos sabían exactamente a dónde ir para aliviar la tensión que él creaba en mí, incluso estando distante.

Era como un ritual. Una forma de calmar el deseo insaciable que crecía cada día. Vincenzo se había convertido en el centro de mi universo, incluso sin darse cuenta.

No servía de nada intentar irritarme con su ausencia o con la espera interminable del día de la boda. La verdad era que ya estaba completamente enamorada y no me rendiría jamás.

CAPÍTULO 9 - Egoísmo justificado

VINCENZO De Luca

Dos días después…

Enrico conducía el coche sin prisa, mientras Donatello y Giovanni estaban conmigo en el asiento trasero, y yo tamborileaba los dedos con impaciencia en el respaldo del asiento delantero.

Cuando aparcamos en una calle desierta a las afueras de la ciudad, salí del coche con un gesto simple. Era la hora. Giovanni y Donatello me siguieron y caminamos en silencio hasta el bar. El lugar estaba vacío, como habíamos planeado. El dueño, Esposito, acababa de abrir, y habíamos esperado exactamente por eso. No había clientes. Solo el hombre y sus fantasmas, que pronto serían reemplazados por algo mucho más real: nosotros.

La fachada del bar estaba descuidada, con la pintura descascarada y un cartel colgado precariamente, parpadeando en un letrero rojo desgastado. Igual que el propio Esposito, el lugar parecía al borde del colapso. Hice una leve señal a Giovanni, que inmediatamente cerró la puerta detrás de nosotros, cerrando el ambiente y creando un silencio opresivo.

Esposito levantó la mirada del mostrador donde estaba ordenando los vasos. Su expresión se congeló al vernos, y un sudor frío comenzó a brotar en su frente. Era un hombre de unos cincuenta años, con el rostro marcado por arrugas profundas, como si cada una llevara el peso de un arrepentimiento. Sus hombros estaban encorvados y parecía aún más pequeño de lo que realmente era, como si se encogiera ante nuestra presencia.

—Ha llegado el día, Esposito —anuncié con calma, mientras Donatello crujía el cuello a mi lado. Mi hermano de juramento ya tenía una reputación que precedía cualquier presentación. Un asesino eficiente, pero también un estratega nato. A pesar de su

cordialidad, había algo en él que nunca dejaba dudas sobre su letalidad.

—Yo... yo no conseguí el dinero —balbuceó Esposito, con la voz temblorosa.

Donatello dio un paso al frente, los ojos fijos en el hombre como un depredador que acaba de avistar a su presa.

—No queremos excusas, señor Fabrizio. Queremos el pago —dijo Donatello, con una voz cargada de impaciencia contenida.

—Por favor, denme más tiempo —imploró Esposito, sus ojos moviéndose frenéticamente entre nosotros, como si buscara una salida que no existía.

—¿Tiempo, Esposito? —Repetí, con la voz baja—. Ya tuviste todo el tiempo que podías pedir. Ahora necesito un pago.

Abrió la boca para responder, pero lo interrumpí caminando hacia las estanterías de bebidas alineadas detrás del mostrador.

—Y como no tienes dinero, mi pago será... un espectáculo —declaré, tomando una botella de ron y arrojándola contra el suelo, donde se rompió en mil pedazos.

El fuerte olor del alcohol llenó el aire.

Donatello prefirió un método más meticuloso. Abrió calmadamente las tapas de otras botellas y comenzó a derramar el líquido inflamable sobre el suelo y los muebles, sin prisa, como si estuviera regando un jardín. Con cada movimiento, el pánico en los ojos de Esposito crecía.

—¡Por favor, Vincenzo, esto es todo lo que tengo! —gritó él, mientras veía cómo el bar por el que tanto había luchado era destruido ante sus ojos.

—Todo lo que tienes, Esposito, es una deuda —repliqué, mientras Giovanni observaba en silencio, el encendedor en la mano, esperando el momento oportuno para actuar.

El bar era un caos. Las estanterías fueron derribadas, las mesas volcadas, y el suelo estaba empapado de alcohol. Era una escena de destrucción cuidadosamente montada, no un acto de violencia impulsiva, sino un mensaje claro.

—Creo que vas a tener que recurrir al seguro —dije, con ironía—. Y, cuando el seguro te pague, tendrás mi dinero.

Con esas palabras, hice una señal para que Giovanni concluyera nuestro trabajo. Encendió el mechero y lo lanzó al suelo. Las llamas se propagaron rápidamente, devorando el alcohol y danzando por el lugar como un espectáculo macabro.

Salimos sin prisa, atravesando las sombras de la calle, invisibles para cualquier curioso. Esposito, desesperado, salió corriendo para salvar su vida. La explosión ahogada del bar retumbó por las calles desiertas, pero estábamos lo suficientemente lejos como para que el impacto no nos alcanzara.

Subimos al coche, y Donatello sonrió mientras abría su petaca para un trago de licor.

—¿Qué tal una partida de póker? —sugirió, relajándose como si la destrucción que habíamos causado no fuese más que otra tarea común.

—Ahora tengo un desfile al que asistir, en compañía de mi prometida —respondí, ajustando mi corbata.

Donatello rió en voz baja.

—La vida de casado ya está empezando a cambiarte, Vincenzo.

Ignoré el comentario, pero no pude evitar una ligera sonrisa. Ese sería el primer evento público en el que apareceríamos juntos, Aurora y yo. No podía esperar a que el mundo viera que ella era mía, a que todos supieran que Vincenzo De Luca había elegido a su reina.

Mientras el coche aceleraba, mi mente ya estaba lejos, imaginando a Aurora, su sonrisa tímida, sus ojos brillantes. Estaba ansioso por

estar a su lado, por tenerla conmigo en ese evento.

Esposito había aprendido una lección. El mundo vería a Aurora a mi lado. Cada acción que yo realizaba era para fortalecer mi imperio.

El día de la boda estaba cada vez más cerca y, tal vez, fuera esa cercanía la que drenaba mi paciencia. No era Aurora quien me irritaba —ni mucho menos—. Mi impaciencia con ella era de una naturaleza completamente distinta. Era ese tipo de urgencia que me hacía querer arrancar el calendario, romper con todas las formalidades y llevarla directo al inicio de nuestra vida juntos.

Mi paciencia, en cambio, estaba siendo probada de otra manera: en el esfuerzo por resistir la tentación de adelantarme antes de tiempo. Aurora era todo lo que yo quería, y cada encuentro, cada mirada suya, lo hacía aún más evidente. Estaba evitando verla en esos días finales, un intento de hacer las cosas más fáciles. El problema era que nada parecía fácil cuando se trataba de ella.

«Estoy siendo egoísta», pensé, con una leve sonrisa. Pero sabía que era un egoísmo justificado. La distancia formaba parte del juego, un juego en el que la recompensa sería tan intensa como la espera.

AURORA Colombo

Desde el momento en que leí el mensaje, donde Vincenzo dejaba claro que debía estar lista a las diecinueve horas, mi día ganó un brillo especial. Era como si todo a mi alrededor tuviera más color, más vida. No era solo una invitación, era él, una vez más, mostrando que pensaba en mí, que me quería a su lado.

—¿Desfile de moda? —preguntó mi padre, arqueando una ceja y torciendo la nariz con disgusto. Parecía incómodo con la idea, pero su expresión se cargó aún más cuando confirmé con un simple gesto.

Su contrariedad era evidente. Lo que antes parecía entusiasmarlo ahora lo hacía relinchar, como si mi felicidad fuera una afrenta personal. Tal vez no soportaba verme así, casi saltando de alegría.

Pero, en el fondo, yo sabía que jamás se atrevería a deshacer el compromiso, por más contrariado que estuviera. Vincenzo no era un hombre común. Vincenzo era poder, influencia y, más importante, un hombre al que mi padre no tendría el valor de enfrentar.

Yo, en cambio, no estaba en lo más mínimo preocupada por su repentina desaprobación. Mi padre nunca fue alguien que realmente quisiera lo mejor para mí. Él quería lo mejor para sí mismo, y eso incluía usarme como una pieza en su juego de conveniencias. Pero ahora, estaba descubriendo algo diferente. Vincenzo no era solo el destino que mi padre había trazado; él era el camino que yo estaba empezando a querer recorrer por mí misma.

Me miré en el espejo, satisfecha con mi elección. Esta vez había sido yo quien decidió mi propia ropa, y eso ya marcaba toda la diferencia. Elegí un conjunto de sastre compuesto por una minifalda y un blazer lila, de una firma reconocida, con un toque moderno y lujoso. Siempre me encantaron los colores claros, pensaba que resaltaban mi delicadeza. Sujeté solo un mechón de mi cabello con una hebilla plateada, dejando el resto suelto en ondas naturales que caían sobre mis hombros.

En los pies opté por unos tacones de aguja plateados que alargaban mi silueta y añadían elegancia al conjunto. Para los accesorios, elegí un par de pendientes delicados que brillaban suavemente a la luz, combinando perfectamente con el solitario de diamantes que Vincenzo había puesto en mi dedo. No era un look extravagante, pero cada pieza parecía complementar a la otra, resultando en algo sofisticado y llamativo.

Apliqué una ligera capa de rímel en mis pestañas, que ya eran naturalmente largas y espesas. Nunca me gustó el maquillaje exagerado, prefería algo que resaltara mi belleza sin enmascararla. Para finalizar, apliqué un labial rosado suave, que dio un toque de color y armonía a mi rostro. Aun así, sabía que estaba deslumbrante. En compañía de un hombre tan guapo y poderoso como Vincenzo, quería lucir a la altura. Al fin y al cabo, él merecía una mujer que

llamara la atención tanto como él, y yo estaba decidida a no decepcionarlo.

Observé mi reflejo por un momento más y sonreí. Estaba realmente emocionada por la noche que vendría. Por primera vez en mi vida, estaría fuera de casa sin compañía, como una mujer viviendo la vida que había elegido para sí.

Él era magnético, poderoso y, de alguna manera, estar con él me hacía sentir viva, como si fuera capaz de todo.

Ajusté mi hebilla plateada una vez más, pasando los dedos suavemente por el cabello, solo para ocuparme mientras la espera se volvía insoportable. Miré el reloj. Casi era la hora. Respiré hondo y sonreí.

VINCENZO De Luca

Presioné el botón que nos daría privacidad en el coche. Enrico era de confianza, pero no necesitaba ser espectador de lo que planeaba hacer allí. Además, subí los vidrios polarizados de las ventanas, asegurando que nadie desde fuera pudiera ver lo que estaba a punto de suceder. Privacidad absoluta. Aurora estaba a mi lado, hermosa y perfumada, con un leve rastro de nerviosismo en el rostro. Acabábamos de salir de su casa, donde apenas detuve el coche para que subiera. Desde entonces, mi mirada no la abandonó.

Ella era magnética, su presencia ocupaba todo el espacio como si nada más importara en el mundo para mí.

Noté cómo apretaba las manos en la barra de su falda lila, una prenda que parecía hecha a medida para combinar con el tono suave y delicado de su piel. En realidad, todo en ella parecía encajar perfectamente. Cada detalle contribuía a la imagen de una mujer que era, al mismo tiempo, inocente e irresistible.

—¿Algún problema? —pregunté, dejando que mi voz sonara más suave de lo habitual.

Ella me miró de reojo, los ojos azules brillando bajo las pestañas largas, que parpadeaban rápidamente, como si buscara las palabras correctas.

—Es solo que... es la primera vez que salgo sola en compañía de un hombre —dijo con voz suave, pero cargada de honestidad. Luego, sus ojos encontraron los míos, inseguros, pero lo bastante firmes para sostener el contacto.

Sonreí lentamente, dejando que sintiera la seguridad que quería transmitir.

—Para mi suerte, pequeña, porque me gusta la exclusividad —respondí, con la voz baja. —Y para tu suerte, soy el hombre que mejor podría cuidarte.

Con cuidado, extendí mi mano hasta la suya, los dedos rozando su piel suave. El toque la hizo sonrojar levemente, pero, para mi satisfacción, vi una delicada sonrisa formarse en sus labios suaves e irresistibles.

Aurora bajó la mirada, tímida, pero no se apartó. Era como si, en ese momento, empezara a entender que, a mi lado, sería cuidada, pero también desafiada a vivir cosas que jamás imaginó.

Mis ojos descendieron hasta la pierna blanca expuesta por la falda, tan delicada y atractiva que casi perdí el control. ¡Carajo! Pensé, ya previendo que pronto tendría que volarle la cara a unos imbéciles que osaran mirarla de una forma que no me agradara. Aflojé la corbata, intentando disimular la verga que se endurecía cada vez más en mi calzoncillo.

Estaba luchando por ser un caballero, por darle el respeto y el cuidado que mi futura esposa merecía. Pero, joder, estar tan cerca de ella lo convertía en un desafío monumental.

—Aurora —la llamé con voz grave, el deseo evidente en el tono. Ella giró el rostro hacia mí, los ojos grandes e inocentes, tan azules que parecían querer desarmarme. —Siéntate aquí, en mis piernas —

ordené, haciendo un gesto con las manos. Sus ojos se abrieron y su piel delicada se tiñó de un rubor que me fascinaba aún más.

—¿Está seguro de que eso es apropiado? —preguntó con voz baja, casi un susurro. La duda en sus palabras era encantadora, pero yo sabía que, en el fondo, confiaba en mí.

Sonreí, acercándome aún más, incapaz de resistir el encanto tímido que exhalaba.

—Necesitamos acostumbrarnos al contacto físico, pequeña. Seremos marido y mujer, y tenemos algunos minutos antes de llegar a nuestro destino.

Me giré hacia ella, colocando una mano firme en su muslo y la otra en su delicada cintura. Con cuidado, la guié, colocándola con las piernas abiertas sobre mí.

Todo mi cuerpo ardía. Su calor, su perfume, la forma en que su respiración se entrecortó al acomodarse. Me incliné un poco, mi voz baja y ronca, cargada de un deseo que no me molestaba en esconder.

—¡Joder, qué perfecta eres! —murmuré, dejando que mi mano deslizara suavemente por su muslo, sintiendo la tela fina de la falda. Ella era todo lo que deseaba, y tenerla tan cerca hacía que cada músculo de mi cuerpo gritara por más.

AURORA Colombo

Cuando lo vi detenido en la puerta de mi casa, con la puerta del coche abierta esperándome, supe instantáneamente que esa noche sería más especial de lo que imaginaba. Había algo en su mirada imposible de ignorar: un fuego intenso, un deseo bruto y, al mismo tiempo, cargado de una promesa de cuidado, de devorarme con cariño y posesión. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo antes incluso de acercarme. Vincenzo siempre tenía ese efecto en mí,

como si el simple hecho de existir ya fuera suficiente para dejarme vulnerable.

Y ahora, dentro de aquel coche, una de mis fantasías se estaba haciendo realidad. Estaba en su regazo, completamente a merced de su toque firme y provocador. Mi braga de encaje estaba empapada mientras nuestras miradas se encontraban. Vincenzo estaba tan cerca que podía sentir su aliento caliente contra mi piel. Sus manos grandes y calientes apretaban mis muslos con firmeza, manteniéndome exactamente donde él quería.

Y, por Dios, sentía su… verga, dura como una piedra, ardiendo bajo la tela del pantalón, presionando directamente contra mi coño, enviando oleadas de calor que dejaban mi cuerpo blando, casi incapaz de resistir. Mi corazón latía tan rápido que apenas podía pensar, cada caricia suya parecía robar el aire de mis pulmones. Era una energía avasalladora, como si Vincenzo tuviera el poder de consumirme entera y reconstruirme al mismo tiempo.

—¿Crees que esto es apropiado, pequeña? —preguntó con voz baja y cargada de provocación, antes de inclinarse para besar mi cuello. Su mano bajó hasta mi culo, apretándome con fuerza contra él, mientras el calor de su cuerpo parecía incendiar el mío.

Tragué saliva, intentando mantener algo de compostura, pero la proximidad y el toque firme me mareaban.

—Bueno, si vamos a casarnos, creo que no hay problema —respondí, con mi voz saliendo como un susurro cerca de su oído. No era intencional, pero me sujetaba tan cerca que no había otra forma de hablar.

Él rió bajo, un sonido ronco y lleno de satisfacción que reverberó en mi cuerpo.

—Me gusta cómo piensas, Aurora —murmuró, su boca rozando la piel sensible de mi cuello. —Pero no te equivoques, pequeña, con matrimonio o sin él, ya eres mía.

Cuando la última palabra escapó de sus labios, sentí su mano invadir por debajo de mi falda, que ya estaba levantada, dejando casi todo expuesto. Una ola de calor recorrió mi cuerpo entero, y una parte de mí se sentía como una pecadora, una puta, completamente entregada al deseo que él despertaba en mí.

—Vincenzo... —susurré, mi voz apenas audible mientras el calor crecía. Pero, en lugar de palabras, su respuesta fue un toque inesperado en mi entrada trasera. La sensación me tomó por sorpresa, y un gemido escapó de mis labios antes de poder reprimirlo. —Ahh…

—Así que eres sensible allí, qué delicia... —murmuró con una sonrisa. Enseguida, sus labios encontraron los míos en un beso tan profundo y delicioso que me dejó aún más perdida. Mientras exploraba mi boca, yo ahogaba mis propios sonidos, con el gemido transformándose en puro instinto.

Mi cuerpo se presionó contra el suyo sin que siquiera me diera cuenta, buscando más de esa proximidad. Estaba completamente fuera de mí, guiada solo por el deseo que latía en cada caricia y por el fuego que él encendía dentro de mí.

Ya conocía el placer que podía darme sola, y estaba ansiosa por más enseñanzas suyas.

Antes de que pudiera responder, comenzó a moverme en un ritmo de vaivén, el contacto entre mi cuerpo y su verga palpitante y dura aumentando el calor que ya me consumía.

—¿Qué está haciendo? —pregunté, con la voz entrecortada por el placer que recorría mi cuerpo. Sentía mi clítoris hinchándose con el movimiento, rozando insistentemente el volumen endurecido que él llevaba bajo el pantalón.

—Frota ese coñito en mí, Aurora, mata tu deseo —susurró, con voz baja y pecaminosa, antes de capturar mis labios en un beso hambriento, sus manos manteniendo los movimientos rítmicos y delirantes.

Mi respiración estaba agitada, cada roce intensificando el deseo y acercándome a un orgasmo que parecía inevitable. Por suerte para mí, él no parecía esperar que yo tomara la iniciativa, porque sabía que no tendría el valor. Pero la forma en que me guiaba, como si supiera exactamente qué hacer, lo hacía imposible de resistir.

Cerré los ojos, entregándome por completo al ritmo que imponía, concentrada solo en el placer avasallador que se apoderaba de mí, como una ola a punto de explotar.

"Delicioso", pensé, logrando gemir, la sensación de placer dominándome por completo.

Quería más, quería lanzarme sobre él. Quería que me devorara.

—Eso, corre en la verga de tu macho —murmuró con voz ronca y autoritaria en el preciso momento en que mi cuerpo explotó. El orgasmo más intenso de mi vida me dominó, mi coño parecía tener vida propia, los nervios estremeciéndose en una ola de placer incontrolable.

Hundí mi rostro en el cuello de Vincenzo, ahogando los gemidos que escapaban, mientras todo mi cuerpo temblaba en sus brazos.

—Puta, te gusta esto, ¿verdad? —provocó, una sonrisa de pura satisfacción surgiendo en sus labios mientras sus manos firmes seguían sujetándome con posesividad.

No podía responder. Mi cuerpo aún estaba sumido en la intensidad del momento, mi corazón latiendo tan fuerte que parecía retumbar en mis oídos. Sus palabras, su tono, todo en Vincenzo era avasallador y, en ese instante, supe que no era solo el hombre de mi vida; era el hombre al que nunca podría resistirme.

Él sujetó mi cabello, echando mi rostro hacia atrás, y sus ojos encontraron los míos con una intensidad que me desarmaba. Aún estaba sin aliento, el orgasmo que acababa de darme aún vibraba en mi cuerpo. Mi rostro ardía de vergüenza, pero, al mismo tiempo, algo en mí quería más. Sentía mi corazón disparado y la forma en que él me miraba hacía que mi estómago se revolviera.

—¿Te gusta esto? —preguntó, directo, con voz grave y llena de deseo. Parecía que quería oírme decirlo, que necesitaba la confirmación.

Me quedé paralizada por un momento, sin saber qué responder. Lo deseaba mucho, pero las palabras simplemente no salían. Entonces desvié la mirada, intentando ganar tiempo.

—No deberías preguntarme esas cosas —murmuré, con mi voz saliendo baja, casi inaudible. Mi rostro estaba aún más caliente.

Él rió, esa risa que mezclaba diversión y un toque de superioridad, pero que, por alguna razón, me hacía sentir protegida.

—Tu timidez me fascina, Aurora, me vuelve loco. —Su mano seguía sujetando mi cabello, pero no de forma agresiva, solo firme. —Pero voy a ayudarte con eso. Conmigo no necesitas tener vergüenza de nada. Especialmente si quieres correrte. Solo pídelo y yo te lo doy.

Sus palabras me dejaron sin reacción. Lo decía con tanta seguridad, tanta autoridad, que yo sabía que realmente creía en lo que decía. Antes de que pudiera responder, me dio un beso rápido, como si quisiera reforzar lo que acababa de decir. Cuando se apartó, sus ojos estaban fijos en los míos, como si esperara alguna reacción.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el coche se había detenido. Suspiré, aliviada por tener un motivo para desviar aquel momento.

—El coche se detuvo —dije, intentando sonar casual, aunque mi voz aún temblaba.

Él me miró con esa sonrisa ladeada, que parecía decir que sabía exactamente lo que me estaba pasando.

—De hecho —respondió, sin prisa, como si el tiempo fuera completamente irrelevante para él.

Con calma, me ayudó a bajar de su regazo y volver a mi asiento. Me acomodé lo más rápido que pude, bajando mi falda y tratando de

recomponer mi expresión. Mi rostro aún ardía, pero sabía que él me miraba como si supiera exactamente lo que estaba sintiendo.

Acomodé mi cabello, aún intentando procesar todo lo que había pasado. Mi corazón seguía acelerado, y mi respiración aún era irregular. No sabía cómo lidiar con todo aquello. Vincenzo tenía una forma de dejarme fuera de control y, lo peor de todo, era que me encantaba.

Estaba avergonzada, pero, en el fondo, me sentía feliz. Él me hacía sentir cosas que nunca imaginé y, por más que aún tuviera dudas sobre a dónde nos llevaría aquello, en ese momento, no quería pensar en nada más que en estar con él.

CAPÍTULO 10 - Interesante

VINCENZO De Luca

Ajusté mi corbata mientras observaba a Aurora por el rabillo del ojo. Ella parecía recompuesta, aunque aún había un rubor en sus mejillas que me hacía sonreír internamente, recordándome de segundos antes, cuando casi me corrí junto con ella. Esa chica tenía el poder de dejarme al límite, y no solo físicamente. Cada palabra suya, cada gesto, movía algo en mí de una forma que nunca había experimentado antes. Y eso me hacía desear protegerla de todo.

Se veía aún más hermosa después del orgasmo. El brillo en su piel y el aire soñador en su mirada hacían crecer mi deseo. Mis pensamientos, sin embargo, vagaban hacia algo que aún no había explorado. ¿Cómo sería su conchita? ¿Sería rosada o blanca? ¿Oscurita? ¿Latiría cuando se corría, como una corriente eléctrica atravesándola? En el coche, lamentablemente, no había cómo descubrirlo. Tendría que seguir imaginando, y la idea era una deliciosa tortura. No veía la hora de meter mi polla en ella, de sentirla completamente mía.

Respiré hondo, controlando el deseo que aún ardía en mí. Necesitaba mantener la compostura. Ese era nuestro primer evento público juntos y tenía que asegurarme de que ella estuviera bien. Cuando percibí que estábamos listos, presioné el botón para bajar la división que nos separaba de Enrico.

Él entendió la señal inmediatamente. Bajó del coche y vino a abrirme la puerta con la puntualidad y la precisión que yo esperaba. Mis hombres ya estaban posicionados alrededor, como siempre, atentos a cualquier movimiento sospechoso.

Salí del coche y me giré hacia Aurora, extendiendo la mano para ayudarla. Sus ojos azules se encontraron con los míos por un breve momento, como si buscara seguridad. Sujeté su mano firmemente, ofreciéndole una leve sonrisa.

—¿Lista? —pregunté, con la voz baja y tranquila.

Ella asintió, sujetando mi mano con delicadeza. Caminamos lado a lado hasta la alfombra roja, donde los flashes comenzaron a dispararse en cuanto nuestros rostros quedaron visibles. El sonido de las cámaras y los murmullos de la multitud eran ensordecedores, pero yo mantuve la calma. Aurora, sin embargo, parecía un poco tensa. Apreté suavemente su mano, indicándole que debía confiar en mí.

—Señor De Luca, señorita Colombo, ¿pueden decirnos cuándo será la boda? —gritó uno de los reporteros.

—¿Cómo será la ceremonia? ¿Grande o reservada? —preguntó otro, su voz superponiéndose a la primera.

—Señor De Luca, ¿va a compartir la fortuna de la bodega con su futura esposa? —cuestionó una mujer con una sonrisa maliciosa.

—Señorita Colombo, ¿cómo es ser la prometida de uno de los hombres más poderosos de Italia? —insistió otro, apuntando el micrófono hacia nosotros.

Aurora se detuvo un segundo, mirándome, y me di cuenta de que estaba un poco intimidada. No podía culparla. Era demasiada atención y yo sabía que ese tipo de exposición no formaba parte de su mundo.

—Sin preguntas, por ahora —anuncié, con voz firme y autoritaria. Mi mirada recorrió a los reporteros, dejando claro que no toleraría insistencias.

Aurora dio un paso, pero un fotógrafo más osado avanzó más allá de la línea de seguridad, apuntando su cámara directamente hacia ella. Fue un movimiento tan rápido que casi escapó de los ojos de los demás.

Casi.

Yo estaba atento. Solté a Aurora lo justo para poner mi cuerpo entre ella y el fotógrafo, sujetando su cintura con firmeza para mantenerla

protegida.

—Un paso atrás, ahora —dije, mi voz baja pero cargada de amenaza.

El fotógrafo se congeló en el lugar, dándose cuenta de que había traspasado un límite peligroso. Uno de mis guardaespaldas se acercó de inmediato, posando la mano en su hombro y empujándolo suavemente de regreso hacia la multitud.

—Disculpe, señor De Luca —balbuceó, claramente arrepentido.

—Asegúrate de que no vuelva a suceder —murmuré, antes de volver mi atención hacia Aurora.

Ella me miró, sus ojos azules brillando con una mezcla de alivio y admiración. Sonreí levemente, apretando su mano una vez más.

—Estás segura, pequeña. Nada te va a alcanzar mientras estés conmigo —dije en voz baja, solo para que ella pudiera oírlo.

Ella me devolvió la sonrisa, tímida pero sincera, que llenó mi pecho de orgullo. Seguí guiándola por la alfombra roja, ignorando las preguntas que seguían gritándose a nuestro alrededor. Los flashes disparaban como balas, pero yo me concentraba únicamente en Aurora. Su presencia a mi lado hacía que todo lo demás pareciera insignificante.

Finalmente, llegamos a la entrada del evento. En cuanto cruzamos la puerta, el ruido de la multitud quedó atrás, sustituido por una música suave y el murmullo elegante de las conversaciones entre los invitados. El ambiente era sofisticado, exactamente como lo esperaba.

—Bienvenidos, señor De Luca y señorita Colombo —dijo uno de los organizadores, acercándose para saludarnos—. Es un honor tenerlos con nosotros esta noche.

—Gracias —respondí con un breve asentimiento, manteniendo mi postura formal. Me giré hacia Aurora, ofreciéndole una sonrisa reconfortante—. ¿Está todo bien?

—Sí —respondió ella, con una pequeña sonrisa. Pero yo sabía que aún estaba absorbiendo todo.

Inclinándome ligeramente, murmuré en su oído:

—Vamos a mostrarle al mundo quiénes somos, pequeña. Estás al lado del hombre que te dará todo.

Ella me miró y, por un momento, vi la confianza que empezaba a adquirir. Esto era solo el comienzo.

AURORA Colombo

La música alta y envolvente del desfile llenaba el salón, mezclándose con el sonido de risas y conversaciones. Sentada en el área VIP junto a Vincenzo, sentía el peso de las miradas sobre mí. Nunca en mi vida había sido tan notada, pero no era por ser Aurora Colombo. Era por estar al lado de Vincenzo De Luca. Él irradiaba poder y yo sabía que, a su lado, empezaba a cargar con una sombra del mismo brillo.

Pero no todo era cómodo. La pregunta de aquella reportera seguía martillando en mi mente: "Señor De Luca, ¿va a compartir la fortuna de la bodega con su futura esposa?" ¿Por qué eso parecía tan importante para la gente? ¿Por qué nadie creía que había más en una relación que dinero y estatus? Vincenzo era muchas cosas: imponente, intimidante, irresistible. Pero lo que me conquistaba era algo más simple y profundo. Era la forma en que me miraba, como si yo fuera lo único que importaba. Era el príncipe que yo veía en él, no el rey que todos hacían de él.

Estaba perdida en pensamientos, mirando la copa de champán en mis manos, cuando un leve sonido de aplausos a mi lado me devolvió a la realidad. Vincenzo. Observaba el desfile, su postura impecable, ojos atentos y expresión de leve aprobación. Alcé la cabeza rápidamente y percibí que una modelo acababa de cruzar la pasarela, regresando a los bastidores. Llevaba un vestido corto,

provocador, hecho para atraer todas las miradas masculinas de la sala.

Sentí mi rostro arder. Una emoción nueva e incómoda se instaló en mí, algo que nunca había sentido antes. Celos. No tenía sentido. Vincenzo estaba a mi lado, su presencia firme como siempre, pero la idea de otra mujer recibiendo su atención... No, no me gustaba.

Giré el rostro apenas, observándolo de reojo. Él estaba tranquilo, casi indiferente, pero sus ojos no perdían detalle de la pasarela. Mi corazón dio un salto y mi mente comenzó a crear escenarios ridículos. ¿Le gustarían ese tipo de mujeres? ¿Seguras, confiadas, provocadoras?

Intenté alejar esos pensamientos. Eran tontos y, en el fondo, lo sabía. Vincenzo era claro sobre lo que quería, y lo que quería era... yo. Aun así, la inseguridad pinchaba como una espina afilada.

—¿Te está gustando el desfile? —su voz grave me sorprendió, y me di cuenta de que se había inclinado levemente hacia mí. La pregunta parecía casual, pero había un brillo de curiosidad, como si supiera exactamente lo que pasaba por mi mente.

Respiré hondo, forzando una sonrisa.

—Está bonito... La ropa es… impresionante.

Él arqueó una ceja, como si no estuviera convencido con mi respuesta. Vincenzo conocía mis expresiones mejor que yo misma. Antes de que pudiera decir algo más, deslizó su mano hasta la mía, entrelazando nuestros dedos. Mi corazón se aceleró con el gesto simple.

—¿Crees que estoy prestándoles atención a ellas? —preguntó en voz baja. Quiso sonar divertido, pero sonó serio.

Sentí mi rostro arder aún más. Me avergonzaba ser tan transparente.

—Claro que no —murmuré, desviando la mirada—. Es ridículo. Quiero decir, ¿cómo no lo estarías? Esa es la finalidad de un desfile,

¿no?

Él soltó una risa baja, apretando mi mano con firmeza.

—Aurora, no hay nadie en esta sala que me interese aparte de ti. —Afirmó y besó mi mano.

Sonreí internamente. Jamás admitiría mis celos, pero era reconfortante que él lo reforzara y me diera seguridad. No era insegura, pero sentía celos. ¿Qué hacía eso de mí?

—Pero la ropa realmente está interesante —me encogí de hombros, fingiendo desinterés—. Tal vez compre algunas —dije más para probar su reacción que por interés real.

Él frunció el ceño, su expresión levemente cargada.

—Esa ropa no va contigo.

—¿Por qué no? —repliqué, mirándolo con una mezcla de curiosidad y provocación.

—Pero, si realmente lo quieres, compro la colección entera para ti. Sin embargo, si tengo que arrancar los ojos de algunos idiotas que se atrevan a mirarte, espero que no te moleste —dijo con un brillo travieso en los ojos que me dejó inquieta.

Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo. Aunque la frase tenía un tono de broma, había algo en la forma en que lo dijo que me dejó las piernas temblando. Había llevado la broma demasiado lejos.

—Es broma... —murmuré, esbozando una sonrisa forzada, intentando aliviar el clima tenso que, de repente, se había formado —. En realidad, ni siquiera me parecieron tan interesantes esas ropas.

Pero, mientras sonreía, me di cuenta de que la sensación de posesividad que él exhalaba, por más intimidante que fuera, tenía algo de reconfortante. Él realmente me veía y eso me hacía sentir especial.

—¿Adónde vamos? —pregunté, frunciendo el ceño al notar que el chófer de Vincenzo no seguía en dirección a mi casa.

—Te voy a llevar a cenar, donde podremos conversar y conocernos mejor —respondió él, con la calma habitual.

—¿A esta hora? ¿Habrá algún lugar abierto?

Era tarde y, aunque el cóctel después del desfile había sido completo, yo apenas había tocado la comida. Las miradas juzgadoras y los comentarios a nuestro alrededor me dejaron incómoda. Parecía que todo el mundo quería algo de Vincenzo: modelos intentando llamar su atención, empresarios trayendo proyectos que, para mí, sonaban como excusas para acercarse a él. Otros, con miradas envidiosas, solo fingían ser simpáticos.

¿Y yo? Bueno, yo era el blanco de sonrisas falsas y de miradas que gritaban "¿cómo lo consiguió?". Apenas podían disimular el desprecio hacia mí, y eso que mi familia solía ser respetada, pero, al parecer, nadie podía ser lo bastante buena para Vincenzo. Cuando Vincenzo sugirió que nos fuéramos, respiré aliviada, como si me estuvieran rescatando de una jaula.

—Claro que hay muchos lugares abiertos y, si no los hay, abrirán exclusivamente para nosotros dos —dijo él con tanta seriedad que me descubrí imaginando el poder que realmente tenía.

Me giré hacia las ventanas del coche. Estaban cerradas, pero la mampara entre nosotros y el chófer permanecía abierta. Vincenzo notó mi mirada.

—¿Quieres que pulse ese botón? —preguntó con una leve sonrisa.

Mi respiración falló. Hablaba de la mampara, pero no necesitaba ser explícito para que yo supiera exactamente lo que insinuaba. Mi corazón empezó a latir más rápido y el calor se apoderó de mi cuerpo. Era obvio que me estaba provocando, intentando leer mi reacción. Y, para mi desgracia, lo conseguía.

—Necesitas respetarme más —afirmé, intentando sonar firme, aunque mi voz traicionaba el nerviosismo.

Él arqueó una ceja, claramente divirtiéndose con mi intento de parecer controlada. Esos ojos grises parecían desnudarme y descifrarme, como si supiera exactamente lo que pasaba por mi mente. Y lo sabía.

Porque, sí, yo quería. Quería repetir lo que había sucedido antes. Quería sentir sus manos sobre mí otra vez.

—Relájate, estoy bromeando —rió en voz baja, con esa sonrisa traviesa que hacía que mi corazón se acelerara. Fingí demencia, como si sus palabras no me hubieran afectado, como si esa "broma" no hubiera despertado algo en mí que prefería ignorar.

Mantuve mi expresión neutra, desviando la mirada hacia la ventana, pero la verdad era que él tenía el poder de desestabilizarme con la mayor facilidad.

El coche se detuvo suavemente frente al restaurante más lujoso que había visto jamás. Era un lugar elegante, con ventanales iluminados por luces doradas que creaban un ambiente acogedor, pero intimidante al mismo tiempo. Para mi suerte, parecía estar casi vacío, lo que me trajo un alivio inmediato.

Cuando bajamos del coche, Vincenzo tomó mi mano con firmeza, guiándome como si fuera una pieza preciosa de su colección. Un camarero abrió la puerta y, al reconocerlo, adoptó inmediatamente una postura casi reverencial. Nos condujo hasta una mesa apartada, en un rincón del salón, rodeada de cortinas de terciopelo que garantizaban total privacidad.

En cuanto nos sentamos, Vincenzo se ajustó los puños de la camisa con un gesto casual y lanzó una mirada alrededor, como si analizara cada rincón del lugar.

—Me gusta la privacidad, donde nadie va a mirar a mi mujer —dijo, con su voz grave y segura resonando en mis oídos.

Sentí mi corazón acelerarse con la intensidad de sus palabras. No sé de dónde saqué valor, pero, antes de poder evitarlo, solté:

—Yo también prefiero que nadie te mire.

Él arqueó las cejas y sonrió abiertamente, desviando la mirada como si necesitara controlar algo dentro de sí.

—Eres atrevida, Aurora, por osar dominarme así.

Su tono era divertido, pero había algo en sus ojos que cargaba una intensidad misteriosa que me despertaba aún más la curiosidad.

—¿Por qué? ¿Eres inalcanzable, señor De Luca? ¿No puedo dominarte como tú lo haces conmigo? —pregunté, sintiéndome más a gusto para hablar. La conexión que estábamos creando me hacía olvidar las formalidades.

Él se inclinó levemente hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa y entrelazando los dedos, como si estuviera a punto de revelarme un secreto.

—Ya soy tuyo, Aurora. Pero hay partes de mí que tal vez nunca consigas dominar… No porque no quiera, sino porque no sé si pueden ser controladas.

Sus palabras cargaban un peso que no esperaba. Se estaba abriendo, pero, al mismo tiempo, dejaba claro que existían barreras dentro de él, algo que aún no estaba dispuesto a compartir. ¿Traumas? ¿Miedos?

—Quizás lo consiga —murmuré, sosteniendo su mirada—. Con el tiempo.

Él rió suavemente, pero su mirada tenía un matiz sombrío.

—Si alguien puede, eres tú, pequeña.

La cena transcurrió entre conversaciones ligeras, risas inesperadas y miradas que decían mucho más que las palabras. Sostenía mi mano sobre la mesa, acariciando suavemente mis dedos mientras hablábamos de asuntos triviales y de otros no tanto. Era extraño cómo me sentía cómoda a su lado, aun percibiendo que probablemente guardaba secretos muy profundos.

El tiempo pasó demasiado rápido, como si el universo conspirara para que cada momento juntos fuera efímero. Antes de darme

cuenta, estábamos de vuelta en el coche, de camino a casa. Cuando el chófer se detuvo frente a mi puerta, Vincenzo bajó primero y me abrió la puerta.

Yo salí, esperando que solo se despidiera, pero, en lugar de eso, sostuvo mi rostro con ambas manos y me besó. Fue un beso distinto a los demás: profundo, lento, casi doloroso en la forma en que parecía querer prolongar algo que él sabía que tendría que interrumpir.

—Mañana llegarán más flores para ti —dijo suavemente, antes de darme otro beso, esta vez más corto.

Intenté disimular la angustia que empezaba a crecer dentro de mí.

—Ya puedo abrir una floristería —bromeé, sonriendo para ocultar la tristeza que sentía al verlo alejarse otra vez.

Él sonrió de lado, inclinándose levemente para susurrar en mi oído:

—Pronto, la floristería será en nuestra casa, donde tú y yo cultivaremos las flores, juntos.

Aquellas palabras hicieron arder mi corazón. Me conquistaba más y más a cada segundo, ausente o cerca.

Se despidió con un último beso en mi frente y yo lo observé subir al coche y desaparecer en la noche.

Entré sintiéndome dividida entre la felicidad de estar a su lado y la incertidumbre de cuándo volvería a verlo. Vincenzo tenía el poder de envolverme por completo y, al mismo tiempo, dejarme ansiando más.

Él era demasiado intenso en mí.

Interrumpí mis pasos al encontrar a mi padre sentado en el sofá, mirándome con los ojos abiertos y una expresión de desaprobación que me heló la sangre.

—Papá, ¿qué haces aquí a esta hora? —pregunté, intentando sonar tranquila, pero mi voz temblaba.

No parecía bien, estaba a punto de explotar de rabia.

—Estaba esperando que llegaras para que me expliques cómo te atreves a avergonzarme de esta manera —dijo, levantándose de golpe y viniendo hacia mí.

Asustada, di un paso atrás, tropecé en el escalón que daba a la puerta y caí sentada. Mi corazón se desbocó.

—Papá, por favor, ¿de qué estás hablando? Solo salí con mi prometido, fuimos a un evento y estábamos acompañados —intenté explicar, pero mi voz salió temblorosa y las lágrimas ya amenazaban con caer.

No prestó atención a mis palabras. Avanzó como un depredador, me agarró del brazo y me obligó a ponerme de pie, apretando con tanta fuerza que sentí la piel arder. Sus ojos rebosaban furia.

—¿Dormiste con él, Aurora? ¿Dormiste? —gritó, su respiración pesada y caliente sobre mi rostro.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Claro que no! —protesté, pero mi tono no parecía suficiente para convencerlo.

Sentí las lágrimas acumularse en mis ojos, pero contuve el llanto unos segundos más.

Él rió, pero no había humor en su sonido. Era cruel, cargado de desprecio.

—¡Lo único que tiene valor para ti es tu virginidad! Si duermes con él, vas a perder eso y él no querrá casarse contigo. Y, cuando eso ocurra, estaremos arruinados, ¿entendiste? —vociferó, sacudiéndome como si quisiera que sus palabras se clavaran en mi alma.

El apretón de sus dedos parecía crecer con cada palabra. Sus uñas se clavaban en mi piel y el dolor era lacerante.

—¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño, papá! —supliqué, las lágrimas ahora corriendo sin control.

No me soltó. Al contrario, apretó aún más, inclinándose sobre mí, su expresión tomada por el odio.

—Si él no se casa contigo, Aurora, ¡tu castigo será el peor de todos! Te entregaré a un viejo amigo mío que siempre quiso tu compañía. Y, esta vez, tendrá lo que desea —disparó, su voz cargada de rencor.

Sentí el nudo en mi garganta apretarse tanto que apenas podía respirar. Finalmente, me empujó con fuerza, haciendo que mi cuerpo chocara contra la pared. El impacto fue seco y el frío del cemento recorrió mi espalda. Mi respiración se volvió en sollozos cortos, mientras las lágrimas nublaban mi visión. Comencé a llorar, encogida contra la pared. Mi cuerpo dolía, pero nada se comparaba al dolor que venía de sus palabras.

Yo era su hija. ¿Cómo podía pensar en tratarme como una moneda de cambio, como algo desechable?

Me miró una vez más, como si esperara una reacción, pero al ver mi fragilidad, solo bufó con desprecio.

—Espero que lo hayas entendido, Aurora. No te atrevas a avergonzarme otra vez —dijo antes de darme la espalda y salir de la sala, cerrando la puerta con tanta fuerza que resonó en toda la casa.

Me quedé allí, encogida en el suelo, con el corazón destrozado. La persona que debía protegerme era la que más me hería, y yo sabía que sus amenazas no eran vacías. Mi padre era capaz de cumplir cada palabra cruel que había dicho.

Me quedé un tiempo encogida en el suelo, llorando, sintiendo vergüenza hasta de las paredes a mi alrededor. Vergüenza de mí misma. Me sentía una zorra, porque sabía que casi, casi había dormido con Vincenzo. Si él lo hubiera querido, si hubiera insistido, yo habría cedido, porque yo… yo lo deseaba. Tal vez ya lo amaba. Y sí, habría dormido con él.

Las palabras de mi padre resonaban en mi cabeza como un martillo cruel. ¿Tenía razón? ¿Si dormía con Vincenzo perdería el interés y no se casaría conmigo? ¿Era yo tan desechable?

Miré mi brazo, ahora marcado por las garras de mi padre. Las manchas rojas y la leve hinchazón eran un recordatorio físico de lo bajo que me hacía sentir. No era solo el dolor del apretón, sino el peso del desprecio, de las palabras venenosas que me lanzaba como una maldición.

Me levanté, sintiendo mi cuerpo temblar, pero no de cansancio físico. Era agotamiento mental, emocional. Cada paso que di hacia mi habitación parecía más pesado que el anterior. ¿Cómo mi noche perfecta, que empezó con promesas de felicidad, terminó así? Yo había sonreído, me había sentido especial, deseada… y ahora estaba reducida a esto.

Caminé tambaleante hasta la puerta de mi cuarto. En cuanto entré, giré la llave en la cerradura, como si ese gesto pudiera protegerme de más ataques, aunque solo fuera una ilusión.

Me tiré en la cama y abracé mi propio cuerpo, como si pudiera darme el consuelo que nadie más parecía querer ofrecerme en ese momento. Las lágrimas siguieron cayendo, empapando la almohada, mientras un millón de pensamientos me atravesaban.

¿Por qué todo tenía que ser tan difícil? ¿Por qué tenía que vivir bajo la presión constante de ser perfecta, intocable, obediente? No sabía cómo seguir adelante sin sentirme destruida por dentro.

CAPÍTULO 11 - Ajuar

AURORA Colombo

Días después…

Estaba mirando las piezas del ajuar extendidas sobre mi cama, traídas por Alessia como un regalo.

— ¡Son preciosos! —dije, con los ojos brillando, sin percibir exactamente lo que estaba sintiendo, pero conmovida por su gesto de cariño.

Alessia, sin embargo, parecía mucho más animada que yo.

— Dos toallas de baño con sus nombres bordados, dos de rostro, este set de jabones que promete preparar la piel para una noche de amor increíble... —empezó a enumerar con entusiasmo—. Ah, aquí tenemos su calzoncillo con la frase "siéntate rico" y tu tanga con la frase "cógeme". Amiga, hay más cosas que es mejor que veas sola —soltó una carcajada, sin notar que mi rostro se ponía completamente rojo.

— ¿Estás segura de que esto es un ajuar común? —pregunté, tomando el calzoncillo en mis manos, sintiendo mi rostro arder como una brasa.

Alessia se echó a reír, dejándose caer sentada en la punta de la cama mientras yo miraba las piezas como si fueran a morderme.

— ¿¡Común!? ¡Esto es un ajuar de pareja enamorada, amiga! —me guiñó un ojo, tomando la tanga de encaje y agitándola en el aire—. Me lo vas a agradecer después. Estos detalles hacen toda la diferencia cuando se está con el hombre de los sueños.

— Estás loca —murmuré, arrancándole la prenda de las manos y tratando de esconderla bajo las toallas—. Yo nunca usaría eso.

— ¡Ah, sí lo vas a usar! No sirve de nada hacerte la puritana — replicó ella con una sonrisa traviesa—. Vincenzo es un hombre

poderoso. ¿Crees que no le va a gustar verte con una cosita así?

— ¡Alessia! —me quejé, cubriéndome el rostro con las manos. Sentía que me iba a derretir de tanta vergüenza.

— Aurora, si no lo usas, yo misma lo meteré en la maleta de él como un regalo sorpresa —provocó, haciendo un gesto teatral como si fuera a tomar las piezas otra vez.

— ¡Ni lo pienses! —le dije, tratando de apartarla mientras ella se reía a carcajadas.

En el fondo, a pesar del escándalo que yo estaba armando, una pequeña parte de mí imaginó a Vincenzo viendo esas prendas. Su rostro, sus ojos grises e intensos fijándose en mí. Mi corazón se aceleró solo con la idea. ¿Será que realmente le gustaría?

— Yo solo quiero verte feliz, amiga —dijo Alessia, ahora más calmada, sentándose a mi lado. Me tomó la mano y sonrió—. Sé que tienes tus miedos, pero todo va a salir bien. Vincenzo parece ser el tipo de hombre que sabe cuidar lo que es suyo.

Asentí, intentando alejar los pensamientos pecaminosos que invadían mi mente. El ajuar seguía ahí, demasiado provocativo para mi gusto. Pero, por alguna razón, no podía dejar de pensar en cómo reaccionaría Vincenzo al verlo.

De repente, me encontré pensando… ¿y si mi padre viera esos objetos?

Mi corazón casi se detuvo con la idea.

Imaginé la escena: él entrando en la habitación, encontrando las toallas bordadas con nuestros nombres, los jabones románticos y, lo peor, las piezas escandalosas bajo las toallas. El calzoncillo con la frase indecente, la tanga que gritaba una invitación impropia... ¡Oh, Dios! Podía ver hasta su rostro enrojeciendo de furia, las venas hinchándose en su cuello, y su voz resonando por toda la casa con palabras furiosas mientras me arrastraba del cabello.

"¡Aurora! ¿Qué es esto?" gritaría, sosteniendo las piezas como si fueran una prueba irrefutable de mi pecado.

Sacudí la cabeza, intentando alejar el pensamiento. Solo de imaginar esa mirada juzgadora, todo mi cuerpo se encogió.

— Alessia, mi padre no puede ver esto —solté desesperada, empujando el ajuar lejos—. De ninguna manera. ¡Nunca! Si se entera de que trajiste estas cosas aquí...

Ella me miró divertida y puso los ojos en blanco.

— Relájate, Aurora. Tu padre no va a venir a hurgar en tu cuarto. ¡Por el amor de Dios, estamos en el siglo veintiuno! No necesita saber nada.

— Tú conoces a mi padre —respondí, presionando las manos contra mi rostro—. Siempre está controlando todo, esperando una oportunidad para agarrar cualquier detalle que pruebe que soy… no sé… indigna.

— ¿Indigna? —bufó Alessia, indignada en mi lugar—. Amiga, te vas a casar con Vincenzo De Luca, uno de los hombres más poderosos de Italia. ¡Eres prácticamente una reina! Si alguien debería tener vergüenza, no eres tú.

Por más que sus palabras quisieran consolarme, no pude evitar el nudo en la garganta. Sabía que Alessia tenía razón, pero la sombra de mi padre siempre parecía perseguirme. Él encontraría cualquier motivo para humillarme o destruir lo único que me estaba haciendo feliz.

Suspiré y me levanté, doblando las piezas escandalosas y escondiéndolas en el fondo del cajón más bajo de mi vestidor.

— La precaución nunca está de más —murmuré, casi hablando conmigo misma.

Alessia cruzó los brazos, riéndose bajito.

— Eres increíble. Pero ¿sabes qué? El día que uses eso, quiero ser la primera en enterarme. Vincenzo se va a quedar con la boca abierta,

amiga. Y yo seré la culpable del primer Vincencito corriendo por tu casa.

Sentí mi rostro arder de nuevo y le lancé un cojín, que ella esquivó riendo.

— ¡Basta, Alessia! ¡Espérame afuera! —exclamé, tratando de no reír con ella.

Se levantó todavía riendo.

— Está bien, está bien. La señorita Pureza va a guardar las piezas hasta la boda. Yo apuesto a que no aguantas tanto tiempo.

— ¡Alessia! —grité, ya riendo, pero ella solo me guiñó un ojo antes de salir del cuarto.

Cuando me quedé sola otra vez, miré el armario, sabiendo exactamente dónde había escondido el ajuar. ¿Y si realmente lo usaba? Cerré los ojos e imaginé a Vincenzo, sus ojos grises fijos en mí, la sonrisa depredadora que siempre mostraba cuando quería algo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Dios mío… Quizá Alessia tenía razón.

Caminé hasta la pintura que hice de la mirada de Vincenzo sobre mi cómoda y la tomé en mis manos.

— ¿Te gustaría esto, verdad? —murmuré, casi como si él pudiera escucharme, y sentí mi rostro arder de vergüenza.

Era patético hablarle a una pintura, pero no podía evitarlo. Estar comprometida con Vincenzo me afectaba de una manera que nadie entendería.

Estaba sobreviviendo de recuerdos de él.

Había pensado en las palabras de mi padre días atrás, sobre cómo perdería mi valor para Vincenzo y sería descartada si me acostaba con él. Y no, eso no entraba en mi cabeza. Mi padre era un hombre detestable, con pensamientos retrógrados y crueles que reflejaban a

la persona que era. Vincenzo, en cambio, era todo lo que él jamás podría ser.

Él era un príncipe.

Dulce cuando era necesario, fuerte en la medida justa, protector e inquebrantable. No había nada en Vincenzo que me hiciera dudar de él; al contrario. Sus gestos hablaban más alto que las palabras, su presencia era intensa, pero nunca amenazadora para mí. Me hacía sentir segura. Y eso era nuevo.

Si mi padre era la sombra que consumía mi alma, Vincenzo era el sol que brillaba a través de ella, iluminando un futuro que yo aún no comprendía del todo, pero que deseaba con todas mis fuerzas.

Mi corazón no quería aceptar que él fuera capaz de algo tan bajo como usarme. Él no era como los otros hombres que mi padre conocía. Vincenzo era un hombre de verdad.

VINCENZO De Luca

Días después…

El sol se ponía en la ventana de mi despacho, y la luz anaranjada daba un aire casi sereno al ambiente. Mi nuevo secretario estaba de pie, repasando los compromisos de la mañana siguiente, cuando la puerta se abrió sin aviso. Giovanni entró con semblante grave, el tipo de expresión que indicaba que nada bueno estaba por venir.

— ¿Qué pasó? —pregunté, interrumpiendo a mi secretario con un gesto para que nos dejara a solas, y así lo hizo.

Giovanni cerró la puerta tras de sí y arrojó una carpeta voluminosa sobre mi mesa, atrayendo mi atención de inmediato.

— Massimo. Lo estaba vigilando y mire lo que descubrí, Don —su voz era seria, pero el desprecio era evidente.

Abrí la carpeta, curioso, y encontré una serie de fotos comprometedoras. Allí estaba Massimo, el padre de mi prometida,

en una habitación de hotel con Amanda, mi exsecretaria. Estaba desnudo, en flagrante, junto con ella. Solté una carcajada, pero la risa no llevaba humor, solo escarnio.

— ¿Era necesario llegar tan lejos? —dije, levantando una de las fotos para examinarla mejor—. Qué escena patética. ¿Cree que va a alcanzarme con esto? ¿Usando a Amanda, de todas las personas?

— ¿Qué piensa usted? —preguntó Giovanni, manteniendo la compostura, pero claramente divirtiéndose con mi reacción.

— Creo que está intentando dominar algo, pero se engaña —respondí, negando con la cabeza—. Déjelo divertirse con Amanda. Ella nunca tuvo acceso a nada realmente importante. Jamás alcanzarán ni mi sombra. Pero sígalo vigilando. En cuanto intente pasar de las provocaciones a acciones reales, quiero ser informado.

— Entendido, Don —asintió Giovanni y salió del despacho, dejándome solo con la irritación que comenzaba a apoderarse de mí.

Pasé el resto del día rumiando la idea de que Massimo intentara llamar mi atención con algo tan infantil. ¿Cuál era su plan? ¿Acostarse con mi exsecretaria para conseguir información que le permitiera revertir la situación a su favor? Estaba jugando con fuego y, tarde o temprano, me aseguraría de que se quemara.

Cuando llegué a casa y me senté a la mesa de comedor con mi madre, ella de inmediato notó mi irritación. Alessandra siempre había sido una mujer perceptiva, y la intensidad que me rodeaba era imposible de ignorar; por supuesto que lo notaría.

— ¿Necesitas matar a alguien hoy para poder dormir en paz? —preguntó con seriedad. Lo cual, viniendo de ella, significaba que estaba curiosa por lo que me perturbaba.

Dejé los cubiertos a un lado y miré a mi madre.

— Massimo se está acostando con una secretaria que despedí hace meses, probablemente para conseguir alguna información. Mi futuro

suegro está agotando mi paciencia —hablé con la voz cargada de rabia.

Ella arqueó una ceja, tomando su copa de vino y analizando la situación como si fuera un rompecabezas.

— Ese hombre nunca fue de confianza. Siempre fue un oportunista, Vincenzo. Lo sabes tan bien como yo.

Respiré hondo, tratando de contener la ira que solo crecía. No era por Amanda, sino por el intento patético de Massimo de intentar engañarme.

— Si no fuera el padre de mi prometida, lo mataría quemado —solté, sintiendo la furia arder en mis venas.

— Puedes hacerlo pagar usando a su propia hija —sugirió ella, sus palabras saliendo tan frías como cortantes.

La miré, sorprendido por la sugerencia.

— Jamás tocaría a Aurora. Ella es mi prometida, mi futura esposa, y no merece verse envuelta en las porquerías de su padre.

Mi madre negó con la cabeza, como si yo fuera ingenuo.

— No estoy sugiriendo que la dañes, Vincenzo. Todo lo contrario. Lo que digo es que parece que Massimo hace de todo para proteger a su hija, como si fuera el único triunfo que tiene. Entonces, usa eso contra él. Tráela a vivir aquí antes de la boda. Ponla bajo tu control, y no bajo el de él.

— Eso podría manchar su imagen —argumenté, en tono más bajo—. Aurora no debe ser vista como mi amante antes de ser oficialmente mi esposa.

Mi madre esbozó una sonrisa fría, girando la copa entre los dedos.

— Nadie necesita saberlo más que Massimo. Hazle creer que la reputación de su hija está en juego, así como la de su propia familia. Enloquecerá con la idea de perder el control y comprenderá que siempre estará en tus manos.

Pensé un momento, procesando sus palabras.

— Sí, sería una tortura deliciosa para él. Massimo adora fingirse ético, pero es la hipocresía en persona. Ni siquiera necesitaba saber que se acostaba con Amanda para estar seguro de que no vale nada.

— Cuanto antes esté Aurora lejos de las influencias de su padre, mejor. Ella parece ser diferente a él, pero, cuanto más tiempo pase a su lado, más fácil será que se contamine —continuó mi madre, su tono ahora más serio.

Asentí lentamente. Mi madre tenía razón. Aurora era especial, pero Massimo aún tenía alguna influencia sobre ella. Cuanto más rápido la sacara de allí, más pronto podría asegurarme de que estuviera completamente bajo mi protección.

— Faltan apenas quince días para la boda —murmuré, sonriendo de lado—. Todavía da tiempo de divertirme con esta posibilidad.

Volteé la copa y bebí el líquido restante de un solo trago, saboreando la quemazón familiar del vino bajando por mi garganta. La brillante idea que había sugerido mi madre giraba en mi mente como un reloj, cada engranaje encajando perfectamente en el plan que comenzaba a tomar forma.

Quizá estaba flaqueando. Quizá. Massimo tenía la suerte de que su hija era demasiado importante para mí. Solo por eso, solo por Aurora, consideraba las maneras más blandas —casi idiotas— de atacarlo. Mi instinto natural era menos misericordioso, más directo. Si dependiera solo de mi voluntad, Antonella ya habría sido llamada para resolver el problema, y Massimo no sería más que un montón de carne molida, listo para ser descartado.

Pero aprendería. De una forma u otra. Y, al final, vería que jugar con Vincenzo De Luca nunca fue una buena idea.

Quién sabe, tal vez si Massimo sufriera un accidente así, de repente, algo totalmente "inesperado", no tendría que preocuparme tanto. Un fallo en el freno del coche, una distracción en la carretera... esas

cosas pasan, al fin y al cabo. No sería culpa mía, por supuesto. Sería solo el destino, cruel e inevitable. Yo solo me encargaría de consolar a Aurora, de ser su puerto seguro en ese momento de pérdida.

Tras la cena, solo en el silencio de mi cuarto, la decisión ya estaba tomada y planeada. Al día siguiente, Aurora estaría bajo mis cuidados. Era suficiente para probar los límites de Massimo, para que entendiera que, si yo aún mantenía un mínimo de paciencia, esa cuerda estaba cada vez más fina.

Me quedé frente al espejo, desabrochando la camisa lentamente. La luz tenue de la lámpara iluminaba el ambiente, creando sombras suaves en las paredes, pero fue el reflejo en el espejo lo que llamó mi atención. Mi mano se detuvo un momento al mirar la botella de whisky en la mesilla. La tomé y bebí un largo trago directamente del cuello, manteniendo mis ojos fijos en el hombre que me devolvía la mirada.

Vi las cicatrices de luchas pasadas esparcidas por el pecho y los hombros. Cada una era un recordatorio de las batallas que había ganado, de la fuerza que acumulé a lo largo de los años. Pero, en ese momento, no eran las cicatrices lo que me llamaba la atención. Era la memoria de Aurora. La suavidad de su piel, la mirada tímida pero llena de deseo. La forma en que su cuerpo respondía a mi toque, incluso de manera tan inocente.

Mi mirada descendió hasta el reflejo de mis manos en el espejo. Manos que ansiaban sentir la textura de cada centímetro de ella. Recordaba su respiración acelerada en el coche, el rubor en su rostro. Era tan dulce, pero había algo pícaro en ella que no podía sacarme de la cabeza.

Quizá traerla a mi casa antes de la boda fuera un error. Quizá no soportaría respetar los límites. Quizá la tomaría antes de tiempo. Pero, que se joda. Pagaría por ver. Aurora era mía. Y ella lo sabría.

Mi polla ya estaba dura con el simple recuerdo de ella. La forma en que apretó los labios mientras intentaba ocultar el deseo, como si estuviera luchando contra sí misma. Tomando otro trago de whisky,

sentí el líquido quemando mi garganta, calentando mi cuerpo ya en llamas por ella.

Me quité el resto de la ropa y me encaminé al baño. El agua caliente sería bienvenida, pero, en el fondo, sabía que no apagaría el fuego que ella había encendido en mí. Mañana, Aurora estaría bajo mi techo, bajo mi mirada. Y, pronto, bajo mi cuerpo.

CAPÍTULO 12 - Ahora

AURORA Colombo

—Eso, Aurora, una buena esposa siempre debe saber recibir invitados con elegancia —dijo mi madre mientras me enseñaba a doblar una servilleta de lino en forma de cisne, con movimientos delicados y firmes.

La mesa del comedor frente a nosotras ya estaba perfectamente dispuesta, con vajilla de porcelana, copas de cristal y cubiertos de plata.

—La presentación lo es todo. Es así como se demuestra respeto por la casa y por el marido. De esta forma, nadie podrá decir nada sobre tu desempeño como esposa.

—Entendido —asentí con la cabeza, observando cada detalle.

Mi madre siempre había sido una anfitriona impecable. Sabía cómo dirigir una cena o un evento sin que nadie percibiera el esfuerzo detrás. Era como si hubiera nacido para aquello: ser la esposa perfecta de un hombre poderoso, lista para ocupar el papel de apoyo silencioso, pero esencial.

Yo era joven, dieciocho años y, aunque la idea de seguir exactamente sus pasos no me atraía, sabía que no costaba nada aprender. Porque, más tarde, actuaría como creyera conveniente. Cada caso es un caso, al fin y al cabo. Cada familia tiene sus propias reglas.

Por ejemplo, yo estaba segura de que Vincenzo jamás trataría a una hija como mi padre lo hacía conmigo. Podía ser rígido, autoritario incluso, pero había en él un tipo de respeto que mi padre nunca me demostró. Vincenzo no parecía ser el tipo de hombre que humillaría o disminuiría a alguien que considerara "suyo".

Miré disimuladamente mi brazo, donde antes había moretones. Ya habían desaparecido, pero por dentro sabía que era solo una cicatriz

más para mi alma. Una entre tantas otras. Si me quedaba en aquella casa por más tiempo, mi corazón sería completamente tomado por sombras, como una piedra oscura y sin vida. Yo no podía dejar que eso pasara. Qué bueno que pronto me casaría.

—No te distraigas, Aurora —advirtió mi madre, ajustando uno de los cubiertos perfectamente alineados al lado del plato—. El ambiente debe ser armonioso, lujoso y acogedor al mismo tiempo. Un hombre como Vincenzo De Luca esperará eso de ti.

—Sí, mamá —respondí, intentando imaginar si Vincenzo realmente esperaba eso de mí.

De repente, fuimos interrumpidas por el mayordomo, que apareció agitado en el comedor, casi tropezando en sus propios pasos.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué tanta prisa? —preguntó mi madre, frunciendo el ceño y dejando delicadamente los cubiertos sobre la mesa.

—Señora, bueno, es que… el señor De Luca está en la sala de estar… —respondió el mayordomo, con la voz ligeramente temblorosa, como si aún no creyera en la presencia inesperada.

—¿Qué hace en la sala de estar? ¿Sin avisar? Él… —comenzó mi madre, la voz cargada de aprensión y, tal vez, un toque de indignación.

—Ciertamente vino a verme —interrumpí, levantándome con una emoción fuera de lo común, que ni intenté disimular. Mi corazón se aceleró con la simple mención de su nombre. Vincenzo estaba aquí. Por mí.

Mi madre abrió los ojos con sorpresa, intentando contener su expresión preocupada.

—Pero tu padre ni siquiera está aquí, Aurora. Y tú sabes cómo reaccionaría a esto.

El mayordomo, siempre discreto, carraspeó antes de añadir:

—Él dijo que su asunto es con la señorita Aurora.

—Pues voy ahora mismo —declaré, alzando la barbilla con determinación.

—Aurora, espera… —mamá intentó argumentar, pero sus palabras se perdieron en el vacío cuando salí de la sala sin escuchar otra oposición.

Mi corazón latía tan rápido que parecía que apenas sentía el suelo bajo mis pies. Vincenzo estaba allí, en mi casa, sin avisar, sin importarle los protocolos o mi padre. Estaba allí por mí. Y yo quería verlo más que cualquier otra cosa en el mundo.

Cuando llegué a la sala de estar, encontré a Vincenzo sentado en el sofá, las piernas cruzadas y la postura relajada mientras revisaba el celular. Intenté no llamar la atención para tener un momento discreto para admirarlo distraído. Era casi injusto cómo podía ser tan encantador incluso en un acto tan común. Su traje perfectamente alineado, el cabello ligeramente despeinado y la expresión concentrada me arrancaron un suspiro silencioso.

Pero, claro, notó mi presencia al instante. Sus ojos grises subieron lentamente hasta encontrarse con los míos, haciendo que mi corazón se disparara en el pecho. Vincenzo tenía el don de hacerme sentir pequeña y protegida al mismo tiempo. Sus guardaespaldas estaban posicionados detrás de él, de pie contra la pared, inmóviles como estatuas, pero no eran ellos quienes dominaban la sala: era él.

—¿Vincenzo, viniste a verme? —pregunté, dejando escapar una sonrisa tímida mientras me acercaba, con los nervios creciendo en cada paso.

Él no respondió de inmediato. Se puso de pie, guardó el celular en el bolsillo del saco y me observó con una mirada que parecía desnudarme, analizarme y, por fin, marcarme como suya. Cuando finalmente se movió, fue para tomar mi mano delicadamente, llevándola a sus labios y depositando un beso lento y cariñoso en la piel sensible.

—Mejor que eso, mi pequeña —murmuró, su voz grave y seductora llenando mi cuerpo con vibraciones—. Vine a llevarte para que quedes bajo mis cuidados hasta la boda.

Me quedé sin palabras por un momento, demasiado sorprendida para procesar lo que había dicho. Mis ojos se abrieron mientras él continuaba mirándome, como si ya supiera que intentaría contestar.

—¿Cómo así? ¿Quedar bajo tus cuidados? —mi voz sonó temblorosa, casi inaudible.

—Exactamente como lo dije —respondió con calma, el pulgar deslizándose sobre el dorso de mi mano, en un gesto que debería ser reconfortante, pero que solo hacía que mi corazón latiera aún más fuerte—. A partir de ahora, estarás conmigo.

—Pero… mi madre… mi padre —balbuceé, recordando las advertencias y amenazas constantes de mi padre.

Vincenzo inclinó levemente la cabeza, una sonrisa de lado surgiendo en sus labios. Era una sonrisa peligrosa, llena de confianza, como si nada ni nadie pudiera impedirle conseguir lo que quería.

—No te preocupes por ellos. Tus padres saben que el mejor lugar para ti es conmigo. Si no lo saben aún, lo sabrán pronto.

—Pero… —intenté protestar, aunque la idea de estar con él, lejos de aquella casa, era demasiado tentadora para admitirlo.

—Aurora —me interrumpió, su tono se volvió más firme, sin perder la dulzura—. Te prometí cuidar de ti. Y eso es lo que estoy haciendo. Confía en mí.

Había algo en sus palabras que me hizo estremecer. No de miedo, sino de alivio. Vincenzo era el único capaz de sacarme de aquella casa, de ese ambiente sofocante, y yo lo sabía. Tal vez fuera un error confiar tanto en él, pero, en ese momento, no me importó. ¿Será que él sabía que yo… necesitaba ser rescatada?

—Entonces, ¿quieres decir que…? —mi voz falló y él completó por mí:

—Quiere decir que te vienes conmigo ahora, pequeña. Prepara tus cosas.

Tragué en seco, mi corazón martilleando en el pecho. Vincenzo sostenía mi mano como si nunca más fuera a soltarla. Y, por más que una parte de mí estuviera asustada, otra parte —la que ansiaba libertad, ser cuidada— quería ir con él.

—Déjame hacer la maleta —susurré, casi sin aliento.

Él sonrió, satisfecho.

—Estaré esperando.

Me giré para ir a mi cuarto, sintiendo sus ojos siguiéndome. La certeza de que, a partir de ese momento, mi vida nunca más sería la misma me golpeó de lleno. Y, por primera vez, esa perspectiva no me asustó.

Yo me estaba yendo. No solo saliendo de casa, sino dejando atrás todo el peso, las sombras y las cicatrices que aquel lugar me había dado. Por primera vez, iba a vivir mi vida. Vivir mi amor, mi matrimonio, mi futuro. Mis sueños…

Y no importaba lo que mi padre fuera a decir. No importaban los gritos o amenazas que vendrían después. Al fin y al cabo, mi bienestar nunca estuvo en su lista de prioridades. Yo no era su hija, no de verdad.

VINCENZO De Luca

—Señor De Luca, qué placer tenerlo de sorpresa en mi casa —la madre de Aurora surgió en mi campo de visión, entrando en la sala con un intento inútil de disimular la evidente aprensión. Sus pasos eran rápidos e inseguros, como si caminara sobre vidrios rotos.

No me levanté. Permanecí sentado, una pierna cruzada sobre la otra, la mirada afilada clavada en ella. No necesitaba disimular la

furia que aún sentía por Massimo y toda la podredumbre que representaba.

—Vine a buscar a Aurora. A partir de ahora, soy yo quien se ocupa de ella —hablé, mi voz baja, pero cargada de una amenaza profunda —. Espero no tener que usar mi lado… irritado para continuar con esta transacción.

La palabra transacción fue escogida adrede. Aurora no era una moneda de cambio para mí, pero dejar claro cuánto aquella mujer y el marido habían reducido a su hija a eso fue un placer perverso. Que sintiera el peso de sus propias decisiones.

El rostro de ella palideció visiblemente, la garganta se movió en seco. Intentó mantener la compostura, pero era patética. Una mujer frágil que dejaba el destino de su propia hija en manos de un hombre como yo.

—Aurora es suya, como… como mi marido acordó, señor De Luca — susurró, con la voz entrecortada. Un intento ridículo de sonar firme. Evitaba mi mirada, como si no tuviera el valor de enfrentarme.

—No quiero contradecirlo, pero, por favor, le pido que cuide bien de ella.

Reí bajo, sin humor, mientras me levantaba lentamente. Me quedé frente a ella, observándola como un depredador observa a su presa antes de atacar. Ella se encogió, un movimiento casi imperceptible, pero que no escapó a mis ojos atentos.

—¿Cuidar de ella? —Repetí, la voz grave y burlona. Di un paso adelante y ella, automáticamente, retrocedió, sus manos apretando el borde del vestido como si eso pudiera protegerla.

—¿Qué clase de madre es usted, señora Colombo, que acepta entregar a su propia hija a un hombre como yo, para resolver las deudas de un marido fracasado?

—Yo… —se atragantó, incapaz de articular una respuesta. El miedo en sus ojos era casi palpable.

—No, no diga nada. Ya escuché suficiente de usted y de su marido. —Me acerqué más, mi rostro a centímetros del suyo—. El dinero ya está en la cuenta de su familia. Esa es la única preocupación que necesita tener. Ahora, hágame el favor de mantenerse lejos de mi mujer. La única influencia que Aurora tendrá desde hoy será la mía.

Ella bajó la cabeza, derrotada, y respiré hondo para contener el impulso de ir más lejos. No sentí pena. La mujer que estaba frente a mí no era una víctima, era cómplice. La idea de castigarla por ser tan débil me excitaba, pero no valía el esfuerzo. El castigo ya estaba hecho: su hija me pertenecía ahora.

AURORA Colombo

No imaginé que sería tan emocionante el día en que dejaría la casa donde crecí. Mientras colocaba algunas prendas en mi maleta, una sensación de desamparo pesó sobre mis hombros. El alivio de irme me trajo una claridad dolorosa: lo que vivía allí nunca fue para mí. Y eso, en el fondo, era triste.

El hogar debería ser un refugio, un lugar de añoranza y consuelo en la adultez, y no un espacio donde el único deseo fuera la liberación. Doblé un vestido con cuidado, intentando ignorar la punzada de melancolía que me golpeaba. Mi mente vagaba por recuerdos incómodos, memorias que trataba de enterrar, pero que parecían surgir con fuerza ahora, mientras hacía las maletas.

¿Cuántas veces lloré sola en aquel cuarto? ¿Cuántas veces deseé ser libre?

Después de seleccionar algunas ropas y zapatos, me detuve frente al tocador. Tomé mi frasco de medicinas, casi vacío, pero esencial. Desde que había comenzado a tomarlas, los dolores habían desaparecido y me sentía físicamente mejor. Era un pequeño consuelo en medio del caos. Sostuve el frasco con firmeza entre los dedos, respirando hondo. Necesitaba tomarlas correctamente hasta el final.

Aquel cuarto, con sus paredes que escucharon tantos sollozos, ahora parecía demasiado pequeño para mí. Caminé hasta la pintura de la mirada de Vincenzo sobre mi cómoda y la sostuve con cuidado. Por supuesto que me la llevaría. Por alguna razón, aquel objeto era lo único que me transmitía seguridad.

—Eres mi destino, ¿cierto? —pregunté con una sonrisa triste.

Observé la pintura por unos segundos más, sintiendo mi corazón latir más fuerte. Era un símbolo de lo que ahora deseaba: una vida nueva, lejos de aquel lugar, con alguien que parecía ver valor en mí, incluso cuando yo misma dudaba.

Cerré la maleta, recorriendo el cuarto por última vez con los ojos. Quizás no lo extrañara. Quizás no mirara atrás. Y estaba bien. Yo me estaba yendo, lista para vivir algo que, finalmente, parecía ser mío.

—Déjeme llevar su maleta, señorita Aurora —dijo el mayordomo cuando salí de mi cuarto.

—Gracias —agradecí, entregándole la maleta. Estaba algo pesada y la ayuda era bienvenida.

Mientras avanzaba por los pasillos hacia la sala de estar, sentía mariposas revoloteando en mi estómago. Finalmente había llegado el día. Finalmente estaría con Vincenzo y viviría intensamente, como él había prometido.

Cuando llegué a la sala de estar, el clima pesado me golpeó como una pared. Vincenzo y mi madre estaban sentados en el sofá, en silencio, como dos adversarios esperando el próximo movimiento. Apenas entré, ambos se levantaron al mismo tiempo, pero el ambiente denso permaneció en el aire.

Miré a mi madre, buscando alguna despedida, alguna palabra que hiciera ese momento menos extraño. Yo no entendía muy bien la razón de irme tan pronto con Vincenzo, pero, en realidad, no quería entender. Solo quería irme. Quería la libertad que ese hombre representaba.

—Mamá, yo… —comencé, pero las palabras murieron en mi garganta.

—Está bien, querida —me interrumpió, abrazándome. Su abrazo fue rápido, pero sentí una leve vacilación en sus movimientos—. Vas a estar bien —añadió, torciendo los labios en una sonrisa forzada, como si intentara creer en lo que decía.

El peso de la maleta en el suelo parecía insignificante comparado con el peso de aquella despedida. Mi madre no lloró, pero sus ojos tenían algo diferente, como si supiera que me estaba perdiendo. Quizás sabía que nunca más volvería a verme de la misma manera.

Vincenzo se acercó, su mirada firme encontrando la mía, ignorando por completo a mi madre.

—¿Estás lista? —preguntó, extendiéndome la mano.

Asentí, tomando su mano con firmeza. Esa mano era mi nuevo norte, mi nueva guía. No había vuelta atrás ahora.

—Entonces, vamos. —Su voz fue baja, pero llena de determinación.

Mientras el mayordomo llevaba mi maleta hasta la puerta, Vincenzo me guió en silencio, sus pasos fuertes resonando mientras los dos guardaespaldas enormes abrían camino para que Vincenzo y yo pasáramos.

Lo seguí, sintiendo las sombras de aquellos hombres acompañarnos de cerca. El sonido de las puertas pesadas del coche al abrirse resonó en el jardín silencioso. El chofer estaba en su lugar y los guardaespaldas permanecían atentos a cada movimiento a nuestro alrededor, como si estuviéramos en territorio enemigo.

Antes de entrar al coche, miré por última vez la casa donde crecí. Yo me estaba yendo, dejando todo atrás. Vincenzo apretó suavemente mi mano, trayéndome de vuelta al presente.

—Entra, Aurora.

Obedecí, subiendo al coche lujoso. Cuando las puertas se cerraron, me sentí protegida, como si estuviera en un capullo. Mientras el

coche arrancaba, el peso de la despedida empezó a desvanecerse. Estaba yendo hacia algo nuevo, algo que no conocía, pero que empezaba a parecer más mío que todo lo que había dejado atrás.

Vincenzo estaba a mi lado y, con él, sentía que nada podría alcanzarme, que todo saldría bien.

Lo miré de reojo, sentado a mi lado en el coche, y lo vi serio, con la mirada perdida por la ventana, observando el paisaje pasar como si algo lo consumiera por dentro. Su silencio parecía pesado, y yo quería saber qué pasaba por su mente. Vincenzo rara vez dejaba traslucir alguna vulnerabilidad, pero algo en su semblante me decía que estaba lejos de allí, perdido en pensamientos que no compartiría fácilmente.

Mi curiosidad crecía, así que actué por impulso. Extendí la mano suavemente y toqué la suya, que descansaba sobre la pierna. La piel caliente bajo mis dedos me hizo sentir una cercanía mayor que cualquier palabra podría expresar.

—¿No quieres estar lejos de mí nunca más? —pregunté con una sonrisa divertida en el rostro, intentando romper aquel clima denso y distraerlo de lo que fuera que lo atormentaba.

Vincenzo apartó la mirada de la ventana, fijando los ojos en mí. El peso de aquellos ojos grises sobre mí hizo que mi corazón latiera más rápido. Por un instante, su sonrisa surgió, lenta y genuina, como si mis palabras lo hubieran traído de vuelta al presente.

—Exactamente eso, Aurora. —Giró la mano bajo la mía, entrelazando nuestros dedos con firmeza. Su toque era posesivo, pero también reconfortante—. Ahora estás bajo mis cuidados —continuó, la mirada seria regresando, aunque la sonrisa aún permanecía en sus labios—. Cada segundo lejos de ti me parece un desperdicio.

Me recosté en su hombro y él levantó el brazo, acomodando mi cabeza en su pecho. La proximidad me traía una sensación de paz

que no sentía hacía mucho tiempo, como si en ese espacio entre nosotros existiera un mundo solo nuestro.

—Yo digo lo mismo —murmuré.

Quería preguntar cosas como: ¿Ya vamos a actuar como marido y mujer? ¿Compartiremos la cama? Pero decidí guardar silencio, solo disfrutar de la magia de ese momento. El sonido rítmico de su respiración, el calor de su pecho bajo mi cabeza y la firmeza del brazo alrededor de mí eran suficientes para hacerme olvidar cualquier duda o miedo.

Ni siquiera quería pensar en la cara de mi padre cuando se enterara. Y, por suerte, ni siquiera era necesario. En ese instante, era como si su mundo y el mío estuvieran en universos distintos, separados por un abismo que solo Vincenzo conseguía llenar.

Había una legión de empleados uniformados esperando para saludarme cuando bajé del coche. Ellos hicieron una leve reverencia, en una sincronización casi ensayada, y yo les devolví el gesto con una sonrisa tímida. Vincenzo, por su parte, no parecía importarle; simplemente siguió adelante en la casa como si fueran invisibles.

No tuve mucho tiempo para absorber todo. Vincenzo caminaba delante y yo lo seguía con pasos rápidos, intentando no parecer perdida.

—Aquí será tu cuarto —dijo, abriendo la puerta de una habitación majestuosa, decorada como si fuera la suite principal.

Me detuve en la entrada, absorbiendo cada detalle. El cuarto era elegante, en tonos crema y dorado, con una cama inmensa cubierta por sábanas impecables. Cortinas gruesas de terciopelo cubrían enormes ventanas que probablemente daban a un jardín o piscina. Un candelabro discreto colgaba del techo, iluminando el ambiente con una luz suave y acogedora.

Era más bonito que cualquier lugar donde hubiera dormido.

Yo aún estaba en silencio. Desde que el coche había pasado por los portones de la fortaleza que ahora sería mi hogar, no sabía cómo actuar. Todo parecía demasiado grande, demasiado lujoso. Una parte de mí quería sonreír y explorar cada rincón; otra parte quería pellizcarme para asegurarme de que aquello era real.

—Ah, sí —balbuceé, trayéndome de vuelta a la realidad, mientras un empleado de la casa dejaba mi maleta cuidadosamente en la esquina del cuarto.

Vincenzo, que observaba todo con calma, esperó a que el hombre se retirara antes de acercarse más a mí.

—Hasta que nos casemos, por supuesto. Después irás a mi cuarto —dijo, con una sonrisa que rozaba lo malicioso.

Tragué en seco y giré el rostro rápidamente, fingiendo no haber escuchado. Mi mente trabajó rápido, intentando ignorar las implicaciones de sus palabras. Por un lado, estaba feliz porque era un caballero; por otro, me preguntaba por qué estábamos perdiendo el tiempo.

De cualquier modo, no podía quejarme. Vincenzo era todo lo que esperaba: un príncipe que sabía dominar y proteger al mismo tiempo. Me había sacado de la casa de mis padres, de aquel lugar que siempre había sido mi prisión.

Todo estaba perfecto para mí. Una nueva vida estaba comenzando.

Me sentía un poco perdida, pero sabía que era parte del proceso.

CAPÍTULO 13 - Adaptar

VINCENZO De Luca

Por Dios, necesitaba ser rápido en enseñarle su cuarto antes de que cambiara de idea y me la llevara directo al mío. Mi paciencia, cuando se trataba de ella, era prácticamente inexistente. La observé, apoyado en la puerta, con los brazos cruzados, mientras caminaba hasta la cama. Aurora deslizó los dedos por la textura de la colcha, como si absorbiera cada detalle de aquel nuevo ambiente.

—¿Las acomodaciones están a tu gusto? —pregunté, obligando a mi voz a sonar calmada y controlada, aunque el deseo me ardía por dentro.

Ella se giró lentamente, sus ojos azules encontraron los míos y una sonrisa iluminó su rostro, haciéndome olvidar por un momento las preocupaciones del día.

—Claro que sí —respondió con dulzura, como si se hubiera olvidado de mi presencia—. Gracias, Vincenzo. Estoy ansiosa por nuestra vida juntos.

Sus palabras eran sinceras, el tono lleno de una gratitud que no esperaba. Tal vez, por ser tan joven e ingenua, se había enamorado demasiado rápido de mí, viéndome como el príncipe encantado que prometía una vida intensa. Lo que no sabía era que yo no era ningún príncipe: yo era el lobo que ahora la tenía bajo su guarda. Y, aun así, ese brillo en sus ojos era adictivo. Joder, quería ver ese mismo brillo en la cama mientras se movía sobre mi polla.

—Tendrás una asistente que se encargará de todo lo que necesites —continué, con la voz firme mientras me acercaba a la ventana y la abría apenas para respirar mejor—. Cuando salgas, siempre irás acompañada por guardias. A partir de ahora, tu vida debe estar protegida. Tengo muchos enemigos que no dudarían en usarte para alcanzarme.

La miré de reojo. Su expresión había cambiado; la mirada, ahora cargada de un pequeño susto y confusión. Claro, no estaba acostumbrada a ese tipo de realidad. Suspiré, cerré la ventana y volví a centrarme en ella.

—No te preocupes —añadí en un tono más suave—. Todo está bajo control. Ningún enemigo mío llegará a ti. Jamás.

Asintió lentamente, aunque yo sabía que aún intentaba procesarlo todo. Aurora era demasiado pura para este mundo en el que yo estaba metido, y eso la convertía en mi responsabilidad… una responsabilidad que empezaba a tomar mucho más en serio de lo debido.

Miré el reloj de mi muñeca, recordando el problema del que Donatello me había informado más temprano. Necesitaba resolver la situación antes de que tomara proporciones mayores.

—Tengo que resolver un problema —dije, enderezando la postura y ajustando la chaqueta—. Nos vemos después.

Cuando me di la vuelta para salir, percibí por el rabillo del ojo la decepción en su rostro. Una parte de mí —esa que se negaba a admitir lo que estaba sintiendo— se irritó con la idea de dejarla así. Yo, Vincenzo De Luca, el hombre más temido y respetado de Italia, ahora preocupado por una mirada de desilusión. ¿Cómo sucedió esto?

Sin pensarlo dos veces, giré sobre mis talones y avancé hacia ella. Aurora, sorprendida, me miró con los ojos abiertos de par en par cuando me detuve frente a ella.

—Pero no me voy a ir sin un beso de mi futura esposita —murmuré, con la voz cargada de deseo y de posesión.

Antes de que pudiera reaccionar, agarré su cintura con una fuerza casi animal, atrayéndola contra mí con una urgencia imposible de ignorar. Aurora soltó un suspiro bajo que se transformó en un gemido cuando mis labios capturaron los suyos con voracidad. El beso fue todo menos gentil; ardiente, posesivo. Mi mano descendió,

apretando la curva seductora de su espalda, amoldándola contra mi polla palpitante, mientras mi cuerpo reaccionaba con una intensidad abrumadora a ese contacto. Era mía y quería que cada fibra de su ser sintiera esa posesión.

Cuando por fin me aparté, mantuve mi rostro a un suspiro del suyo, nuestros labios casi rozándose mientras ella jadeaba para recuperar el aliento. Tenía los ojos cerrados, el rostro arrebolado de deseo, y eso me arrancó una sonrisa de satisfacción.

—No te olvides de mí mientras resuelvo mis asuntos, pequeña —murmuré con voz ronca, el tono levemente provocador.

Abrió los ojos lentamente; sus iris azules brillaban con algo que me estremeció por dentro. No sabía qué era aquello, pero sabía que la necesitaba más que a cualquier otra cosa.

Me aparté a regañadientes y caminé hasta la puerta, ajustándome la corbata con movimientos firmes. Antes de salir, lancé una última mirada hacia ella, que seguía de pie en medio del cuarto, con los dedos tocándose los labios, aturdida.

Cerré la puerta tras de mí y solté un suspiro pesado.

—Cuida bien de mi futura esposa —le dije a mi madre, que venía hacia mí por el pasillo, y seguí andando a paso rápido.

AURORA Colombo

No tuve tiempo de recuperarme del beso avasallador que Vincenzo me había dado, ni de procesar lo que dijo sobre tener muchos enemigos, porque llamaron a la puerta de mi nuevo cuarto, interrumpiendo mi momento de reflexión.

—Adelante —dije, intentando sonar firme, aunque mi voz aún estaba frágil.

La puerta se abrió y la figura imponente de Alessandra, la madre de Vincenzo, apareció. Siempre parecía impecable, con el cabello oscuro

recogido en un moño perfecto, el rostro serio y observador. Un frío recorrió mi columna al ver cómo me miraba de pies a cabeza.

—Alessandra —sonreí, intentando disimular mis nervios.

Estaba cohibida. Era más fácil recibirla cuando estábamos en mi casa, pero allí… allí yo era una intrusa. Acababa de llegar al ambiente de ella, a su reino. Me quedé quieta, como si estuviera siendo evaluada.

—Aurora, ven conmigo —dijo con voz firme, sin espacio para réplica —. Voy a presentarte nuestra casa.

Caminé hacia ella sin saber exactamente qué esperar. Antes de salir, sentí otra vez el peso de su mirada sobre mí. Sus ojos cayeron en mi vestido amarillo con vuelo, demasiado delicado para aquella atmósfera tan rígida y lujosa.

—Tendrás que usar ropa más… adecuada —añadió, con evidente mirada crítica—. A la altura de una De Luca. Así pareces una colegiala.

Sentí que el rostro se me encendía al instante. Bajé la vista a mi vestido y pasé la mano por la tela, tratando de ignorar la oleada de vergüenza que me subía al pecho.

—Oh, sí —murmuré, sin saber exactamente qué responder.

—No te preocupes, querida —continuó por fin, avanzando y haciéndome un gesto para que la siguiera—. Eso se resolverá pronto. Me aseguraré de proveerte un guardarropa apropiado.

Asentí, forzando una sonrisa educada, pero por dentro estaba confundida. Era como si, de algún modo, mi lugar allí aún necesitara ser probado. Vincenzo me había llevado a esa casa, pero parecía que todavía debía amoldarme a todo lo que ella representaba.

Caminamos por pasillos anchos, decorados con alfombras caras y cuadros impresionantes. Dimos algunas vueltas y bajamos una escalera larga y majestuosa. La otra vez que estuve en esa casa no tuve oportunidad de percibir su verdadera grandiosidad. Era como

un palacio moderno, pero con un aura pesada, llena de secretos que parecían esconderse detrás de cada puerta cerrada. Su imponencia me dejó sin palabras.

Finalmente llegamos a una sala amplia donde un empleado abrió la puerta para que entráramos. Me sorprendió ver a tantos otros empleados de pie, alineados como si aguardaran una orden formal. El corazón se me aceleró ante esa escena; el nerviosismo me oprimió el pecho.

—Como ya saben, esta es Aurora Colombo, la futura señora De Luca —anunció Alessandra, erguida y con un tono autoritario, como si presentara a una reina. Su mirada me evaluaba constantemente, como si quisiera asegurarse de que absorbía cada palabra—. Todo lo que saben que se me aplica a mí o a Vincenzo, se le aplica a ella también. La palabra de ella, en esta casa, es ley. Solo por debajo de la de Vincenzo. Y quien pase por encima de esto será castigado.

Aquello me revolvió el estómago. ¿Castigado? ¿Empleados siendo castigados? Vincenzo me había advertido de sus enemigos, pero esto… esto me parecía demasiado. Mis ojos recorrieron los rostros serios de los empleados; ninguno se atrevía a apartar la mirada de Alessandra. Una tensión densa impregnaba el ambiente, algo que me hizo sentir fuera de lugar. ¿Sería siempre así? ¿O yo era la causa de ese clima pesado?

Tragué saliva y, sin saber muy bien cómo reaccionar, intenté sonreír. Necesitaba romper el hielo, demostrar que no era una figura intimidante como parecían temer.

—Será un placer ser su señora —dije con voz suave y amable, intentando sonar simpática.

El silencio fue casi ensordecedor, y mi intento por suavizar la situación no surtió el efecto deseado. Alessandra me lanzó una mirada de reprobación tan afilada que podría cortar. Su semblante frío me hizo encogerme un poco.

—Esto no es un concurso de popularidad, Aurora —murmuró en voz baja, solo para que yo la oyera—. Aprende a comportarte como la señora de esta casa y ellos te respetarán.

Me mordí el labio, sintiéndome humillada y confundida. Tal vez realmente lo estaba entendiendo todo mal. Yo no tenía la sangre fría de Alessandra, y la idea de ser una figura tan autoritaria me resultaba extraña. Pero si quería vivir al lado de Vincenzo, tenía que adaptarme. Tenía que aprender.

—Sí, señora —respondí bajito, como si estuviera reconociendo un error.

—Muy bien —concluyó, alzando el mentón—. Disueltos. Vuelvan al trabajo.

Los empleados salieron uno a uno, en pasos silenciosos, como sombras que se desvanecían en el aire.

VINCENZO De Luca

—¿Por qué estás sonriendo? —preguntó Donatello, frunciendo el ceño, mientras yo encendía un cigarrillo y me acomodaba en la esquina del coche.

Alcé una ceja y lo miré de reojo, expulsando el humo lentamente.

—Ocúpate de tu vida, Donatello —respondí, escondiendo la sonrisa que insistía en dibujarse en mis labios.

Estaba jodidamente feliz, y era verdad. Saber que Aurora estaba ahora bajo mi techo, lejos del control asqueroso de Massimo, era una victoria que inflaba mi pecho de satisfacción. Pero, claro, jamás lo admitiría en voz alta. Tenía preocupaciones mucho más importantes —según la sociedad y, tal vez, según yo mismo— que una relación amorosa. Aun así, esa sensación tibia de posesión me llenaba, y no tenía ninguna prisa por apartarla.

Giovanni y Marcos, sentados en los asientos delanteros, sonrieron con discreción mientras el coche avanzaba por una carretera llena de baches que parecía no acabar.

—Apuesto a que tiene que ver con la señorita Colombo —arriesgó Giovanni, sin girarse, pero con evidente provocación en el tono.

—No proyectes tus fantasías en mi vida, Giovanni —repliqué con una risa seca, aplastando el cigarrillo en el cenicero—. Mi felicidad tiene que ver con que vamos camino a resolver una cuenta pendiente.

—Claro, Don. ¿Resolver cuentas pendientes con una sonrisita de medio lado? Eso es nuevo —comentó Marcos, observándome atento por el retrovisor.

Puse los ojos en blanco, pero la sonrisa terca seguía ahí. Joder, no tenía por qué justificar nada a nadie. Tenía el control de la situación, como siempre, y eso era lo que importaba.

—Son demasiado curiosos. Mejor concéntrense en el trabajo. Tenemos una cita importante —corté, antes de que la conversación tomara un rumbo que no estaba dispuesto a seguir.

Sabía que tenía responsabilidades y que la misión que teníamos por delante exigía concentración total, pero, en el fondo, mi mente seguía enganchada en la imagen de Aurora. A pesar de ser un líder temido, alguien acostumbrado a lidiar con armas, sangre y disputas prácticamente todos los días, mi mayor dilema ahora era completamente personal y, para mi propia sorpresa, estaba relacionado con la joven de 18 años que, en breve, sería mi esposa. Aurora.

El dilema era simple, pero me consumía: ¿follar o no antes de tiempo?

Joder, nunca imaginé que algo así podría quitarme el sueño. Siempre fui práctico, directo y asertivo. Si quería algo, lo tomaba. Si alguien se ponía en mi camino, lo eliminaba. ¿Y ahora? Ahora estaba sentado en este coche, liderando a mis hombres para resolver problemas serios, pero mi mente estaba atrapada en una cuestión

tan mundana como tentadora: ¿hasta dónde podía ir con Aurora antes de la boda?

Era mía, ya lo era, y lo sabía. Pero la cuestión no era solo posesión. La deseaba como nunca había deseado nada. Su inocencia, su fragilidad, contrastando con la fuerza de su espíritu, me fascinaban de una forma con la que no sabía lidiar.

Joder, yo era Vincenzo De Luca. Lo tenía todo bajo control. Excepto, tal vez, la deliciosa tortura de estar a su lado y contenerme.

Di una última calada antes de apagar el cigarrillo y miré por la ventana. En el fondo, sabía que la espera era importante. Aurora se lo merecía, se merecía todo. Pero mi autocontrol estaba siendo probado como nunca.

AURORA Colombo

—Y aquí tenemos la biblioteca —dijo Alessandra, abriendo las puertas dobles de una sala repleta de estanterías de madera del suelo al techo, haciendo que mis ojos se llenaran con la visión magnífica—. Vincenzo pasa buena parte del tiempo aquí cuando necesita un momento de reflexión. Como su esposa, es probable que lo encuentres aquí algunas noches. Y un consejo, Aurora: debes saber siempre cómo y cuándo interrumpirlo.

—Entendido —respondí, intentando parecer segura, pero, en realidad, sentía el estómago revuelto.

Todo parecía cargado de reglas implícitas, haciéndome pensar en quién era realmente Vincenzo. Su presencia avasalladora y el control absoluto que ejercía escondían secretos que apenas empezaba a vislumbrar.

Cada sala que Alessandra me mostraba tenía una aura de poder y su influencia, y sugería un lado misterioso. No se trataba solo de lujo o estatus; había algo más profundo y oscuro que envolvía el apellido De Luca.

El comportamiento de Alessandra reforzaba eso. Su postura impecable y sus gestos precisos mostraban que era parte de ese universo. Ahora yo también lo era. Eso me causaba escalofríos que no comprendía y, al mismo tiempo, una extraña fascinación.

Alessandra se detuvo frente a la ventana de la biblioteca, observando el jardín.

—Como futura señora De Luca, la gente observará cada uno de tus movimientos. Hablarán de ti, tanto para elogiar como para criticar. Es inevitable —me encaró, su expresión se volvió más seria—. Por eso, quiero que entiendas algo desde ya: no importa lo que pase, debes mantener siempre la compostura. Nunca debes mostrar debilidad.

—No la decepcionaré, Alessandra —prometí, sintiendo el peso de sus expectativas caer sobre mí.

Ella sonrió antes de darse la vuelta y caminar hacia la siguiente parte de la casa.

Parecía haber muchísimo por ver, y me sentía importante por la manera en que me lo estaban presentando. Pero lo que realmente aceleraba mi corazón era pensar en el momento en que Vincenzo regresara y cómo sería nuestra cena, nuestra convivencia. Él me había prometido algo tan diferente, algo que yo jamás había experimentado. Estaba ansiosa por ver cómo se traduciría en la práctica.

—¿Y en cuanto a las cenas? —pregunté mientras salíamos del ala del personal. Mi curiosidad era genuina, pero mi tono salió más vacilante de lo que esperaba.

Alessandra se volvió hacia mí; sus ojos evaluaron cada rasgo de mi expresión con ese aire de superioridad inquebrantable que empezaba a irritarme.

—Se sirven a las siete, a menos que no haya nadie en la casa —respondió sin prisa.

—Sí, pero… ¿Vincenzo suele estar presente? —insistí, rezando por no sonar impertinente.

—Sí, cuando no tiene ningún compromiso —se encogió de hombros, como si la respuesta fuera obvia—. Mañana vendrá la modista a tomar medidas para los ajustes necesarios del vestido de novia. Después de eso, iremos de compras.

Era tan autoritaria que, de pronto, sentí una angustia familiar invadirme. No llevaba ni unas horas en esa casa y ya percibía un peso similar al que sentía con mis padres. No era eso lo que yo quería.

Quería la libertad y la intensidad que Vincenzo había prometido. Aquello parecía más un cambio de grilletes que una liberación. Mientras Alessandra continuaba con su porte altivo, me pregunté si realmente sería capaz de encontrar mi voz y mi espacio en ese nuevo mundo.

Caminaba por el jardín de mi nueva casa con una flor blanca en la mano, que había cortado momentos antes, observando el atardecer que se adueñaba del cielo. La melancolía me abrazaba, apretándome el pecho de un modo triste e incómodo. Ya había conocido al personal, cada rincón posible de la mansión y los detalles de la rutina, pero nada de eso me llenaba. La cena sería servida en breve, pero yo estaba angustiada, con una sensación de vacío que no conseguía ignorar.

Apreensión. Quizá era eso. Miedo a lo desconocido, al cambio repentino. Estaba sola en un lugar tan grande y lujoso, pero aun así extraño. Por más que mi casa anterior fuera un infierno emocional, al menos era algo familiar. Aquí sentía que cada paso era un intento por adaptarme a un mundo nuevo, a un papel nuevo.

Gire la flor entre los dedos, observando sus pétalos delicados. No sabía dónde estaba Vincenzo, y esa incertidumbre me inquietaba aún más. Era la única persona que conocía allí, la única que, incluso en tan poco tiempo, me había hecho sentir segura y, de algún modo,

especial. Pensar en él me daba una mezcla de consuelo y frustración. ¿Por qué dominaba tanto mis pensamientos? Necesitaba algo más, algo mío, que me hiciera sentir completa.

«Tal vez deba empezar a enfocarme en mis propios problemas», pensé, apretando el celular con más fuerza. Vincenzo tenía su vida, sus negocios, y era un hombre muy ocupado. Yo necesitaba ocuparme de mis asuntos también, de mis planes, de las cosas que soñaba para mí.

Respiré hondo, llevé la flor a la nariz para sentir su perfume suave, como si eso pudiera calmarme. No podía permitirme ser solo la novia y futura señora De Luca. Mi futuro tenía que ser más que eso. Tenía planes, tenía ambiciones, y necesitaba encontrar mi espacio en el universo.

De repente, algo llamó mi atención y me hizo dar un brinco de otro tipo. Era él. El coche de Vincenzo acababa de estacionar en la entrada, y con solo ver eso casi se me fue el aliento de la felicidad. Sentí el calor subirme al rostro, una mezcla de ansiedad y expectación invadiéndome el cuerpo.

Esto no podía seguir así. Era como si viviera en función de su presencia, esperando que él llenara cada vacío que yo sentía. Pero la verdad era que necesitaba empezar a vivir por mí misma, encontrar mi lugar y mi fuerza en este nuevo mundo. Él era importante, claro, pero no podía dejar que mi felicidad dependiera exclusivamente de él.

Apreté la flor blanca entre los dedos, como si pudiera devolverme el foco. Vincenzo era fascinante, irresistible incluso, pero tenía que recordarme que él tenía sus propios asuntos, sus preocupaciones, su vida. ¿Y yo? Yo debía empezar a construir la mía, incluso dentro de ese universo tan distinto y desafiante.

Pero, por ahora, no pude evitar que una pequeña sonrisa se dibujara en mis labios al verlo bajar del coche. Podía sentir la fuerza de su presencia y, aunque intentara convencerme de lo contrario, la

verdad era que estar cerca de él hacía que mi mundo pareciera más vivo.

Como si sintiera mi presencia, se volvió hacia mí. Entrecerró los ojos un instante, como si quisiera confirmar que realmente era yo y, al constatarlo, una sonrisa discreta apareció en sus labios mientras empezaba a caminar en mi dirección.

Mi corazón se aceleró, casi saliéndose del pecho. Era imposible apartar la mirada, imposible no sentir ese magnetismo que emanaba de él en cada paso. Todo en él parecía hecho para desarmarme, para dejarme vulnerable y, al mismo tiempo, completamente cautiva.

Estaba perdida. ¿Cómo resistirme a eso? ¿Cómo no estar perdidamente enamorada de él?

Cuando se detuvo a pocos pasos, sentí la familiar electricidad en el aire. Era como si todo a nuestro alrededor desapareciera y solo existiéramos nosotros dos en ese momento. Mi mente me gritaba que debía ser fuerte y conservar la cordura, pero mi corazón ya estaba entregado.

—¿En qué piensas? —preguntó, haciéndome un gesto con la mano para que me sentara en el banco justo detrás de mí.

—En pensar —respondí, obedeciendo su "orden" disfrazada de gentileza.

Se sentó a mi lado con cuidado, pero su semblante mostraba un cansancio evidente. Noté que estaba sudado y su ropa arrugada me llamó la atención. Había algo en él más… humano, menos intocable que de costumbre. Tragué saliva, curiosa, pero renuente a preguntar dónde había estado.

—¿En qué? —preguntó serio, inclinándose apenas, como si mi respuesta fuera realmente importante para él.

Me encogí de hombros, solté una sonrisa tímida, intentando disimular mi vacilación.

—En cuándo voy a empezar a vivir intensamente —solté el aire. Era cierto, necesitaba ser sincera.

Entrecerró los ojos; una sonrisa maliciosa fue creciendo lentamente en sus labios.

—Me estoy esforzando por esperar hasta la boda, pero si lo quieres tanto, entonces…

Sentí arderme el rostro y no dudé en interrumpirlo.

—Hablo de mis sueños, de mis planes de ser alguien por mí misma y no la sombra de mi padre o de mi futuro marido —rebatí indignada, cruzándome de brazos. ¡La osadía de pensar que yo hablaba de… sexo era absurda!

—Tenemos ideas diferentes sobre vivir intensamente —dijo, sujetando mi rostro con firmeza para un beso que puso todo mi cuerpo en alerta.

Su boca capturó la mía con control total; su lengua invadió con una mezcla de delicadeza y urgencia que borró cualquier pensamiento coherente de mi cabeza. Cuando se apartó, no soltó mi mentón. Se quedó allí, mirándome serio.

—Puedes hacer lo que quieras, Aurora. Lo que sea.

Con un movimiento ágil, sacó la cartera del bolsillo, extrajo una tarjeta negra y la extendió hacia mí. Su expresión permaneció impenetrable, sin rastro de humor.

—Con esta tarjeta puedes hacer lo que quieras. Comprar lo que quieras. Un estadio, una isla, lo que sea —dijo, gesticulando para que la tomara.

Miré la tarjeta en su mano, vacilando.

—¿Dinero? —pregunté en voz baja, casi temiendo la respuesta.

—El dinero es la llave que abre todas las puertas, Aurora —dijo con tono firme—. ¿Prefieres no preocuparte por nada? ¿Dejar que yo lo

resuelva todo y solo disfrutar? Puedo hacerlo. Firmo mi nombre y tú solo llegas y vives. Pero…

Inclinó ligeramente la cabeza, con los ojos clavados en los míos, evaluando mi reacción.

—¿Qué te parece esperar un poco? —preguntó ahora con un tono malicioso—. Espera hasta que nos casemos, hasta que tengamos nuestra luna de miel.

Hizo una pausa; sus dedos rozaron mi mentón antes de soltarlo.

—Quién sabe, después de eso cambies tu idea sobre lo que es vivir intensamente.

Tragué saliva; me tembló un poco la mano cuando tomé la tarjeta.

—Lo pensaré —murmuré, sin poder sostenerle la mirada por mucho tiempo.

Me sujetó el mentón otra vez, obligándome a alzar la vista.

—¿Entramos y nos preparamos para la cena? Necesito una ducha y tú… bueno, si quieres, puedes hacerme compañía —dijo en tono provocador.

—Ya me duché —respondí de prisa, sin pensar. Sentí que se me encendía la cara al instante—. Quiero decir…

—Es una broma. ¿Entramos? —asentí levemente, incapaz de hablar.

Soltó mi mentón y esperó a que me levantara antes de caminar a mi lado hacia la entrada de la casa. Llevaba las manos a la espalda como un lord.

Simplemente caminaba con la naturalidad de quien sabe que el mundo gira a su alrededor.

—La cena se servirá en quince minutos, señor De Luca —informó una de las empleadas cuando entramos.

Él solo asintió, sin siquiera mirarla. Se volvió hacia mí:

—Durante la cena quiero escuchar más sobre tus planes para vivir intensamente —dijo con una leve sonrisa escondida en los labios.

Le respondí con otra sonrisa. A pesar del misterio que lo envolvía, todo parecía increíblemente fácil con él. Y lo más increíble era que Vincenzo se interesaba por mis asuntos, valoraba mis deseos y demostraba querer ayudarme en cada paso.

CAPÍTULO 14 - Acepta

AURORA Colombo

El coche se detuvo y bajé con cuidado, sintiendo los ojos atentos de los guardaespaldas de Vincenzo siguiéndome como sombras. El sol brillaba con fuerza, calentando mi rostro mientras caminaba junto a Alessandra hacia la entrada de una reconocida firma de moda. Según ella, allí encontraría las mejores prendas, aquellas adecuadas para una futura señora De Luca.

Ya habíamos recibido la visita de la modista esa misma mañana, quien tomó mis medidas para ajustar el magnífico vestido de novia que, según Alessandra, parecía haber sido hecho a medida para mí. El día estaba agitado, con tantas tareas y compromisos, pero mi mente insistía en vagar a otro lugar.

Vincenzo no había almorzado en casa. También estaba sumergido en sus ocupaciones, pero eso no impidió que yo soñara con él. Mi sueño había sido una continuación de la cena de la noche anterior. Solo que, en lugar de retirarnos cada uno a nuestras habitaciones al final, nos quedamos en el jardín. Y, bueno… no era mi culpa si el sueño tomó rumbos intensos y demasiado calientes como para ser ignorados.

Me quité las gafas de sol mientras miraba el escaparate lujoso de la firma, repleto de piezas deslumbrantes. Alessandra se detuvo a mi lado, con la postura impecable de quien sabe dominar cualquier ambiente.

—Vamos —dijo ella con la pompa de una reina, entrando por la puerta con pasos firmes.

Forcé una sonrisa y la seguí. Aún no lograba descifrar del todo a Alessandra. A veces parecía generosa y servicial. En otros momentos, su autoridad era aplastante. Estábamos en una fase de adaptación, ambas intentando comprender los límites y papeles de la otra.

Mientras caminábamos por el ambiente lujoso, recordé que aún no tenía noticias de mis padres. No es que esperara algo cariñoso de su parte, pero el silencio era incómodo. Llevaba conmigo un celular que casi no usaba, ya que las redes sociales nunca me atrajeron. Sin embargo, últimamente, lo revisaba para ver si había algún mensaje de mis padres. Nada. Quizás más tarde les enviara algo a ellos, preguntando cómo estaban.

Una mujer bien vestida y sonriente se acercó en cuanto cruzamos la puerta. Su credencial exhibía con orgullo el título de gerente.

—Señora De Luca, señorita Colombo, sean bienvenidas —nos saludó, inclinando levemente la cabeza en un gesto respetuoso.

Alessandra, como siempre, tomó el mando.

—Ya he avisado sobre nuestra visita. Imagino que se han preparado —dijo.

—Por supuesto, señora De Luca. Estamos listísimos —respondió la gerente, sonriendo aún más.

—Queremos ver toda la colección de invierno y, claro, las piezas exclusivas que no están expuestas en el escaparate —dijo Alessandra con la autoridad natural que cargaba en cada palabra.

La gerente sonrió, una sonrisa perfectamente ensayada que combinaba con el ambiente sofisticado de la tienda.

—Por favor, síganme. Prepararemos una sesión privada para que puedan ver todo con calma —respondió, gesticulando para que la acompañáramos.

Caminamos por la tienda mientras empleados aparecían trayendo bandejas con té y agua. Algunos cargaban percheros repletos de prendas impecablemente organizadas. Había vestidos que parecían verdaderas obras de arte, abrigos de pieles sintéticas que exhalaban lujo y zapatos que brillaban bajo la iluminación perfecta de la tienda.

—Estas son las piezas más recientes de la colección. Y allí tenemos los accesorios que pueden combinarse —explicó la gerente,

señalando una sección con bolsos, joyas y gafas de sol.

Toqué delicadamente un vestido largo de seda azul, la textura suave entre mis dedos. Antes de que pudiera perderme en pensamientos, Alessandra tomó otra prenda y la levantó en mi dirección.

—Esto quedaría maravilloso en ti —dijo, con un brillo en los ojos de expectativa y aprobación.

Forcé una sonrisa y asentí. Era un vestido rojo ajustado, de tirantes finos y con una abertura que parecía desafiar cualquier concepto de modestia.

—Es hermoso —murmuré, más para complacerla que por convicción.

—Vamos a probarlo —dijo Alessandra, entregando la prenda a uno de los empleados. —Quiero que Aurora se sienta deslumbrante en todo lo que use. Al fin y al cabo, ella es la futura señora De Luca.

Me sonrojé levemente con sus palabras. Por más que aún me estuviera adaptando, era imposible ignorar el peso y la expectativa que venían con ese título.

Me guiaron a un probador privado. Las cortinas de terciopelo pesado me aislaban del mundo exterior mientras me cambiaba de ropa. Cuando salí, vistiendo el vestido rojo, Alessandra aplaudió suavemente, aprobando con entusiasmo.

—¡Perfecto! Es exactamente lo que quería. A Vincenzo le encantará —dijo, sonriendo.

—Está muy… ajustado, ¿no crees? —pregunté, moviendo el dobladillo del vestido.

—Lo suficiente como para recordarles a todos que eres una mujer poderosa y dueña de sí misma —respondió ella con un tono definitivo.

Me miré en el espejo, olvidando por un momento toda la tensión de estar siendo observada. El reflejo que vi parecía de otra persona, no solo por el vestido rojo que moldeaba mi cuerpo con perfección, sino

por el momento en sí. Todo era tan nuevo, tan distante de mi antigua vida. Aquello era real y estaba sucediendo.

—Bien, quiero probar el próximo —dije, sorprendiéndome a mí misma con la determinación en la voz.

Por el reflejo en el espejo, encontré la mirada de Alessandra. Ella sonrió levemente, una sonrisa de aprobación que, viniendo de ella, parecía rara y significativa.

—Esa es la actitud que quiero ver en ti, Aurora —dijo con voz firme, pero con un matiz de orgullo. —Vamos a mostrarle al mundo quién eres realmente.

Asentí, sintiendo una tímida confianza brotar en mí. Tal vez Alessandra tuviera razón. Quizás era hora de empezar a verme como alguien capaz de ocupar ese espacio, de cargar con ese título y todo lo que venía con él.

Mientras la asistente traía el siguiente vestido, me giré y regresé al probador. Por primera vez, la idea de probarme piezas de lujo parecía más que una obligación para agradar a Alessandra o Vincenzo. Era una oportunidad para descubrir una nueva versión de mí misma. Una versión poderosa y decidida.

Fue entonces, entre un cambio de ropa en el probador, que mi celular vibró en el bolso colgado del gancho. Mi corazón se aceleró de inmediato. "¿Será mi madre?", pensé mientras tomaba el aparato. Pero, al desbloquearlo, sentí que el estómago me daba un vuelco.

Era un mensaje de Vincenzo. Por primera vez me enviaba algo, y ni siquiera sabía que tenía mi número. Solo supe que era él por el contenido directo y provocador:

"No compres nada muy sexy o perderé el control, esposita."

Me mordí los labios sintiendo el calor subir por mi cuerpo. Levanté la vista hacia el espejo, mirándome fijamente.

Estaba solo en bragas y sujetador. Mis manos se deslizaron suavemente por mi cuerpo, casi por impulso, mientras una oleada de

deseo me invadía. “Un Vincenzo descontrolado…”, pensé, dejando escapar un suspiro largo y profundo.

Cerré los ojos un momento, intentando recomponerme. Solo con pensar en él… ya estaba completamente excitada. Si no estuviera en un lugar tan desprovisto de privacidad, ya habría cedido a la tentación de usar mis dedos para aliviar la excitación que me consumía. El pensamiento me hizo morderme nuevamente los labios, intentando controlar los impulsos que Vincenzo despertaba en mí con un simple mensaje.

Tras probar varios conjuntos, faldas, vestidos y demás, estábamos caminando de regreso al coche. Mi cuerpo estaba exhausto, pero mi mente giraba con la excitación de las elecciones que habíamos hecho. A nuestro alrededor, los dos guardaespaldas de Vincenzo cargaban las bolsas llenas de ropa, siguiéndonos con pasos firmes y una expresión neutra, como si llevar ese peso fuera una extensión natural de sus funciones.

—Ha sido una buena tarde de compras —comentó Alessandra, mirándome brevemente mientras ajustaba su bolso al hombro. —Espero que te hayan gustado las elecciones. Te quedaban geniales.

—Sí, me gustaron —respondí.

Cuando llegamos al coche, uno de los guardaespaldas abrió la puerta para nosotras mientras el otro organizaba las bolsas en el maletero. Entré al vehículo, sintiendo una mezcla de cansancio y alivio.

Alessandra se sentó a mi lado y me miró de reojo.

—A Vincenzo le gustará todo —dijo con una sonrisa ladeada. —Y eso, Aurora, es lo que realmente importa.

¿Debería sentirme feliz porque ella quisiera que Vincenzo me aprobara o preocupada por el exceso de cuidado que tenía hacia él?

Era difícil decirlo. Alessandra parecía vivir para Vincenzo, siempre tan atenta a cada detalle, tan preocupada por mantener todo perfecto

para él. Hablaba de su hijo como si fuera la figura central de un universo que giraba a su alrededor. Quizás debería encontrar reconfortante pensar que solo intentaba guiarme para agradar al hombre que sería mi marido.

Pero había algo en su manera que me inquietaba. Su cuidado parecía tan intenso que casi rozaba la devoción ciega, la obediencia. ¿Eso era normal? No lo sabía. Y, sinceramente, quizás la primera opción fuera más conveniente para mí. Al fin y al cabo, yo quería que Vincenzo me aprobara, que me viera como alguien a su altura.

Respiré hondo y decidí concentrarme en eso. Era lo que más sentido tenía ahora. Ser aceptada por Vincenzo era importante para mí.

VINCENZO De Luca

Todo estaba absurdamente silencioso en el mundo del crimen. Yo estaba inquieto en mi despacho, mirando documentos aburridos sobre la bodega que, en ese momento, parecían el trabajo más inútil del mundo. Mi cerebro necesitaba algo más movido, algo que me desafiara y trajera la adrenalina que tanto buscaba. Pero, para mi desgracia, todo estaba absurdamente tranquilo ese día.

No había ninguna fiestecita que organizar, ningún movimiento sospechoso que requiriera mi intervención directa. Y sin esas distracciones, mi humor empeoraba a cada minuto. Era como si el aburrimiento me estuviera estrangulando, y la única cosa que parecía ofrecerme alivio era apagar el brillo de los ojos de algún hijo de puta. Siempre funcionaba. Una acción rápida y precisa. Sangre, silencio y paz.

O era eso o… follar. Y con Aurora. Solo de pensar en ella, sentí mi cuerpo reaccionar, como si mis necesidades gritaran aún más fuerte. Las pajas que hasta entonces habían contenido la situación ya no estaban siendo suficientes. Cada vez que veía a Aurora, cada gesto, sonrisa o mirada suya parecía arrastrarme más hondo.

Ocho días. Solo faltaban ocho días para la boda, pero esos días parecían una eternidad. Y la idea de esperar, manteniendo el control, era un castigo casi cruel. Necesitaba encontrar una forma de distraerme antes de que mi paciencia, ya al límite, se quebrara del todo.

—A la mierda esta mierda, me voy a casa —murmuré para mí mismo en el despacho, levantándome de golpe y empujando los papeles a un lado. Aquella pila de documentos inútiles podía esperar. No soportaba un segundo más allí.

Decidí que me iría antes. ¿A dónde exactamente? No tenía idea. Solo sabía que necesitaba ver a Aurora. La rubia de ojos azules que estaba ocupando mi mente más que cualquier otra cosa en los últimos días. El simple pensamiento de ella ya era suficiente para hacerme sentir que ese era el único lugar en el que debía estar.

Caminé con prisa por los pasillos de la empresa, ignorando completamente a mi secretario, que me encontró en el camino e intentó preguntarme algo. No me detuve, ni siquiera lo miré. Fui directamente al estacionamiento, entré en el coche y encendí el motor, acelerando hacia mi casa.

La carretera parecía un borrón, mi única concentración estaba en llegar lo más rápido posible. La expectativa de verla ya hacía que mi corazón se acelerara. La posibilidad de tenerla cerca era como una adicción que aún no sabía cómo controlar.

Cuando llegué a casa, mantuve el mismo comportamiento que en la empresa. Ignoré a todos a mi alrededor, sin saludos, sin interacciones. Simplemente fui directo al cuarto de Aurora. No sabía exactamente qué haría cuando la viera, pero quería darle una sorpresa. A ella le gustaba mi compañía, tanto como a mí la suya. Eso era suficiente.

Al llegar a la puerta de la habitación, la abrí silenciosamente, con el cuidado de quien teme interrumpir algo sagrado. Si estaba dormida, no quería despertarla. Una sonrisa casi infantil apareció en mis labios mientras entraba, pero mi expectativa se rompió cuando no la

encontré en la cama. Estaba a punto de darme la vuelta y salir cuando escuché el sonido de la ducha encendida.

Mis ojos fueron automáticamente hacia la puerta del baño, que estaba entreabierta. Mi corazón se disparó. Pasé la mano por el cabello, indeciso por un segundo. Pero enseguida la lógica fue reemplazada por algo más primitivo. Ella era mi prometida, joder. ¿Por qué no podría echar un vistazo? Solo mirar. Nada más.

Cerré la puerta de la habitación detrás de mí, moviéndome con la máxima discreción. Mi respiración estaba más pesada, mi mente tomada por la anticipación. Cuando me acerqué a la puerta del baño, un sonido agudo, bajito, cortó el aire y congeló cada músculo de mi cuerpo.

—Ohhhh, Vincenzo… —era un gemido.

Joder, ella estaba… ¿sería?

Mi mente entró en alerta, todo mi cuerpo reaccionando. ¿Qué demonios estaba haciendo Aurora ahí dentro? Ese sonido hizo hervir mi sangre y, de repente, todas mis intenciones cambiaron. La curiosidad dio lugar a un deseo casi insoportable.

Necesitaba ver más.

Lentamente, empujé la puerta un poco más y el sonido del agua se hizo más fuerte, llenando el ambiente con un ritmo constante. Mi visión fue capturada de inmediato por la escena frente a mí. Detrás del vidrio empañado de la ducha, Aurora estaba sentada en el suelo, recostada contra la pared de azulejos. Completamente desnuda.

Mis pupilas se dilataron mientras mis ojos recorrían cada detalle. Sus piernas estaban abiertas y podía ver claramente su coño rosado siendo estimulado por sus propios dedos. Una mano trabajaba hábilmente en su clítoris, mientras la otra masajeaba los pechos, los pezones endurecidos entre los dedos delicados.

Tenía los ojos cerrados, ajena al mundo a su alrededor. Sus labios entreabiertos murmuraban palabras que no logré descifrar, pero cuya sensualidad era obvia. Mi corazón martillaba en el pecho, mi

respiración acelerada. Parpadeé varias veces, intentando entender si estaba soñando o si aquello era real.

—Ohh… —gimió de nuevo y ese sonido pasó directo por mis oídos, bajando como una descarga eléctrica hasta mi polla que ya estaba completamente dura.

La visión era demasiado para soportarla un segundo más. Mi cordura estaba colgando de un hilo y sabía que ya había superado cualquier límite de autocontrol.

Me quité la corbata de un tirón, desabotonando la camisa y tirándola al suelo. Me quedé solo con el pantalón de vestir, los pies descalzos después de lanzar los zapatos lejos. La decisión estaba tomada y nada en ese momento me impediría ir hacia ella.

Con un empujón firme, abrí la puerta del baño, revelando mi presencia. El ruido del agua cambió levemente con la entrada de aire y sus ojos se abrieron, muy abiertos al verme allí, tan cerca, tan dispuesto a todo lo que ella quisiera de mí.

Aparté la puerta de vidrio, abriendo espacio y mejorando aún más la visión que ya me estaba llevando al borde de la locura. El agua corría por su cuerpo, y cada detalle estaba a la vista para mí, como si el universo estuviera conspirando para volver perfecto ese momento.

—Vincenzo, ¿qué… qué estás haciendo aquí? —preguntó, con la voz temblorosa, tropezando en las palabras. Su rostro estaba completamente rojo y sus ojos descendieron automáticamente, analizando mi pecho desnudo mientras yo desabotonaba el pantalón con calma, sin quitarle los ojos de encima.

Di un paso hacia adelante, dejando que sintiera mi presencia de forma casi sofocante.

—Mi polla sintió el olor de tu coño desde la empresa, por eso tuve que venir aquí —dije, con la voz baja y cargada de deseo. Mis ojos bajaron lentamente hasta sus pechos, que ahora intentaba cubrir

con las manos, sin mucho éxito. Era una visión demasiado tentadora como para que pudiera mantener cualquier autocontrol.

—Yo estaba... solo... —murmuró ella, claramente intentando encontrar una explicación, pero el calor del momento la hacía tropezar con las palabras. Su respiración estaba entrecortada y el rubor en sus mejillas solo aumentaba.

—Ssssss... —siseé, avanzando bajo el agua, permitiendo que resbalara por mi cuerpo mientras abría el cierre del pantalón. Saqué mi polla completamente expuesta, palpitando de deseo por ella—. Continúa con lo que estabas haciendo —ordené, con la voz firme e innegociable—. Cierra los ojos e imagina que es mi polla tocando tu conchita sucia. Gime para mí, Aurora, gime rico hasta correrte.

Ella me miró, paralizada, como si estuviera procesando cada palabra. Su expresión era de vergüenza y excitación, casi inocente, los labios entreabiertos, el rostro caliente y sonrojado. Era imposible no notar que, a pesar del shock, estaba entregada al momento. Lentamente, me acerqué más, dejando que mi cuerpo casi tocara el suyo, pero manteniendo la distancia suficiente para prolongar la deliciosa tortura de solo observarla.

—¿Tienes idea de lo bueno que sería si te montara ahora? Invadiendo y llenando tu virginidad, haciéndote gritar y gemir mi nombre, Aurora? —pregunté, con la voz grave y baja, mientras deslizaba mi mano sobre mi propia polla, mirándola como si fuera lo más precioso del mundo.

Ella seguía sentada, vulnerable y, al mismo tiempo, tan absurdamente deliciosa. Levantó el rostro, su mirada inocente, pero exhalando algo indecente que parecía querer emerger. El rubor en sus mejillas la hacía parecer un ángel travieso atrapado en medio de un pecado.

—He intentado imaginar... —susurró, una chispa de confianza emergiendo detrás de la timidez.

Mis palabras anteriores habían surtido efecto. Estaba intentando entregarse, pero necesitaba un empujón.

—Sigue imaginando —ronroneé—. Dime lo que quieres. Imagina que lo estamos haciendo ahora… y tócate, Aurora.

Su mirada descendió por mi cuerpo, la respiración acelerada y sus dedos empezaron a moverse otra vez, vacilantes al inicio, pero luego con más valentía. Era como si finalmente estuviera aceptando lo que sentía, lo que quería. Mis ojos no perdían ni un solo movimiento.

—Quiero que… —intentó, pero las palabras se atascaron en su garganta.

Era evidente que aún estaba luchando contra su propia timidez, pero también que el deseo iba ganando. Necesitaba ayuda, un incentivo para abandonar el último hilo de vergüenza que la ataba.

Decidí que yo sería el responsable de liberarla, transformando a mi santa tímida en la mujer sucia que sabía que quería ser.

—Ven aquí, Aurora —ordené, dando un paso hacia atrás y quedando completamente bajo la ducha. El agua corría por mi cuerpo mientras la observaba con una sonrisa casi depredadora—. Pon tu boquita en mi polla. Necesitas hacer algo con esa lengua, porque está loca por ti.

Su respiración se aceleró, sus dedos dejaron de moverse y me miró, vacilante. Sabía que estaba evaluando la petición, intentando encontrar el valor para dar el siguiente paso. Pero que lo deseaba, eso era imposible de ignorar.

Yo podría fácilmente mandar al mundo a la mierda y lanzarla a la cama, desgarrando su virginidad y tomando para mí lo que tanto anhelaba, tomando para mí todo lo que deseaba desde el momento en que la vi.

Pero cada segundo de anticipación, de provocación, era un placer que no pensaba desperdiciar. Cada momento antes del clímax sería saboreado al máximo.

Estaba dispuesto a esperar para degustar cada pedazo de ella, transformándola por completo en lo que estaba destinada a ser: mía.

Lentamente, ella se movió, poniéndose de rodillas frente a mí, un gesto que hizo tensar cada músculo de mi cuerpo. Mi polla palpitaba, alargándose aún más, como si fuera posible, mientras la observaba rendirse al momento. Era una tortura deliciosa.

El agua de la ducha caía sobre su rostro, deslizándose por su cabello y su piel, dándole una apariencia casi irreal, como una visión que jamás olvidaría.

Sus pechitos, erguidos y con los pezones rosados y duros, estaban expuestos para mi banquete visual, y la imagen era suficiente para ponerme aún más duro, al borde del mayor descontrol de mi vida.

Parecía dudar, los ojos grandes subiendo lentamente por mi cuerpo hasta encontrarse con los míos, como si pidiera permiso para algo.

—Eso... —murmuré, mi voz ronca, casi apagada por el sonido del agua—. Continúa y muéstrame que eres mía, Aurora. Olvida la vergüenza. Entre nosotros dos no hay espacio para eso.

Arranqué el pantalón que parecía demasiado pesado sobre mi cuerpo. Ella respiró hondo, su respiración agitada y el rubor en su rostro mostraban que estaba lista para ir más allá.

Yo estaba loco por masajear esos pechos y chuparlos hasta que gimiera mi nombre, pero primero quería verla perder por completo la timidez. Y sería delicioso verla esforzarse.

—Confía en mí, pequeña —la animé, deslizando una de mis manos por todo mi largo para provocarla aún más.

Ella suspiró, y cuando su mano finalmente tocó mi polla, el calor de su toque casi me hizo perder el control. Era como si cada nervio de mi cuerpo estuviera en alerta máxima, reaccionando a esa mano delicada que apenas tenía noción del desastre que podía causar en mí. Mordí mis labios, sintiendo un escalofrío recorrer mi columna.

—Eso, mi niña. Ahora métela en tu boca —murmuré, mi voz cargada de deseo y autoridad.

Ella dudó un instante, pero pronto inclinó la cabeza y envolvió mi glande con los labios. Ese primer contacto fue tan cuidadoso, tan sensual, que me dejó imaginando si ya sabía qué hacer o si era simplemente talento natural.

Sus labios suaves y calientes eran una invitación al pecado, y yo no iba a rechazarla.

Cuando empezó a chuparme, soltó un gemido suave, y la vibración me hizo jadear. Tomé su cabello con una de mis manos, sujetándolo con firmeza, pero sin hacerle daño. Me incliné un poco, flexionando las piernas para facilitar el movimiento, porque no quería perder ni un segundo de esa visión.

Mi prometida de rodillas, la boca ocupada conmigo, era lo más excitante que había visto en mi vida.

—Más profundo, Aurora. Quiero sentir cada centímetro siendo chupado por esa boquita sucia —gruñí, empujando mi cadera hacia adelante, sintiendo la resistencia de su garganta.

Ella se atragantó levemente, los ojos lagrimeando mientras intentaba acomodarme. El sonido de ella intentando recuperar el aire, mientras no dejaba de chuparme, era suficiente para hacerme querer perderme allí mismo, en la jodida ducha.

—Eso, buena chica. No pares. No hasta que yo te diga que puedes parar —hablé, guiando su cabeza con más fuerza.

El ritmo que establecí era intenso, mis caderas se movían contra su boca, mis gemidos bajos mezclándose con los sonidos ahogados que ella hacía mientras me chupaba.

El agua de la ducha corría sobre nosotros, el vapor volviendo el ambiente aún más sofocante, pero no me importaba.

Estaba atrapado en la visión de ella, en los labios que se adaptaban a mi polla, en las manitas que sujetaban mis muslos en busca de

apoyo.

—Joder, Aurora, mírame —ordené, sosteniendo su rostro con firmeza.

Cuando levantó los ojos, llenos de sumisión y deseo, casi perdí el control.

—Te gusta esto, ¿verdad? —pregunté entre dientes, tirando de su cabello para acercarla más—. Chupa más hondo. Quiero oírte atragantarte otra vez. Quiero sentir tu garganta apretándome.

Ella intentó seguir mis instrucciones, pero estaba claramente luchando contra el volumen y la intensidad. Eso solo me excitó aún más.

Cada intento, cada gemido ahogado, cada lágrima que escapaba por el esfuerzo, era como gasolina en el fuego que ardía dentro de mí.

Mis movimientos se volvieron más rápidos, más salvajes. Sabía que estaba cerca, pero quería prolongar ese momento lo máximo posible.

Me aparté luchando contra todos mis instintos, mientras ella, sin aliento, me miraba con esos ojos hambrientos, pasando la mano por la boca para limpiar la baba que se había acumulado, deseando más de lo que sabía que podía soportar.

—Muy bien, esposita, lo hiciste muy bien —jadeé, sintiendo el deseo latir en mí—. Ahora, acuéstate en el suelo, quiero verte totalmente expuesta para mí.

Ella abrió los ojos de par en par, quizás aún sin entender el significado pervertido de mi petición, pero su expresión sugería que lo ansiaba tanto como yo.

—Acuéstate y abre esas piernas ricas para mí, te mereces una corrida deliciosa antes de ser destrozada por completo —dije, sumergiendo la cabeza bajo el agua una vez más, cerrando los ojos como preparación para lo que estaba por venir, sintiendo mi excitación crecer con la anticipación de lo que tanto deseaba.

Calladita, silenciosa, me obedeció. Se acostó en el suelo empapado por el agua, dejando que su piel brillara bajo la luz tenue. Pero no abrió las piernas; eso lo haría yo por ella, deseando ver cada detalle de su intimidad.

Me arrodillé, sujeté sus muslos, sintiendo el temblor que recorría su cuerpo, y aparté sus piernas, luchando contra la inútil fuerza que intentaba oponerse a sí misma. No la tocaría todavía; quería torturarla con mi mirada, ver cómo reaccionaba ante mi deseo puro y crudo. Me eché un poco hacia atrás, tomé su piececito delicado, llevándolo a mi boca, succionando suavemente mientras la veía morderse los labios de placer. Lentamente fui chupando y mordisqueando su pierna, dejando un rastro de deseo hasta llegar a su ingle, donde su conchita hinchada y lisa palpitaba para mí, traviesa, implorando atención. Pero la idea de prolongar su tortura me parecía demasiado buena para saltármela.

Ella respiraba agitada, mirándome con un deseo casi palpable, casi a punto de poner en voz alta lo que quería. Tras chupar cada centímetro de su pierna, pasé de largo su coño, dejándola aún más ansiosa, y besé su vientre, sintiendo cómo temblaba de deseo, subiendo hasta sus pechos. Allí, mirándola a los ojos sufridos, puse mi lengua en su pezón, jugueteando con la punta, como si cada toque fuese una promesa de placer por venir.

—¿Te gusta que te toque aquí? —pregunté, sintiendo mi polla rozar su pierna. Ella asintió con la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—Entonces, pide más, mi putita sucia —ordené, pero seguía tímida —. Pide lo que quieres, dime lo que necesitas de mí —la animé, volviendo a lamer su pezón, viendo cómo se entregaba a la sensación.

—Quiero que me chupes... ahí —dijo finalmente, como si se quitara un peso de encima. Sonreí, sabiendo que la tenía bajo control total.

—Tienes que pedir más, ser más lasciva, más puta, más directa — hablé despacio, mientras pasaba al otro pecho, mordisqueando el

otro pezón endurecido, sintiendo el pulso de su excitación bajo mi lengua.

—Vincenzo, por favor, pásame la lengua por mi coño y hazme correrme en tu boca. Fóllame y enséñame cómo es llegar al límite contigo —dijo ahora con más confianza, como una gatita salvaje, con su voz excitada, casi implorando.

Yo, el gran Don, acababa de descubrir que tenía un fetiche: recibir órdenes de mi mujer excitada, ver el deseo en sus ojos dominándome.

—Voy a volverte loquita y a enseñarte a no masturbarte más sin mí, a aprender que cada placer de tu cuerpo me pertenece y que a mí debe ser ofrecido —dije, inclinándome hasta su florecita deliciosa, a la que tanto deseaba desflorar, queriendo hundirme en ella y hacer que cada gemido fuera mío.

Coloqué mis dedos en sus labios carnosos y los abrí con un toque firme, exponiendo completamente la visión hipnótica de su coño palpitante. Mi corazón parecía acelerarse al ritmo de sus contracciones y mi polla latía de pura expectativa. Su clítoris estaba hinchado, apuntándome como una provocación. Era un coño virgen, perfecto, que ya sabía exactamente lo que quería, y yo estaba allí para saciar todos sus deseos.

Mi mirada subió lentamente, encontrando los ojos de Aurora, que estaban llenos de deseo y sumisión, mientras me preparaba para darle todo lo que merecía.

Sin apartar los ojos de los suyos, dejé salir mi lengua, tocando aquel punto rosado que se había convertido en la obsesión de mis pensamientos y fantasías en los últimos días. El primer contacto fue suficiente para escuchar un gemido bajo escapar de sus labios.

—Ahh, eso, Vincenzo... —murmuró ella, con la voz cargada de placer y vergüenza, lo que me volvió aún más loco.

Seguí explorando, succionando y lamiendo con precisión cada centímetro de su coño delicioso. Mi nariz rozaba su clítoris mientras

mi lengua exploraba su dulzura. Era como si cada parte de su cuerpo reaccionara a mi toque, y la forma en que arqueaba la espalda y se aferraba al suelo me enloquecía por completo.

Mi polla, ya completamente dura, palpitaba en anticipación, y sabía que me estaba poniendo a prueba en el límite del autocontrol.

—Córrete, puta —gruñí contra su piel caliente, sintiendo las primeras olas del clímax apoderarse de ella. Su cuerpo temblaba bajo mí, y era como si su boca quisiera decir algo, pero los gemidos no le permitían sacar las palabras.

—Sí... ohh... estoy casi... —logró decir al fin, entre gemidos tan intensos que mi cabeza parecía dar vueltas con el sonido.

Con la mano libre alcancé sus pechos, apretándolos con firmeza. Usé los dedos para pellizcar ligeramente los pezones duros mientras mi lengua trabajaba incansable en su clítoris. El sabor de ella en mi boca era algo que sabía que jamás olvidaría, y el olor embriagador de su deseo me hacía quererla aún más.

Cuando sentí que estaba a punto de explotar, decidí llevar su experiencia a otro nivel. Introduje mi dedo anular en su entrada estrecha y caliente, cuidando de no ir demasiado profundo. Ella era mi virgen, mi posesión, y estaba saboreando cada segundo antes de finalmente tomarla por completo.

—Mmmmmm, Vincenzo, qué delicia, me gusta eso —gimió, mientras todo su cuerpo se retorcía y temblaba bajo mi toque.

Pero yo no había terminado ni de cerca. Me incorporé sobre las rodillas, observándola mientras su orgasmo la consumía. Su piel brillaba y sus ojos, cerrados en puro éxtasis, me mostraban que estaba completamente entregada a mí.

Con una mano seguí acariciando su clítoris, prolongando su placer, mientras con la otra empecé a trabajarme la polla. Mi mano se movía rápido, firme, y mi respiración se volvía cada vez más pesada.

Abrió los ojos justo en el momento en que mi clímax llegó. El primer chorro de corrida caliente voló directo a su rostro, marcándola como

mía. Seguí masturbándome, gimiendo bajo, mientras más semen resbalaba por su cara y su pecho, cubriéndola en una escena que parecía sacada de mis sueños más sucios.

Ella me miró, aún jadeante, lamiéndose los labios instintivamente. Mi pecho subía y bajaba mientras admiraba la visión frente a mí, mi corazón latiendo con fuerza tras el placer recién sentido.

—Lo hiciste muy bien, mi esposita —jadeé, con posesividad en la voz —. Esto fue solo el comienzo de lo que haremos juntos.

Aurora sonrió tímidamente, los ojos aún brillando de placer.

CAPÍTULO 15 – Ocio

VINCENZO De Luca

Estaba silbando mientras ajustaba el nudo de la corbata. Acababa de salir de la ducha, aún con la sensación de satisfacción posorgasmo proporcionada por mi joven y deliciosa prometida. Pasamos horas en aquel baño, intercambiando caricias que volverían loco a cualquiera. Por ahora, estaba satisfecho. Saber que se estaba masturbando pensando en mí antes de que entrara al baño era, al mismo tiempo, una inyección de posesividad y una punzada de celos. Al menos llegué a tiempo de verla poner los ojos en blanco bajo el toque de mis dedos, de mi lengua… y, en breve, sería bajo mi verga.

Tomé el arma del cajón y la coloqué en la cintura, revisándola como de costumbre. Luego, cogí el paquete de cigarrillos y salí de la habitación, aún silbando. Al cruzar el pasillo, mi madre apareció frente a mí, pareciendo interesada en iniciar una conversación. Sin embargo, yo tenía un compromiso.

—Vincenzo, necesito…

—Mamá, tengo una reunión con el consejo —la interrumpí, extendiendo la mano para impedir que prolongara el asunto—. Lo que sea que necesites, ya sabes cómo conseguirlo —añadí, ofreciendo una sonrisa leve, dejando claro que aprobaba cualquier cosa que estuviera tramando en ese momento.

Estaba de buen humor, al fin y al cabo.

—Buena suerte con el consejo —respondió con una sonrisa discreta, casi imperceptible para quien no la conociera tan bien como yo.

Asentí brevemente y seguí mi camino hacia fuera de la casa. Enrico ya estaba posicionado en el coche, esperándome.

Ya sabía lo que me esperaba en la reunión del consejo. El tema principal sería un intento de presionarme sobre el matrimonio, sobre la necesidad de un heredero que, según su visión, debía ser

"encargado" cuanto antes. Sabía que todo eso vendría disfrazado de otros asuntos para no parecer tan obvio. Incluso siendo el líder, mi posición estaba constantemente en riesgo. La diferencia era que yo entendía las reglas del juego y sabía cuándo era el momento de escuchar a mis subordinados para mantener el equilibrio necesario.

AURORA Colombo

Espié por la ventana, con el corazón desbocado, cuando vi el coche de Vincenzo desaparecer más allá de los portones de la propiedad. Apenas podía contener la agitación que hormigueaba en cada célula de mi cuerpo, casi mordiéndome las uñas de tanta expectativa. ¿Adónde iba mi hombre misterioso y seductor? ¿Qué pretendía hacer, en realidad? ¿Por qué salía tantas veces sin invitarme nunca a acompañarlo? Esa distancia repentina me causaba curiosidad y celos, una sensación que me dejaba aún más inquieta.

Estaba eufórica con todo lo que había pasado entre nosotros unas horas antes. Mi cuerpo todavía temblaba, la piel hormigueando y el rostro ardiendo, abrasado por la vergüenza y la satisfacción. Igual que en el instante en que él me sorprendió, entregada a mis propios toques íntimos, sin pudor, las piernas totalmente abiertas, desnuda, vulnerable a mi propio hambre de placer. En aquel momento, la sensación de ser observada por Vincenzo me dejó aturdida; no sabía dónde esconder mi rostro, qué hacer con aquella dulce vergüenza que provocaba una punzada húmeda entre mis muslos.

Estaba acostumbrada a tocarme desde aquella noche inolvidable en la bodega de mi padre, cuando Vincenzo despertó en mí el deseo incontrolable de acariciar mi propio coño. Ese recuerdo vibraba en mi interior, una chispa constante, un secreto que llevaba conmigo mientras aguardaba el día, el día en que él, tal vez, quisiera dar continuidad a nuestros juegos prohibidos, cuando llegara el momento adecuado, posiblemente después del matrimonio. Sin embargo, pensar en él era suficiente para que mis piernas se

volvieran de gelatina, para que el sudor perlase mi nuca, para que mi vientre se contrajera en espasmos suaves de puro deseo.

Ahora comprendía a Alessia y su fascinación por el placer. Entendía por qué no hablaba de otra cosa. A pesar de eso, aún me parecía impensable admitir abiertamente tales deseos, asumir toda la lujuria que se agitaba en lo más profundo de mi alma.

Bueno, al menos creía que no estaba preparada. Pero cuando Vincenzo abrió la puerta del baño y nuestras miradas se encontraron, tuve la certeza de que nada volvería a ser igual. Y, por más que temiera no estar lista para cruzar el límite, sabía que aquel era el momento decisivo, el instante en que ya no habría marcha atrás.

Caminé hasta mi cama, las piernas todavía temblorosas, y me tumbé, mirando el techo con una sonrisa contenida en los labios. El calor que aún sentía entre los muslos era innegable, casi palpitante, tan vívido como el recuerdo del orgasmo intenso que experimenté cuando la lengua ardiente de Vincenzo devoró mi carne, bebiendo mi esencia y dejándome a la deriva en un mar de sensaciones arrebatadoras.

Y el recuerdo de él entre mis labios… ah, cuando probé su miembro, caliente, grueso, vigoroso, llenando mi boca hasta doler, me sentí una auténtica puta, una hembra hambrienta por la dureza de aquel hombre que me enloquecía. Me gustó esa libertinaje, ese lado mío que desconocía, ese apetito que me hacía pensar en deslizar mi mano de nuevo hasta mi coño, acariciándome mientras lo chupaba.

Había un tinte de locura en todo aquello. Yo no era la misma de antes, no era una joven común, inocente, recatada. Era una criatura ávida, sucia, dispuesta a rendirse a los impulsos más primitivos, incluso sin saber si había rectitud o decencia en lo que hacía. Pero a cada segundo en que lo imaginaba, a cada detalle de su aroma y sabor que revivía en mi mente, comprendía cada vez más: no necesitaba ser normal. Solo necesitaba ser yo misma. Y, en aquel

instante, ser yo misma significaba ser profundamente, deliciosamente, insaciablemente suya.

Una notificación en el móvil me arrancó de mis pensamientos lascivos. Corrí hasta la cómoda y tomé el aparato con prisa, mi corazón latiendo fuerte por la expectativa de quién podría ser. Al ver el nombre de mi madre en la pantalla, me mordí los labios. Era la primera vez que me enviaba un mensaje desde que había venido aquí. Yo aún no le había escrito nada ni llamado, y no sabía si eso estaba bien o mal. Tal vez era simplemente la falta de valor para enfrentar el asunto.

Leí el mensaje:

"Aurora, ven a visitarnos mañana, queremos hablar contigo."

Sentí un nudo en el corazón mientras lo leía. No quería ir. No tenía la menor intención de volver a aquella casa, mucho menos de descubrir cuál era el "asunto" que necesitaban tratar conmigo. La culpa de sentirme así como hija hacía que el peso en el pecho aumentara. A pesar de todo, eran mis padres, ¿no?

Otra notificación llegó, interrumpiendo mi intento de procesar lo que sentía. El nuevo mensaje me hizo reír, pero de puro nerviosismo.

"Dile a Vincenzo que echas de menos a tus padres y que es solo una visita común."

El tono detrás de esas palabras era tan típico de ella que parecía casi ridículo. Casi. Negué con la cabeza, sintiendo una mezcla de frustración e ironía. Mi madre nunca hacía nada sin un propósito. Siempre tenía un plan.

Por un instante, pensé en simplemente ignorar. Pero la idea de no responder solo aumentaba el peso en mi pecho. Suspiré y me senté al borde de la cama, mirando la pantalla mientras intentaba decidir cómo manejar aquello.

"Está bien, mamá. Veré si puedo, si no tengo ningún compromiso, y entonces te aviso."

Envié el mensaje, y el sonido de "enviado" me trajo un alivio pasajero. Era una respuesta lo suficientemente vaga para no comprometer nada y, al mismo tiempo, dejaba la responsabilidad en manos de algo fuera de mi control. Alessandra, con su manía de organizar todo al extremo, podría tener mi agenda del día siguiente llena, y si ese fuera el caso… bueno, no sería culpa mía, ¿verdad?

Sostuve el móvil entre mis manos unos instantes, esperando que quizá llegara otro mensaje, algo que aclarara el motivo de su insistencia. Pero la pantalla permaneció en silencio. Solté un suspiro y dejé el aparato a un lado, sintiendo que el nudo en el estómago se deshacía un poco.

Era extraño cómo la idea de volver a aquella casa, aunque fuera temporalmente, aún me afectaba. Ya no era mi casa, ya no era el lugar donde debía sentirme segura. Aquí, a pesar de todo, a pesar de lo desconocido, tenía a Vincenzo.

Me levanté de la cama y caminé hasta la ventana, observando el atardecer. Tal vez Alessandra realmente viniera con algo importante al día siguiente, y eso terminara resolviendo mi indecisión. Al fin y al cabo, ser la futura señora De Luca ya tenía sus obligaciones, aunque yo aún estuviera aprendiendo lo que eso realmente significaba.

—¡Aurora, haz las maletas! —me sobresalté con Alessandra entrando en mi habitación sin aviso, como un huracán. Su actitud, repentinamente desenfadada y animada, era un tanto desconcertante.

—¿Hacer las maletas? —pregunté confundida, mientras me levantaba de la cama. Su energía era tan inesperada que no sabía cómo reaccionar.

Ella parecía casi radiante, lo que solo lo volvía todo más extraño.

—Sí, vamos a pasar unos días fuera. Tú y yo —dijo, alzando la nariz con aire autoritario, como si fuera una emperatriz anunciando un decreto.

Parpadeé varias veces, intentando asimilarlo. ¿Alessandra y yo, juntas? ¿Solas? ¿En algún lugar fuera de aquí?

—Ah, ¿debo suponer que será un paseo? —pregunté, intentando arrancar alguna pista de adónde iríamos—. ¿Y solo tú y yo? ¿A esta hora?

—Sí, exactamente. Ahora. ¡Date prisa! Ya he avisado de nuestra llegada —dijo, girando sobre los talones y saliendo de la habitación como un vendaval, sin esperar siquiera una respuesta.

Me quedé allí, sola, por un instante, intentando procesarlo.

¡Vaya! ¿Qué era esto ahora? Alessandra, siempre tan seria y meticulosa, decidiendo de repente que haríamos un viaje juntas. Bueno, confieso que, por más inesperado que fuera, estaba entusiasmada con la idea. Tal vez fuera una oportunidad de acercarme más a ella, de entender mejor el mundo De Luca… o quién sabe, simplemente de salir de esta rutina pesada por un tiempo.

Nunca había hecho un viaje con mi madre solo por ocio. En realidad, el concepto de ocio en familia era prácticamente inexistente en la casa donde crecí. Todo siempre tenía un propósito meticuloso: visitas sociales para mantener las apariencias o eventos obligatorios donde cada palabra y sonrisa eran cuidadosamente planeadas.

Ahora, allí estaba yo, preparando mis maletas para un viaje con Alessandra, la madre de mi futuro marido. La idea parecía surrealista. Alessandra era una mujer sofisticada, de pocas palabras. No lograba imaginar qué consideraba "ocio". ¿Iríamos a algún spa de lujo? ¿O tal vez a algún lugar exótico que ella consideraba ideal para mí? Todo era un misterio, y mi mente no dejaba de intentar adivinar mientras añadía las prendas a la maleta.

VINCENZO De Luca

El cigarrillo colgando de mis labios ardía lentamente mientras bajaba del coche. Me aparté un poco la americana de los hombros, ajusté la

corbata y di una larga calada, dejando que el humo escapara en una espiral rumbo al cielo. Giovanni y Donatello vinieron a mi encuentro, abandonando sus posiciones, antes apoyados en un coche estacionado un poco más adelante. Ambos exhibían expresiones serias.

La finca era un lugar aislado, lo suficientemente alejado de miradas curiosas como para garantizar privacidad total. El caserón, robusto y desgastado por el tiempo, era la fortaleza perfecta para reuniones que no debían ser oídas por nadie de fuera. Allí, en medio de la nada, rodeados por hectáreas de tierra, no había intrusos; si alguien se atrevía, moriría al instante.

—Don —me saludó Giovanni con un leve gesto—. Todo está preparado. Los hombres ya están en el lugar, esperando.

Tiré del cigarrillo de los labios y soplé el humo despacio.

—¿Cuántos vinieron? —pregunté.

—Todos los principales. No hubo ausencias —respondió Donatello, lanzando una breve mirada a Giovanni.

Asentí, sintiendo la adrenalina recorrer mis venas. En aquel mundo, cualquier reunión podía ser tanto una oportunidad como un riesgo. No había espacio para fallos, y yo estaba allí para garantizar que cualquier duda sobre mi liderazgo quedara resuelta.

Caminé hacia la entrada del caserón. Giovanni y Donatello me siguieron a los lados, atentos y listos para actuar. Pasamos por la puerta pesada, que se abrió con un chirrido, revelando un interior iluminado por luces amarillentas.

La sala principal era amplia, pero no lujosa. La madera gastada de las paredes y el olor a tabaco delataban la función de aquel lugar. Había hombres esparcidos: algunos sentados, otros recostados en sillas o paredes. Todos se detuvieron al verme entrar.

—Señores —comencé, dando una última calada antes de apagar el cigarrillo en el cenicero de metal cercano. Mi voz interrumpió el silencio, cargada de autoridad—. Vayamos al grano.

Ellos sabían que allí no habría espacio para rodeos ni excusas. Y yo, como siempre, estaba preparado para cualquier juego que intentaran. Nadie me tomaría por sorpresa.

Avancé hacia la larga mesa que se extendía en el centro del salón, sintiendo el peso de todas aquellas miradas clavadas en mí. Allí se reunían partidarios leales y falsos aliados, tan dispuestos a aplaudirme como a derribarme al menor indicio de debilidad. Esperaban un desliz, el momento en que pudieran clavar las garras y echarlo todo a perder. Pero el juego no funcionaba solo de un lado; yo también estaba atento, analizando cada rostro, cada gesto y cada palabra, a la espera de la oportunidad perfecta para hacer rodar algunas cabezas.

Yo era el Don, al fin y al cabo. Todo y todos allí me servían.

El silencio pesaba en el aire mientras cada uno ajustaba su máscara, sentándose y preparándose para lo que vendría, conscientes de que, en aquella mesa, mi mirada era la última palabra.

Giovanni y Donatello estaban situados en los extremos de la sala, atentos como perros de guardia. El silencio inicial era un ritual, y lo interrumpí con la misma frialdad que siempre empleaba en estos encuentros.

—A lo que importa. ¿Cuál es el primer punto del orden del día? —pregunté, sirviéndome una copa de vino.

Pietro, el consejero más viejo, carraspeó antes de hablar:

—Don De Luca, tenemos una situación delicada que involucra a Ángelo Carbone. Ha sido acusado de retener una parte de las ganancias de un cargamento. Los números no cuadran, y dos de nuestros contadores confirmaron la irregularidad.

Ángelo. Sabía quién era.

—¿Dónde está Ángelo ahora? —pregunté, haciendo girar la copa de vino en mi mano.

—Está esperando en el salón de al lado, bajo la supervisión de nuestros hombres —respondió Salvatore, con un tono calmado pero firme.

Hice un gesto a Giovanni, que entendió de inmediato. Salió de la sala para traer al acusado. Mientras tanto, otro consejero, Julio, intentó suavizar la situación:

—Quizá fue un error, Don. Ángelo es joven, inexperto. Puede que no entendiera la seriedad de sus actos.

Reí bajo, un sonido sin humor.

—Joven e inexperto no son excusas para robar. Él sabía lo que hacía, y me sorprende que intentes minimizar su traición —dije con voz fría y cortante.

La puerta se abrió y Giovanni entró con Ángelo. El soldado estaba pálido, con los ojos abiertos como un ciervo ante el depredador. Lo llevaron al centro de la sala, donde quedó de pie, temblando. Su mirada buscaba apoyo, una grieta, algo que pudiera salvarlo. Nada llegaría.

Donatello leyó, con voz firme, el informe de su traición: desvío de recursos. No era solo robo; era traición contra mí, contra la Cosa Nostra.

—Ángelo —mi voz sonó grave, pero baja—. Sabías lo que hacías cuando decidiste robarme.

—Don, por favor, yo… fue un error. Estaba pasando por un momento difícil… —Empezó, pero levanté la mano, silenciándolo.

—¿Error? No —dije, poniéndome en pie lentamente y quedando a pocos centímetros de él, sacando un cigarrillo y encendiéndolo. Di una calada profunda, soltando el humo en su dirección mientras empezaba a sudar aún más—. Aquí no existen errores. Existen decisiones. Y tú elegiste el camino equivocado. —Con la mano libre, le sujeté la barbilla, obligándolo a mirarme. Sus ojos temblaban como los de un animal acorralado.

Sin aviso, apoyé la punta encendida del cigarrillo en su mejilla. El olor a carne quemada inundó el aire, seguido de un grito agudo que resonó por la sala. Solté su barbilla, dejándolo trastabillar hacia atrás mientras se sujetaba el rostro, con lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Esto es solo el comienzo —dije, tirando el cigarrillo al suelo y aplastándolo con la punta del zapato. Me volví hacia los consejeros, que observaban en silencio absoluto—. Ángelo ya no es soldado de la familia. Su lealtad se ha roto y su castigo será ejemplar.

Giovanni, que estaba apoyado en la pared, dio un paso al frente, con el rostro implacable.

—Giovanni, asegúrate de que Ángelo no vuelva a robarle nada a nadie. Quiero sus dos manos cortadas. Aquí y ahora.

Ángelo cayó de rodillas, suplicando, con las lágrimas surcando el rostro ya marcado por la quemadura.

—¡No, Don! ¡Por favor! ¡Puedo compensarlo! ¡Haré lo que sea!

—Ya has hecho suficiente, Ángelo —respondí, volviendo a mi lugar en la mesa. Me senté de nuevo, observando mientras Giovanni tomaba un machete que estaba guardado en la sala para ocasiones como esta.

—¡Don, se lo ruego! ¡Tengo hijos! ¡Por favor, perdóneme! —imploró Ángelo, con la desesperación desbordándose en sus palabras.

Donatello y Marco avanzaron sin dudar, cada uno sujetando uno de los brazos de Ángelo y forzándolo contra la mesa de centro. Sus gritos resonaron por la sala mientras Giovanni se posicionaba, alzando el machete con precisión.

—¡No! ¡No! —Se debatía, pero su fuerza no estaba a la altura de los dos hombres que lo sujetaban. Sus brazos quedaron extendidos sobre la mesa.

El sonido de sus gritos era música para mis oídos.

—Giovanni —mi tono fue firme, implacable.

Con un golpe rápido y certero, la hoja descendió, cortando la primera mano de Ángelo. Su alarido desgarró el aire, un sonido que hizo que los consejeros se replegaran levemente en sus asientos. Marco lo sujetó aún más fuerte y Giovanni se preparó para el segundo golpe.

La segunda mano fue cercenada con la misma precisión, y Ángelo se desplomó, con el cuerpo temblando mientras la sangre manchaba la madera oscura de la mesa y goteaba al suelo. Me giré hacia Donatello y Marco.

—Llévenlo afuera. Quiero que todos sepan lo que pasa con quien traiciona al Don.

Acataron la orden, arrastrando al hombre casi inconsciente fuera de la sala.

Volví a mi lugar, ajustándome la americana mientras miraba a los consejeros.

—Ahora, pasemos a los negocios. Quiero que limpien las operaciones en el distrito norte. Hay movimientos sospechosos. Giovanni, tú lo liderarás.

Mi subjefe asintió, aún con el machete en la mano, pero con la misma compostura de siempre. Continué:

—También tenemos el asunto de la nueva ruta para la exportación. Necesitamos una solución rápida. Pietro, asegúrate de que todos nuestros contactos estén alineados. No quiero sorpresas.

Se discutieron algunos puntos más, y el ritmo de la reunión volvió a la normalidad tras el espectáculo inicial. Sin embargo, sabía que la tensión seguía ahí, latente. Y entonces, como esperaba, el asunto cambió.

—Don Vincenzo —uno de los consejeros más antiguos habló, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Estamos satisfechos con la manera en que mantienes el orden. Sin embargo, hay una cuestión importante que debemos abordar.

Crucé los brazos, indicándole que prosiguiera.

—Tu matrimonio. Es de interés para la familia que ocurra pronto. La unión con los Colombo fortalece nuestra posición. Y, por supuesto, el heredero que todos esperamos es fundamental.

Entrecerré los ojos, pero mantuve la compostura. Sabían que pisaban terreno peligroso, pero continuaron.

—Aurora tiene la sangre de los Colombo. Su abuelo materno fue un hombre respetado, subjefe en su tiempo, y su reputación fue impecable hasta el final —hizo una pausa—. No obstante, hay preocupaciones en cuanto a Massimo. Su reputación mancha el nombre de la familia.

—No me hables de Massimo —mi voz fue firme—. Aurora es todo lo que importa. Ella tiene la sangre que necesitamos. Y en cuanto al heredero… —Hice una pausa, observando los rostros atentos a mi alrededor—. El heredero llegará cuando yo lo decida.

La tensión era innegable, pero nadie se atrevió a desafiarme. Sabía que presionaban, intentando medir mi reacción. Pero lo que no entendían era que yo ya lo tenía todo bajo control.

—¿Algún otro asunto? —pregunté, alzando una ceja.

El silencio que siguió fue suficiente para dar por terminada la reunión. Me levanté, ajusté el reloj de la muñeca y caminé hacia la salida.

Había sido solo una más entre tantas reuniones.

—¿Qué tal una visita al club? —sugirió Giovanni a mitad de camino.

—Va a estar genial —respondió Donatello, animado.

—Tengo otros planes —murmuré, desinteresado.

Mi mente estaba en otra parte. Todo lo que quería era llegar a casa pronto, quizá avanzar un poco más en la intimidad con Aurora. Sí, yo era el maldito hombre jodido en sus manos.

—¿Cómo que se fueron? —pregunté entre dientes a Cezare, que acababa de informarme que mi madre y Aurora habían salido—. ¿A estas horas?

—Bueno, señor, por lo visto contaron con su aprobación. Están en el spa y se quedarán unos tres días, pero fueron acompañadas —explicó, dando a entender que yo lo había autorizado sin prestar mucha atención.

Una memoria vaga afloró. Mi madre había mencionado algo al respecto y yo, distraído, había aceptado. Suspiré, intentando controlar la irritación. A Alessandra le encantaba pasar un tiempo relajándose, y no veía problema en que las dos lo hicieran juntas.

—Bien, gracias, Cezare —respondí a regañadientes. Saqué el móvil del bolsillo mientras subía las escaleras, marcando ya el número de Giovanni.

—¿Jefe? —contestó al otro lado de la línea.

—Los encuentro en el club —dije seco y colgué, decidido.

Al entrar en la habitación, me quité la americana de un tirón y empecé a desabrochar la camisa. Necesitaba una ducha y ropa un poco más cómoda. Aquel traje me apretaba, y algo me inquietaba, dejándome con el aliento corto. Necesitaba una válvula de escape. Quizá el club fuera la distracción que buscaba… algo que me ayudara a aliviar la tensión, aunque fuera solo por unas horas.

Decidí que beber y jugar a las cartas con Giovanni y Donatello sería suficiente. Nada de putas, nada de excesos. Las mujeres fáciles no me interesaban, nunca me interesaron. Mi foco ahora estaba en otra. Aurora.

CAPÍTULO 16 – Tonterías

AURORA Colombo

Yo estaba tumbada boca abajo, recibiendo un masaje relajante en la espalda, mientras Alessandra, mi futura suegra, ocupaba la camilla de al lado. El silencio en la sala solo se rompía con el sonido suave de las manos de las masajistas deslizándose sobre nuestra piel y el leve susurro de la música ambiental, algo tranquilizador que apenas reconocía. El ambiente estaba perfumado con un aroma ligero a lavanda.

—Ahhh, esto, lo estaba necesitando —dijo Alessandra con un tono liberador, algo muy distante de la mujer rígida y austera que yo conocía. Su voz parecía más ligera, desprovista de la aspereza habitual—. Aurora, deberíamos hacer esto más veces, ¿no te parece? —preguntó de forma desenfadada, como si ya fuésemos amigas íntimas.

—Verdad, lo necesitamos —respondí, mi voz saliendo arrastrada por la presión exacta que la masajista aplicaba en mis hombros. Estaba tan relajada que hablar parecía un esfuerzo, pero suficiente para expresar mi conformidad.

—Hagamos de esto una tradición mensual —anunció Alessandra, como si estuviera decretando algo oficial.

Solté una risa corta, apreciando el momento inesperado de distensión.

—De acuerdo —respondí con una sonrisa que, aunque ella no podía ver, sin duda se reflejaba en mi voz.

Después de algún tiempo en ese masaje casi divino, pasamos a la sauna. Allí, sentadas en bancos de madera caliente, envueltas por el vapor, empezamos a conversar. Era curioso cómo el calor de la sauna parecía relajar no solo los músculos, sino también los ánimos. Alessandra parecía ahora mucho más humana, revelando un lado

que yo no esperaba. Percibí que, además de ser una mujer increíblemente controlada, también sabía disfrutar de momentos sencillos. Era un contraste intrigante.

—Tienes los ojos de una querida amiga mía —dijo de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

Enderecé la postura, mirándola con curiosidad. El tono en su voz cargaba algo distinto, una especie de añoranza mezclada con tristeza.

—Cuéntame más sobre tu amiga —pedí, animándola a continuar. No solo por curiosidad, sino porque quería entender mejor lo que había detrás de aquella mujer que, de algún modo, estaba empezando a admirar.

Alessandra suspiró levemente antes de responder, como si estuviera accediendo a un recuerdo que no visitaba desde hacía mucho.

—Hace mucho que perdimos el contacto, unos veinte años, por ahí —empezó, con la voz más suave, casi melancólica—. Trabajó en mi casa. Era dedicada, fuerte, y teníamos una amistad que iba más allá de la relación de patrona y empleada. Pero se casó y se fue. Nunca volvió a ponerse en contacto conmigo, y yo tampoco con ella. —Su voz adquirió un matiz resignado—. Así es la vida, Aurora. Las personas van y vienen. Los únicos que se quedan son los de la familia.

Hubo un silencio tras sus palabras, pero era un silencio denso. Alessandra había cerrado el tema con esa frase, pero yo no podía dejar de reflexionar sobre lo que había dicho. Las personas van y vienen. ¿De veras? Pensé en mi propia vida, en mi familia. Nunca había experimentado lo que significaba estar cercana a alguien como Alessandra parecía haber estado de su amiga.

—A veces, ni la familia se queda —murmuré, las palabras saliendo antes de que pudiera contenerlas. Fue una constatación amarga, pero cierta.

Alessandra se volvió hacia mí, el semblante ahora más serio, la postura rígida regresando como si yo hubiese dicho algo inaceptable.

—La familia debe permanecer unida, siempre, Aurora —dijo con firmeza, la voz cargada de convicción, como si fuese una regla inmutable de la vida.

Tragué en seco, sintiendo el peso de aquella declaración. Por un momento, pensé en discrepar, en exponer el hecho de que mi propia familia apenas hablaba conmigo, pero entendí que estaba hablando de algo en lo que creía profundamente. Para Alessandra, la familia era una base, algo sagrado. ¿Y yo? Por más que mi experiencia dijera lo contrario, quizá en el fondo también quería creer en eso.

Asentí con un leve movimiento de cabeza, respetando su punto de vista.

Alessandra cerró los ojos, recostándose en la madera del banco, mientras yo seguía observando el vapor elevarse. No estaba segura de si estaba completamente de acuerdo con ella, pero la idea de que la familia debía permanecer unida, incluso cuando las circunstancias parecían indicar lo contrario, me hizo pensar en mi futuro con Vincenzo. Yo quería algo así.

Al pensar en él, mi corazón se aceleró un poco. Vincenzo siempre tenía ese efecto en mí, incluso cuando no estaba cerca. El simple pensamiento de sus ojos intensos y su presencia hacía que mi cuerpo reaccionara de maneras que aún estaba tratando de entender. El recuerdo de él me hizo reflexionar sobre algo que Alessandra había mencionado antes: pasaríamos tres días allí, en el spa, como parte de un ritual de preparación antes de la boda, que se acercaba rápidamente.

Aunque apreciaba la idea de un momento para relajarme y desconectarme de todo, no pude evitar sentir un nudo en el pecho. Tres días lejos de Vincenzo. Parecía una eternidad. Intenté convencerme de que ese tiempo sería bueno para mí, pero la verdad era que ya lo echaba de menos. Una añoranza casi absurda,

considerando que apenas habían pasado unas horas desde la última vez que nos vimos.

Mientras Alessandra decía algo sobre los próximos pasos de nuestro pequeño "retiro", mi mente divagaba, creando escenarios en los que Vincenzo aparecía por sorpresa en el spa, de ese modo imprevisible tan típico de él. Solo de imaginarlo, una sonrisa involuntaria apareció en mis labios.

Quizá fuese una tontería por mi parte, pero aquella conexión que empezábamos a construir era algo que jamás había experimentado. No sabía si era amor, pasión o simplemente el poder magnético que él parecía ejercer sobre mí, pero era innegable que mi mundo se sentía más completo cuando estaba cerca.

Tres días después…

Mientras caminábamos hacia la salida del spa, rodeadas por guardias, el murmullo de los reporteros se volvió ensordecedor.

—¿Cómo saben que estamos aquí? —se quejó Alessandra, lanzando una mirada de reproche a los guardias.

—Algún empleado debe de haber filtrado la información —respondió uno de ellos—. Lo verificaré.

En cuanto las puertas se abrieron, los flashes dispararon desde todos los ángulos, cegándome por un instante. No necesité dar más de dos pasos para que comenzaran las preguntas, algunas tan atrevidas que me dejaron sin palabras.

—Señorita Colombo, se acerca la boda con el empresario De Luca. ¿Puede decirnos si ya está enamorada de él?

—¿Qué? —pregunté, girando el rostro hacia un lado, intentando localizar de dónde venía la pregunta.

—Aurora, ¿es verdad que el matrimonio fue arreglado por cuestiones de negocios?

—¿Cómo es convivir con un hombre tan poderoso en el mundo empresarial?

—¿Está preparada para el peso de ser la señora De Luca?

—¿Y los rumores de que Vincenzo De Luca es peligroso? ¿Eso no le asusta?

—¿Ya piensa en hijos? ¿Cuántos herederos desea él?

—¿Es cierto que debió pasar por clases de etiqueta y protocolo para adecuarse al papel?

—Aurora, ¿cree que su padre, Massimo Colombo, influyó en esta unión?

Intenté mantener una sonrisa, pero algunas preguntas me tomaron por sorpresa.

—¿Y qué hay de los rumores de que Vincenzo tiene negocios fuera de la ley? ¿Eso le incomoda?

—Hay quien dice que él ya tuvo un romance con su madre. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Mi respiración se aceleró con la última pregunta. Alessandra, a mi lado, mantuvo una expresión impasible, pero sentí su irritación en el aire. A esas alturas, los guardias abrieron espacio para que nos dirigiéramos al coche.

—Aurora, ¿cree que su juventud fue un factor para el interés de él?

—¿Cuál será el vestido elegido para la boda? ¿Puede darnos detalles?

—¿Cómo se siente al dejar su antigua vida atrás e ingresar en el universo De Luca?

Sin responder a ninguna pregunta, entré en el coche con un suspiro pesado, mientras Alessandra decía algo a los guardias para garantizar que ningún reportero se acercara más. Yo sabía que aquello era solo un anticipo de lo que vendría. Al fin y al cabo,

casarse con Vincenzo De Luca no era solo un evento familiar; era un espectáculo público.

—¡Vaya! —suspiré cuando el coche empezó a moverse, intentando ordenar mis pensamientos después del bombardeo de preguntas—. Eso fue…

—Tonterías —me interrumpió Alessandra, sin apartar la vista del paisaje exterior—. Los reporteros solo preguntan tonterías, a menos que les alimentes con algo interesante sobre lo que escribir. No les prestes atención.

Quise estar de acuerdo, pero algo me incomodaba profundamente. La miré, con la mente hirviendo de dudas que necesitaban respuestas. El estómago me daba vueltas, pero reuní valor y solté:

—¿Por qué dicen que Vincenzo tuvo un romance con mi madre? —Mi voz tembló levemente, y Alessandra, por fin, se volvió para mirarme.

Por un momento, el silencio fue abrumador. Alessandra parecía medir sus palabras, un rastro de irritación cruzando su rostro elegante antes de responder.

—Porque a la gente le encanta inventar historias, Aurora —su voz era serena, pero firme—. Vincenzo nunca tuvo ningún involucramiento con tu madre, eso es una locura. Esa insinuación es ridícula y no es más que chisme para vender titulares.

Asentí, intentando digerir su respuesta, pero mi mente aún no estaba tranquila. Respiré hondo antes de lanzar otra pregunta:

—¿Y los rumores sobre que tiene enemigos o está involucrado en negocios ilegales? —pregunté, sintiendo que me temblaban los dedos de nervios. Mi corazón parecía martillar en el pecho mientras esperaba su respuesta.

Alessandra soltó una risa baja que no tenía humor.

—Vincenzo es un hombre poderoso, Aurora. El poder atrae envidia y enemigos. Eso es inevitable. —Hizo una pausa, ajustándose el collar del cuello con un gesto distraído—. En cuanto a negocios ilegales,

bueno… los rumores siempre existirán. Lo que debes entender es que Vincenzo sabe exactamente lo que está haciendo. No sería quien es hoy si no supiera manejar esas situaciones.

Sus palabras no me dejaron completamente tranquila. Vincenzo era un hombre envuelto en misterio y poder, y eso hacía que mi corazón latiera más rápido, tanto por fascinación como por miedo.

—Entonces, ¿debo simplemente ignorar todo eso? —pregunté en voz baja, intentando controlar la emoción.

Alessandra sonrió levemente, inclinándose para tocar mi mano.

—Aurora, el papel de una De Luca no es entender ni justificar. Es estar a su lado, confiar en él y saber que, al final, todo está bajo control. Vincenzo es tu futuro marido, y hará lo necesario para protegerte.

Sus palabras fueron pronunciadas con una convicción que me hizo querer creer, pero la realidad de ese mundo aún me parecía tan distante de todo lo que yo conocía. No respondí; solo giré el rostro hacia la ventana, observando el paisaje pasar, mientras mi mente se perdía en pensamientos sobre el hombre que estaba a punto de convertirse en mi marido y las sombras que lo rodeaban.

Cuando el coche se detuvo en la propiedad de Vincenzo, él ya nos estaba esperando, plantado frente a la entrada principal con un semblante cerrado como nunca lo había visto. Su postura rígida, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en el coche dejaban claro que algo le molestaba profundamente. Parecía enfadado, y los rayos del sol acentuaban aún más las líneas marcadas de su expresión seria, volviéndolo todavía más intimidante.

En cuanto se abrió la puerta del coche, avanzó rápido hacia mí, extendiendo la mano para ayudarme a bajar. Su toque era firme, pero delicado, y sus ojos me examinaban con una intensidad que me preocupó.

—¿Estás bien? —preguntó, con una voz que intentaba sonar calma, pero no lograba ocultar la preocupación. No desvió la mirada ni un

segundo, como si necesitara confirmar, por sí mismo, que yo realmente estaba bien.

—Ella está bien, Vincenzo, no fue nada —respondió Alessandra antes de que yo pudiera decir algo, con un matiz de irritación por lo que consideraba una exageración suya.

Pero Vincenzo ignoró por completo el comentario de su madre. Sus ojos siguieron fijos en mí, como si solo mi respuesta importara. Había algo casi protector en su expresión, algo que parecía, al mismo tiempo, tranquilizador y aterrador.

Sin saber bien qué decir, asentí varias veces, intentando mostrar que todo estaba bien, aunque mi corazón latía más rápido de lo normal por la situación y por su comportamiento.

Al ver mi respuesta, finalmente desvió la mirada y se giró bruscamente hacia los guardias que nos habían acompañado y que ahora estaban parados junto al coche. Su voz, cuando habló de nuevo, era dura y autoritaria:

—Reunión, ahora.

Los hombres no dudaron. Sin cuestionar, lo siguieron de inmediato mientras él avanzaba con pasos firmes hacia el jardín.

Aún confundida con lo que estaba pasando, me volví hacia Alessandra, buscando alguna explicación.

—¿Qué está pasando? —pregunté, con la voz temblorosa mientras intentaba entender.

Alessandra suspiró, como si no estuviera sorprendida por la reacción de su hijo, y se encogió de hombros con una calma que me pareció casi ensayada.

—Solo quiere saber qué ocurrió para que te vieras importunada por tantos reporteros a la salida del spa —respondió, acomodándose el abrigo como si aquello fuese algo rutinario.

Mi confusión no disminuyó. De hecho, aumentó aún más. ¿Vincenzo estaba tan molesto por los reporteros? Parecía más furioso que

preocupado, como si hubiera algo más detrás de esa reacción.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar las palabras de Alessandra sobre las reglas y los castigos en la casa. ¿Era eso a lo que se refería? ¿Algún empleado sería castigado por haber dejado escapar la información? ¿O era algo todavía más grave que yo no estaba entendiendo?

Observé a lo lejos mientras Vincenzo desaparecía en el jardín con los guardias a su alrededor, su espalda ancha y su postura rígida transmitiendo la imagen de un líder que no toleraba fallos. Aunque no supiera exactamente lo que estaba a punto de ocurrir, había algo en su actitud que me inquietaba profundamente.

—Alessandra, ¿qué va a hacer? —pregunté, casi en un susurro.

Ella me miró, sus ojos evaluando mi expresión antes de responder.

—Vincenzo no tolera fallos, Aurora. Se asegurará de que lo que pasó hoy no vuelva a repetirse —dijo simplemente, como si eso bastara para cerrar el asunto.

Pero para mí no era suficiente. Yo quería saber más, quería entender lo que había detrás de aquel mundo que ahora formaba parte de mi vida. Sin embargo, las palabras de Alessandra me hicieron darme cuenta de que, quizá, había cosas para las que aún no estaba preparada.

Mientras el silencio se instalaba entre nosotras, mi mente iba a mil. Había algo en Vincenzo que me atraía de una manera inexplicable, pero también había algo en él que me asustaba profundamente. Y yo sabía que, al casarme con él, tendría que aceptar ambos lados.

Di un paso hacia la mansión, pero me detuve, vacilante. No sabía si quería entrar o quedarme allí, esperando alguna novedad sobre lo que estaba ocurriendo. Todo a mi alrededor parecía cargado de tensión y, aun así, había una extraña sensación de seguridad en el aire. Como si, a pesar de todo, supiera que Vincenzo no dejaría que nada me alcanzara. Él me estaba protegiendo, y yo nunca había sido protegida en mi vida.

Me apoyé en el coche por un momento, intentando calmar mi respiración. Más tarde hablaría con él sobre esto y sobre otras cosas que me perturbaban.

CAPÍTULO 17 – Mi luz

VINCENZO De Luca

—Quiero saber cómo mierda pasó esto. ¿Cómo esos parásitos tuvieron la oportunidad de molestar tanto a mi mujer? —pregunté con los dientes apretados, en cuanto estuvimos lo bastante lejos como para que Aurora no pudiera oírnos.

Necesitaba entender qué había salido mal, pero, sobre todo, necesitaba contener la rabia que palpitaba en mí. Aún no estaba preparado para exponer la verdadera extensión de mi naturaleza delante de ella. Aurora era una luz en medio de la oscuridad que yo cargaba. Sabía que, tarde o temprano, vería quién era realmente, pero, mientras tanto, haría todo lo posible por protegerla de esa verdad.

—Don, creemos que hubo una filtración de información entre los empleados del spa —empezó uno de los soldados—. Alguien de allí debió pasar la ubicación a los reporteros. No hay otra explicación lógica.

Mi mirada se endureció y él tragó saliva, pero continuó:

—Fue un error de cálculo. No previmos que habría ese tipo de exposición.

—¡Me importa una mierda quién se equivocó! —rugí, interrumpiéndolo con un tono que hizo que los otros dos soldados dieran un paso atrás—. Estoy avergonzado por la manera en que manejaron la situación. ¡Deberían saber que su trabajo es protegerla a ella más de lo que me protegen a mí! —gesticulé, la ira hirviendo en cada palabra—. Mi mujer no tenía que haber escuchado esas preguntas idiotas y ofensivas. ¡Eso nunca debió pasar!

—Perdónenos, Don. Aceptaremos cualquier castigo que decida imponernos —dijo otro soldado, cayendo de rodillas, con los ojos fijos en el suelo—. Nos tomaron por sorpresa y la señora Alessandra

parecía tan tranquila que pensamos que la situación estaba bajo control.

—¡No intenten justificar lo injustificable, carajo! —grité, sacando el arma de la cintura en un movimiento brusco. La apunté a su cabeza sin vacilar—. Si no sabes hacer tu trabajo, lo mejor es cerrar la maldita boca antes de que te vuele los sesos. —Apoyé el cañón frío en su frente, observando cómo sudaba bajo el peso de la amenaza.

Los otros dos soldados cayeron de rodillas de inmediato a su lado, bajando la cabeza como si esperaran lo inevitable. Verlos sometidos debería satisfacerme, pero en ese momento mi rabia seguía palpitando con fuerza. Giré el cuello, intentando controlar el impulso de actuar en caliente. Respiré hondo y, lentamente, guardé el arma de nuevo en la cintura.

—Van a limpiar el criadero de perros durante las próximas dos semanas —declaré, mi voz fría y firme—. Y mientras limpian la mierda de mis perros, quiero que piensen en mejores maneras de asegurarse de que mi mujer nunca más sea expuesta a esa payasada. —Mi ira transpiraba, pero sabía que estaba siendo blando. Muy blando.

Mis ganas eran arrancarles los dientes a cada uno, verlos sangrar hasta que entendieran que proteger a Aurora no era solo una obligación, sino una cuestión de supervivencia. Pero debía ser calculador, porque el error ya había sido cometido y mi rabia ciega no lo cambiaría.

—Sepan esto: equivocarse conmigo es algo que no acepto. Pero equivocarse con ella… eso va mucho más allá. —Mi tono cargaba la gravedad de una sentencia, mientras mis ojos permanecían fijos en cada uno de ellos.

—Sí, Don. No volverá a pasar —respondió uno de ellos, casi suplicando.

—Desaparezcan de mi vista. Y si esto vuelve a suceder, no habrá perdón. —Les di la espalda, ignorando el sonido apresurado de ellos

levantándose y saliendo del lugar.

Mientras caminaba de regreso a la casa, sentí que la rabia disminuía un poco. Pero aún estaba lejos de desaparecer. No soportaba la idea de que Aurora fuera molestada de ninguna forma. Ella era mía, y quien osara cruzar esa línea no encontraría misericordia.

Por supuesto, me enteré en el mismo instante en que sucedió. Nada se me escapa. Tengo informantes en todos los rincones.

¿Negocios ilícitos? ¿Yo, peligroso? ¿Que solo me interesé en ella por ser joven? ¿Que tuve un romance con su madre?

Cada una de esas afirmaciones, verdaderas o no, hacía que apretara los puños con más fuerza. Mi mandíbula estaba tan rígida que podía sentir el sabor amargo de la rabia en mi boca. Esos reporteros no tenían idea de la mierda en la que acababan de meterse.

Iba a joderles la vida a cada uno de ellos.

A. Cada. Uno.

¿Creían que podían invadir mi privacidad, molestar a mi mujer con insinuaciones ridículas y salir impunes? No. No conmigo. No con Vincenzo De Luca. Aprenderían, de la peor manera, que hay límites que no se cruzan.

Ya estaba calculando los pasos. Primero, descubriría quién filtró la información sobre Aurora y mi madre en el spa. Después, me encargaría de que cada reportero que se atrevió a abrir la boca para hacer esas preguntas pagara por lo que dijo. Un titular falso aquí, un escándalo público allá. Algunos perderían sus empleos. Otros podrían perder más que eso.

—Vincenzo —la voz de Aurora me tomó por sorpresa. Estaba allí, parada en la puerta de mi habitación, con una expresión que mezclaba curiosidad y preocupación.

Mis ojos corrieron de inmediato al vestido que llevaba. Era demasiado corto para mi gusto. Durante el día, la prisa y la rabia habían nublado mi percepción, pero ahora, con calma, reparé en

cada detalle de ella. Hermosa, radiante, como si el spa hubiera borrado cualquier rastro de cansancio.

—Aurora —dije, acercándome y sujetando su cintura, atrayéndola para un beso.

Ella lo correspondió, pero el momento no duró mucho. Sentí sus manos suaves en mi pecho, apartándome. No me resistí. Sabía que venían preguntas.

—¿Qué hiciste con los guardias? —preguntó, su voz calmada pero firme, con sus ojos azules fijos en mí con preocupación.

—No debes preocuparte por eso —sonreí de lado, colocando mi mano en su nuca, un gesto que siempre la tranquilizaba.

—¿Eres peligroso? —insistió. Su curiosidad empezaba a irritarme, pero no en el mal sentido. Era fascinante ver cómo intentaba descifrarme.

—¿Qué? —alcé una ceja, pero ella no retrocedió.

—¿Tienes negocios ilícitos? —Su osadía casi me hizo reír. Casi.

—¿También crees que tuve un romance con tu madre? —rebatí con sorna, intentando escapar de la conversación con humor, sin responder directamente. Huir del tema no era mentir, después de todo.

—No lo creo, pero… —dudó, como si quisiera creer en mí, aunque las dudas siguieran allí.

Suspiré, sujetando su barbilla con delicadeza, obligándola a mirarme.

—Soy peligroso para quien intenta meterse conmigo o con las personas que amo. Respondo a la misma altura, Aurora. No soy un santo, pero me gustan las cosas justas. Solo eso.

Ella frunció el ceño, aún confundida.

—Entonces, ¿debo suponer que no tienes negocios ilícitos? —insistió, como buscando una certeza.

Sonreí y dejé que mi mano se deslizara por su brazo, entrelazando nuestros dedos.

—¿Correcto o incorrecto… quién creó esas reglas? Eso es relativo, Aurora. Lo que importa es que siempre te voy a proteger. Seré un buen marido, y espero lo mismo de ti. ¿Y sabes lo que hace una buena esposa?

—¿Qué? —preguntó con voz suave.

—Confía en su marido. —Me incliné, nuestros rostros muy cerca—. ¿Confías en mí?

Miré profundamente en sus ojos, buscando la respuesta que necesitaba oír. Esos ojos azules, que tanto me intrigaban y cautivaban, ahora parecían inseguros, pero después de un momento, ella asintió.

—Sí —respondió bajito, casi un susurro, pero suficiente para satisfacerme.

—Entonces prepárate para usar mucho esa confianza, porque la vamos a necesitar —concluí, antes de atraerla de nuevo hacia un beso, esta vez más profundo y sin prisa.

Sabía que aún no lo entendía todo, y sabía que no era el momento para que lo supiera. Era demasiado joven, demasiado inocente, y el mundo que yo habitaba estaba hecho de sombras que podían aplastarla. Ni siquiera yo entendía del todo por qué me preocupaba tanto en protegerla de eso, en ahorrarle la realidad que me rodeaba. Quizá era porque ella era solo una joven mujer que no necesitaba cargar con el peso de mis culpas, de mis pecados, de mis secretos. Sí, podría ser eso.

O quizá era porque, por alguna razón que aún no lograba descifrar, la idea de ver apagarse el brillo en sus ojos por algo que yo hiciera me inquietaba demasiado. Ella sería mi esposa, mi ángel, mi luz en medio de la oscuridad. Y mientras pudiera, haría lo imposible por mantenerla así: pura, ligera, sin conocer los detalles que podrían destruir el mundo que estaba intentando construir para los dos.

Yo estaba en el altar, vistiendo un esmoquin blanco, hecho a medida por una de las marcas más prestigiosas del mundo. Cada línea, cada botón de aquel traje exhalaba perfección, simbolizando la grandeza del día. Mis manos estaban juntas frente al cuerpo. El lugar estaba repleto de rostros conocidos, algunos familiares, otros empresarios, e incluso aliados de la Cosa Nostra, todos cuidadosamente elegidos y aprobados por mí.

Afuera, la lluvia caía inesperadamente, fina y constante, pero no lo suficiente para apagar el brillo dentro de mí. En realidad, no me importaba. La lluvia era señal de bendición, decían. Y nada podría opacar la luz de aquel momento, pues pronto ella vendría a mi encuentro. Mi ángel de cabellos dorados y ojos azules, la mujer que había elegido para reinar a mi lado. Sería mi esposa, mi símbolo de poder y la pieza que faltaba para consolidar todo lo que había construido.

A mi lado, un poco apartados, estaban Donatello y Giovanni, mis hermanos de juramento en la mafia, mis padrinos en ese día especial. Sabía que llevaban sonrisas contenidas en sus rostros, pero apenas unas horas antes, habíamos estado juntos en una habitación oscura, ocupándonos de un traidor que tuvo que aprender el precio de la deslealtad antes de dar su último suspiro. El olor a sangre aún parecía estar en mis manos, pero en ese momento, bajo los vitrales de la iglesia, todo se transformaba en cosas buenas.

Apoyé mi peso de un pie al otro, lanzando una mirada al reloj de pulsera. Una gota de sudor me resbaló por la frente, bajando hasta la mandíbula. ¿Dónde estaba ella? Aurora ya llevaba cinco minutos de retraso. Para cualquiera, eso podía ser insignificante, pero para mí, que siempre mantenía todo minuciosamente planificado, era algo que exigía atención. Sin embargo, por ella, esperaría. Siempre.

Esta boda no era solo una ceremonia. Era un cimiento sólido para mi imagen pública, mi linaje y mi posición como Don. El consejo apoyaba el matrimonio, y mi carrera dentro de la organización dependía de ello. Pero, por encima de todo, mi mayor motivación era

la luna de miel. Aquella noche no sería solo la consumación de un acto simbólico. Sería la realización de un deseo que llevaba alimentando desde el día en que Aurora entró en mi vida. Finalmente metería mi verga entre esas piernas blancas y suaves.

Mi cuerpo casi reaccionó involuntariamente solo de pensarlo. Por fin había llegado el momento en que la tomaría por completo. Hasta ese día, solo mis manos y mi lengua habían profanado su pureza. Reservé la penetración como un símbolo, un premio que marcaría nuestra unión. Aurora era mi conquista más dulce y, esa noche, la haría mi perdición completa.

Respiré hondo, ajustando el botón del esmoquin, intentando apartar los pensamientos lascivos que ya dominaban mi mente. Hice un gesto discreto para que la organizadora de la boda se acercara.

—¿Dónde está mi novia? —pregunté en voz baja, pero firme, cuando llegó a mi lado.

La mujer abrió la boca para responder, pero fue interrumpida por el sonido inconfundible de las puertas de la enorme iglesia abriéndose. La música de la marcha nupcial resonó en los altos techos. Mi corazón se aceleró y todas las miradas en la iglesia se volvieron hacia la entrada.

Me giré para mirarla y sentí como si me arrancaran el aire a mi alrededor. Allí estaba ella. Aurora. Mi esposa. Mi reina. Caminaba lentamente, los ojos brillando con emoción y nerviosismo. El vestido era un contraste perfecto contra el dorado suave de su cabello. Venía acompañada de su padre, pero él no me importaba en absoluto, solo tenía ojos para ella.

Pura, dulce, seductora, auténtica, inocente y deliciosa. Ella era el paquete completo. Una combinación imposible que nunca imaginé que existiera. Aurora era todo lo que necesitaba y, al mismo tiempo, todo lo que nunca supe que quería. Era la redención y la perdición en un solo cuerpo. Por ella prendería fuego al mundo entero y aún caminaría sobre él, en medio de las llamas.

Respiré hondo, permitiéndome una pequeña sonrisa mientras ella avanzaba. Sus ojos finalmente encontraron los míos y, en ese instante, el mundo desapareció. Solo estábamos ella y yo. Mi ángel. Mi Aurora.

AURORA Colombo

Minutos antes…

—¿Entonces significa que después de todo lo que hice por ti, después de criarte todo este tiempo y de arreglarte un matrimonio ventajoso con un multimillonario joven y deseado por todas las señoritas de familia, así es como me lo retribuyes, Aurora? —disparó mi padre, con la voz cortante mientras cerraba la puerta de la sala anexa al salón principal de la iglesia. El sonido de la madera chocando retumbó en aquel espacio pequeño y mal iluminado, creando un contraste entre el ambiente sacro y la tensión avasalladora que flotaba entre nosotros.

Retrocedí un paso, el corazón acelerado, intentando entender qué era exactamente lo que quería decir. Mi vestido de novia de repente parecía más apretado, asfixiándome con el peso de la situación.

—No, papá, no sé de qué está hablando. —Mi voz salió más débil de lo que me hubiera gustado. Intenté no tartamudear, pero el miedo hacía que mi garganta se cerrara.

Por algún motivo, incluso estando libre de sus garras físicamente, algo en su presencia todavía tenía el poder de paralizarme. Mi alma parecía cautiva, como si una cadena invisible aún me atara a su voluntad. Quería gritar, decir todo lo que tenía atragantado, pero las palabras simplemente no salían.

Él comenzó a acercarse, sus pasos lentos resonando en el suelo de madera, como una cuenta regresiva hacia algo que yo temía. Su mirada era dura, cargada de una severidad que me hacía temblar. Incluso en vísperas de mi boda, de mi nuevo comienzo, conseguía sacar a flote a esa chica vulnerable que yo intentaba dejar atrás.

Sin ceremonia, me sujetó las muñecas, sus dedos apretando la manga del vestido. La presión no era solo física; era como si intentara reafirmar el control que ya no tenía.

—Ahora es el momento de que me recompenses por ser tu padre, Aurora. No te atrevas a darme la espalda a mí ni a tu familia. ¿Tienes idea de lo que hice por ti? ¿Para que tuvieras una vida mejor? ¿Para que te fueras bien? —Su voz cargaba una mezcla de ira y exigencia—. ¿Por qué no viniste cuando te llamé?

—Me está apretando demasiado el brazo —respondí con la mayor firmeza que logré reunir—. Si Vincenzo me ve lastimada, puede enfadarse mucho.

La mención del nombre de Vincenzo hizo que mi padre vacilara por un segundo, pero no lo suficiente como para soltar mi muñeca. Yo sabía que el nombre de mi prometido cargaba un peso que nadie se atrevía a ignorar. Desde el día en que se reunió con los guardias tras la confusión con los reporteros, me quedó claro que Vincenzo no era solo el príncipe encantado que imaginé. También era un hombre peligroso, posesivo e implacable. Pero, por más que esa faceta me asustara, lo amaba tal y como era. Lo enfrenté sabiendo que, sin importar lo que me respondiera, yo estaría a su lado. Confiaba en él.

—No pienses que tampoco se enfadaría contigo, Aurora, si descubriera lo impertinente que eres. ¿Crees que yo soy malo? Él es mucho peor. —Mi padre soltó una risa fría, cargada de desprecio—. Así que más te vale hacer el papel de buena niña y obedecerlo, mejor de lo que hiciste conmigo, porque conmigo solo me trajiste decepciones.

Tragué saliva, luchando contra las lágrimas. No quería llorar, no ese día. No quería arruinar el maquillaje ni permitir que él viera el impacto que aún tenía sobre mí. Conté hasta diez mentalmente, intentando bloquear sus palabras mientras él seguía lanzando acusaciones. Su voz se convirtió en un zumbido distante hasta que, finalmente, me devolvió a la realidad.

—¿Estamos entendidos, Aurora? —preguntó, llamando mi atención.

—Sí —respondí mecánicamente. Era más fácil asentir que prolongar aquella conversación.

Él se acomodó la corbata con un aire satisfecho, como si acabara de ganar una batalla.

—Bien, ahora vamos. Ya estás retrasada. —Su voz cargaba un tono de mando, como si quisiera recordarme que, para él, yo todavía era una pieza en el tablero que creía controlar.

Di una última mirada al espejo. Mi reflejo mostraba el vestido de la familia, ajustado para mí, cayendo perfectamente. Mi cabello estaba impecable, mi maquillaje intacto. Estaba hermosa, pero más que eso, estaba feliz. Porque en ese momento decidí que mi padre no tendría más poder sobre mí. Él era solo un pasado que estaba dejando atrás.

Apreté con fuerza el ramo de flores rojas, como si fuera mi escudo. Cuando tomé su brazo para enlazarlo al mío, sentí la frialdad entre nosotros, un abismo imposible de cruzar. Él, en cambio, parecía orgulloso, como si estuviera a punto de exhibirse ante el mundo como el padre de la novia de Vincenzo De Luca. Claramente, esa boda era más sobre el estatus que ganaría que sobre mi felicidad.

Mientras caminábamos hacia la puerta que daba al pasillo principal de la iglesia, me concentré en la música que resonaba a nuestro alrededor: la marcha nupcial. Era el sonido que marcaría el inicio de mi nueva vida, junto a Vincenzo. Una vida que, a pesar de todas las incertidumbres, misterios y desafíos, era mi elección, mi deseo. Y, esta vez, ni mi padre ni nadie me lo arrebataría.

CAPÍTULO 18 – Estoy dispuesta

AURORA Colombo

Algunas lágrimas tercas resbalaron por mis ojos. Cada paso que daba hacia el altar me traía emoción y recuerdos. Muchas cosas pasaron por mi cabeza mientras atravesaba aquel pasillo decorado con flores e iluminado por velas. Toda mi trayectoria de vida parecía desfilar ante mí: los momentos de la infancia, los sueños que un día parecieron imposibles, las agresiones constantes de mi padre, las negligencias de mi madre… las noches solitarias en que deseaba algo más.

Todo eso, cada dolor, cada lágrima, cada herida, ahora parecía insignificante. Era como si todo estuviera siendo borrado por la simple visión de él. Vincenzo, el hombre que parecía relucir al esperarme en el altar. Su presencia era magnética, casi divina. Estaba allí, vestido impecablemente, con una mirada que parecía contener el mundo. Y en ese momento, él era mi mundo.

Vi de reojo algunos rostros conocidos entre los invitados. Mi madre, con una sonrisa tímida; Alessia, con su sonrisa amistosa; Alessandra, mi futura suegra, con su porte impecable; y algunas figuras importantes de la sociedad que sabía que estaban allí más para atestiguar la grandeza de Vincenzo que por cualquier interés en mí. Pero nada de eso importaba. Quien realmente importaba estaba allí mismo, en el punto recto del que no apartaba los ojos.

Incluso mi padre, que caminaba a mi lado y cuyo brazo sostenía con delicadeza, parecía no existir. Su peso emocional sobre mí era abrumador en otros momentos, pero no ahora. No ese día. No mientras Vincenzo estuviera allí, esperándome.

Yo estaba caminando hacia mi hombre. Aquel que me enseñó el placer, el que me dio esperanza de libertad y que, de forma tan inesperada, había conquistado mi corazón. Tan rápido, tan arrollador,

como en los cuentos de amor en los que el sentimiento sucede a primera vista.

Mis pies parecían flotar, pero mi corazón latía como nunca antes. Cada latido era la prueba de que estaba viva, de que, a pesar de todo, había llegado hasta allí. Vincenzo no era solo un destino; era la promesa de un nuevo comienzo, una vida que ni siquiera sabía que podía soñar tener.

Cuando faltaban pocos pasos para el altar, él comenzó a moverse. Vincenzo vino hacia mí, avanzando con una autoridad que parecía duplicar su altura y su fuerza. Era imposible no notar el poder que emanaba a cada paso, pero lo que realmente hizo vacilar a mi corazón fue el hecho de que sus ojos estaban clavados en mí, como si el mundo a nuestro alrededor no existiera.

Todo parecía moverse en cámara lenta. Cuando por fin nos detuvimos frente a frente, mi padre extendió mi mano hacia él. Fue un momento cargado de simbolismo, un gesto que, para cualquier otra persona, podría parecer solo parte del protocolo, pero que para mí significaba mucho más. Era como si, en ese instante, la parte más oscura y dolorosa de mi pasado estuviera siendo entregada a alguien que prometía protegerla y honrarla.

Mi corazón casi desfalleció de éxtasis. Vincenzo no vaciló, tomó mi mano con firmeza y, antes de acomodarla en su brazo para avanzar juntos hasta el altar, se inclinó para besarla. El toque de sus labios fue suave, pero la intensidad en su mirada mientras lo hacía era abrumadora. Fue un gesto que me erizó de pies a cabeza, como si me dijera: Eres mía, y voy a cuidarte como nadie jamás te cuidó.

Mi padre murmuró algo que casi me hizo poner los ojos en blanco y sentir náuseas:

—Cuida bien de mi hija —dijo, como si fuera un padre dedicado y amoroso.

Tragué saliva, reprimiendo el impulso de soltar una risa amarga. Vincenzo, sin embargo, no respondió. Estaba tan guapo, con su

cabello perfectamente peinado hacia atrás, sus ojos grises más brillantes que nunca.

Mi padre quedó atrás, como un objeto insignificante, mientras Vincenzo me guiaba hacia el altar. Su brazo bajo mi mano era fuerte, sólido, y su presencia a mi lado era todo lo que necesitaba. La ansiedad que había sentido antes desapareció. Era nuestro momento y yo sabía, con una claridad que nunca tuve antes, que el hombre a mi lado era mi hogar, mi futuro.

Vincenzo estaba conmigo. Y siempre lo estaría.

Apenas el oficiante comenzó a conducir la ceremonia, el silencio en la iglesia se volvió casi solemne. Las palabras eran sencillas, pero profundas, como si hubiesen sido hechas para ese momento único.

—El amor no es solo el calor de los buenos momentos —dijo, mirándonos a nosotros y luego a los invitados—. Es también el valor de enfrentar las tormentas juntos. Es donde encontramos heridas, pero también la curación. El amor es el hilo que une a dos almas dispuestas a hacerse más fuertes con cada desafío.

Sentí a Vincenzo a mi lado, su presencia tan firme como el contacto de su mano con la mía. Él no miraba al oficiante, sino a mí, como si quisiera reforzar que aquellas palabras tenían un significado especial para los dos. Sentía mi corazón acelerar.

—Un matrimonio duradero no se construye solo en los momentos de felicidad —continuó el oficiante, con una serenidad que envolvía a todos—. Se sostiene en el respeto mutuo, en la protección y en el cuidado. Un marido debe proteger a su esposa, tanto de los peligros del mundo como de las incertidumbres del corazón. Y una esposa debe honrar y cuidar a su marido, siendo su compañera en todas las cosas, un refugio y una fuerza.

Se me apretó la garganta al oír aquello. Nunca había pensado en el matrimonio de esa forma, pero las palabras resonaron hondo en mí. Vincenzo no era el tipo de hombre que hacía promesas vacías; vivía lo que decía, y yo sabía que esas palabras de protección podían

aplicarse a él con perfección. Él me protegería de todo, y esa certeza era tan reconfortante.

El oficiante hizo una breve pausa, dejando que sus palabras flotaran en el aire antes de proseguir.

—Vincenzo y Aurora, al unir hoy sus vidas, no solo se comprometen a celebrar los días de sol, sino a enfrentar las tormentas con la misma determinación. ¿Están dispuestos a ser, el uno para el otro, apoyo, refugio y fuerza?

La mirada de Vincenzo no vaciló ni un segundo. Respondió de inmediato, con voz baja pero firme:

—Estoy dispuesto.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y una pequeña sonrisa escapó de mis labios. Aquella frase parecía más un juramento que una respuesta. Era como si estuviera diciendo que haría lo imposible por nosotros.

Cuando llegó mi turno, respiré hondo, intentando contener la emoción que amenazaba con desbordarse por todos mis poros. Mi voz salió tranquila, pero había una convicción que hasta yo me sorprendí de sentir:

—Estoy dispuesta.

El oficiante asintió con una leve sonrisa y continuó, hablando sobre confianza, compañerismo y el esfuerzo mutuo necesario para construir una vida en común.

Pero en ese momento, lo que resonaba en mi mente era la intensidad en la mirada de Vincenzo. Yo sabía que él no era un hombre simple, y nuestro matrimonio no sería común.

Sabía que, a pesar de todas las incertidumbres, estaba exactamente donde debía estar.

Me sentía pequeña al lado de ese hombre, y me gustaba eso. Me gustaba saber que él era tan imponente, tan grande y que, de algún

modo, me quería. Y ahora, también sería mío. Estaba ganando su apellido, convirtiéndome en su familia, su esposa, su hogar.

—Aurora, ven, cambiemos ese vestido para que te sientas más cómoda —llamó Alessandra, saludando con elegancia y una sonrisa serena. Yo estaba en medio del salón, al lado de mi esposo, sonriendo a los invitados que nos saludaban o venían a felicitarnos.

Todo parecía mágico. La música suave, las luces bien colocadas que destacaban la grandiosidad de la decoración, las miradas curiosas y aprobatorias de los invitados y, claro, los flashes incesantes de los fotógrafos intentando captar cualquier detalle. Era como si cada momento fuera parte de un sueño cuidadosamente orquestado.

Durante el trayecto entre la iglesia y el salón, Vincenzo se encargó de susurrar en mi oído las cosas más deliciosas de escuchar:

"Ahora no hay vuelta atrás, esposita, estás condenada a quedarte para siempre conmigo", murmuró con un tono posesivo e irresistible.

"Conseguiste estar aún más guapa y deliciosa vestida así."

Cada palabra me erizaba la piel. Algunas frases eran dulces, otras cargadas de un deseo tan explícito que me hacían sonrojar, pero todas me dejaban todavía más segura de que ese era el hombre con quien quería pasar el resto de mi vida. La conexión que habíamos construido en tan poco tiempo era algo que nunca pensé que fuera posible.

En el salón, al oír a Alessandra, Vincenzo me atrajo por la cintura con firmeza y plantó un beso en mis labios.

—Ve, pero no tardes —me indicó, con la mirada intensa, como si no quisiera alejarse de mí ni un segundo.

Seguí a Alessandra entre los invitados, intentando acompasar sus pasos decididos, pero a medio camino me topé con mi madre.

—Mamá —dije, deteniendo mis pasos mientras ella se volvía hacia mí.

Abrió una sonrisa, cargada de un orgullo tímido.

—¡Estás preciosa, Aurora! —dijo, examinando el vestido.

—Gracias —respondí y, entonces, noté que estaba sola—. ¿Dónde está papá? —pregunté, preocupada al verla allí sin él.

—Está ocupado, ya sabes… debe de estar con el móvil, resolviendo algo —respondió, encogiéndose de hombros con naturalidad.

Antes de que pudiera insistir, Alessandra llamó mi atención:

—Vamos, Aurora. Tu marido no quiere quedarse solo mucho tiempo.

Había un tono de urgencia en su voz y me vi obligada a despedirme.

—Yo… tengo que irme —murmuré un poco cohibida.

—Ve, no lo dejes esperando —me animó mi madre, con la sonrisa aún en el rostro.

Volví a caminar junto a Alessandra, intentando ordenar los pensamientos.

Pensé que Alessandra comentaría algo, quizá incluso preguntaría por mi madre, pero no dijo nada. Y yo, confundida sobre lo que sentía, tampoco inicié el tema.

La verdad era que mi relación con mi madre siempre fue complicada, pero en ese momento, al verla allí, algo se movió en mí. No había recibido ningún mensaje suyo aparte de aquel en que solicitaba mi presencia en su casa y, por un instante, sentí un nudo en el pecho. ¿Estaría siendo una pésima hija?

Sacudí la cabeza, intentando apartar el pensamiento. Tal vez pudiera cambiar eso. Ahora que ya no era una niña viviendo bajo sus órdenes y expectativas, quizá por fin me viera como una mujer con opiniones y deseos propios.

Y, quizá, con el tiempo, nuestra convivencia pudiera mejorar. Al fin y al cabo, era el comienzo de una nueva etapa para mí y quería creer que eso también incluía mi relación con mi madre.

—Aurora —oí la inconfundible voz de Alessia alcanzándome antes de que entráramos por la puerta que nos llevaría de allí.

Me giré con una sonrisa en el rostro, deteniendo los pasos.

—Alessia —respondí, aceptando su abrazo cálido, mientras sentía la mirada torcida de Alessandra por haberme detenido otra vez a mitad de camino.

—Ven con nosotras. Voy a cambiarme de vestido —la invité sin importarme lo que Alessandra pudiera pensar.

Alessia le dedicó a Alessandra una sonrisa amplia y radiante, saludando con entusiasmo.

—¡Vamos, reunión de chicas! —dijo, claramente animada.

Se me encogió el corazón por un momento, esperando que Alessia no soltara ninguna tontería delante de Alessandra. El ambiente estaba demasiado ligero como para arruinarlo.

—¿Estás usando aquella braguita? —preguntó Alessia en un susurro, inclinándose hacia mí mientras caminábamos.

Mi respuesta fue una mueca de sorpresa y un gesto apurado, pidiendo silencio con el dedo en los labios.

Cuando por fin entramos en el cuarto reservado, Alessandra abrió la puerta con un gesto brusco, señalando el espacio.

—Aquí, en este cuarto, tienes algunas opciones, Aurora. Y tú, muchacha, ya que decidiste venir, ayúdala —dijo, sin ocultar la impaciencia.

Alessia sonrió imperturbable, siempre llena de energía.

—Déjelo conmigo, suegra. Seremos rápidas —dije antes de que Alessia pudiera responder, guiñándole a Alessandra, intentando suavizar el ambiente.

Al fin y al cabo, yo ya conocía el lado divertido de Alessandra, aunque intentara ocultarlo. Sus expresiones serias y exageradas ya no me asustaban.

—Tu suegra parece… encantadora —bromeó Alessia, girando la llave en la puerta en cuanto nos quedamos solas en el cuarto.

Solté el aire contenido desde que había entrado en el salón, sintiendo que el peso de la responsabilidad de todo el día por fin se aligeraba, aunque fuera momentáneamente.

—Alessia, todo esto es tan complicado —me desahogué, cruzando los brazos mientras miraba el perchero de vestidos en la esquina de la sala.

Ella se acercó, los ojos castaños llenos de comprensión y cuidado, y tomó mis manos de manera firme pero acogedora.

—Aurora, estás en tu mejor momento, es evidente el brillo de tus ojos cuando miras a ese hombre —empezó, con ternura y sinceridad —. Pero ten algo claro: si en algún momento las cosas salen mal, no tienes que volver a la casa de tu padre. Ahora eres una mujer libre, capaz de hacer lo que quieras. Y puedes contar conmigo, siempre, en todas tus decisiones.

Sentí los ojos humedecerse con sus palabras, pero contuve las lágrimas. No quería llorar en ese momento. Tragué saliva, sintiendo el peso y la importancia de lo que decía.

—Alessia, te agradezco mucho tu apoyo, de verdad. No sé qué sería de mí sin ti cerca. Pero, siendo sincera, no hablo de Vincenzo ni de mi relación con él. Hablo de todo lo demás. Mi familia, mi posición ahora… lo que todo esto representa para mí y para ellos. Es mucho que asimilar —expliqué, con la voz más firme de lo que esperaba. Pero, al mencionar el nombre de Vincenzo, no pude contener la sonrisa que se dibujó en mis labios—. Él es simplemente mi príncipe azul.

Alessia arqueó una ceja y me lanzó una sonrisa divertida, mostrando los dientes en una expresión llena de complicidad.

—No lo sé, solo sé que sentí que debía decirte esto. Me tienes a mí, siempre, para lo que necesites —afirmó, antes de atraerme a un abrazo apretado y cálido.

Cuando nos separamos, sus ojos brillaban con curiosidad y picardía.

—Y sobre la braguita, ¿no me vas a decir que no la llevas puesta?

Mi risa escapó antes de que pudiera evitarlo.

—No la llevo ahora, pero… —empecé, ya previendo su reacción.

—¿Está en la maleta para el viaje de luna de miel? —me interrumpió, alzando las cejas de forma exagerada.

Solté una risita, enrojeciendo levemente mientras asentía.

—Sí, la llevo, ya sabes, para desinhibirme un poco.

—Ah, claro, porque desinhibirse es esencial en una luna de miel con Vincenzo De Luca —repuso ella, sarcástica pero riendo.

Las dos estallamos en carcajadas, con una ligereza que me hacía bien.

Alessia tomó uno de los vestidos del perchero y lo alzó frente a su cuerpo.

—¿Y este? Dime, ¿fue Vincenzo quien eligió estos modelos? —dijo, provocadora, mientras analizaba la tela.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—No, estos los eligió Alessandra, claro. Pero no te preocupes, creo que él los aprobaría de todos modos. A Vincenzo le gusta todo lo que uso, pero siempre deja claro que prefiere cuando no llevo nada —respondí, riendo y sonrojándome a la vez.

—Dios mío, Aurora, él no pierde el tiempo, ¿eh? ¿Y tú, quién eres? —Alessia soltó una carcajada, colgando el vestido de nuevo y lanzándome una mirada de aprobación—. De verdad encontraste a tu príncipe.

Negué con la cabeza, sonriendo otra vez, mientras me giraba para escoger el vestido que usaría en el resto de la fiesta.

—Príncipe es poco para describir a Vincenzo —murmuré, más para mí que para ella, mientras mi mente volvía a él por un instante.

Alessia solo rió, tomó otro vestido del perchero y me lo entregó.

—Vamos, pruébate este. Quiero ver cómo te queda. Y avísame si necesitas ayuda con la braguita de la luna de miel también, ¿sí? —añadió, guiñándome un ojo con una sonrisa traviesa.

—Primero tengo que salir de este vestido de novia sin desordenar nada. Alessandra me fusilaría con la mirada si viera mi pelo o mi maquillaje fuera de lugar —comenté, mirando a Alessia.

—Déjamelo a mí. Vamos a sacarlo sin causar ningún desastre —respondió Alessia, acercándose ya para ayudar.

Con cuidado, empezó a desabotonar la espalda del vestido de novia, mientras yo sostenía la falda voluminosa para evitar que arrastrara por el suelo.

—¡Estos botones parecen infinitos! —bromeó, haciéndome reír mientras sentía que el vestido empezaba a aflojar.

—Bueno, el trabajo que dio ponérmelo fue igual… Ahora veo que quitármelo no es mucho más fácil —comenté, intentando mantener los brazos inmóviles para no estorbar.

—Casi. Unos pocos más… ¡Y listo! —anunció Alessia con una sonrisa victoriosa, tirando con cuidado del vestido hacia abajo hasta que resbaló completamente por mi cuerpo.

Me quedé allí, de pie, con la ropa interior y la bata ligera que llevaba debajo, mientras Alessia doblaba el vestido de novia con cuidado, colocándolo sobre un sillón al lado.

—Ahora, vamos al siguiente paso: el vestido perfecto para impresionar al marido y a todos los invitados —dijo, tomando el vestido verde que habíamos elegido antes.

Sostuvo el vestido abierto y yo, con cuidado, pasé los brazos por las tiras, sintiendo la tela deslizarse por mi cuerpo. Alessia ajustó cada detalle, ceñiéndolo a mi cintura y asegurándose de que quedara perfecto sin que tuviera que tocarme el pelo o el maquillaje.

—¡Listo! Ahora gírate hacia el espejo y dime qué te parece —dijo, dando un paso atrás para admirar el resultado.

Me giré lentamente hacia el espejo y solté un suspiro. El vestido verde era increíble. Abrazaba mi silueta a la perfección, destacando mis curvas y aportando un aire sofisticado, pero atrevido.

—Guau… ¡Alessia, diste en el clavo! —exclamé, pasando las manos por la tela mientras miraba mi reflejo.

—Siempre acierto, cariño. Ahora estás lista para arrasar y dejar a Vincenzo con la baba —respondió Alessia con una sonrisa orgullosa.

—Gracias, Alessia. Me salvaste la noche —agradecí, riendo.

—Para eso están las amigas. Ahora vamos, antes de que Vincenzo venga aquí a arrancarte el vestido con sus propias manos por la demora —bromeó, tirando de mí hacia la puerta.

Reí mientras volvíamos a la fiesta. Ella no lo sabía, pero yo no dejaba de imaginar el momento en que él me dejaría desnuda y, esta vez, para culminar el proceso.

CAPÍTULO 19 – Aurora ardiente

AURORA Colombo

Abrí los ojos lentamente, sintiendo la leve turbulencia que indicaba que estábamos aterrizando. El estómago se me revolvió con ansiedad y curiosidad, un cosquilleo en el vientre que aumentaba a medida que el jet perdía altitud. Parpadeé unas cuantas veces para ajustar la vista y, cuando miré por la ventanilla, se me cortó la respiración. Afuera, aguas cristalinas se extendían hasta el horizonte, reluciendo como un espejo de zafiros bajo el sol. El escenario era surrealista, rodeado por una vegetación vibrante de palmeras que se mecían al viento, y una arena blanca que parecía lo bastante suave como para hundir los pies.

—Buenos días —oí esa voz grave y familiar a mi lado, sacándome del trance.

Giré el rostro y me encontré con él, mi… marido. Aún era extraño pensar en esa palabra, pero al mismo tiempo se sentía tan correcto. Vincenzo estaba sentado junto a mí, relajado, con una leve sonrisa en el rostro. Lucía impecable como siempre, incluso después de horas de vuelo. El traje que llevaba destacaba su porte confiado, y su barba ya comenzaba a asomar levemente desde el día anterior, lo que solo realzaba su encanto irresistible.

—¿Ya puedo saber dónde estamos? —pregunté con una sonrisa curiosa, inclinándome ligeramente hacia él.

Desvió los ojos del paisaje exterior y me miró con un brillo de misterio en la mirada.

—Aún no. Espera unos minutos más. Te va a encantar.

Suspiré, pero acabé sonriendo. Me gustaba su manera de convertir todo en un evento, una sorpresa que solo él sabía cómo conducir. Volví a mirar por la ventanilla, absorbiendo cada detalle del paisaje. Las palmeras parecían sacadas de una postal, la arena se veía aún

más blanca bajo el sol, y el azul del mar era tan cristalino que casi se podía ver el fondo.

Pronto, el jet tomó tierra suavemente en una pista privada. Vincenzo fue el primero en levantarse, ofreciéndome la mano para bajar. Acepté su ayuda, y en cuanto pisé el suelo, el calor suave de la isla me envolvió. Un equipo de empleados uniformados estaba alineado, esperándonos con sonrisas formales y gestos ensayados. Era como una recepción real. Noté que nuestros guardias bajaron justo detrás, discretos, pero siempre atentos. La privacidad parecía algo distante, aunque ya me estaba acostumbrando.

—Sean bienvenidos, señor y señora De Luca —anunció un hombre alto, de apariencia fuerte y expresión seria—. Soy Farid Hassan, el gerente de la isla.

"¿Estábamos de verdad en una isla?", pensé, sintiendo que se me aceleraba el corazón. Antes de que pudiera procesarlo por completo, Vincenzo dio un paso al frente, asumiendo el control de la situación.

—¿Dónde está la tijera? —preguntó, ignorando por completo el protocolo de saludos.

Farid frunció el ceño, pero mantuvo la compostura.

—La tijera —hizo un gesto a una empleada, que apareció rápidamente sosteniendo una tijera dorada ornamentada. Vincenzo tomó el objeto y miró alrededor con una expresión de leve impaciencia.

—¿Y la cinta? —preguntó, ahora con un tono más serio—. ¿No leyeron las instrucciones? —Parecía frustrado.

Farid se volvió con rapidez hacia los otros empleados, que comenzaron a moverse como si fuesen a desactivar una bomba.

—¡La cinta! —dijo.

En segundos, una cinta roja fue extendida frente a nosotros, sostenida por dos de los empleados uniformados. Vincenzo se giró

hacia mí y me tendió la tijera con esa sonrisa que hacía que las mariposas revolotearan en mi estómago.

—¿Qué es esto? —pregunté, riendo nerviosa mientras tomaba la tijera de sus manos.

—Vas a inaugurar la isla "Aurora Ardiente" —respondió con la naturalidad de quien habla del clima.

Se me quedó atrapada la respiración. Las manos comenzaron a temblarme, y sentí que el rostro se me encendía mientras intentaba asimilar lo que acababa de decir.

—¿C-cómo? —tartamudeé, con una sonrisa medio incrédula formándose en mis labios.

—Es tu regalo de bodas, esposa. Compré esta isla para ti, y ahora lleva tu nombre —explicó, con un orgullo evidente en el tono.

No sabía qué decir. Las piernas me temblaban, el corazón parecía a punto de estallar. Vincenzo señaló la cinta roja, animándome con un gesto a cortar. Con las manos temblorosas, coloqué la tijera y corté la cinta con cuidado. En cuanto las hojas se encontraron, confetis de colores explotaron en el aire, y el sonido de una pequeña trompeta resonó de fondo. Empecé a reír, sorprendida y emocionada, mientras los aplausos sonaban a nuestro alrededor.

—Señor y señora De Luca —uno de los empleados se acercó con una bandeja plateada, llevando dos copas de champán.

Vincenzo tomó las copas, me entregó una y sostuvo la otra. Apartó la tijera de mis manos con delicadeza, dejándola sobre la bandeja.

—¿De dónde sacaron todas estas cosas? —pregunté, riendo mientras intentaba recomponerme.

—Saben que trabajo con perfección —respondió, alzando la copa en un brindis—. Por nuestra nueva vida.

—Por nuestra nueva vida —repetí, con la voz quebrada mientras brindábamos.

Bebí un sorbo del champán, sintiendo el líquido burbujeante deslizarse por la garganta. Miré a mi alrededor, admirando la belleza del lugar. La isla era perfecta, pero lo que hacía aquel momento realmente especial era el hombre a mi lado. Vincenzo había transformado un simple destino de luna de miel en algo grandioso e inolvidable.

—Vincenzo, yo… estoy tan sorprendida que ni siquiera sé qué… —comencé, pero él me interrumpió con una sonrisa.

—Acostúmbrate, descubrí que me encanta hacerte regalos —dijo, colocando la mano en la base de mi espalda y guiándome hacia un carrito eléctrico que ya nos aguardaba.

Mientras nos alejábamos de la pista, entendí que no solo me estaba dando una isla. Me estaba ofreciendo un pedazo de su mundo, un espacio donde podríamos comenzar nuestra vida juntos. En ese momento, tuve la certeza de que no importaba dónde estuviéramos, quién era él o qué hacía realmente, él era el amor de mi vida. Me amaba, aunque no hubiera dicho "te amo"; lo demostraba con gestos.

El hotel de la isla era un verdadero refugio. Aunque teníamos un hotel entero para nosotros, parecía hecho a medida para nuestra estancia. La estructura principal era una gran construcción de madera, con techos altos de paja y ventanas enormes que dejaban que la luz natural inundara cada rincón. La decoración era minimalista y elegante, con muebles de madera clara y tejidos naturales que creaban un ambiente acogedor e invitante.

Alrededor del edificio principal, pequeños bungalós se desplegaban por la playa, cada uno con una terraza privada que ofrecía vistas deslumbrantes del mar. Pasarelas de madera conectaban los bungalós con el edificio principal, serpenteando entre jardines exuberantes y árboles frondosos.

Los jardines eran un espectáculo aparte, repletos de flores tropicales de colores vibrantes y plantas exóticas. Pequeños senderos de

piedra llevaban a rincones escondidos con bancos de madera, perfectos para momentos de reflexión o una lectura tranquila.

La playa era una franja de arena blanca y suave que se extendía por kilómetros. El agua del mar era tan clara que podíamos ver los peces nadando cerca de la orilla. tumbonas y sombrillas estaban colocadas estratégicamente, ofreciendo comodidad y sombra a los huéspedes.

Era un escenario de ensueño, un lugar donde cada detalle parecía pensado para proporcionar una experiencia única e inolvidable. Un verdadero refugio para dos corazones enamorados.

VINCENZO De Luca

No había prisa, ya no. El momento más esperado había llegado, y quería saborear cada segundo, aprovechar cada detalle. Antes que nada, me aseguré con mis propios ojos de la seguridad de la isla. Quise confirmar con mis hombres que todo estuviera exactamente como lo había instruido días atrás. Cada detalle había sido cuidadosamente preparado para que nada interfiriera en lo que tenía planeado.

Aurora estaba en la ventana, completamente fascinada por la vista. La luz del atardecer bañaba su rostro, haciendo que sus ojos brillaran aún más. Parecía encantada, casi hipnotizada por la belleza de las aguas cristalinas que rodeaban la isla.

—¡Esto es tan hermoso, Vincenzo! —dijo, separándose del vidrio y girando el rostro para mirarme con una sonrisa genuina—. ¡La naturaleza es maravillosa!

No podía apartar la mirada de ella. Era lo más hermoso en aquel escenario paradisíaco. El mar y el cielo de las Maldivas no tenían nada sobre mi Aurora.

—Como tú, Aurora Ardiente —dije, dejando que mis ojos pasearan sin pudor por el pequeño escote de su vestido.

Se sonrojó, apartando la vista, pero la sonrisa permaneció. Me encantaba cómo reaccionaba a mí, entre la timidez y el deseo, siempre con ese brillo puro en los ojos.

Llevaba un vestido azul claro, del color de sus ojos. La tela ligera danzaba con la brisa suave, y los tirantes finos dejaban sus hombros expuestos. Me sorprendí pensando en lo fácil que sería apartar esos tirantes con mi propia lengua, si así lo quisiera. Era un pensamiento tan provocador como inevitable.

—¿Te gustó la elección de la habitación? —pregunté, acercándome y deslizando las manos por el respaldo de la silla más cercana.

—Es perfecta —respondió, volviendo a mirar por la ventana—. Nunca imaginé estar en un lugar como este… con alguien como tú.

Me acerqué, quedando a pocos centímetros de ella. La brisa que entraba por la ventana trajo su perfume hasta mí, y supe en ese instante que no habría vuelta atrás.

—¿Con alguien como yo? —murmuré, alzando una ceja, provocador —. ¿Qué quieres decir con eso?

Aurora rió bajito, sin girar del todo el rostro. Seguía mirando la vista, quizá porque lo que iba a decir la ponía demasiado nerviosa como para mirarme a los ojos.

—Eres intenso… —empezó, con voz suave pero un toque de firmeza —. Fuerte, seguro… Todo lo que siempre pensé que sería imposible para mí.

Alcé la mano y rocé su mentón, obligándola a mirarme. Sus ojos encontraron los míos y, por un momento, todo alrededor desapareció.

—Nada es imposible para ti, Aurora —afirmé, sujetando su rostro con delicadeza—. Ni siquiera tenerme por completo.

Tragó saliva, sin apartarse. Al contrario, dio un pequeño paso hacia mí, acortando la distancia.

—Entonces muéstrame, Vincenzo —susurró, con la voz baja, tan preparada como yo para ese momento.

Fue todo lo que necesitaba. Pasé un brazo por su cintura, atrayéndola, mientras con la otra mano le acariciaba el cabello. La brisa seguía entrando por la ventana, pero la temperatura parecía haber subido varios grados. Era mía, y me encargaría de mostrarle lo que eso significaba.

La besé con ternura y voracidad, sintiendo la pulsación de mi propio deseo incendiar cada célula de mi cuerpo. Mis manos firmes resbalaron por su espalda hasta alcanzar su cintura, acercándola aún más. Ya no habría un baño tranquilo en la hidromasaje, ni un banquete de frutas para estimular los sentidos. Lo había planeado todo antes de follarla, pero ahora la urgencia era imposible de contener. La llama del deseo estaba desatada, y ella era mi maldita esposa; no había por qué aplazarlo ni un segundo más.

Mi boca ya había explorado cada pedacito de su piel en el pasado; incontables besos y orgasmos durante los preliminares, como un brindis secreto antes de volvernos oficialmente marido y mujer. Ahora, sin embargo, lo único que importaba era saciar este deseo acumulado. Apenas podía contener la impaciencia que me recorría.

La sujeté por la nuca y, con un movimiento brusco, la apoyé contra la pared. Su respiración estaba tan agitada como la mía, y nuestras miradas se encontraron en silencio y deseo. Empecé a desnudarme, prenda por prenda, notando cómo seguía con los ojos el recorrido de mis manos. Su expresión era una mezcla de ansiedad, entrega y curiosidad; el rostro encendido y el pecho subiendo y bajando en un ritmo frenético. Cuando quedé completamente desnudo, me abalancé de nuevo sobre ella, pegando nuestros cuerpos, y deslicé los dedos por sus hombros para apartar con delicadeza los tirantes finos del vestido. La tela, suave, se deslizó por su torso y cayó al suelo, revelando que no llevaba sujetador.

—Pero qué… carajo… —murmuré, sorprendido y abrumado por la excitación.

Sus pechos, ya erguidos, suplicaban por mi boca. Incliné la cabeza, devorándolos con una sed insaciable. Con cada lamida y succión, ella gemía de placer, y los sonidos que emitía hacían que mi polla se hinchara aún más. Llevaba una braguita mínima que apenas ocultaba lo empapada que estaba. Sabía que mi esposa era sucia y también tenía prisa por correrse, pero antes tendría que satisfacerme por completo: lo quería todo de ella, cada parte, cada suspiro, cada gemido.

—Vincenzo… ahh… —jadeaba, arañando levemente mi nuca.

Sin separarme mucho, deslicé la mano dentro de su braguita, presionando mi dedo contra la carne deliciosa de su intimidad. Solté un gruñido ronco al sentir lo caliente y húmeda que estaba, mientras su clítoris latía bajo mi toque. Dominado por una necesidad incontrolable de poseerla, la alcé en brazos y la llevé hasta la cama enorme que nos esperaba, un lecho preparado para nuestra noche de bodas. La acosté con cuidado, sin ocultar mi impaciencia: abrí sus piernas y admiré, sin pudor, su coño erizado y provocador. Aquello era simplemente un festín para mis ojos sedientos.

—Vamos a lo que importa —dije, tirando de sus muslos hacia el borde de la cama, mientras yo seguía de pie, ansioso por lo que vendría.

Noté un leve titubeo en sus ojos, una pizca de inseguridad que me puso aún más atento a las señales de su cuerpo. La toqué con cariño, rozando con la punta de mi polla, que palpitaba de excitación, su entrada húmeda.

—Va a doler un poquito —avisé, sin dejar de mirarla.

—Está bien —respondió, con la voz cargada de nervios, pero decidida a no retroceder.

La imagen de ella acostada, las piernas abiertas, el rostro angelical contrastando con la lujuria en cada pedazo de piel, era la visión más erótica que había presenciado. Casi me perdí en esa escena, pero respiré hondo, sujetando las riendas de mi propio placer para

prolongar cada segundo. Entonces, decidí jugar un poco, torturándome al acariciar la entrada rosada y húmeda con la punta de mi polla, viéndola retorcerse entre expectativa y deseo.

Cuando empecé a entrar, gemía bajito, con los pechos balanceándose levemente en cada movimiento. Su expresión alternaba entre placer y un toque de dolor, pero la forma en que me miraba, completamente entregada, me incendiaba. Saber que yo era su primero lo hacía todo aún más intenso. Con esa certeza, embestí fuerte, hundiéndome en su coño, escuchando un grito ahogado que casi me hizo perder el control.

—Vincenzo —gimió, en un tono que mezclaba sorpresa, deseo y un punto de desesperación—. Ohh… yo…

—Mi putita sucia… —gruñí, sin dejar de bombear—. Toma esta polla en ese coño caliente… Joder, eres todo lo que siempre quise.

—Ohh, eso, Vincenzo, sigue así… vamos… —me miraba mientras pasaba las manos por sus propios pechos, los pezones aún húmedos de mi boca, un gesto que me dejó extasiado por su osadía.

Decidido a tener cada porción de su cuerpo, avancé sobre la cama, inclinando mi torso sobre el suyo, para besarnos y robarle el aliento que intentaba recuperar. La follaba sin piedad, pero atento a cada suspiro y gemido. Cuando sus labios se unieron a los míos, todo fue aún más delicioso: un enredo de respiraciones pesadas, saliva, sudor y fuego.

—Eres una delicia… —gemí, entre beso y beso, bajando mi boca por su cuello.

El placer me invadía hasta casi enceguecerme, pero quería prolongar esa sensación. Besé cada pedacito de su piel, del cuello a los hombros, saboreando el toque sutil de su sudor, que me volvía todavía más hambriento. Se arqueaba bajo mí, buscando más contacto, más fricción, más de todo.

Sentía el momento acercarse, la tensión sexual en nuestros cuerpos anunciando que pronto nos correríamos. Con cada gemido, cada

arqueo, cada "ohh" susurrado, me perdía más en la grandiosidad de su deseo. Sujeté su rostro entre mis manos para contemplar cada trazo de placer que la dominaba.

—Estoy casi… allí, Vincenzo —dijo, con los ojos entrecerrados y el rostro contraído en una expresión de puro éxtasis.

Me aparté lo justo para admirar mejor el espectáculo de verla rendirse: todo el cuerpo sudado, temblando, moviéndose al compás de mis embestidas, buscando el encaje perfecto. Parecía hecha para esto, para ser poseída por mí sin pudor alguno.

—Ponte a cuatro, mi perrita —ordené, sabiendo que las palabras sucias la excitaban aún más.

Obedeció enseguida, aunque preguntó, con una pizca de timidez:

—¿Así?

—Empina más ese culo —repliqué, colocándome detrás mientras ella arqueaba la espalda. Cuando por fin se curvó por completo, mostrando ese dibujo de corazón en sus muslos, casi babée ante la visión de su coño a mi merced.

Miró por encima del hombro, el rostro sonrojado, sudado, pero lleno de deseo, como si me rogara que siguiera ya. Antes de satisfacer esa súplica, aferré sus nalgas con fuerza, hundiendo la nariz en su culo y chupando el néctar de su coño ya hinchado. Se meció en mi cara sin poder contenerse, y en cuestión de segundos sentí sus espasmos inundándome la boca.

—Ohh… —gemía, con el cuerpo entero estremeciéndose mientras se corría de forma incontrolable.

Sin dejar que se recuperara, acomodé la polla y volví a metérsela a cuatro, golpeando con fuerza y hambre.

—Córrete en mi polla, putita —gruñí, notando el éxtasis subir por mi columna.

—Vincenzo, yo… Ohh… —jadeaba, aún entre los temblores del orgasmo.

La sujeté por la cintura con firmeza y dije, entre dientes:

—Di que te encanta ser mi putita.

Gimió más alto, con la voz ronca de tanto placer al responder:

—Me encanta ser tu putita, ohh, me encanta, Vincenzo…

Aumenté la intensidad de las embestidas, chocando nuestros cuerpos en un ritmo alucinante. El sonido de nuestros gemidos, mezclado con el golpe rítmico de la carne, llenaba la habitación, volviéndola cómplice de nuestro deseo.

—Eso, buena niña. Di que te encanta dármela —exigí, soltándole una palmada en el culo; la marca de mis dedos quedó allí, vívida.

—Me encanta… ohh, me encanta… —murmuró, jadeante, entregándose por completo.

Seguí follándola sin compasión, sintiendo el calor acumularse en la base de mi polla, anunciando que mi clímax se acercaba. Ella aún temblaba de placer, sus gemidos mezclándose con los míos, convirtiéndose en música obscena e hipnótica.

—Joder… —rugí, sintiendo la avalancha de mi orgasmo—. Vamos, putita…

Con una última embestida profunda, dejé que mi placer explotara, llenándola con una corrida que parecía acumulada de siete vidas enteras. Incluso mientras eyaculaba dentro de ella, seguí moviéndome, prolongando cada gota de mi gozo. El calor de su coño acogió mi orgasmo, arrancándome un gemido fuerte que resonó por la habitación.

CAPÍTULO 20 – Pesadilla

AURORA Colombo

Bailábamos por el gran salón, y yo sentía sus dedos tocarme la espalda como si quisieran protegerme a cada paso. Nuestras manos se entrelazaban, y los cuerpos giraban sin esfuerzo al ritmo lento de la música. Afuera, el mundo entero podía estar derrumbándose, pero allí, rodeada por los invitados de la boda, solo podía sentir su presencia. Era mágico: todos los miedos, todas las voces en mi cabeza y hasta mi padre quedaban atrás.

De repente, la música se detuvo y la gente se retiró, dejándonos completamente solos en medio de aquel salón inmenso. Luego, un nuevo sonido invadió el ambiente, más eléctrico, más invitante. Nuestros pasos se volvieron más osados, la danza adquirió contornos de pura seducción. Entonces, como en un parpadeo, todo se transformó: el salón reluciente se deshizo, sustituido por una escena mucho más íntima e intensa. Yo estaba recibiendo embestidas firmes, sincronizadas con el pulso acelerado de una melodía invisible. Mis gemidos parecían mezclarse con las notas, y mi vestido, antes impecable, estaba rasgado. Vincenzo me miraba con tanta intensidad que me sentía pequeña e inmensa al mismo tiempo: vulnerable por la situación, pero imbuida de un poder casi salvaje.

Al fondo, percibí que no estábamos realmente solos. Figuras oscuras observaban cada movimiento, cada gemido que escapaba de mis labios. Reconocí a algunos como los guardias de Vincenzo, pero también vislumbré siluetas desconocidas. ¿Serían enemigos? No lo sabía, y en verdad, apenas podía pensar con claridad. Mi mente estaba entumecida por el deseo y por la sensación de peligro que me daba escalofríos por la espalda.

—¡Espera! —grité de golpe, con la respiración acelerada.

Entonces, todo desapareció. En un segundo, estaba de vuelta en la habitación, sentada en la cama, desnuda, cubierta solo parcialmente por una sábana blanca y fina. El corazón parecía que iba a salírseme por la boca, y mi cuerpo aún sentía resquicios de aquel frenesí. Vincenzo se incorporó a mi lado de un salto, con la expresión alerta. Con un movimiento rápido, sacó un arma de debajo de la almohada y la apuntó directamente hacia mí. Me quedé tan atónita que ni siquiera pude gritar.

—¿Qué pasó? —preguntó con la voz tensa, la mirada registrando cada rincón del cuarto.

—¿Q-qué estás ha-haciendo? —alcancé a balbucear—. ¿Por qué tienes un arma en la mano?

Vincenzo frunció el ceño, como si recién entonces cayera en la cuenta de que no había ninguna amenaza real. Despacio, bajó el arma, pero, al notar que estaba completamente desnudo, vaciló antes de guardarla en un cajón cercano. Se pasó las manos por el cabello, como si aquello fuera solo parte de su rutina diaria.

—¿Tuviste una pesadilla? ¿Por eso despertaste asustada? —preguntó, recostándose de nuevo con una naturalidad inquietante, como si nada hubiese pasado. Yo, en cambio, seguía sentada, sujetando la sábana contra el pecho, aún temblando.

—El arma… ¿por qué? —arriesgué, aunque sentí que quizá era mejor no preguntar.

Se encogió de hombros, con las facciones retomando una serenidad dura, pero segura.

—Porque hago lo que considero necesario —dijo, uniendo las manos detrás de la cabeza—. Si considero más seguro tener una o dos armas bajo mi almohada, eso es lo que haré. Estás con un hombre de verdad, Aurora, un hombre que no huye de los problemas. Los enfrenta… y los elimina.

—Entiendo —respondí algo cohibida, sin saber si debía insistir o simplemente aceptar su respuesta.

—Acuéstate aquí en mi pecho y cuéntame qué te perturbó en el sueño. —Vincenzo abrió un brazo para que me acurrucara y, todavía un poco apenada, hice lo que pidió. Me recosté sobre su pecho firme y desnudo, sintiendo el ritmo fuerte de sus latidos. Por un instante, percibí lo grande que parecía, no solo en fuerza física, sino en coraje y determinación. Y, a pesar de todo, me gustaba eso. Me gustaba saber que no se intimidaba.

—¿Recuerdas nuestro baile en la boda? —pregunté, alzando la mirada hacia su rostro. Asintió.

—Soñé con ese momento, pero entonces…

—¿Entonces qué? —me animó, curioso.

—Entonces empezamos a… ya sabes.

—No sé. ¿Qué exactamente?

—A follar —confesé, con la garganta apretada por los nervios de decirlo tan directamente.

Vincenzo soltó una risita suave, divertida.

—Esposita, eres más pillina de lo que imaginaba. Soy un hombre con mucha suerte.

Intenté no sonrojarme, pero era imposible.

—Pero… nos estaban observando y…

—Eso jamás lo permitiré. Lo siento, pero tu cuerpo es solo para mis ojos, y tus gemidos solo para mis oídos —me interrumpió, convencido, mientras su mano grande subía lentamente por mi brazo hasta alcanzar mi hombro.

Un escalofrío me recorrió la columna.

—Fue aterrador —concluí, recordando las siluetas que nos acechaban en el sueño.

Acercó los labios a mi frente y preguntó:

—¿Cómo te sientes? ¿Te duele?

Cerré los ojos un segundo, intentando percibir si había alguna molestia. En realidad, sí; un leve malestar recordaba la intensidad de la noche anterior. Pero, extrañamente, solo de pensar en la razón de estar dolorida, sentí que mi cuerpo reaccionaba. Podría jurar que un calor me inundaba por dentro, dejándome lista para él otra vez. Aun así, negué con la cabeza, sin valor para admitirlo todo.

—Estoy bien —respondí, tragando saliva.

—Entonces, sirve a tu marido con una buena mamada, mientras te recuperas de cualquier molestia que estés sintiendo —propuso, sonriendo de lado. Fue entonces cuando noté su polla ya dura, apuntando hacia arriba. Mi mirada voló de su erección a su rostro, y el corazón se me desbocó.

—Pero no estoy sintiendo nada… —balbuceé, casi sin voz.

La verdad es que no quería solo tocarlo o chupársela. Dentro de mí, el deseo gritaba por más: quería sentarme sobre esa polla grande y gruesa, cabalgarla como si toda mi excitación dependiera de ello. ¿Pero cómo decirlo sin parecer una pervertida?

Movió los dedos sobre mi hombro, provocando un escalofrío más intenso:

—Esposa, tu marido está excitado y tienes que hacer algo al respecto —dijo con malicia, la mirada llena de intenciones.

Me mordí el labio, intentando ganar tiempo, y entonces tomé valor.

—¿Puedo hacer lo que yo quiera? —arriesgué, sintiendo encenderse en mí una chispa de atrevimiento.

—Maldición, claro que puedes —respondió, riendo con una mezcla de impaciencia y deseo—. Esa polla es toda tuya, cuídala bien.

Respiré hondo, sintiendo todo el cuerpo hormiguear de expectativa. Vincenzo me miraba como si quisiera ver hasta dónde llegaría mi audacia. Y, por más apenada que estuviera, las ganas de sentirlo bien dentro de mí solo crecían.

Entonces, dejé resbalar un poco la sábana, revelando mis pechos, y lo encaré sin miedo a parecer demasiado osada. Al fin y al cabo, él ya había dejado claro que ese tipo de actitud le agradaba.

Me moví, subiendo un poco sobre él, preparándome para tomar mi lugar. Sujeté con firmeza su polla, alineándola con mi entrada. Me senté despacio, sintiendo cómo cada centímetro me llenaba y, al principio, una punzada de dolor me recorrió el cuerpo, pero pronto fue sustituida por un estremecimiento de éxtasis que me hizo gemir al notar cuánto palpitaba dentro de mí.

—Así, pillina… —rugió, echando la cabeza hacia atrás, mientras sentíamos nuestras respiraciones fundirse en un único ritmo de deseo. A cada instante, el aire de la habitación parecía más denso, impregnado por nuestro sudor y la tensión que nos envolvía.

Vincenzo deslizó las manos por mis muslos, apretándolos con firmeza, al tiempo que su mirada, intensa e hipnótica, atrapaba la mía.

—Estás condenada a satisfacerme todas las mañanas a partir de hoy —decretó, con la voz ronca.

El corazón me latió desbocado ante tanta certeza.

—No te preocupes, cumpliré mi condena —murmuré, con la voz trémula de excitación. Y, de hecho, cada vez que me movía, mis pechos saltaban, balanceándose al ritmo que imponía, mientras su cuerpo acompañaba el movimiento con avidez.

Delante de mí estaba Vincenzo De Luca, el hombre que, desde la primera vez que lo vi, me prometió —sin decir una sola palabra— los mejores días de mi vida. Y ahora, en ese preciso instante, vivía uno de los ápices de esa promesa: cabalgándolo, tomada por un placer que me hacía olvidar. Cada célula de mi cuerpo ardía, cada parte de mí parecía amoldarse y pertenecer a la suya.

Estiró las manos hasta mis pechos, agarrándolos con fuerza y pasando el pulgar por los pezones. Tiró, giró, exploró mis reacciones con un dominio que me erizó de pies a cabeza. Olas de placer

subían por mi espalda, incendiando mi cuerpo y casi haciéndome perder el ritmo.

—Ohhh…

—Siéntate más rápido y con más fuerza, friega ese coño contra mí hasta el fondo, ¡joder! —gruñó, casi sin aire, mientras jugueteaba, casi salvaje, con mis pechos.

La orden me puso la piel de gallina. Aunque estuviera encima, sabía que, en el fondo, Vincenzo era quien mandaba. Ser su esposa significaba, de algún modo, pertenecerle, y había algo extrañamente delicioso en esa idea.

Mi voz salió en un susurro:

—Ohh, Vincenzo… aprieta más aquí —pedí, guiando sus manos hacia donde quería sentir la presión máxima. Obedeció por unos segundos, haciéndome gemir más alto, pero pronto apoyó las manos en mi cintura para imponer su propio ritmo.

La manera en que Vincenzo me movía arriba y abajo sobre él era impetuosa. Sentí una corriente caliente acumularse en la base del vientre, creciendo con cada embestida. Lo oía gemir bajito, lo que me incitaba a seguir cabalgándolo, cada vez más rápido, cada vez más profundo.

Cuando el placer llegó de golpe, fue como si la habitación entera temblara. Mi cuerpo estalló en ondas intensas de éxtasis, y un gemido agudo se me escapó de los labios.

—¡Ahhhhhh!

Vincenzo, por su parte, contuvo la respiración por un segundo y soltó un rugido grave, tirando de mis muslos contra él con aún más fuerza. Fue en ese instante cuando también se corrió, liberándolo todo de una vez. La sensación de tenerlo palpitando dentro de mí, mezclada con mis contracciones, creó un remolino de sensaciones que me dejó jadeante y arrebatada.

Tomé unos segundos para recuperar el aliento, con las manos apoyadas en su abdomen, sintiéndolo contraerse bajo mis dedos. Entonces Vincenzo se incorporó, todavía con el corazón acelerado, y me atrajo a un beso intenso y hambriento. Nuestras lenguas se unieron en una mezcla con sabor a sudor y deseo, reactivando chispas de fuego que me recorrían toda la piel.

Poco a poco, el beso desaceleró, transformándose en un roce suave de labios que me hizo cerrar los ojos, entregada a ese instante de plenitud. En ese momento, nada más importaba: ni pasado, ni futuro, ni siquiera las responsabilidades que nos esperaban. Solo el presente, solo los dos, unidos en un mar de sensaciones que me hacían querer permanecer para siempre allí, en la seguridad de los brazos de Vincenzo De Luca.

—Vamos, te daré algo de comer y luego follamos otra vez. —Saltó de la cama con una naturalidad impresionante, sin importarle estar completamente desnudo, exhibiendo su cuerpo como si fuera lo más normal del mundo.

Yo aún temblaba un poco por todo lo que acabábamos de hacer, y ahora la vergüenza empezaba a hacerse presente.

—Primero quiero ducharme —dije, poniendo las piernas fuera de la cama, intentando parecer más firme de lo que estaba.

—Yo no quiero quitarme el olor de nuestro sexo —replicó, de pie junto a la ventana, dándose la vuelta para mirarme como si fuera una verdadera obra de arte, sin pudor alguno.

La declaración me tomó por sorpresa. Estaba a punto de protestar cuando, de repente, sentí una punzada aguda en la cabeza. Solté un suspiro de dolor y me dejé caer en la cama, llevando las manos a la frente, intentando aliviar la pulsación molesta que martillaba en mi cerebro.

—¿Estás bien? —La voz de Vincenzo me llegó llena de preocupación, y enseguida sentí su mano posarse en mi hombro.

—Creo que tengo hambre —respondí con una sonrisa forzada, todavía con la cabeza palpitando.

Me observó con atención.

—Después de haberte esforzado tanto, tu cuerpo debe estar débil.

Asentí despacio, masajeando las sienes con la esperanza de aliviar el malestar.

—Sí, debe de ser eso. Ya me siento mejor, fue solo una punzada.

Vincenzo se quedó a mi lado, aún con un leve semblante de desconfianza, pero asintió conforme.

A pesar del dolor de cabeza, la excitación superaba la molestia. Estaba ansiosa por explorar cada rincón de aquella isla con Vincenzo. Zambullirme en las aguas cristalinas que ya me habían hipnotizado desde el avión, probar los platos que prometían ser una explosión de sabores y descubrir los secretos que "Aurora Ardiente" guardaba para nosotros.

El nombre era perfecto, y saber que él había elegido algo tan personal me llenaba de un calor en el pecho. Era más que una isla: era una declaración, una marca de que, de alguna forma, yo formaba parte de su mundo.

VINCENZO De Luca

Una semana después…

Estábamos de vuelta en Palermo. Ambos —Aurora y yo— bronceados y más íntimos de lo que jamás imaginé posible con otra persona. Ella me desarmaba de un modo que nadie logró nunca. Sin embargo, no negaré que extrañé estar al frente de los negocios y la adrenalina que esta vida me proporciona. La calma de la luna de miel fue revitalizante, pero también me dejó ansioso por retomar el control de mi imperio.

Ahora estaba aquí, sosteniendo un cuchillo mientras torturaba al intermediario que, para mí, sabía más de lo que estaba dispuesto a admitir. No era nadie importante, solo un peón en la jerarquía del crimen, pero alguien que tenía respuestas —o, al menos, pistas.

—¡No fuimos nosotros! —repetía desesperado, mientras la sangre corría de la herida en la pierna que yo le había causado.

—¿No fueron ustedes? —pregunté, inclinándome más cerca. Mi voz era calma, pero la amenaza en ella era evidente—. ¿Entonces quién fue? ¿El fantasmita? —solté con sarcasmo, mirando a Giovanni y Donatello, que observaban la escena con los brazos cruzados—. ¿Acaso todos están jugando conmigo?

El hombre gimió, intentando inútilmente alejarse en la silla donde estaba atado. Cada movimiento solo empeoraba su dolor.

—Lo juro, señor… —se atragantó con las palabras—. Solo me pagaron para desviar a los hombres. ¡No sé quién está detrás! ¡Ni siquiera sabía que la carga era suya!

Reí bajo, sin humor.

—Claro que sabías. No entras en mi territorio sin saber de quién es lo que pisas. Y, peor aún, no tocas mi mercancía sin tener la protección de alguien mayor.

Parpadeó rápido, el sudor chorreándole por la frente.

—D-dijeron que era seguro… Un trabajo simple… Solo desviar los camiones… —tartamudeaba ahora, la respiración entrecortada por el dolor—. ¡No dijeron nombres!

—¿Ellos? —presioné, acercando otra vez la hoja a su piel—. ¿Ellos quiénes?

Temblaba, claramente un intermediario sin acceso a las mentes detrás de la operación. Giovanni dio un paso adelante, con los ojos fijos en el hombre.

—Quizá dice la verdad, Don. Si es solo un peón, puede que el autor intelectual esté usando gente como él para desviar nuestras

sospechas.

Se me tensó la mandíbula, pero Giovanni tenía un punto. Es típico de quien dirige juegos así usar hombres desechables para confundir. Aun así, no bastaba para aliviar mi rabia. Una carga de cocaína, cuidadosamente planeada para cruzar la ruta hasta Francia, casi se pierde. La sabotaje llevaba todas las marcas de una operación bien armada, pero algo estaba mal. Parecía… demasiado amateur, como si fuese un intento deliberado de llamar mi atención.

Miré al hombre en la silla, gimiendo de dolor.

—¿Entonces te pagaron, pero no sabes quién? ¿Eso me dices?

Asintió rápido, con lágrimas mezclándose con el sudor en su rostro.

—Sí, señor. Solo eso. Lo juro por mi vida. No sé nada más.

—¿Por tu vida? —solté una risa baja—. No tienes idea de lo poco que ya vale.

Donatello carraspeó a mi lado.

—Don, quizá podamos rastrear el pago que recibió. El dinero siempre deja rastros.

Asentí, aunque a regañadientes. Lo último que quería era soltar a ese gusano sin respuestas claras. Pero Giovanni y Donatello tenían razón: su utilidad podía ser mayor vivo que muerto. Por ahora.

—Átenlo —mi tono fue frío—. Quiero que lo averigüen todo. Quién pagó, cómo, dónde, cada detalle. Y si miente… bueno, ya saben qué hacer.

Giovanni hizo una seña a los otros soldados, que arrastraron al hombre fuera. Mi mirada cayó sobre Donatello.

—Esto me huele a los Caruso —dije en voz baja, con veneno evidente—. Pero están siendo cuidadosos. Casi como si quisieran que sospechara, pero sin pruebas.

Donatello asintió.

—¿Y ahora? ¿Mantenemos el foco en la ruta?

—Sí —respondí, con la mente ya calculando los siguientes pasos—. Quiero cada detalle de este transporte revisado. Y alguien va a pagar por esto. Sea quien sea.

Aún no veía una buena razón para que cualquiera de mis rivales iniciara una guerra así, de la nada, y de forma tan simple. Era un movimiento extraño, que no encajaba en el patrón. Aunque sospechara de los Caruso, incluso ellos me parecían impensables. La jugada era demasiado descuidada, como si quien estuviera detrás quisiera crear confusión sin meterse de lleno en el problema.

Fuera como fuese, era solo otra escena desplegándose en la maldita Cosa Nostra. Un día más en el infierno que llamo trabajo.

Encendí un cigarrillo, con las manos aún manchadas por rastros de la sangre del idiota al que acababa de torturar. Aspiré lentamente, intentando despejar la mente. Giovanni y Donatello seguían en el almacén, coordinando a los soldados para rastrear los pagos que podían llevarnos al autor de la tentativa de sabotaje. Pero sabía que esto no era el final.

Alguien estaba pinchando a la fiera, intentando provocar una reacción. Y eso me molestaba más que la idea de una guerra. Prefiero enemigos que dan la cara, que no temen golpear la puerta. Ese tipo de juego cobarde me sacaba de quicio.

Mientras el cigarrillo ardía entre mis dedos, observé el cielo de Palermo. Gris, como siempre. Pero, incluso con todo el caos, mi mente volvía a Aurora. Ella era mi calma en medio de la tormenta, el rayo de sol que no sabía que necesitaba hasta encontrarlo. Sabía que no podría protegerla de todo para siempre, pero haría lo posible para que, al menos por ahora, permaneciera ajena a esas sombras.

Aun así, no podía permitirme flaquezas. Quienquiera que estuviera probando mis defensas aprendería, del modo más doloroso, que Vincenzo De Luca no es un hombre al que se subestime.

AURORA Colombo

Hacía unos cuatro días que habíamos vuelto a Palermo y una cosa no dejaba de molestarme: el dolor de cabeza estaba regresando, cada vez más fuerte. El medicamento que había tomado solo funcionó mientras duró en mi organismo, y parecía no haber tratado la causa, como imaginé. Ahora estaba a base de analgésicos que no hacían ni cosquillas. Decidí que era hora de ir al médico otra vez. Pensé en el doctor Romeo, el mismo al que mi padre me llevó la primera vez. Al menos podría recetarme otro frasco del remedio y, quién sabe, quizá esta vez el dolor desaparecería de una vez.

En ese momento, sin embargo, estaba en una clase de yoga privada con mi suegra, Alessandra. Ella insistió en que sería bueno para mí. El gimnasio era impresionante, con paredes de vidrio que daban al jardín y una atmósfera tranquila que contrastaba con mi dolor palpitante.

—Eso es, muy bien, Aurora. Una vez más, despacio, respira hondo —me animó la profesora, corrigiendo mi postura mientras yo intentaba no perder el equilibrio.

Lo que Alessandra había pedido a la profesora antes de la clase aún resonaba en mi mente: posiciones que ayudasen a la fertilidad. Casi me atraganté con el agua cuando la escuché, pero al final me vi participando sin quejarme. Sabía que, en su visión, eso formaba parte de mi papel como esposa de Vincenzo y, bueno, hasta fue divertido.

—Hace tan bien, ¿verdad? —comentó Alessandra mientras bebía agua de su botella, caminando a mi lado a la salida de la clase.

—Sí, es bastante relajante —asentí, aunque todavía recordaba las posturas comprometedoras que me hicieron sentir como un origami humano. En el fondo, me gustó el reto.

—Voy al salón de belleza ahora, querida. ¿Me acompañas o tienes otros planes? —preguntó con naturalidad, pero con ese tono que parecía esperar una respuesta específica.

—Yo… estaba pensando en visitar a mi madre —mentí sin pensarlo mucho.

No quería preocupar a Alessandra por mi dolor de cabeza, y menos a Vincenzo. Era algo que necesitaba resolver sola, sin armar revuelo.

—Perfecto. Dale recuerdos de mi parte —respondió mi suegra, entrando en el coche con su elegancia impecable.

Me quedé parada unos instantes, pensando cómo iría a la consulta del doctor Romeo sin que nadie sospechara. No estaba segura de si era buena idea hablar de mis dolores de cabeza con Vincenzo o con su madre. No quería que se preocuparan. Quizá fuese solo estrés acumulado. O, al menos, eso seguía diciéndome.

Cuando llegamos a casa, aproveché el silencio y la salida de mi suegra para correr a la habitación. Me di una ducha rápida, dejando que el agua caliente escurriera por mi cuerpo mientras intentaba ordenar las ideas. Estaba decidida a visitar al doctor Romeo. Esta vez sería distinto. Ahora era dueña de mí misma. Mi padre no estaría presente para manipular las respuestas del médico, y el doctor no tendría más opción que ser claro y directo conmigo. Necesitaba respuestas.

Elegí un vestido sencillo, algo discreto, para no llamar la atención si me cruzaba con alguien en el camino. El corazón me latía deprisa, no por miedo, sino por esa mezcla de ansiedad y determinación. Vincenzo probablemente llegaría tarde, como suele pasar en sus días de trabajo más intensos. Si preguntaba adónde había ido, diría la verdad: al médico. Solo esperaba que no pidiera demasiados detalles.

Sabía que Vincenzo detestaba las mentiras y, siendo honesta, yo también. Pero esto no era mentir, era solo… omitir temporalmente, hasta saber qué estaba pasando conmigo. Lo entendería, ¿verdad? Al fin y al cabo, no quería preocuparlo sin necesidad.

Mientras ajustaba los últimos detalles del cabello frente al espejo, respiré hondo. “Puedes hacerlo”, me dije. No era solo por mí, sino

por todo lo que estaba en juego ahora. Mi salud, mi vida junto a Vincenzo. Tenía que asegurarme de estar bien.

Tomé el bolso, comprobé que llevaba la dirección del consultorio del doctor Romeo y salí con paso firme. Lo único que martillaba en mi mente era: tendrá que ser claro esta vez. Ya no había espacio para dejarme en la oscuridad. Ahora era Aurora De Luca, y nadie se atrevería a tratarme como a alguien sin voz.

—No tenemos autorización para permitir que la señora salga sin acompañamiento —dijo el guardia más cercano, con una voz firme y cargada de una autoridad que parecía inquebrantable.

Crucé los brazos, intentando no demostrar cuánto me molestaba aquello. El taxi que había pedido estaba estacionado justo frente a la propiedad, el conductor ya ansioso por la situación inusual.

—Pero será rapidito, es solo una visita rápida a la casa de mis padres —insistí, con la esperanza de que el tono casual convenciera al guardia.

Sin embargo, los semblantes rígidos de los hombres frente a mí no cambiaron. Era evidente que estaba luchando contra un muro de normas.

—De acuerdo, entonces que uno de ustedes venga conmigo —rezongué, cediendo al fin, pero dejando claro mi descontento. Si algo había aprendido desde que me casé con Vincenzo, es que luchar contra la protección obsesiva era una batalla perdida.

El guardia alzó una ceja, como si mi petición fuera ridícula.

—No, señora. Es la señora quien debe venir con nosotros y no al revés. No podemos permitir que suba a un taxi cualquiera, especialmente cuando hay decenas de vehículos a su disposición. Todos blindados, rastreados y preparados para cualquier inconveniente —respondió, con profesionalismo y una pizca de impaciencia.

Puse los ojos en blanco, soltando un suspiro exagerado. Bufé, cruzando los brazos en un gesto de pura irritación. Claro, no podía

ser tan simple como tomar un taxi y salir sin llamar la atención. Siempre era una producción, una operación casi militar. Intenté mantener la calma, pero la frustración me consumía.

—Está bien, entonces. Llévenme en el coche que consideren más apropiado —rezongué, intentando disimular mi contrariedad—. Pero vamos ya, antes de que alguien se entere y me haga un interrogatorio cuando vuelva.

—Un momento, señora —dijo el guardia con postura rígida y profesional. Señaló a otro hombre, que fue enseguida a uno de los vehículos estacionados en el garaje. Un SUV negro e imponente, del tipo que llamaba la atención por donde pasara, pero aparentemente era el protocolo.

Mientras esperaba, miré el taxi aún detenido en la puerta. El conductor parecía confundido, pero ya se preparaba para irse. Le hice un gesto de disculpa y observé cómo daba la vuelta y seguía su camino.

—Señora, el coche está listo —anunció el guardia, abriendo la puerta para mí.

—Gracias —murmuré, entrando en el vehículo con paso firme.

Una vez dentro, suspiré hondo, intentando encontrar consuelo en el espacio lujoso y el silencio. Claro que sabía que Vincenzo era extremadamente protector, y hasta entendía el motivo. Pero, a veces, tanta seguridad me hacía sentir asfixiada, como si no tuviera libertad para dar un solo paso sin supervisión.

—¿Hacia dónde exactamente, señora? —preguntó el chofer, mientras el guardia a mi lado revisaba el exterior del vehículo por la ventanilla.

—Al consultorio del doctor Romeo —respondí, sintiendo un cosquilleo en el estómago al decir el nombre. Aunque fuese la verdad, parte de mí temía que Vincenzo lo descubriera y quisiera saber exactamente el motivo.

El chofer asintió brevemente e inició el trayecto.

CAPÍTULO 21 – Paranoia

VINCENZO De Luca

—¿Cómo así que se fue? —pregunté, con la voz más irritada de lo que pretendía, mientras entraba en la sala y encontraba a mi madre arreglándose el cabello frente al espejo de la pared. Sus mechones brillaban bajo la luz del sol que atravesaba las ventanas, un reflejo obvio de su reciente visita al salón de belleza.

—Fue a ver a su madre —respondió Alessandra con un tono casual, como si no fuese nada del otro mundo. Se encogió de hombros, completamente tranquila—. ¿Cuál es la preocupación? Va acompañada.

Fruncí el ceño, intentando contener la irritación creciente.

—No es nada, solo me gusta que mi esposa esté en casa cuando llego —mascullé, dejándome caer en el sofá con un suspiro pesado.

Mi madre rió levemente, como si mi reacción le hiciera gracia.

—Ay, Vincenzo, a veces eres tan dramático. —Se volvió hacia mí, ajustándose el collar que llevaba—. Es una mujer joven y necesita espacio. Confía más en ella.

—No se trata de confiar en ella, mamá. Se trata de garantizar que esté segura —repliqué, notando cómo mi tono se volvía más defensivo.

Mi madre se había acercado muy rápido a Aurora, y eso era bueno; el problema era que ahora eran dos contra mí.

—Pues no te preocupes, acaba de llegar —Alessandra interrumpió mis pensamientos, sonriendo mientras miraba por la ventana abierta. Siguiendo su mirada, vi uno de nuestros SUV entrando en la propiedad.

El alivio que sentí fue inmediato, como si me quitaran un peso de encima.

—Perfecto —murmuré, intentando disimular cuánto me incomodaba todo aquello.

Ni siquiera yo sabía exactamente por qué estaba tan tenso. Tal vez fuese la sombra constante de Massimo, su padre. Odiaba a ese hombre, odiaba lo que representaba y todo lo que ya había hecho, por mínimo que fuese. Cada movimiento suyo estaba siendo monitoreado por mí, y aún no lo había sacado del mapa por consideración a Aurora.

Quizá la verdad era que Aurora era mi debilidad. No estaba acostumbrado a sentir esta necesidad de proteger a alguien con tanta intensidad, y eso me dejaba vulnerable. Y, en mi mundo, la vulnerabilidad era algo peligroso.

Mi madre me observó, probablemente notando mi incomodidad, pero, por suerte, no comentó nada. En cambio, volvió su atención al espejo, ajustando una vez más su cabello ya impecable.

—Necesitas relajarte, Vincenzo. Ella está bien. Y, si no lo estuviera, serías el primero en saberlo.

Sabía que tenía razón, pero la sensación de que algo estaba fuera de lugar empezaba a rondar mi mente. Tal vez fuese solo paranoia…

—¿Cómo están tus padres? —pregunté en cuanto Aurora entró en la sala, intentando sonar casual mientras observaba su expresión.

No es que realmente me importaran sus padres, pero quería entender cómo se sentía respecto a ellos.

Pareció sorprendida por unos segundos, como si no esperase la pregunta, pero enseguida se recompuso y respondió con naturalidad:

—Bien, pasé por allí, están bien —dijo encogiéndose de hombros, antes de sentarse a mi lado en el sofá—. ¿Cómo fue tu día? Hice unas posturas de yoga con tu madre que la profesora asegura que van a ayudarme a quedar embarazada —parloteó, con entusiasmo. Su alegría era tan genuina que hizo que cualquier pensamiento negativo que tuviera se disipara al instante.

—¿Quedar embarazada? —pregunté, arqueando una ceja mientras mi mirada se dirigía lentamente hacia mi madre, que estaba recostada cerca de la chimenea, siguiendo la conversación con una leve sonrisa.

—No hay motivos para no embarazarse —intervino Alessandra, con su habitual tono de autoridad y la nariz levemente alzada—. Un heredero De Luca sería completamente bienvenido.

No pude evitar una pequeña sonrisa al oírla, pero preferí provocar.

—En efecto —asentí, poniéndome de pie y tendiendo la mano a Aurora, mientras mi mirada se suavizaba al encontrar la suya—. Pero no serán posturas de yoga las que lo logren. Será nuestro tiempo juntos el que lo decida.

Mi voz salió ronca, cargada de intención. No me importó en absoluto que mi madre siguiera en la sala, observando cada movimiento.

—Tenemos un rato antes de la cena. ¿Qué tal si nos damos un baño juntos? —sugerí, dejando claras mis intenciones.

Aurora abrió mucho los ojos por un instante, claramente cohibida por mi audacia al hacer semejante propuesta delante de Alessandra, pero enseguida vi un rubor aparecer en sus mejillas. Tomó mi mano y, titubeante, se levantó.

—Vincenzo… tu madre está aquí —susurró, intentando ser discreta, pero yo solo reí, tirando suavemente de ella hacia la puerta.

—A Alessandra no le importa, ¿verdad? —bromeé, lanzando una mirada divertida a mi madre, que solo negó con la cabeza, riendo suavemente.

—Siempre que aseguren al heredero —respondió Alessandra, con un tono de broma que, al mismo tiempo, cargaba un toque de seriedad.

Aurora me siguió, aún un poco cortada, pero no ofreció resistencia. Al fin y al cabo, sabía que, cuando yo quería algo, no había mucha alternativa más que aceptarlo. Y, en ese momento, lo único que

quería era estar a solas con mi esposa, lejos de cualquier mirada o comentario externo.

AURORA Colombo

El tenedor se me resbaló de la mano, haciendo un ruido que atrajo las miradas de Vincenzo y Alessandra hacia mí en la mesa. El sobresalto hizo que el corazón se me acelerara por un momento. Disimulé con una sonrisa, intentando fingir que todo estaba bajo control.

—Tres meses, ese es el tiempo que vas a esperar para aprender alfarería con el mejor alfarero del continente —dijo Vincenzo, como si acabara de anunciar la mejor noticia del mundo.

Arqueé una ceja automáticamente, sin ocultar mi sorpresa.

—Tres meses es mucho tiempo —me quejé, frunciendo el ceño mientras jugueteaba con la servilleta en el regazo.

—Tratándose de él, no. Aurora, te ha puesto por delante de mucha gente. Eso no pasa siempre —Vincenzo sonrió con esa confianza característica y me guiñó—. Mientras tanto, puedes esforzarte más en el yoga y…

—Puedes acompañarme y ayudarme con la organización del próximo gran evento del año —interrumpió Alessandra, con una sonrisa satisfecha—. Claro que el evento del año ya fue la boda de ustedes.

Suspiré, intentando no reír por la manera en que siempre enfatizaba la grandiosidad de cualquier cosa que involucrara a Vincenzo o a nuestra familia.

—Está bien, no se preocupen —sonreí, aceptando las sugerencias—. Y puedo enfocarme en el yoga mientras espero, pero voy a tomar con calma esas posturas de fertilidad —añadí con una sonrisa más amplia—. O voy a terminar necesitando años hasta tener tiempo libre.

—Puedes tener los hijos que quieras, Aurora, y siempre tendrás tiempo libre —dijo Alessandra con tono despreocupado, encogiéndose de hombros, como si organizar eventos o criar herederos fuese lo más simple del mundo.

Pese a la charla ligera, sentía una tensión silenciosa. Seguía inquieta por la consulta. Había hecho una visita rápida a mi madre; con los guardias, mi padre sería una compañía tolerable, pero por suerte no estaba en casa. Solo después fui al médico, confiando en que pasaría por un comportamiento normal, sobre todo porque era solo un consultorio. El doctor Romeo había sido evasivo al responderme. Mencionó que mi padre tenía la información completa sobre mi problema de salud, pero eso solo me dejó más ansiosa. Por suerte, me entregó otro frasco de los comprimidos que me ayudaban a sobrellevar el dolor de cabeza, aunque fuese de forma temporal.

"Tengo que resolver esto sola", pensé, mirando a Vincenzo y a Alessandra, que ahora discutían detalles del evento. "Por ahora, nadie necesita saber." Al menos hasta que yo sepa de qué se trata.

Tragué saliva y volví la atención al plato, rezando para que la conversación siguiera fluyendo sin que notaran mi aprensión. No entendía por qué me sentía así, como si cada paso fuese un error, como si estuviese perdida en un laberinto de incertidumbres. Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar que, para saber más sobre mi salud, tendría que confrontar a mi padre. Mi padre, ese hombre cuya presencia siempre trajo más dudas que respuestas. Simplemente no tenía sentido.

—Voy a buscar otro médico —le solté al doctor Romeo, intentando mantener la voz firme, aunque por dentro me estaba deshaciendo. La idea de depender otra vez de mi padre me revolvía el estómago. Estaba decidida a resolver mis propios problemas.

—Yo no lo haría si fuese usted —respondió con calma, pero el tono de advertencia me irritó—. Cuantas más personas sepan de su estado, mayor el riesgo de un escándalo mediático.

¿Escándalo mediático? Me giró la cabeza. La gravedad implícita en sus palabras hizo que el corazón se me acelerara. ¿Qué podría ser tan serio como para justificar esa preocupación? Imágenes de titulares sensacionalistas y miradas inquisitivas cruzaron mi mente. Pero, a pesar del miedo que quería infiltrarse, algo más fuerte crecía dentro de mí: la rabia.

No. No importaba cuán grave fuese. No volvería a permitir que nadie controlara mi vida o mis decisiones. Ya había pasado demasiado tiempo siendo manipulada, escuchando solo lo que los demás decidían contarme. La verdad era mía y tenía derecho a buscarla por mí misma.

La cuestión ahora era: ¿decírselo o no a Vincenzo? Era mi marido, mi puerto seguro, pero también era posesivo, protector. Tal vez fuese mejor resolverlo sola primero, antes de que él intentara intervenir y convirtiera la situación en algo aún más complicado.

Respiré hondo, sintiendo el peso del momento. Una cosa sabía: no seguiría a merced de mi padre ni de nadie. Ahora estaba al mando. La decisión era mía, y solo mía. Y no permitiría que nadie, ni siquiera el pasado, me lo arrebatara. Nunca más.

Tres días después…

—Maldición —pensé, mordiéndome el labio mientras miraba por la ventana. La reja de la propiedad parecía más infranqueable que nunca, con los guardias apostados como estatuas vivientes, vigilantes e implacables. No había posibilidad de salir sin que se dieran cuenta, y lo peor era saber que cualquier intento de fuga solo serviría para irritar a Vincenzo. Odiaba las sorpresas, sobre todo cuando involucraban mi seguridad.

—No vas a conseguir escapar —dijo Alessia, apareciendo detrás de mí y cruzándose de brazos.

Puse los ojos en blanco, soltando un suspiro irritado.

—Alessia, te llamé porque necesito ayuda, no para que me digas lo obvio. Ya sé que no puedo escapar sin que se den cuenta. Y, aunque pudiera, no puedo simplemente desaparecer como una loca. Vincenzo se pondría furioso.

—Entonces, ¿por qué no se lo cuentas todo? —Se acercó y se echó el pelo hacia atrás con un gesto dramático—. Es simple: "Querido, tengo unos dolores de cabeza horribles y creo que puede ser algo grave. Pero como eres un hombre poderoso, vas a traer al mejor médico del mundo para curarme". Listo, resuelto.

—¡Alessia, por favor, no es tan simple! —exclamé, frotándome las sienes—. Hablas como si estuviera pidiéndole que me compre un vestido nuevo.

—¿Y cuál es el problema en contarlo? Vincenzo te ama, Aurora. Haría cualquier cosa por ti.

Bufé, caminando hasta la cama y sentándome al borde.

—Sé que lo haría… Pero quizá no sea nada. Puede ser solo un intento de mi padre de seguir controlándome, como siempre.

—O quizá sea algo serio y lo estás postergando en vano —replicó Alessia, inclinándose para mirarme de cerca—. ¿A qué le tienes miedo? Vincenzo no te va a juzgar. Solo va a resolver el problema.

Sabía que tenía razón, pero admitirlo era otra historia.

—Es solo que… —murmuré, mirando al suelo—. Vincenzo ya tiene demasiadas cosas en la cabeza. No quiero ser otra carga.

Alessia suspiró y me tomó del brazo, obligándome a mirarla a los ojos.

—Aurora, tú eres su prioridad. No eres una carga, y él necesita saber lo que está pasando.

Me mordí el labio, vacilante.

—Quizá tengas razón. Debería contárselo.

—¡Claro que tengo razón! —dijo, con una sonrisa satisfecha.

—Pero, Alessia, estoy harta de esta falta de privacidad. Quiero poder resolver mis problemas sola, sin depender de nadie. ¿Es pedir demasiado?

—No, no lo es —concedió—. Pero, seamos sinceras, Vincenzo no va a renunciar a tu seguridad. Es paranoico con eso, y con razón.

—Es terco —rezongué.

—Te ama, Aurora. Y quizá tenga motivos para ser tan cuidadoso —comentó Alessia, inclinándose un poco más—. ¿Nunca pensaste que puede tener razón sobre los enemigos?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Solo que la gente habla mucho de él. Hay quien dice que es un asesino frío disfrazado de empresario.

—Alessia, ¿estás loca? —pregunté, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda.

Mi mente trajo de inmediato la imagen de Vincenzo contándome lo de su arma bajo la almohada con una calma perturbadora. Pero esa información, como otras, era algo que prefería guardar para mí.

Alessia soltó una carcajada.

—Relájate, estoy bromeando. A la gente le encanta inventar historias.

—Claro que les encanta —retruqué, intentando apartar las imágenes de mi cabeza.

Se encogió de hombros, con una sonrisa traviesa.

—Si quieres, puedo pedirle a mi madre que despiste a los guardias. Ella se lleva la culpa y Vincenzo no podrá hacerle nada.

Guardé silencio, sopesando la idea.

—Tal vez, en otra ocasión, cuando de verdad necesite privacidad. Pero creo que tienes razón… Tengo que contarle lo de mis fuertes dolores de cabeza.

—Siempre tengo razón —respondió Alessia, sacando pecho con orgullo.

Esta vez, solo me reí.

—¿Vamos al centro comercial? —propuso Alessia, cambiando de tema de forma abrupta, con una sonrisa pícara.

—Sí, estoy lista. ¿Vamos? —Acepté de inmediato, con la emoción desbordándose en la voz—. Pero no puedo volver muy tarde, tengo un compromiso con mi marido. Lo acompañaré a una cena de negocios.

Por fin, podía disfrutar de pequeños momentos de libertad, incluso con los guardias al acecho. Era bueno sentir que, de algún modo, tenía opciones.

—Genial, hace tiempo que no salimos a divertirnos —comentó Alessia, ajustándose la correa del bolso y dando una vuelta despreocupada hacia la puerta.

Me sentía más ligera ahora que había decidido compartir mis problemas con Vincenzo. Era como si me hubieran quitado un peso de encima, aunque la idea de hablar con él me provocara un cosquilleo nervioso en el estómago.

CAPÍTULO 22 - Visita

AURORA Colombo

Estaba sonriendo cuando crucé la puerta y entré en mi casa. Había tenido un día increíble con Alessia, y la sensación de ligereza que ella traía a mi vida era algo que yo atesoraba. Si en la casa de mis padres, con todas las opresiones que viví, ya era una gran amiga, ahora lo era aún más. Ahora tendría otro momento perfecto: una cena de negocios en la que acompañaría a mi marido; me sentía muy importante. Sin embargo, mi sonrisa murió en los labios en cuanto vi a mi padre.

Estaba sentado, totalmente a sus anchas, en el sofá del salón, hojeando una de las revistas que Alessandra siempre dejaba sobre la mesa de centro.

—Papá —mi voz salió casi en un susurro. Intenté ajustar el bolso en el hombro, usando el gesto para disimular mi sorpresa y mi incomodidad—. Qué… sorpresa verlo aquí.

Alzó los ojos de la revista con una sonrisa casi imperceptible, pero suficiente para ponerme en alerta.

—¿Desea hablar con mi marido? —me arriesgué, intentando sonar natural, aunque sabía bien que Vincenzo no estaba en casa a esa hora. Solo podía rezar para que aquella visita fuese para él y no para mí.

—¿Tu marido? —Cerró la revista con calma y la dejó sobre la mesa —. ¿Un padre no puede visitar a su querida hija?

Vacilé un instante, con el corazón acelerado. Sabía que no estaba allí para una charla casual.

—¿Podemos hablar en un lugar más privado? —sugirió, mirando alrededor con expresión desdeñosa—. Ya he visto decenas de empleados pasando por aquí y no me gusta que me interrumpan.

Tragué en seco, luchando contra el nudo en la garganta.

—Claro, la biblioteca… —indiqué, intentando mantenerme firme.

Se levantó con una calma irritante, se arregló el saco y caminó delante de mí, como si aún estuviera al mando.

En cuanto entramos, cerré la puerta a nuestras espaldas y me volví para encararlo.

—Diga de una vez qué quiere —dije, cruzando los brazos. Mi voz salió más fría de lo que pretendía, pero no me importó.

Caminó lentamente hasta la estantería, pasó los dedos por los lomos como si analizara cada título y, por fin, se giró hacia mí.

—Antes quiero saber cómo está tu salud, Aurora.

La mención a mi salud me revolvió el estómago. Era como si estuviese buscando una grieta, algo con lo que pudiera volver a controlarme.

—Estoy bien —respondí secamente—. No veo motivo para esa pregunta.

—Porque sé que te han vuelto los dolores de cabeza. El doctor Romeo me informó que recogiste otra receta.

El corazón me dio un salto. Claro, él tenía que estar metido. Mi padre siempre sabía más de lo que le incumbía.

—¿Y por qué está usted monitoreando mi vida? —pregunté, con la rabia burbujeando—. Ya no soy una niña bajo su control.

No podía creer que lo hubiese dicho. Pero me sentí libre. Por fin estaba diciendo lo que de verdad quería decir.

Esbozó una pequeña sonrisa —esa maldita sonrisa que siempre me irritaba y que, en aquel momento, parecía una provocación mayor.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunté, con la voz más firme de lo que esperaba.

—No me estoy riendo, Aurora —respondió, cruzándose de brazos e inclinando levemente la cabeza—. Estoy admirado. Totalmente

admirado por tu estupidez.

—¿Qué es lo que quiere? —ataqué, dando un paso adelante—. Estoy cansada de ser tratada como una marioneta.

—Tu enfermedad es seria y vergonzosa, Aurora —repitió con un tono frío que me revolvió el estómago—. No te lo dije antes porque no quería comprometer tu matrimonio con Vincenzo. Si esa noticia se filtraba, nadie querría casarse contigo, mucho menos un hombre como De Luca.

Me temblaban las manos, pero mantuve la mirada firme.

—¿Seria y vergonzosa? ¿De qué está hablando?

Suspiró, como si tuviera que explicarle algo sencillo a una niña caprichosa.

—Tienes un virus de transmisión sexual. Necesitas una intervención quirúrgica para frenar el avance del virus. Pero la cirugía solo puede hacerse cuando la carga viral esté controlada.

No pude evitar la risa nerviosa que se me escapó. La acusación era demasiado absurda.

—¿Un virus de transmisión sexual? ¿Cómo podría tener eso, papá, si yo era virgen cuando me casé? —desafié, cruzándome de brazos—. ¿No se cansará nunca de intentar controlar mi vida? ¿Cuál es el próximo paso? ¿Decirme que yo misma tengo la culpa de estar viva?

Massimo ignoró mi pregunta y se acercó de golpe, sujetándome los codos con fuerza.

—Solo quiero proteger lo que es mío —dijo entre dientes—. Si mueres, pierdo el poder. Si se lo cuentas a Vincenzo, se divorciará de ti y, otra vez, lo pierdo todo. Así que no, Aurora, no quiero que te mueras. Quiero que sigas exactamente lo que te digo.

Se me cerró la garganta, pero reuní coraje para enfrentarlo.

—Suélteme o grito. Y le aseguro que los guardias de mi marido vendrán enseguida.

Massimo soltó mis brazos bruscamente, como si mi amenaza lo hubiese alcanzado. Soltó una carcajada perturbadora, su voz reverberando por la biblioteca.

—¿Guardias? —se burló—. Son esbirros, Aurora. Asesinos leales que harían cualquier cosa que Vincenzo ordenara. Te arrancarían los ojos, o a mí, sin pensarlo dos veces, si él lo quisiese.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Sabía que Vincenzo era poderoso y protector, pero la idea de que sus hombres fueran capaces de semejante brutalidad me inquietaba.

—Deje de inventar mentiras sobre mi marido —repliqué, con la voz más firme de lo que esperaba—. Váyase de mi casa, Massimo. Ni siquiera voy a llamarlo padre a partir de ahora.

Massimo entornó los ojos, midiendo mi determinación.

—Podemos aliarnos, Aurora —dijo con calma, pero con un tono amenazante—. Tú y yo, juntos, podemos sacar lo mejor de este matrimonio. Pero, sola, sin mi ayuda, no sobrevivirás más de un año. O la enfermedad te matará o lo hará Vincenzo.

Todo mi cuerpo temblaba, pero no le permitiría que viera mi incomodidad.

—Solo en su cabeza enferma Vincenzo me haría daño —rebatí—. Él me ama, algo que usted jamás entenderá.

Massimo dio un paso más, sus ojos oscuros fijos en los míos.

—Te ama… hasta que descubra que llevas la peor enfermedad que podría existir.

—¿Qué enfermedad es esa? ¿Tengo cáncer? —pregunté, con la voz quebrándose apenas, dejando ver el tamaño de mi nerviosismo.

—Tiene un nombre complicado —respondió, evasivo—. El doctor Romeo puede operarte, pero debes seguir tomando los remedios. Haz lo que te digo o tus posibilidades de sobrevivir serán nulas.

—No voy a seguir más sus órdenes —declaré, sintiendo una ola de rabia y determinación apoderarse de mí—. Soy dueña de mi propia vida ahora, y usted ya no tiene control sobre mí.

—¿Así que vas a seguir por ese camino? —dijo mi padre, inclinándose con aire casual, los ojos perforándome como si ya supiera cada uno de mis pensamientos—. Solo te pido un favor: luego no me arrastres al agujero adonde vas a parar. Quiero ser el padre que no sabía de tu enfermedad y, mucho menos, que ya no eras virgen. Quiero ser el padre inocente, el padre que…

—¿Qué es eso de que yo no era virgen? —lo interrumpí, con el corazón desbocado y el rostro ardiéndome de rabia—. ¿Se volvió loco del todo? Vincenzo sabe que yo…

—¿Ah, sí? Pues tu "enfermedad" dice lo contrario, Aurora —rió, con esa risa sarcástica que siempre me hizo sentir una niña indefensa—. Yo puedo fingir que me creo esa historia, hija. No sé si tu marido psicópata va a querer fingir también.

Todo mi cuerpo se tensó. Sabía dónde presionar para desestabilizarme.

—No se atreva a hablar así de Vincenzo —repliqué, más alto de lo habitual—. Y para su información, él me respeta y confía en mí.

—¿Confía en ti? —arqueó una ceja, cruzándose de brazos—. Aurora, querida, hombres como Vincenzo no confían en nadie. Poseen. Él no te ve como esposa, sino como posesión. Y, como todo hombre que vive en su mundo, exige lealtad absoluta. Ahora dime: si descubre que le ocultas algo… ¿qué crees que sucederá?

—Usted no sabe nada de nuestra relación —rebatí, tratando de controlar el temblor de mi voz—. Él me ama, me protege, y yo confío en él.

—¿Amor? ¿Protección? —soltó una risa amarga—. Eres ingenua. Vincenzo ama el control, eso sí. ¿Y sabes qué más? Si te sales de la línea, te desechará como a una pieza rota. Piensa bien antes de poner a prueba su paciencia.

Estaba a punto de responder, pero se movió antes de que pudiera decir nada, arreglándose el saco.

—Recuerda lo que te dije, Aurora. No juegues con fuego, porque puedes terminar quemándote —dijo, encaminándose hacia la puerta.

—Sal de mi casa —ordené, con voz firme pero el corazón acelerado.

Se detuvo un segundo, la mano en el picaporte, y se volvió con una sonrisa fría.

—Solo intento protegerte, hija. Suerte con tu maridito perfecto.

Apenas salió, estuve a punto de desmoronarme, con la adrenalina aún recorriéndome el cuerpo. Sus palabras resonaban en mi cabeza, inquietándome. Yo confiaba en Vincenzo, pero… ¿y si mi padre tuviera razón en algunas cosas?

Sacudí la cabeza, intentando alejar las dudas. No podía dejar que me manipulara; solo estaba intentando intimidarme para recuperar el control sobre mí. No importaba lo que dijera. Vincenzo y yo estábamos juntos, y yo sabía que podíamos superar cualquier cosa. Ahora, solo necesitaba encontrar el momento adecuado para contárselo todo, aunque ahora tuviese aún más dudas sobre lo que estaba ocurriendo.

VINCENZO De Luca

A pesar de estar charlando con empresarios y políticos, mi atención estaba en Aurora. Al otro lado del salón, conversaba con un grupo de mujeres —esposas e hijas de hombres poderosos— que parecía disputar su atención, ansiosas por atraerla a sus círculos sociales y proyectos. Sin embargo, no era su belleza destacándose entre las demás lo que me fascinaba en ese momento. Era algo más profundo, más inquietante: la aprensión que intentaba disimular durante toda la noche. Sabía que Massimo había estado en nuestra casa y, conociendo su calaña, era probable que la hubiese perturbado con alguna revelación.

—En efecto, señor Price —murmuré, con voz vagamente interesada mientras llevaba la bebida a los labios. Mi mente, no obstante, no estaba allí. La imagen de Aurora, tan altiva y, al mismo tiempo, vulnerable, dominaba mis pensamientos.

—¡Maravilloso, señor De Luca, maravilloso! —exclamó el gobernador, radiante con mi aparente apoyo.

Antes de poder elaborar una respuesta, sentí vibrar el móvil. El mundo alrededor se volvió un ruido de fondo mientras fijaba la mirada en la pantalla. Giovanni.

—Con permiso, señores —anuncié, retrocediendo un paso y apartándome lo suficiente para atender sin interrupciones.

—Don, pasó una mierda —disparó Giovanni; la urgencia en su voz encendió todas las alarmas en mi cabeza.

—Giovanni, habla —exigí, ajustando la corbata con un gesto calculado y mirando alrededor, manteniendo la fachada de normalidad.

—Donatello… está herido. Está en el hospital y su estado es crítico. —La voz de Giovanni vaciló brevemente antes de continuar—. A los malnacidos que lo atacaron… los seguimos. Son los Caruso.

Sentí como si el suelo desapareciera bajo mis pies. Donatello. Mi hermano de juramento. Mi aliado más leal. Mi familia, en todos los sentidos que importan.

—Qué carajo… —murmuré, con el nudo en la garganta transformándose en una rabia visceral. Mi mente ya barajaba mil posibilidades, pero el instinto primario era claro: venganza.

—Seguimos a los cabrones, Don. Están rodeados. Son los Caruso.

—Hijos de puta… Voy a matarlos, a uno por uno. —Mi voz salió baja, casi un gruñido, pero cada palabra llevaba una promesa de sangre.

—Están bien armados, Don. Si entramos de frente, habrá bajas.

Inhalé hondo, intentando sofocar el impulso de actuar a pura violencia y arrasarlo todo.

—Mándame la ubicación. Tengo una idea para acabar con esta payasada. Y Donatello… ¿recibe atención decente? —pregunté, con la voz un poco más controlada, pero aún cargada de furia.

—Sí, Don. Le di los primeros auxilios hasta que el equipo médico tomó el relevo. Está luchando.

—Luchando… —murmuré, apretando el móvil con fuerza—. Giovanni, ¿por qué demonios me entero recién ahora?

—No tuvimos opción, Don. Estábamos en medio de la acción. Nos tomaron por sorpresa.

—Las excusas no me interesan. ¿Yo aquí, bebiendo y sonriendo como un idiota, mientras emboscaban a mis hombres? —Mi voz subió, pero mantuve el porte impasible mientras algunas miradas curiosas se volvían hacia mí.

—Está todo bajo control ahora, Don —intentó tranquilizarme Giovanni.

—¿Control? —solté, con el sarcasmo cortante—. Te enseñaré lo que es control. Envíame la ubicación y prepáralo todo. Vamos a terminar esto a mi manera.

Colgué con un movimiento seco, el cuerpo rígido de tensión. Me temblaban las manos de rabia y aprensión, pero el rostro seguía impasible. Cada fibra de mí pedía acción, y en ese momento sabía exactamente lo que debía hacerse. Volví la mirada hacia Aurora; ella me miraba de vuelta, como si supiera exactamente lo que ocurría. Se la veía asustada, esperando que algo estallase en cualquier momento.

Le hice una seña nada discreta para que viniera hacia mí. Lo captó al instante, con sus ojos azulados brillando de inquietud. Dijo algo rápido a las mujeres, con una sonrisa breve y educada, antes de despedirse y caminar hacia mí.

—Vincenzo, ¿pasó algo? —preguntó apenas se detuvo frente a mí. Su voz sonó baja, casi vacilante, pero sus ojos buscaban respuestas en mi cara.

—Vamos, querida. Te llevaré a casa, surgió algo importante. —Mi voz fue firme, aunque mantuve el tono bajo. Mientras hablaba, puse una mano en su cintura, un gesto tanto protector como posesivo.

No preguntó más; solo asintió, confiando en mi decisión. Caminamos juntos hacia la salida, mi mano permaneciendo en su cintura como si quisiera mantenerla cerca y a salvo. Sentí su respiración ligera, y un pensamiento veloz me cruzó: tenía que mantener a mi esposa segura. Si Donatello —entrenado, grande y fuerte— había sido alcanzado, mi pequeña era un blanco fácil en medio de todo aquello.

—Vincenzo, ¿estás bien? —susurró, rozando con los dedos mi mano.

—Sí. —Mentí, sin dudar—. Solo necesito resolver algo.

Le apreté levemente la cintura, transmitiéndole seguridad, aunque por dentro me hirviera la sangre y mi mente ya calculase el siguiente paso. Aurora no necesitaba saber más ahora; confiaba en mí, y haría lo posible por mantener intacta esa confianza.

AURORA Colombo

No pude decirlo. Las palabras simplemente no salieron. No encontré el momento adecuado, quizá porque el asunto exigía más que mero valor. Pedía silencio, un toque de consuelo, privacidad. Pero ahora, de madrugada, mientras esperaba a mi marido sin idea de qué estaba haciendo, la ansiedad me devoraba fibra por fibra. Era como una ola incesante, creciendo a cada minuto. La casa estaba sumida en una tranquilidad casi asfixiante. Alessandra, mi suegra, debía de estar en el tercer sueño, ajena a la tormenta que me rugía por dentro.

El reloj marcaba la una de la mañana. Había pasado demasiado tiempo desde que Vincenzo me dejó en casa con un beso

apresurado y la promesa vaga de que resolvería “un asunto”.

Estaba a punto de rendirme y acostarme cuando escuché el sonido de un coche entrando en la propiedad. El ruido cortó mis pensamientos como un trueno. Me senté en la cama de inmediato, con el corazón golpeando fuerte. Había llegado. ¡Gracias a Dios!

Corrí a la ventana, abrí las cortinas con los dedos temblorosos y vi el coche avanzar a una velocidad inusual. El motor rugió antes de frenar de golpe cerca de la entrada. La luz de los faros barrió el jardín, revelando a un grupo de hombres que saltaba del vehículo en movimiento. Mi mirada se clavó en Vincenzo y se me heló el estómago. Iba apoyado en los hombros de dos de ellos, tambaleándose, pálido y con la camisa manchada de sangre.

—¡Vincenzo! —Mi voz salió casi como un grito ahogado.

Sin pensar, me calcé a toda prisa, me puse el albornoz y salí de la habitación. El pánico me guiaba, acelerando mis pasos por los pasillos oscuros de la casa. El corazón me martillaba tan alto que parecía resonar en las paredes.

Cuando llegué al salón, el caos ya se había adueñado del lugar. Habían sentado a Vincenzo en una de las butacas y Giovanni estaba arrodillado a su lado, examinando la herida con precisión clínica. Había demasiada sangre. Mi mente luchaba por procesarlo, pero mis pies siguieron llevándome hasta él.

—¡Necesito el maletín de primeros auxilios, ahora! —ordenó Giovanni, con voz firme y sin titubeos, mientras le daba una cantimplora con bebida que Vincenzo apuró de un trago; parecía fuerte, porque hizo una mueca. Uno de los hombres salió disparado por la puerta lateral a por el maletín.

—Aurora, quédate fuera de esto —murmuró Vincenzo con dificultad al verme, pero su voz sonó débil, casi irreconocible.

—¿Fuera de esto? ¡Mírate! —exclamé, arrodillándome a su lado—. Giovanni, ¿qué pasó?

—Le han disparado, señora —explicó Giovanni con rapidez, ya preparando lo necesario—. Tenemos que sacar la bala aquí mismo. No podemos llevarlo al hospital, sería peligroso.

CAPÍTULO 23 - Terca

AURORA Colombo

El hombre que había salido regresó con un maletín de metal y un frasco de alcohol. Giovanni lo abrió con rapidez, revelando pinzas, agujas, hilo y gasas. Cada movimiento era preciso y decidido, pero podía sentir la tensión que flotaba en el aire.

—Necesitamos más luz —dijo Giovanni, sin mirarme. El otro hombre tomó una lámpara y la colocó junto al sillón, iluminando mejor el pecho de Vincenzo. La herida era fea; la sangre se deslizaba lentamente, manchándolo todo a su alrededor.

—Alguien sujételo con firmeza. Esto va a doler —advirtió Giovanni, tomando una pinza larga. La sumergió en alcohol antes de continuar. Vincenzo apretó los puños, el rostro contraído de dolor, pero no dijo una palabra. Su respiración era pesada e irregular.

—Vincenzo, resiste —murmuré, arrodillándome a su lado y sosteniendo su mano. Sus ojos se encontraron con los míos brevemente, y algo en su mirada me apretó el pecho.

—Giovanni, ¿sabes lo que estás haciendo? —pregunté con la voz temblorosa.

—Sí, señora. Soy muy bueno en esto. —Habló con convicción, pero su atención absoluta estaba en la herida—. Sujétenlo.

Dos hombres sostuvieron a Vincenzo por los hombros mientras Giovanni se inclinaba más. Deslizó la pinza dentro de la herida y Vincenzo soltó un gruñido gutural de dolor. Casi se me paró el corazón.

—La tengo —murmuró Giovanni, el rostro sudoroso bajo la luz. Con movimientos lentos, extrajo la bala, mientras Vincenzo apretaba los dientes con fuerza y una gota de sudor le corría por la sien.

En cuanto la bala salió, Giovanni la arrojó en una bandeja de metal con un sonido seco. Limpió la herida con una gasa empapada en

alcohol, y Vincenzo dejó escapar otro gemido ahogado.

—Ahora voy a suturar. No se mueva, Don. —Giovanni tomó aguja e hilo y se puso a trabajar con destreza. Cada punto parecía una tortura para Vincenzo, pero él aguantaba, como siempre.

No podía apartar los ojos de la escena. Me dolía el corazón con cada puntada, pero seguí sosteniendo su mano, intentando transmitirle algo de fuerza. Cuando Giovanni por fin terminó, volvió a limpiar la herida y la cubrió con una venda limpia.

—Listo. Se pondrá bien, pero necesita descansar —dijo Giovanni, limpiándose las manos.

Vincenzo abrió los ojos e intentó incorporarse, pero lo impedí.

—No. Quédate quieto —ordené, con una voz más firme de lo que creí capaz.

Él me miró, exhausto, pero la comisura de su boca se curvó en una sonrisa leve y dolorida.

—Eres terca… —murmuró antes de cerrar los ojos y dejar que el cansancio lo dominara.

Yo temblaba de pies a cabeza, la adrenalina aún bullendo en mis venas como fuego líquido. Era como si el mundo a mi alrededor hubiese perdido nitidez; todo parecía una mancha surrealista. No podía creer que aquello estuviera pasando. Pero la sangre esparcida por el suelo y manchando el sofá era una prueba innegable. Era real. Tan real como el olor metálico en el aire y el sonido amortiguado de la respiración pesada de Vincenzo.

—¿Qué es esto? —susurré para mí misma, casi sin darme cuenta de que había hablado. Mi mirada vagaba por la sala, absorbiendo cada detalle de la escena. Los hombres estaban tensos, pero concentrados. Vincenzo apenas podía mantener los ojos abiertos, y Giovanni se limpiaba las manos con una calma inquietante en cada movimiento.

Giovanni alzó la cabeza al oír mi voz. Sus ojos oscuros atraparon los míos, y una sonrisa torcida, casi macabra, se dibujó en su rostro.

—Debería ver cómo quedaron nuestros oponentes —dijo, con una voz cargada de un orgullo sombrío.

Aquellas palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Una ola de hielo me recorrió la espalda. Giovanni no solo dijo aquello como quien comenta el resultado de un partido: parecía satisfecho, casi divertido.

De pronto, todo encajó con una claridad que me hizo estremecer aún más. Vincenzo, Giovanni y los demás… No eran hombres comunes, ni meros hombres de negocios. No; eran algo mucho más peligroso, más letal.

Volví a fijar los ojos en Giovanni, y su expresión, tan casual ante todo aquel caos, reforzó una verdad que quizá estaba intentando negar. Todos eran peligrosos. Cada uno de ellos estaba acostumbrado a lidiar con sangre, muerte y violencia como parte de un día a día que yo apenas empezaba a comprender.

Tragué en seco, intentando ahogar el pánico que amenazaba con apoderarse de mí. Todo aquello era abrumador.

—¿Por qué no puede ir al hospital? —me atreví a preguntar, con la voz temblorosa, pero lo bastante firme como para obtener una respuesta.

Todas las miradas se volvieron hacia mí al mismo tiempo. Por un instante, me sentí presionada. Giovanni alzó una ceja con una expresión tranquila, casi indiferente.

—Señora, soy médico. No se preocupe —dijo, como si eso bastara para zanjar el asunto.

—¿Usted es médico? —pregunté, dejando ver mi desconfianza.

—Sí, soy neurólogo.

Por un segundo, la información me pareció fuera de lugar, casi absurda, considerando lo que acababa de suceder. Lo había hecho

todo de manera ruda, sin mucha preparación… Bueno, era lo que yo había visto. Vincenzo estaba herido, de un disparo, y aquel hombre estaba allí, tratándolo como si fuese apenas un rasguño.

—Pero él necesita una atención más… adecuada —insistí, con la voz cargada de ansiedad.

Giovanni suspiró.

—Entiendo su preocupación, pero solo seguí órdenes. Y la orden del Don debe cumplirse por encima de cualquier cosa.

—¿Orden del Don? ¿Quién es el Don? —pregunté, frunciendo el ceño. Se me apretó más el pecho con la mención de aquel título extraño e intimidante.

Giovanni desvió la mirada hacia Vincenzo, que seguía inmóvil en el sillón, con los ojos cerrados y la respiración irregular. Luego volvió a mirarme, con los rasgos endurecidos.

—Le garantizo que estará bien, señora. Sé lo que hago. Buenas noches. —Habló con una autoridad definitiva, como si no hiciera falta ninguna otra discusión, y enseguida hizo una seña para que los demás lo siguieran.

Me quedé inmóvil, siguiéndolos con la mirada hasta que desaparecieron por la puerta, dejándome sola con Vincenzo. Estaba dormido —o, al menos, inconsciente. Quizá fuese el efecto de la bebida, quizá del dolor.

Me acerqué despacio, me senté en una de las butacas cercanas, y lo miré mientras el tumulto dentro de mí crecía. Vincenzo parecía tan vulnerable en ese momento, tan lejos de la figura poderosa y fuerte que yo conocía.

—¿Quién eres realmente? —susurré, con el corazón triste y pesado.

Se me oprimía el pecho, como si cada respiración fuera un esfuerzo. Se me oprimía por verlo herido, por no poder aliviar su dolor. Se me oprimía por el miedo a lo que él realmente era, al mundo al que pertenecía. Por los problemas que yo misma enfrentaba, guardados

en secreto, esperando el momento oportuno para compartirlos. Pero, por encima de todo, se me oprimía por el temor de que lo nuestro fuese una ilusión: una mentira frágil que, en algún momento, acabaría destruyéndome.

Me quedé allí, contemplándolo; ahora cada rasgo suyo parecía esconder secretos que todavía no lograba descifrar.

—Señora. —Di un brinco, el corazón desbocado, al oír la voz grave y serena de Cezare, el mayordomo, entrando en la sala sin alarde.

—¡Cezare, mira esto! —dije, poniéndome de pie de golpe, los brazos cruzados como si intentaran contener el pánico que crecía en mí—. ¿Qué vamos a hacer?

Cezare se acercó a Vincenzo con su habitual tranquilidad. Se arrodilló a su lado y comenzó a quitarle el calzado, como si aquello fuese lo más natural del mundo.

—¿Qué está haciendo, Cezare? —pregunté, confusa y frustrada. Sabía lo que estaba haciendo, claro; pero lo que realmente me molestaba era la calma con que lo afrontaba todo.

Cezare ni siquiera vaciló. Presionó un botón oculto en el lateral del sillón y un reposapiés se desplegó suavemente, elevando los pies de Vincenzo.

—Creo que será mejor dejarlo aquí mismo, señora. Cuando despierte, decidirá adónde quiere ir. —Su voz era impasible, casi fría, como si aquello fuese solo otra noche cualquiera en nuestra casa.

—¿Cómo que dejarlo aquí? ¡Vamos a llevarlo a la cama, por lo menos! Estará más cómodo. —La voz me tembló de frustración, y una oleada de desesperación me invadió—. ¡Dios mío, debería estar en un hospital! ¡Esto es una locura, Cezare!

Él me dirigió una mirada mezcla de paciencia y firmeza, como si intentara calmar mi inquietud sin necesidad de palabras.

—Llame a Alessandra. Quiero hablar con ella —exigí, con la voz más alta y cargada de autoridad, sin ocultar la desesperación.

Me miró unos segundos; sus ojos oscuros evaluaban, como decidiendo si me obedecería o me ignoraría. Mantuve la postura firme, sin apartar la mirada, aunque por dentro fuera un caos. Necesitaba que me hiciera caso.

—De acuerdo, iré a despertar a la señora Alessandra —dijo Cezare, con un leve asentimiento, preparándose para salir.

—¡Claro que debe despertarla! ¿Qué es esto ahora, una carnicería? —solté, con un tono más alto de lo que pretendía.

Antes de que Cezare respondiera, la voz ronca de Vincenzo me interrumpió.

—Habla más bajo, Aurora. Me está empezando a doler la cabeza —gruñó, moviéndose lentamente en el sillón.

El corazón me dio un vuelco al oírlo. Estaba consciente, aunque claramente debilitado.

—Vincenzo, dime la verdad. ¿Por qué te dispararon? —pregunté, inclinándome sobre él y obligándolo a mirarme a los ojos. Quería más que respuestas; quería sentir que confiaba en mí.

Suspiró pesadamente; su expresión era una mezcla de cansancio e irritación.

—Ay… duele. —Hizo una mueca y llevó la mano al pecho—. No seas dramática; solo fue un tiro. Ni tocó ningún órgano.

Mi paciencia, ya colgando de un hilo, se rompió.

—¿Yo? ¿Dramática? ¡Te han disparado, Vincenzo! —Me puse en pie de golpe y me llevé las manos a la boca, como si intentara contener el grito que amenazaba con escapar.

Cerró los ojos; el semblante se le relajó, como si quisiera dar por terminada la conversación.

—¿Qué eres? ¿Un agente secreto? —pregunté; la esperanza, aunque absurda, se negaba a morir dentro de mí—. ¿Un espía del gobierno? ¿Eso es?

Vincenzo abrió un ojo y me miró con una mezcla de exasperación y diversión, como si yo fuera una niña preguntando por monstruos bajo la cama.

—Ves demasiadas películas, querida. —Su voz salió ronca, pero había un matiz de humor seco imposible de pasar por alto.

Crucé los brazos y golpeé el suelo con el pie, impaciente.

—¿Y cómo explicas esto, entonces? ¿La sangre, los hombres, las balas? ¿Quién eres, Vincenzo? Porque, sinceramente, no tengo ni idea.

Volvió a cerrar los ojos e inspiró despacio.

—Aurora, no es momento para eso. Estoy cansado.

Esas palabras me cortaron más que cualquier respuesta vaga. ¿No era momento? Si no ahora, ¿cuándo sería? Pero, por más que mi mente quisiera insistir, algo dentro de mí sabía que presionarlo en ese instante no serviría de nada.

Di un paso atrás, con el pecho oprimido. Lo miré unos segundos más, luchando contra la frustración y el dolor. Vincenzo era una fortaleza, y yo estaba del lado de afuera, golpeando una puerta que, por lo visto, él todavía no estaba dispuesto a abrir.

CAPÍTULO 24 - ¿Qué eres, al fin y al cabo?

VINCENZO De Luca

No hay forma de escapar de todo. Y si existe algo contra lo que todos perderemos la carrera, es la muerte. Ella nos alcanza, uno por uno, hasta que solo quede ella por morir. Pero, esta vez, pasó de largo. El disparo que recibí entró justo debajo de la clavícula, del lado derecho, evitando cualquier órgano vital, según Giovanni. Fue un golpe de suerte, si es que puede llamarse así. La bala desgarró músculos, causó dolor intenso y una pérdida considerable de sangre, pero nada que me obligara a arriesgar un hospital. Podía imaginar los titulares escandalosos a la mañana siguiente. Ese era el tipo de atención que no podía darme el lujo de tener. Nada que no pudiera resolver por cuenta propia, aunque, con Aurora ahora en mi vida, sabía que necesitaba ser más cuidadoso, más discreto.

—Desmiembrenlo. Quiero que quede con solo un pie, sin brazos y sin una pierna. Ese será el precio por su mentira —ordené, con la voz fría como el acero.

Las mentiras tenían un precio alto, y yo siempre me encargaba de cobrarlo.

—De acuerdo, Don. Se hará ahora mismo —respondió Marco al otro lado de la línea.

Se me tensó la mandíbula.

—Y si se queja, córtenle la lengua —añadí como veredicto final—. Las mentiras es algo que no tolero.

Colgué sin esperar más respuestas.

Suspiré, sintiendo el latido de dolor en la herida. Si estuviera en plena forma, yo mismo habría desmembrado a ese hijo de puta. Era casi decepcionante tener que delegar esa tarea, pero sabía que mis hombres lo harían exactamente como ordené.

—Giovanni dijo que tomes un comprimido cada ocho horas —dijo mi madre, entrando en la habitación y dejando una caja de medicamentos en mi mesilla de noche.

Agradecí con un gesto, pero mi mirada ahora estaba en Aurora. Estaba de pie junto a la ventana, mirando el cielo nublado. Incluso con la luz tenue, su cabello parecía brillar, y no podía apartar los ojos. No decía nada, pero su postura rígida, los brazos cruzados, hablaban más alto que las palabras. Ahora sabía, o al menos tenía una idea, de lo que yo era.

—Perfecto, deja que mi esposa me cuide. No te preocupes, mamá —dije, intentando romper el hielo y, al mismo tiempo, llamar la atención de Aurora.

Mi madre me lanzó una mirada, mezcla de escepticismo y preocupación, pero salió del cuarto sin decir nada más. El silencio que quedó parecía pesado.

Aurora siguió de espaldas a mí, la cabeza levemente inclinada como si observara algo lejano. Sabía que estaba molesta, quizá incluso furiosa. Y no la culpaba. Lo que vio anoche y oyó hace minutos no era algo que alguien como ella debería tener que enfrentar.

Inspiré hondo, sintiendo el leve dolor de la herida, y me incorporé despacio en la cama. Tal vez era hora de poner todas las cartas sobre la mesa. Sabía que debía contarle todo —quién era, el mundo en el que vivía—. No quería. Sabía que exponer esa verdad podía alejarla, y ese era un riesgo que no quería correr.

Pero Aurora me hacía bien. Había algo en ella que disipaba la oscuridad que siempre cargué. Me gustaba cómo me veía, como si yo fuera algo más grande, más luminoso. Ella me veía como el sol de su vida, y eso me hacía querer ser mejor. Por más duro e inflexible que fuera, me gustaba la fragilidad que ella sacaba a flote en mí. Aurora me volvía más humano.

—Aurora… —la llamé, con la voz baja, casi un susurro. No se giró de inmediato, pero percibí el leve movimiento de sus hombros.

—¿No vas a decir nada? —pregunté, tratando de ocultar la aprensión en la voz.

Por fin se volvió y sus ojos se encontraron con los míos. Había dolor, duda y… miedo. No miedo de mí, sino de lo que yo representaba. De lo que mi vida podía significar para los dos.

—¿Qué quieres que diga, Vincenzo? ¿Que estoy bien? ¿Que todo esto es normal? ¿Recibir disparos, no poder ir al hospital u ordenar que desmiembren a otros? —Su voz era firme, pero había un temblor contenido, uno que me hizo sentir aún más el tamaño de su frustración.

Me pasé la mano por el rostro, frustrado. No estaba acostumbrado a dar explicaciones; yo era el hombre que dictaba las reglas y todos debían seguirlas. Así de simple.

—¿No te basta con nuestra vida? ¿No soy un buen marido? —solté, con mi irritación evidente, cada palabra cargada de una frustración que no lograba esconder.

Aurora se quedó quieta, mirándome con seriedad. Su cara era un torbellino de emociones que yo no lograba descifrar, y eso solo aumentaba la tensión dentro de mí. Tras unos segundos, abrió un poco los ojos, respiró hondo y caminó hacia mí.

Se sentó en el borde de la cama, juntando las manos en el regazo. Enredaba los dedos con nerviosismo mientras miraba hacia abajo. Cuando por fin abrió los labios, su voz salió vacilante, como si temiera lo que estaba a punto de decir.

—¿Es verdad lo que dicen de ti? —preguntó, alzando la vista para encararme—. ¿Que eres un asesino, un criminal, que tienes negocios ilegales y que… quien se sale de la línea contigo es descartado como una pieza rota?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. Por un momento, guardé silencio, con los labios apretados en una línea tensa. Algo dentro de mí dolía más que la herida del pecho. Ver a Aurora mirarme así, como si yo fuera un monstruo, me hizo sentir algo que

rara vez permito: culpa. Pero la verdad era que tenía razón. Eso era exactamente lo que yo era. Y, maldita sea, me gustaba ser así.

—Es todo verdad, Aurora. —Mi voz salió grave, cargada de una honestidad brutal—. Soy mucho más que Vincenzo De Luca, el magnate del vino. —Sentí un pinchazo en la herida mientras hablaba, quizá resultado del estrés que ni debería permitirme.

Ella tragó saliva, pero no apartó los ojos.

—¿Qué eres, al fin y al cabo? —preguntó, la voz más firme, aunque podía ver el miedo escondido en sus palabras.

—Soy el rey del inframundo. El Don de la Cosa Nostra. Mi familia es la fundadora de la organización, y es mi legado estar en el poder.

Aurora parpadeó, intentando procesar lo que acababa de decir.

—¿Inframundo? —murmuró, con la expresión cargada de incredulidad.

—El mundo más allá de lo que todos ven. —Mi tono era directo, casi frío—. Pero tú no tienes que preocuparte por eso, Aurora. Solo ten la certeza de que nada te alcanzará. Yo siempre te protegeré.

—¿Proteger? —Negó con la cabeza, riendo con amargura—. ¿Por eso necesito estar rodeada de guardias cada segundo que respiro fuera de aquí?

—Son soldados dispuestos y preparados para morir por ti en el mismo instante en que sea necesario —respondí sin dudar, como si eso bastara para tranquilizarla.

—¡No necesito que nadie muera por mí, Vincenzo! —Alzó la voz, su frustración por fin desbordándose—. Y mucho menos necesito un marido que…

—¿Que qué, Aurora? —corté, con un tono desafiante.

Desvió la mirada, el rostro arrugándose de tristeza.

—Pensé que eras mi príncipe azul… —Su voz se quebró y vi las primeras lágrimas correr por su rostro.

—¿Príncipe azul? —repetí, y la palabra me sonó extraña en los labios. No pude evitar el matiz de incredulidad.

—Es infantil, lo sé. —Negó con la cabeza, limpiando una lágrima con el dorso de la mano—. Es cosa de mujer… una fantasía tonta. Pero no te preocupes por eso, porque está claro que no eres nada de ese tipo.

Se me apretó el pecho. Por algún motivo, aquello me irritó más de lo debido.

—Deja el drama, Aurora. —Mi voz salió dura, cortante—. Sigo siendo el mismo hombre. Tu marido está herido y, en lugar de atenderme y estar a mi lado, me juzgas por ser quien soy.

Alzó el rostro; sus ojos brillaban con una mezcla de dolor e ira.

—No te juzgo por quién eres, Vincenzo. Intento entender cómo ese hombre al que amo puede vivir en un mundo que me aterra. —La voz le tembló, pero siguió—. Y si no puedes ver la diferencia, quizá nunca llegues a entenderme.

—Veo la diferencia, por eso quiero ahorrarte los detalles. —Mi voz salió firme, pero convencida.

Aurora inclinó levemente la cabeza, observándome con esa mirada inquisitiva que siempre parecía atravesar mis defensas.

—Algo así debe decirse antes del matrimonio, Vincenzo. —Su voz era controlada, pero con un tono de acusación que me dio de lleno—. "Aurora, soy un hombre peligroso; en cualquier momento puedo morir de un tiro en el pecho y dejarte viuda. ¿Estás segura de que quieres casarte conmigo?" —Imitó mi tono, con sarcasmo, sin esconder el dolor en su mirada.

Tragué en seco.

—¿Entonces ese es el problema? —repliqué, acomodándome en la cama mientras fijaba la vista en ella—. ¿Tienes miedo de que yo muera?

Aurora rió, pero el sonido no tuvo humor. Era amargo, lleno de pena.

—Pensé que eras distinto, Vincenzo. —La voz le vaciló, pero la intensidad de su declaración me apretó el pecho.

—¿Distinto de quién? —pregunté, temiendo por dentro la respuesta.

Dio un paso atrás, como si necesitara espacio para formular sus palabras. Su rostro era una mezcla de indignación y tristeza.

—De esos hombres que no miden consecuencias por el poder. Que están dispuestos a matar y morir para proteger un imperio que, al final, nunca será suficiente. —Aurora se levantó del borde de la cama, cruzó los brazos y caminó hacia la ventana, como si necesitara alejarse de mí para ordenar sus ideas—. Pensé que eras distinto, que lo que construimos juntos era algo más… humano. Algo que pudiera sobrevivir. ¿Y sabes qué es lo que más duele? No es el hecho de que seas un hombre peligroso, Vincenzo. Es que hayas escondido eso de mí. Que creas que puedes ahorrármelo o protegerme, como si yo fuera demasiado frágil para soportar la verdad.

—No te veo frágil, Aurora. Pero tienes razón. Quise ahorrártelo. Porque este mundo… Este mundo destruye todo lo que toca. No conoce límites, ni piedad. Y no quiero que te devore.

Aurora se volvió hacia mí; sus ojos brillaban con lágrimas que me hacían sentir culpa por haberlas provocado.

—Pero eso es lo que no entiendes, Vincenzo. Ya estoy dentro. Desde el momento en que dije "sí" en el altar, me trajiste a ese mundo tuyo lleno de secretos, oscuridad y… por lo que parece, muerte —dijo, señalando mi pecho.

—Ven aquí. —Le tendí la mano, con la voz baja, pero intensa.

Aurora vaciló. Sus ojos alternaron entre mi mano extendida y mi rostro, como si intentara decidir si debía confiar en mí en ese momento.

CAPÍTULO 25 - Pertenecer

VINCENZO De Luca

La verdad es que ella solo conocía un lado de mí. El lado que yo le permitía ver, el lado que sonreía en medio de las sombras y se esforzaba por parecer menos roto de lo que realmente estaba. Pero el otro lado… ese esperaba que nunca lo conociera. No era para ella.

Sabía, desde el principio, que había algo podrido dentro de mí, algo que el amor de Aurora nunca podría purificar. Sabía que era un monstruo cuando las circunstancias lo exigían y, muchas veces, incluso cuando no lo exigían. Había una oscuridad en mí que aceptaba, que formaba parte de quien yo era.

Sabía que podía estropearlo todo. Romperlo todo. Arruinar cualquier cosa que se acercara demasiado, cualquier esperanza que se atreviera a existir en mi contra. Porque ese era mi mundo, un lugar donde los sueños eran pisoteados y la supervivencia dependía de fuerza, estrategia y, a veces, crueldad.

Pero con Aurora era diferente. Ella era diferente. Representaba algo que no estaba seguro de merecer: luz, calor, un tipo de esperanza que no sabía si podría proteger sin destruirla en el proceso.

Por eso mantenía ese lado oculto. No por vergüenza, sino por necesidad. Quería preservarla, mantenerla intacta del peso que yo cargaba. Ella era mi ancla, lo único que me hacía recordar que, tal vez, aún quedara algo en mí que valiera la pena salvar.

Pero con cada confrontación, con cada pregunta cargada de miedo y de dolor, quedaba claro que esconder la verdad era un riesgo tan grande como revelarla. Y sabía que, si seguía caminando en esa línea tenue, podía perder lo único que me impedía hundirme por completo en la oscuridad.

—Ven, quédate a mi lado, esposa. Porque, si tengo algún resquicio de humanidad… es gracias a ti.

Por fin dio un paso hacia adelante, y otro, hasta que su mano encontró la mía. Sus dedos estaban fríos, pero su toque era firme. La atraje con suavidad más cerca, sintiendo la tensión en su cuerpo y en la herida, pero también algo más profundo: la conexión que aún nos unía, incluso en medio del caos que yo significaba. Parte de mí sentía vergüenza por quién era junto a ella, otra parte quería ser más de ese hombre.

—Vincenzo… —murmuró Aurora, con la voz quebrada, casi inaudible —. ¿Me estás diciendo que eres un asesino?

Sentí el estómago darme la vuelta, pero no aparté la mirada. Apreté más su mano, como si ese simple gesto pudiera evitar que se alejara aún más de mí.

—No lo pienses así, Aurora —dije, con la voz grave, pero con un matiz de urgencia—. Mis asuntos son con hombres como yo. Hombres que conocen las reglas, que entraron en este mundo con los ojos abiertos. Ningún inocente pasa por mi mira.

—Yo no quiero que seas ese hombre —dijo Aurora, la voz entrecortada, temblando como si cada palabra le costara una batalla interna—. Quiero que seas un hombre bueno… alguien a quien pueda admirar, alguien que…

Se detuvo, los ojos llenándose de lágrimas mientras el dolor desbordaba su expresión.

Se me apretó el pecho, pero sabía que tenía que escuchar la verdad, por cruel que fuese. Me incliné ligeramente hacia adelante, apoyando los antebrazos en las rodillas, manteniendo la mirada fija en la suya.

—No podías huir de esto, Aurora. —Mi voz era baja, pero cargada de convicción—. Tienes la sangre de la Cosa Nostra corriendo por tus venas.

Aurora parpadeó, confusa, y dio un paso involuntario hacia atrás, como si mis palabras tuvieran el poder de empujarla.

—¿Qué? —Su voz salió débil, casi un susurro—. ¿De qué estás hablando, Vincenzo?

—No te eligieron por casualidad. —Respiré hondo, preparándome para el impacto de mi revelación—. Eres nieta del difunto Marco Colombo. Fue un subjefe importante en la organización, un hombre de confianza.

Aurora negó lentamente con la cabeza, como si se rehusara a aceptar lo que estaba oyendo.

—No… eso no tiene sentido. Yo nunca… mi familia nunca… —Las palabras le salían fragmentadas, mientras su mente intentaba encajar las piezas.

Me incorporé despacio, sintiendo el pinchazo en el pecho, pero ignoré el dolor. Caminé hacia ella, deteniéndome a pocos pasos.

—Tu madre probablemente nunca te lo contó porque fue excluida de la familia por involucrarse con Massimo, un hombre ajeno a la organización y sin permiso de la familia.

—Vincenzo, odio la injusticia. —Su voz temblaba levemente, pero la determinación era innegable—. Odio a la gente que usa la fuerza para mantenerse en la cima. Odio…

—Nada de eso se me aplica —la interrumpí, con voz baja y firme—. Ya te lo dije, Aurora: mis negocios son con gente tan jodida como yo. —Levanté la mano y acaricié su cabello suave, dejando que los mechones se escurrieran entre mis dedos—. Almas bondadosas e inocentes como tú, Aurora, jamás verán la oscuridad que puedo causar.

Alzó la mirada; sus ojos buscaban algo en los míos. Había dolor allí, pero también una aceptación que parecía resistirse a admitir.

—No quería creerlo… —susurró, casi en un hilo de voz—. Pero creo que siempre lo supe.

Alcé apenas las cejas.

—¿Saber qué? —pregunté, tan bajo como ella.

—Que había algo maligno en ti.

Sus palabras fueron como una daga, pero sonreí, una sonrisa pequeña, casi imperceptible. Continué acariciando su cabello, me incliné un poco más y dejé que mi voz cayera aún más.

—Si miras bien, esposa —murmuré con una ironía sombría—, verás que no hay "algo" maligno en mí…

Frunció el ceño, confundida, pero antes de que pudiera preguntar, completé:

—Porque yo soy el propio maligno.

Aurora tragó en seco y su respiración se volvió más pesada. Tenía los ojos muy abiertos, pero no desvió la mirada. Podía ver el conflicto interno en ella, la batalla entre el miedo y el deseo de entender quién era yo realmente.

—Yo… —empezó, pero la voz le falló.

Me incliné un poco más, manteniendo mi mano en su cabello, y dejé que mi mirada penetrara en la suya.

—Y aun así, Aurora… sabes que no quieres estar en otro lugar. No quieres pertenecer a otra persona.

Permaneció inmóvil, el cuerpo tenso, pero sus ojos delataban lo que sus palabras no podían expresar. Sabía que tenía razón. Por más que peleara contra la oscuridad en mí, algo la mantenía aquí, a mi lado.

La habitación quedó en silencio, salvo por el sonido de nuestras respiraciones. Y, en ese momento, supe que, a pesar de todo, ella seguía siendo mía, así como yo, de una forma torcida e ineludible, era de ella.

—Vincenzo… —susurró, con la voz quebrándose, mientras mis dedos trazaban su mentón, sujetándola con dulzura, pero con firmeza.

No esperé a que terminara. Me incliné por completo, mis labios capturaron los suyos en un beso profundo y hambriento. El mundo a

nuestro alrededor desapareció, reducido al calor del contacto y al ritmo de nuestras respiraciones mezclándose.

Titubeó un segundo, pero luego se entregó; sus manos subieron a mis hombros, sus dedos se aferraron a la tela de mi camisa como si necesitara anclarse. Había urgencia en nuestro beso, una desesperación silenciosa, como si ambos supiéramos que este momento era inevitable.

Mi mano en su cabello la atrajo un poco más, mientras la otra bajaba a su cintura, apretándola contra mí.

Era tan mía como yo era de ella. Toda su dulzura me pertenecía, así como toda mi oscuridad se rendía ante ella.

AURORA Colombo

—Aquí… eso es, bonititos. —Sonreí suavemente mientras arrojaba algunas migas de pan a las palomas cercanas, sus plumas grises brillando bajo la luz suave de la tarde. Estaba sentada en un banco de alguna plaza, intentando esconderme en un momento que parecía tan normal, tan banal, que casi lograba engañarme.

Las palomas picoteaban las migas en el suelo, disputándoselas con pequeños movimientos apresurados y, por un instante, quedé hipnotizada. Era un consuelo momentáneo, una frágil distracción de la verdad pesada que cargaba.

Pero la sensación de estar observada nunca me abandonaba. Sabía que, a pocos metros, casi diez hombres estaban apostados estratégicamente, con los ojos atentos a cada uno de mis movimientos. No eran solo guardias. Eran soldados. Vincenzo había sido muy claro al respecto.

Hacía tres días que mi realidad se había derrumbado sobre mí como una avalancha. Tres días desde que la verdad sobre Vincenzo y la Cosa Nostra había transformado mi vida en un peso casi insoportable. Amaba a un hombre oscuro, un asesino. Un hombre

que no conocía límites para imponer su verdad y que gobernaba un mundo donde la fuerza era el único idioma comprendido.

Alessandra me había contado más sobre la historia de la familia y el papel que la sangre Colombo desempeñaba en ese inframundo. Ahora, con todo lo que volcó sobre mí, casi podía considerarme una experta. Y eso daba miedo. Porque cuanto más entendía, más claro quedaba que mi vida no volvería a ser la misma.

Por más cuidadoso que Vincenzo fuera conmigo, por más que demostrara afecto a su manera, sabía que había límites. Y ese pensamiento me atormentaba.

Mi mente volvió a la última conversación con mi padre. Sus palabras aún resonaban como una sombra persistente. Siempre fue un hombre controlador y, con los años, sus paranoias solo empeoraron. Sabía que estaba loco, pero, aun así, sus palabras tenían el poder de sacudirme.

¿Qué diría Vincenzo si supiera que estaba ocultando los dolores de cabeza que me venían acosando?

Y lo peor: ¿qué pensaría si creyera el absurdo que había insinuado mi padre?

«Es una enfermedad de transmisión sexual», había dicho mi padre, con una voz cargada de desprecio y del control que me asfixiaba desde niña. Sabía que no tenía sentido. Todo aquello era otro intento de manipularme, de mantenerme bajo su dominio.

Pero ahora todo era distinto. Vincenzo no era solo mi marido. Era el Don. Y en ese mundo de reglas inflexibles y consecuencias severas, ocultar algo podía tener un precio demasiado alto.

Apreté las manos en el regazo, tratando de contener el temblor que amenazaba con dominarme. Miré de nuevo a las palomas, como si buscar respuestas en la sencillez de sus actos pudiera aliviar el caos dentro de mí.

No sabía qué hacer. Y esa sensación de impotencia me corroía lentamente.

Amaba a Vincenzo, me había dado cuenta de ello hacía tiempo. Me gustaba estar con él; me sentía viva, completa, como nunca antes. Vincenzo llenaba un vacío que siempre supe que existía. Pero, a pesar de eso, quería encontrar un equilibrio que mantuviera todo sano, que me ayudara a seguir lúcida en medio del caos que nuestra vida juntos representaba.

Mi móvil vibró a mi lado, en el banco donde lo había dejado. Extendí la mano y lo tomé sin prisa. La pantalla se encendió, revelando un mensaje corto y directo:

«Te estoy observando».

Sonreí al leer esas palabras, imaginando ya quién las había enviado. Alcé la vista y empecé a buscar; la sonrisa se me ensanchó cuando vi a Alessia acercarse con paso rápido.

Levanté la mano y le hice señas, llamando su atención. Ella sonrió de vuelta y apuró el paso, el cabello meciéndose al viento mientras cruzaba la plaza para encontrarme.

—Tu padre anda flexible contigo últimamente, ¿no? —pregunté, inclinándome un poco y dejando espacio para que se sentara a mi lado.

Respondió con una sonrisita pícara y un saludito dirigido a uno de los soldados que nos vigilaban.

—Digamos que mi padre maduró. —Su voz tenía un tono divertido y el rostro le estaba encendido.

—Necesito que pidas una cita con un neurólogo a tu nombre —solté de repente, yendo directo al grano, en voz baja para que nadie más escuchara—. Diré que voy a acompañarte, pero en realidad seré yo quien se consulte. ¿Entendido?

Alessia me miró sorprendida, con las cejas arqueadas.

—Vaya, ¿por qué tanta burocracia? —preguntó, confundida—. ¿No habías decidido que ibas a compartir tus problemas con tu marido?

Bajé la mirada, dudando un momento.

—Resulta que es todo verdad —confesé, y apenas las palabras salieron, me tapé la boca con la mano, arrepentida.

—¿Verdad qué? —preguntó Alessia, con la voz llena de preocupación.

Negué con la cabeza, intentando desviar la conversación.

—Mi padre dijo que es una enfermedad de transmisión sexual. —Sonreí, pero era una mueca forzada, un intento desesperado de parecer despreocupada—. ¿Te das cuenta? —añadí con una risita corta, intentando cambiar el foco—. Quiero asegurarme de que no es nada de eso antes de contárselo a Vincenzo.

El corazón me pesaba con el peso de la mentira, pero preferí no profundizar. Era mejor así, al menos por ahora.

Alessia frunció el ceño, pero asintió despacio.

—De acuerdo. Pediré la cita y te aviso. —Apretó mi mano con suavidad; el calor reconfortante del gesto me trajo una calma inesperada—. Estoy segura de que no es nada grave, pero lo solucionaremos, ¿sí?

Su sonrisa era sincera, llena de confianza, y por un momento me sentí verdaderamente reconfortada.

—Gracias, Alessia. —Le respondí con una sonrisa auténtica, agradecida por tenerla a mi lado incluso en medio de la confusión en que se había convertido mi vida.

Después, sabía que necesitaría ir a casa de mis padres. Había tantas preguntas sin respuesta y quería —mejor dicho, necesitaba— hablar con mi madre. Quería saber más sobre mi historia, entender mejor todo lo que Vincenzo me había contado sobre mi abuelo materno, Marco Colombo.

Era extraño cómo, de repente, todo parecía encajar, como piezas de un rompecabezas que antes ni siquiera sabía que estaba incompleto. Ahora tenía sentido por qué mi madre evitaba hablar de su familia, por qué las fotos antiguas habían desaparecido misteriosamente con

los años y por qué nunca oí historias sobre mi abuelo, mientras otros niños crecían rodeados de recuerdos de los suyos.

Sabía que esa conversación no sería fácil. Mi madre siempre fue reservada con el pasado, especialmente cuando se trataba de mi abuelo. Pero necesitaba esas respuestas. Necesitaba entender cómo mi familia se conectaba con ese mundo que ahora parecía devorarme, un mundo de secretos, lealtades peligrosas y sombras que siempre parecían acechar.

CAPÍTULO 26 – Bastarda

AURORA Colombo

Me sentía diferente, sentada en la sala de estar de la casa donde crecí. Era como si algo en mí hubiera cambiado, una sensación de fuerza y control que antes parecía inalcanzable. Quizá se debía al hecho de que ahora conocía la verdad sobre Vincenzo y el mundo al que pertenecía. Me sentía, de cierta forma, un poco poderosa.

—Tu madre está indispuesta, está durmiendo —dijo mi padre, con su postura altiva habitual, mientras se recostaba en el sofá frente a mí.

—¿Y quién es esta mujer? —pregunté, dejando que mi mirada recayera sobre la elegante dama sentada a su lado como si fuera ella la dueña de la casa y no mi madre.

Ella cruzó las piernas delicadamente, como si intentara mostrar confianza.

—Esta es Amanda, mi nueva secretaria —respondió mi padre con prisa, desviando los ojos por un momento, como si quisiera evitar más preguntas—. ¿Qué te trae aquí?

Su tono era directo, impaciente.

—Quiero hablar con mi madre, me gustaría verla —expliqué, manteniendo la mirada fija en Amanda, que parecía incómoda con la situación. Había algo en ella que me inquietaba, pero no conseguía identificar qué era exactamente.

—Vuelve mañana. Tu madre no quiere ser molestada hoy. —Su voz salió más dura de lo necesario, como si quisiera cerrar el asunto de inmediato.

Mi barbilla se alzó levemente, una pequeña demostración de desafío.

—De acuerdo, volveré mañana. Quizá mi esposo venga conmigo. —Lo dije con aparente casualidad, pero con intención, observando su reacción con cuidado.

Ahora que sabía quién era realmente Vincenzo, no veía problema en usar su nombre para protegerme. El simple pensamiento de que mi padre pudiera sentirse amenazado por él me daba una extraña sensación de justicia.

Su rostro se endureció de inmediato, sus ojos se entrecerraron como si intentara controlar la irritación que claramente hervía dentro de él.

—Amanda, por favor, déjanos. Necesito hablar con mi hija a solas —dijo levantándose con un movimiento rígido, como si quisiera recuperar la compostura.

Amanda vaciló, pero asintió con una sonrisa.

¿Era muda? ¿Por qué no había dicho nada en todo ese tiempo? Y, lo más importante, ¿por qué me miraba de esa forma, como si yo fuera su peor enemiga?

Sus ojos fríos y evaluadores recorrían cada detalle de mí, como si intentara descifrarme o encontrar algo para criticar. Había algo desconcertante en esa mirada, algo que me erizaba la piel levemente, como si me juzgara sin que yo entendiera el motivo.

Vale, quizá no había sido la persona más simpática del mundo. Mi pregunta sobre quién era no había salido con el tono más cordial, lo admito. Pero eso no justificaba la forma en que me observaba, como si yo fuera una amenaza o alguien a quien debía superar.

—Acompáñame al despacho, querida —dijo mi padre, gesticulando para que me levantara.

—Con permiso, Amanda, fue un placer conocerte —dije, forzando una sonrisa que apenas alcanzó mis ojos. Mi tono sonó dulce, pero cargado de una falsedad calculada, un intento sutil de mostrar que sabía más de lo que aparentaba.

Amanda arqueó levemente una ceja, pero permaneció en silencio. Solo inclinó la cabeza en un gesto casi mecánico, como si aquel saludo fuera una formalidad innecesaria para ella.

Me esforcé por mantener una expresión neutra, intentando parecer cordial. Al fin y al cabo, no tenía motivos para actuar de otra forma.

Seguí a mi padre hasta su despacho, mis pasos resonando suavemente por el pasillo mientras mi mente trabajaba frenéticamente, preparándome psicológicamente para el próximo intento suyo de herirme.

¿Por qué me odiaba tanto?

Esa pregunta me había atormentado tantas veces que casi se había vuelto parte de mí, como una sombra que arrastraba desde la infancia. Era como si, a sus ojos, yo fuera una decepción constante, una pieza defectuosa en su juego cuidadosamente construido.

La puerta del despacho se abrió y él entró sin mirar atrás, caminando con pasos firmes hasta su escritorio de caoba. Lo seguí, manteniendo la barbilla erguida, fingiendo no sentir la presión que me oprimía el pecho.

Mi padre se sentó en su silla, entrelazó los dedos sobre la mesa y, finalmente, levantó la mirada hacia mí.

—Entonces, ¿qué es lo que realmente te trajo aquí, Aurora? —mi padre se inclinó levemente hacia adelante, las manos aún entrelazadas sobre la mesa, como si estuviera listo para diseccionar cada una de mis palabras.

Inhalé hondo, sintiendo el aire pesado del despacho llenar mis pulmones, y me preparé para el enfrentamiento. Esta vez estaba decidida a no retroceder, a no doblegarme ante su autoridad asfixiante.

—Vine a ver a mi madre, como ya dije, querido padre. —Mis palabras salieron calmadas, casi dulces, pero con un toque de ironía lo bastante afilado como para herirlo—. Me gustaría saber más sobre mi abuelo paterno y mis orígenes oscuros.

Con la barbilla erguida, me senté en la silla frente a su escritorio, mis ojos clavados en los suyos, manteniendo mi postura firme e inquebrantable.

Si era ese poder lo que le gustaba, si era ese juego de control lo que tanto disfrutaba, entonces dejaría claro que yo también tenía poder. Mi mirada no vaciló y, en silencio, le transmití un mensaje que seguramente entendería: yo ya no era la niña frágil a la que podía manipular a su antojo.

Sabía que, si era necesario, bastaba un grito mío, una sola llamada, y soldados irrumpirían en su casa para rescatarme. Vincenzo lo había dejado muy claro. Ahora era mi turno de demostrar que, pese a todo el miedo y las dudas, sabía lo que hacía.

La mirada de mi padre se endureció, pero permaneció en silencio unos segundos. Su mandíbula se contrajo levemente, señal de que mis palabras habían dado en el blanco.

—¿Qué crees exactamente que vas a encontrar, Aurora? —preguntó por fin, una sonrisa burlona asomando en la comisura de sus labios.

—No quiero encontrar nada, solo saber más sobre mi abuelo —respondí, manteniendo el tono sereno pero firme, mientras cruzaba las piernas e inclinaba ligeramente mi cuerpo hacia adelante.

Mi padre entrecerró los ojos, una sonrisa amarga curvando sus labios.

—¿Has tenido una conversación esclarecedora con tu marido? —preguntó con voz cargada de sarcasmo—. ¿Ya resolvieron todos los puntos?

Sentí el calor subir por mi cuerpo, pero mantuve la compostura.

—Ahora te entiendo, papá. —Mi voz salió fría, casi casual, sabiendo que eso lo irritaría más—. Entiendo por qué nunca te sentiste realizado en la vida.

Su expresión se endureció, pero continué antes de que pudiera responder.

—Fuiste una decepción para la familia de mi madre. Por tu culpa, ella fue excluida, renegada, porque eligió involucrarse con un fracasado como tú.

Su rostro se tornó rojo de furia, pero no reaccionó de inmediato. En vez de eso, abrió el primer botón de su camisa, como si necesitara más aire, y se levantó lentamente, apoyando las manos sobre la mesa.

—Aurora, si yo fuera tú, me trataría con más respeto —dijo, su voz baja y peligrosa—. No tienes idea de lo que pasé. No sabes todo lo que hice por ti, lo que arriesgué para que tuvieras la vida que tienes ahora.

La intensidad en sus palabras era innegable, pero yo no retrocedí. Crucé los brazos y mantuve mi mirada fija en la suya, decidida a no dejar que sus palabras me desestabilizaran.

—¿Y qué hiciste exactamente por mí, papá? —pregunté en tono desafiante—. Porque hasta ahora lo único que veo es cuánto destruiste, no lo que construiste.

—Vincenzo solo está contigo porque cree que llevas la sangre de los Colombo —disparó mi padre, su voz cargada de desprecio—. Así que, si eso es lo que te hace sentir poderosa, baja de esa nube, niña. No eres más que una bastarda y lo sabes.

Sentí el estómago revolverse con la crueldad de sus palabras, pero no le permití ver el impacto. Mantuve mi expresión impasible, respondiendo con voz fría:

—Ni sé por qué intento hablar contigo todavía. Solo dices tonterías.

Él rió, un sonido seco y amargo.

—No eres hija de Isabella, por lo tanto, no eres nieta de Marco. No llevas la sangre de la Cosa Nostra —afirmó, como si aquello fuera un golpe final, un veredicto inapelable.

Rodé los ojos, una mezcla de rabia e incredulidad creciendo dentro de mí.

—Soy tu copia, por más que lo deteste. —Mi voz estaba cargada de ironía—. Soy tu versión femenina, así que no soy adoptada. —

Sonreí, encontrando gracioso el absurdo de nuestra conversación, aunque mi corazón martillaba en mi pecho.

La sonrisa de mi padre desapareció, sustituida por una mirada sombría. Cruzó los brazos e inclinó levemente el cuerpo sobre la mesa.

—Eres mi hija, sí —admitió, su voz más baja ahora, casi un susurro —. Pero no con Isabella. Ella no lo sabe. Nadie lo sabe. Es el secreto que cargo, Aurora. Y por eso necesitamos trabajar juntos, para que nada de lo que luché se pierda.

Mis manos comenzaron a temblar levemente, pero las escondí en el regazo, apretando los dedos.

—¿Qué? —Mi voz falló, apenas logrando salir.

—Quédate embarazada de Vincenzo —continuó, como si fuera lo más obvio del mundo—. Asegura un heredero, y así estaremos garantizados.

—¿Quedarme embarazada? —repetí incrédula, mi mirada fija en él, cargada de una mezcla de sorpresa y repulsión.

—Solo así estableceremos nuestra sangre en ese imperio, Aurora.

Solté una risa breve, sin humor, sintiendo la indignación hervir en cada palabra.

—Voy a quedar embarazada, sí, papá, pero porque Vincenzo y yo nos amamos, y no por tu patético interés que crees que comparto.

Sus ojos se estrecharon, su postura se volvió más rígida.

—Ya te dije que Vincenzo está contigo porque cree que llevas la sangre de la mafia —dijo, cada palabra impregnada de malicia—. Pero si descubre que lo engañaste, entonces…

Lo interrumpí antes de que pudiera terminar, mi voz firme y cortante:

—Lo engañé, sí, papá. Lo engañé cuando no le conté la verdad sobre el hombre manipulador e interesado que eres.

Su rostro se tornó rojo de rabia, pero no retrocedió. En vez de eso, se inclinó aún más, su voz baja y amenazante.

—Solo te estoy contando este secreto porque quiero que seas consciente de que, cuanto más alto subas, más dura será la caída. Mantén los pies en la tierra, Aurora. Lo quieras o no, eres mi hija, y tan fracasada como yo.

Mi garganta se cerró, pero forcé una sonrisa amarga.

—Entonces reconoces que eres un fracasado.

Él bufó, cruzando los brazos de nuevo.

—Sí, y mi mayor fracaso fue no haber sabido educarte bien.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, cortantes y definitivas, mientras yo lo observaba, con el corazón oprimido, pero mi determinación intacta. Él quería quebrarme, pero yo no le daría ese placer.

VINCENZO De Luca

Al día siguiente…

—Estos están firmados, aquellos tienes que revisarlos, y los otros están en un completo desastre —dije con firmeza, señalando las tres pilas de papeles esparcidas sobre mi mesa. Mi tono llevaba una irritación evidente, y mi mirada afilada acompañaba cada palabra.

Mi secretario, visiblemente nervioso, tragó saliva, los ojos fijos en los documentos como si la solución a su incompetencia estuviera escondida entre las páginas.

—Cuando te contraté fue por tu currículum impecable y por la entusiasta recomendación de tu antiguo jefe —continué, cruzando los brazos e inclinándome ligeramente en la silla—. Pero, por lo visto, hubo un error de juicio por parte de todos.

Mi voz se elevó levemente al final, cargada de un desprecio controlado. La irritación hervía bajo mi piel. Odiaba los errores. No

solo atrasaban mi trabajo, también comprometían la eficiencia que tanto valoraba.

—Lo siento, señor De Luca. Yo… yo lo corregiré todo de inmediato —respondió, con la voz temblorosa mientras recogía los papeles a toda prisa.

—Más te vale —murmuré, frotándome las sienes—. No tengo tiempo para lidiar con fallos básicos.

Lo observé mientras se alejaba rápidamente, casi tropezando con una de las sillas. Suspiré. Cada segundo perdido por incompetencia era una afrenta al orden que me esforzaba por mantener.

Segundos después, Giovanni entró apurado en el despacho, cerrando la puerta tras de sí con un movimiento rápido y casi ansioso. Su respiración estaba acelerada y parecía tenso, como si cargara el peso del mundo sobre los hombros.

—¿Cómo está Donatello? —pregunté de inmediato, sin darle tiempo a empezar.

—Se está recuperando mejor a cada segundo —respondió, dejándose caer pesadamente en la silla frente a mí. Había algo perturbador en sus ojos, algo que no encajaba con el Giovanni que yo conocía.

Me incliné levemente hacia adelante, cruzando los brazos sobre la mesa.

—¿Qué te trae aquí? Nuestra reunión es recién después del horario laboral. —Mi voz salió áspera, irritado por su aparente falta de control—. Habla de una vez.

Giovanni se pasó la mano por la boca, un gesto nervioso que solo incrementó mi impaciencia. Sus ojos parecían inquietos, como si buscaran una salida invisible en las paredes a nuestro alrededor.

—Don, recibí una maldita grabación —dijo por fin.

Fruncí el ceño, entornando los ojos.

—¿Consumiste drogas? —pregunté con ironía, intentando romper el clima pesado—. Giovanni, ¿por qué carajos pareces tan desorientado?

Negó con la cabeza, irritado por mi provocación, y se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Recibí una grabación que puede cambiarlo todo.

Mi postura se endureció.

—¿De qué se trata? —pregunté, mi voz volviéndose más baja y grave, cargada de desconfianza—. ¿Cambiar qué?

Giovanni dudó un momento, pasándose la mano por la nuca antes de responder:

—Es un asunto delicado… algo que, si cae en manos equivocadas, puede destruirte.

No tenía paciencia para juegos.

—Giovanni, no me gustan los rodeos —advertí, con la voz helada—. Di de una vez qué hay en esa maldita grabación.

Respiró hondo, su mirada encontrándose con la mía, cargada de una seriedad que solo hacía el momento más inquietante.

—Don… es sobre usted.

Mi corazón golpeó una vez, fuerte, pero mi rostro permaneció impasible.

—Continúa —ordené.

Sacó el móvil y reprodujo una grabación, que escuché con atención.

La voz de Massimo sonó clara en el audio:

«Sabes todo lo que hice por ti, todo lo que arriesgué para que tuvieras la vida que tienes ahora.»

«Ahora te entiendo, papá.» Era la voz de mi Aurora.

«¿Has tenido una conversación esclarecedora con tu marido? ¿Ya resolvieron todos los puntos? Vincenzo solo está contigo porque cree que llevas la sangre de los Colombo. Pero no eres hija de Isabella, por lo tanto, no eres nieta de Marco. No llevas la sangre de la Cosa Nostra y lo sabes. Por eso necesitamos trabajar juntos, Aurora, para que nada de lo que luché se pierda. Quédate embarazada. Solo así estableceremos nuestra sangre en ese imperio, Aurora.»

«Lo engañé, sí. Voy a quedar embarazada.»

La grabación terminó de forma abrupta, pero el daño ya estaba hecho.

Mi mente explotó en furia e incredulidad. «Lo engañé, sí. Voy a quedar embarazada.» Esas palabras retumbaban como un tambor incesante, cada golpe hundiéndome más en la amargura de la traición.

Apreté el brazo de la silla con tanta fuerza que casi rompí el material. Mis pensamientos giraban en torno a la única certeza que quedaba: Aurora lo había planeado. Estaba conmigo no por amor, sino por poder, por un juego sucio que jamás sospeché.

—Vete —mi voz salió grave y letal.

Giovanni vaciló, su mirada preocupada fija en mí.

—Don, yo…

—¡Vete! —estallé, con mi furia ya desbordándose.

Se marchó sin más preguntas, dejándome solo en el despacho.

Me quedé quieto, mirando al vacío, pero mi corazón estaba lejos. La rabia pulsaba en mis venas como lava, mientras cada palabra de aquella grabación se grababa a fuego en mi memoria.

Aurora… elegiste traicionarme. Y ahora conocerás el verdadero significado de la venganza.

AURORA Colombo

Mi corazón latía tan rápido que parecía a punto de estallar mientras me ocultaba detrás de la gigantesca mansión donde había vivido las últimas semanas. Semanas que, al principio, habían sido como un cuento de hadas, pero que ahora se habían transformado en una pesadilla de la que no podía despertar. Vincenzo De Luca, el hombre que alguna vez creí que era mi sueño, era ahora mi mayor terror.

La oscuridad nocturna alrededor solo era cortada por las luces estratégicas que iluminaban los cuidados jardines. Estaba agachada, intentando esconderme entre la vegetación, pero sabía que no tenía adónde correr. El peso de las decisiones que había tomado me aplastaba. Aun así, necesitaba intentar huir, aunque fuera una misión suicida.

Los soldados estaban dispersos por todas partes, como perros guardianes leales a su amo. Cada uno de ellos armado, entrenado y absolutamente fiel al hombre que ahora era mi marido. Vincenzo había jurado protegerme, pero ese juramento tenía un precio demasiado alto. Yo era Aurora De Luca, esposa del Don de la Cosa Nostra, el hombre más temido y respetado de toda Italia. Por un momento, consideré que no me atacarían —al fin y al cabo, era la señora De Luca—. Sin embargo, la realidad me golpeó como una bofetada helada…

¿Y si Vincenzo ya había dado la orden? Una sola palabra suya bastaba para que cualquiera de esos hombres me arrancara la vida sin pestañear. Tal vez había instruido que me llevaran de vuelta para que él mismo pudiera ejecutar lo que consideraba su "justicia". Vincenzo no era conocido por su paciencia, mucho menos por su misericordia.

Un sonido de pasos acercándose me hizo tragar en seco y me puse de pie con la mano sobre el corazón. Tenía el pecho tan apretado que parecía faltarme el aire. Todo mi cuerpo temblaba, no solo por el frío de la noche, sino por el pavor que me consumía. Mi cabeza latía como nunca, el tipo de dolor que parecía venir directamente del alma. No era solo miedo; era el peso de las mentiras, de los secretos que ahora estaban a la luz.

«La mentira es algo que no tolero.»

Recordé la voz grave de Vincenzo, que resonaba como una sentencia de muerte en cada una de mis neuronas. Era uno de sus principios, algo que repetía con frecuencia, pero nunca había visto la seriedad detrás de esas palabras hasta ese día. Recordé la escena horrible en la que, sin dudar, ordenó el desmembramiento de uno de sus hombres que le había mentido. Fue en ese momento cuando entendí que no había escapatoria. Estaba atrapada en una telaraña tejida por mis propias decisiones y, ahora, Vincenzo era la araña esperando pacientemente para devorarme.

—La señora De Luca pasó por aquí, estoy seguro —la voz de uno de los soldados me devolvió a la realidad, interrumpiendo mis pensamientos aterradores. Cerré los ojos con fuerza, como si eso pudiera volverme invisible.

Los pasos se hicieron más fuertes, más cercanos, el sonido resonando como martillazos. Mi respiración estaba entrecortada y, por un segundo, creí que mi propio corazón me traicionaría, delatando mi posición. Podía sentir, antes siquiera de verlo, que él estaba allí. El perfume característico de Vincenzo —amaderado, intenso, casi sofocante— flotaba en el aire como un aviso de su presencia.

—No ha ido lejos. Cuando la encuentren, tráiganla conmigo —dijo él. Había algo en su voz que hacía que mis piernas flaquearan, una mezcla de rabia y desprecio que no dejaba dudas: ya no tenía oportunidades.

Mis esperanzas se hicieron añicos en ese mismo instante. Todo lo que había imaginado para mi vida, todos los planes y sueños, estaban destruidos. Vincenzo De Luca era un hombre que nunca perdonaba, y yo sabía que no sería la excepción.

—Señora —la voz del soldado me llamó, cargada de sorpresa y, quizá, de un poco de lástima. Me había encontrado. Sus ojos muy abiertos confirmaron lo que ya sabía. No había manera de escapar.

Antes de que pudiera reaccionar, Vincenzo apareció a su lado. Su presencia llenaba todo el espacio, poderosa y asfixiante. Vestía un traje negro impecable, que parecía resaltar aún más la frialdad de su mirada. Su rostro era una máscara de calma, pero sus ojos —esos ojos grises como una noche estrellada— estaban cargados de odio.

—Tontita —murmuró, con una sonrisa perversa suspendida en sus labios finos—. Además de pensar que podías engañarme, ¿todavía te atreves a intentar huir de mí?

Dio un paso al frente y yo retrocedí instintivamente. Era como observar a un depredador acercándose a su presa, cada movimiento planeado, lleno de intención. Mi cuerpo se congeló, incapaz de reaccionar. Las palabras murieron en mi garganta.

Pero antes de que pudiera hacer nada, sentí un mareo abrumador apoderarse de mí. El mundo a mi alrededor giró; luces y sombras se mezclaron en una confusión que no podía comprender. Mis piernas flaquearon y mi cuerpo encontró el suelo frío. Sentí la piel de mis brazos raspar contra el cemento, un dolor distante comparado con el caos que dominaba mi mente. Y, entonces, todo se volvió oscuro.

CAPÍTULO 27 – Felicidades

VINCENZO De Luca

—Vigílenlo, no lo dejen salir de la ciudad. En el momento adecuado me encargaré de él —dije por teléfono a Marco, refiriéndome a Massimo.

—Entendido, Don.

Colgué el móvil. Mi asunto en ese momento era con Aurora. Siempre ella, primero ella, en todo.

—¿Dónde está Aurora? —pregunté en cuanto bajé del coche, mis pasos firmes contra las piedras de la entrada de la mansión.

La noche ya se había instalado sobre Palermo. Mi despacho estaba en ruinas, un recordatorio de la explosión de furia que había dominado mi cuerpo más temprano. Nunca, en todos mis años, había perdido el control de esa manera.

Y, ahora, allí estaba yo, buscando a la mujer que era el centro de mi mundo… y de mi ira.

Mi madre estaba de pie en la entrada, el rostro cargado de preocupación.

—Estuvo aquí hace unos minutos. Vi a Aurora mirar algo en el móvil y salir apresurada —dijo, su voz serena pero con una pizca de confusión—. ¿Qué pasó, Vincenzo?

—¡Cezare! —llamé apurado mientras recorría los pasillos de la casa.

El mayordomo apareció en pocos segundos, con la postura impecable, pero con una leve aprensión en los ojos.

—¿Don?

—Revisa su habitación. Quiero saber si Aurora todavía está en esta casa —ordené, cruzando los brazos mientras esperaba.

Cezare inclinó la cabeza en un gesto respetuoso antes de desaparecer por los pasillos. Mi corazón golpeaba con fuerza, cada segundo de espera carcomiéndome por dentro.

¿Se habría fugado?

Poco después regresó apresurado, el rostro más pálido de lo habitual.

—Don… —empezó, con la voz levemente vacilante—. La señora De Luca no está en ninguna parte. Ni en la habitación ni en otro lugar de la casa.

Mi mirada se heló, cada músculo de mi cuerpo tenso como una cuerda a punto de romperse mientras salía de nuevo.

—Encuéntrenla —gruñí, volviéndome hacia los soldados cercanos—. Revuelvan cada rincón de esta casa, de esta ciudad, de este país. Quiero a mi esposa ante mí lo antes posible.

Asintieron de inmediato, ya hablando por sus radios, organizando la búsqueda con precisión militar.

Mi madre dio un paso al frente, con expresión preocupada.

—Vincenzo, ¿qué está pasando?

—Nada que deba preocuparte —respondí con frialdad, girándome sobre los talones para acompañar la búsqueda.

Por dentro, el caos rugía en mí. Aurora no huiría de mí, no podría escapar. La encontraría y, cuando ocurriera, tendría que enfrentarse a mí; y la verdad sería inevitable.

Mi corazón mantenía un ritmo constante, la frialdad que habitaba mi alma me mantenía enfocado mientras caminaba por los cuidados jardines de la mansión.

Se atrevió a mentirme. Peor aún, intentó huir. Yo, que le había dado todo: seguridad, atención, poder, e incluso un lugar en mi mundo —un mundo que no merecía y que jamás entendería por completo—.

Ahora corría, creyendo que podría escapar del hombre que controla cada esquina de este imperio.

—La señora De Luca pasó por aquí, estoy seguro —oí decir a uno de los soldados.

Sonreí amargamente, oliendo la traición en el aire. No podía haber ido lejos. Aurora quizá fuese lista, pero no lo suficiente como para esconderse de mí.

—No ha ido lejos —dije—. Cuando la encuentren, tráiganla conmigo.

Cada palabra salía con determinación y una ira controlada; habría consecuencias. Pasé la vista por la oscuridad, mi mirada entrenada captando los movimientos más mínimos. Sabía que estaba cerca. Aurora jamás lograría salir de mi telaraña y eso era exactamente lo que debía entender.

No tolero las mentiras.

Nada podía ocultar a mi presa. Estaba allí, agazapada, esperando, respirando rápido y desesperada. Podía sentirla incluso antes de verla.

Entonces, allí estaba.

Uno de mis hombres la encontró primero. La miró, con sorpresa evidente en el rostro.

—Señora —dijo, con una voz cargada de lo que parecía lástima.

Lástima.

Caminé hacia ellos, con pasos firmes. Sentí el momento en que percibió mi presencia. Vi su cuerpo endurecerse, sus ojos azules, grandes y asustados, encontrarse con los míos.

Antes me miraban con pasión; ahora solo había miedo y… miedo.

—Tontita —murmuré, con una sonrisa fría e implacable asomando a mis labios—. Además de pensar que podías engañarme, ¿todavía te atreves a intentar huir de mí?

Cada palabra destilaba mi desdén y mi decepción. Me acerqué lentamente, como un depredador a punto de dar el golpe final, observando cada uno de sus movimientos, cada respiración superficial que delataba su miedo.

Retrocedió, pero no había adónde correr.

Aurora no entendía. Nunca entendió. Huir de mí era inútil, como lo era mentirme. En mi mundo, la lealtad es absoluta, y cualquier desvío se castiga con el peso total de mi ira.

Antes de que pudiera hablar de nuevo, vi su cuerpo vacilar. Sus ojos parpadearon con rapidez, confusos, y su rostro palideció. Trastabilló y luego cayó; su piel delicada encontró el suelo frío con un impacto que resonó en el silencio de la noche. Quise evitar su caída, pero no lo hice. Hubiera sido la peor muestra de debilidad, y no me perdonaría volver a ser necio.

Me quedé quieto, observándola. La mujer que había elegido como mía yacía ahora ante mí, derrotada por sus propias decisiones.

—Llévenla al coche —ordené con voz baja y firme.

Dos hombres se acercaron, levantando su frágil cuerpo con cuidado. No aparté la mirada mientras la cargaban hasta el vehículo.

Debería ser yo quien la llevase en brazos; la rabia por no poder hacerlo y, peor aún, por desearlo, fue un castigo. No, no vería ni la sombra de mi misericordia.

Aurora aprendería por las malas que nadie —ni siquiera ella— traiciona a Vincenzo De Luca y queda impune.

—Al hospital —ordené a Enrico en cuanto subí al vehículo. Enrico ya estaba listo al volante, aguardando mis indicaciones—. Necesito que esté bien para enfrentar lo que viene.

Las palabras me salieron duras mientras le dirigía una mirada rápida a Aurora, desmayada en el asiento a mi lado. Su respiración era lenta, casi imperceptible, y su rostro estaba pálido.

Mis pensamientos eran una tormenta. ¿Había sido un ataque de pánico? ¿O acaso ya sabía que la máscara se había caído? Quizá su subconsciente entendió que no había escapatoria, y su cuerpo cedió a la presión como un último intento de fuga.

Observé su rostro un momento más; la serenidad que mostraba al dormir no combinaba con el caos que me había provocado.

El problema no eran solo mis sentimientos, sino su osadía al hacerme engañar al consejo. Yo había asegurado que llevaba sangre de la Cosa Nostra, y hasta en eso me hizo parecer un idiota, me hizo decir mentiras.

La mandíbula se me tensó.

No importaba el motivo de su colapso; Aurora tendría que despertar para encarar la verdad, para encararme.

Llegamos al hospital escoltados por soldados. El ambiente estaba silencioso y, para mi satisfacción, circulaba poca gente. Con suerte, sería fácil mantener las portadas lejos de este pequeño incidente. El poder y el dinero siempre facilitan esos "detalles".

Ya había explicado por teléfono la situación de Aurora y la acomodaron rápidamente en una cama, las sábanas blancas contrastando con su piel aún pálida. Observé cada movimiento mientras el médico y dos enfermeras entraban directamente a la habitación, ajustando los equipos y preparándose para el examen.

Para mi sorpresa, antes siquiera de tocarla, los ojos de Aurora empezaron a abrirse, confusos pero atentos.

Parpadeó un par de veces, analizando el entorno. Su mirada recorrió la habitación, registrando cada rostro —las enfermeras, el médico y, por último, se detuvo en mí—.

Nuestros ojos se encontraron y algo indescriptible cruzó los suyos. ¿Miedo? ¿Culpa? Quizá ambos. Permanecimos así unos segundos, atrapados en un silencio denso, hasta que intentó hablar:

—Vincenzo, yo…

Levanté la mano, un gesto firme que la silenció al instante.

—El doctor tiene trabajo que hacer —dije con autoridad.

No quería escuchar su voz.

Aurora se recostó en la almohada, los labios entreabiertos, pero sin atreverse a seguir. Sus ojos seguían fijados en los míos, como buscando alguna respuesta o, quizá, un indicio de lo que vendría.

—Prosiga, doctor —ordené, sin apartar la mirada de ella.

El médico asintió, acercándose con instrumentos en mano, mientras las enfermeras se movían en silencio. Aurora estaba bajo mi control. Y así debían ser las cosas.

—¿Esto llevará mucho? ¿Qué ocurrió? ¿Se desmayó de verdad o estaba fingiendo? —pregunté, con frialdad, observando cómo el médico detenía sus movimientos para anotar algo en su tablilla.

Todos en la sala —el médico, las enfermeras y Aurora— se inmovilizaron, mirándome con los ojos muy abiertos. Aurora me miraba como si yo acabara de cruzar una línea que nunca debía cruzarse.

Sí, no estaba interesado en fingir ser un marido comprensivo en ese momento. Necesitaba respuestas y las obtendría, sin rodeos.

El médico, visiblemente incómodo, carraspeó antes de hablar:

—Señor De Luca, por favor, mantenga la calma. La señora De Luca no estaba fingiendo. El desmayo tiene una explicación… bastante común, en realidad.

Fruncí el ceño y mi mirada se endureció.

—Explique —ordené, cruzando los brazos e inclinándome levemente hacia adelante, con la paciencia agotándose.

Titubeó, mirando a Aurora, que ahora estaba aún más pálida. Por fin reunió el valor para decir:

—Señor y señora De Luca, felicidades. —Esbozó una leve sonrisa—. La señora De Luca está embarazada.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Las enfermeras sonrieron tímidamente, como si presenciaran un momento íntimo, pero yo permanecí inmóvil, con martillazos feroces en la cabeza.

Aurora abrió mucho los ojos, y su mano se posó automáticamente sobre el vientre.

—¿Embarazada? —susurró, como si aún no lo creyera, como si no lo supiera.

El médico asintió.

—Sí, los síntomas encajan perfectamente. El desmayo se debió a alteraciones hormonales y a una bajada de tensión, algo muy común en los primeros estadios del embarazo. Haremos análisis para confirmarlo, pero estoy bastante seguro del diagnóstico.

—¿Confirmar? Trabajo con certezas, doctor. ¿Está embarazada o no?

—Sí, lo está —afirmó, acomodándose las gafas.

—Vincenzo… —Aurora empezó a balbucear.

Mis ojos pasaron de Aurora al médico y luego a las enfermeras.

—Salgan —ordené abruptamente—, por favor —gruñí.

El médico y las enfermeras vacilaron antes de retirarse, dejándonos solos en la habitación.

Aurora seguía mirándome, con los ojos brillantes por lágrimas que no caían.

—Estás… —empecé, pero las palabras fallaron.

El pecho me oprimía con un sentimiento que no sabía nombrar.

CAPÍTULO 28 – Desilusión

VINCENZO De Luca

—Vincenzo, no sé qué está pasando, recibí un mensaje extraño y entré en pánico. ¿Qué está pasando? —murmuró Aurora, con la voz quebrada, mientras las lágrimas comenzaban a descender por su rostro. Se llevó las manos a la cara, sollozando, y lo único que sentí fue desprecio.

—Basta con esas lágrimas falsas, se terminó el espectáculo —corté, con la voz afilada como una hoja; cada sílaba parecía desgarrar algo dentro de mí.

Aurora abrió mucho los ojos, y su llanto se volvió aún más intenso.

—No puedo creerlo… —susurró, como si intentara procesar lo que acababa de oír.

Crucé los brazos, manteniendo mi mirada fría e implacable.

—¿De verdad pensaste que podrías convertirme en un payaso? ¿Que nunca descubriría que no eres hija de Isabella Colombo? —escupí, con palabras impregnadas de desprecio—. ¿Pensaste que podrías disfrutar de mi dinero y mi poder para siempre?

—Nada de eso tiene sentido. Si me escucharas, entenderías que… —intentó argumentar, pero levanté la mano, silenciándola al instante.

—No hay nada que entender. Voy a anular nuestro matrimonio. Será como si nunca hubieras existido en mi vida. No quedará rastro alguno de nuestra unión —declaré, con la voz gélida y sin emoción.

Aurora llevó las manos al vientre, con la expresión contorsionada por el dolor y el arrepentimiento.

—¿Y nuestro bebé? —preguntó, secando las lágrimas que seguían cayendo, con la voz trémula y cargada de desesperación.

—Un bastardo, igual que tú —repliqué sin vacilar, con palabras cortantes—. Quiero a los dos lejos de mi vista: tú y ese hijo

planeado para darme el golpe.

Parpadeó, incrédula, y las lágrimas se multiplicaron.

—Vincenzo, espero que esto sea una broma, una burla, porque…

Antes de que pudiera terminar, me acerqué a la cama con un movimiento rápido y sujeté su barbilla con fuerza, inclinándome para mirarla de cerca.

—No quieras verme intentando ser gracioso, Aurora —murmuré entre dientes, con voz amenazante—. Tengo muchas ideas de cómo divertirme con quien me miente.

Sus ojos se abrieron aún más, el miedo estampado en cada línea de su rostro.

—Tienes suerte de estar embarazada —continué, apretando levemente su barbilla antes de soltarla bruscamente—. Pero tu padre conocerá mi buen humor. Nada me hace más feliz que hacer justicia.

Me aparté lentamente, ajustándome el traje con dedos temblorosos, intentando mantener la compostura. Mi corazón estaba en guerra, pero no podía demostrarlo.

—¡Vincenzo, vuelve! —La voz de Aurora resonó por la habitación, cargada de desesperación. Se incorporó en la cama, con lágrimas incontenibles—. ¡No puedes hacerme esto!

Me detuve un instante, aún de espaldas a ella, con las manos cerrándose en puños. Mi respiración era pesada.

—Te demandaré cada vez que mi nombre salga de tu boca —dije por fin, con voz baja pero dura—. Tú y tu familia ya están acabados.

Con la mano en el picaporte, vacilé un segundo antes de abrir la puerta. El aire en la habitación era sofocante, denso con todo lo dicho y lo que aún quedaba por decir.

—¡Vincenzo! ¡Vincenzo, no me dejes! ¡Por favor! —volvió a llamar, con la voz rota por el llanto.

Cerré los ojos, intentando ignorar el nudo en el pecho. Cada fibra de mi ser quería girarme, abrazarla, decirle que todo estaría bien, que lo arreglaríamos. Pero no podía. Me engañó, o al menos fue cómplice del hombre que intentó manipularme.

Crucé la puerta, dejando atrás la habitación y a Aurora.

—Déjenla aquí, se las arregla sola a partir de ahora —dije contra mi voluntad, dirigiéndome a dos de mis soldados apostados junto a la puerta. Intercambiaron miradas rápidas, sorprendidos por la orden.

Nunca imaginé que hacer lo correcto pudiera ser tan devastador, como si desgarrara mi propia alma.

AURORA Colombo

La garganta me ardía, raspándome de tanto llorar. Tirada en el suelo frío del hospital, sentía mi cuerpo como si el mundo entero se me hubiera venido encima. Aquello no podía estar pasando. No podía ser real.

Debería estar desmayada en el sofá de nuestra casa, con Vincenzo sujetando mis hombros, tratando de despertarme con esa mezcla de preocupación e impaciencia que siempre me dejaba sin aire.

—Vincenzo… Vincenzo —murmuré, con la voz débil y rota, mientras intentaba incorporarme.

Las piernas me temblaban, como si fueran a ceder en cualquier momento, y mi mente, como un remolino, me arrojaba de vuelta al mensaje que recibí antes de que todo se derrumbara:

«Sabes todo lo que hice por ti, todo lo que arriesgué para que tuvieras la vida que tienes ahora.»

«Ahora te entiendo, padre.»

«¿Has tenido una conversación esclarecedora con tu marido? ¿Ya resolvieron todos los puntos? Vincenzo solo está contigo porque cree que llevas la sangre de los Colombo. Pero no eres hija de Isabella,

por lo tanto, no eres nieta de Marco. No llevas la sangre de la Cosa Nostra y lo sabes. Por eso necesitamos trabajar juntos, Aurora, para que nada de lo que luché se pierda. Quédate embarazada. Solo así estableceremos nuestra sangre en ese imperio, Aurora.»

«Lo engañé, sí. Voy a quedar embarazada.»

Y junto a la grabación, un mensaje que me golpeó como un cuchillo directo a las entrañas y al cerebro:

«Huye si no quieres sentir la ira de tu marido traicionado y engañado. Esa misma grabación se la envié a él.»

Mi mente giraba, intentando encontrar sentido a todo aquello. No sabía quién lo había enviado, pero sabía que, ante esa grabación, yo parecía una traidora.

Tal vez… tal vez fuera culpable, de algún modo. Ese peso fue el que me llevó a intentar huir, ¿pero adónde?

Me llevé las manos al rostro, sintiendo mi cuerpo volver a temblar.

¿En qué estaba pensando?

¿Qué clase de locura era esa?

Y ahora…

Allí estaba yo.

Mi mirada cayó sobre mi vientre. Coloqué las manos allí, sintiendo una pequeña chispa de vida en medio del caos que me envolvía. No estaba sola. No era la única rechazada, humillada, destruida por Vincenzo.

—Mi bebé… —susurré, con el corazón apretándose aún más—. Mamá está aquí… Seremos muy felices y jamás permitiré que pases ni un uno por ciento de lo que yo pasé —prometí, y mis palabras trajeron una fuerza que ni sabía que tenía.

Recordé toda mi existencia hasta ese momento: cada dolor, cada humillación, cada lágrima. No sabía cómo serían las cosas a partir de

ahí. Estaba hecha pedazos, un caos andante, pero en ese instante algo dentro de mí cambió.

Era el momento de demostrarme que era capaz de levantarme, de mostrarle al mundo que no necesitaba a ninguno de ellos. No necesitaba a Vincenzo. No necesitaba a Massimo. No necesitaba a nadie.

Mi bebé y yo tendríamos una nueva oportunidad. Una vida lejos de esa oscuridad. Y, esta vez, no permitiría que nadie nos la arrebatara.

VINCENZO De Luca

Horas después…

Tarde por la noche, casi medianoche, cuando mi madre irrumpió en la bodega con una expresión furiosa imposible de ignorar. Habían pasado pocos minutos desde que regresé a casa, tras salir del hospital y descargar mi rabia en un prisionero. Necesitaba relajarme, olvidar. Pero allí estaba ella, trayendo más frustración.

—¡Vincenzo, Vincenzo, mírame! —exigió.

Estaba vaciando la última botella de la primera cosecha de nuestra bodega, una reliquia histórica. Giré el vino en la copa, observando las lágrimas de vino descender lentamente por el cristal.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, su furia mezclándose ahora con incredulidad.

—Estoy celebrando, mamá. ¿Quieres una copa? —pregunté con una sonrisa irónica, sirviéndole una antes siquiera de esperar su respuesta.

Miró la copa como si fuera una afrenta.

—Esa es la botella de la primera cosecha de nuestra historia, ¡la última, Vincenzo! ¿Y te la estás bebiendo? ¿Qué estás celebrando? ¿Dónde está Aurora?

Solté una risa amarga, el vino quemándome la garganta mientras daba otro trago.

—Estoy celebrando la mejor liberación de mi vida. Estaba ciego y ahora se me cayó la venda. Aurora es una mentirosa, una interesada, y voy a anular nuestro matrimonio. La dejé en el hospital, abandonada a su suerte, cargando al bastardo que planeó usar para apoderarse de mi dinero.

Mi madre me miró, atónita.

—¡Qué payasada! —dijo con una autoridad que no veía en ella desde hacía años.

Mi rabia aumentó.

—¡Respeta a tu Don! —repliqué, con voz grave y cortante—. Mira cómo me hablas.

—¡Respeta a tu madre! —disparó, sin vacilar un segundo—. Antes que Don, eres mi hijo. ¡Y me vas a escuchar!

Era una conversación patética, pero antes de que pudiera responder, Cezare apareció en la puerta de la bodega, pálido de aprensión.

—Señor… —empezó, vacilante.

—¡Ahora no! —rugí, levantando el brazo para interrumpirlo.

Pero continuó, con una urgencia imposible de ignorar:

—La señora De Luca está en la puerta, gritando su nombre… y está lloviendo.

Sentí la sangre hervir.

—¡Ya no es la señora De Luca! —gruñí, con el peso de las trescientas copas que ya me había tomado oscureciendo aún más mis pensamientos.

Mi madre hizo ademán de moverse.

—Yo voy.

Le sujeté la muñeca con mano firme.

—De mi esposa me encargo yo —gruñí, con una voz mezcla de rabia y posesión.

Pasé junto a ella, decidido a resolver la situación.

La lluvia podría lavar el suelo, pero no borraría el rencor ni la furia que me consumían.

AURORA Colombo

Mis manos estaban pegadas a la reja fría, el metal resbaladizo por la lluvia que caía sin piedad. El cabello me goteaba sobre la frente, pesado, pero nada de eso importaba. Nada le restaba fuerza a lo que aún latía dentro de mí, a la dignidad que me negaba a perder. Me costó demasiado llegar hasta allí, sin móvil, sin dinero, y no me iría sin hablar con él.

—¡Vincenzo, da la cara, maldito! —grité otra vez, mi voz rebotando en la puerta.

El sonido de la lluvia ahogaba mis gritos, pero no me importaba. No huiría más. No volvería a correr. Ahora enfrentaría al león de frente, mirándolo a los ojos, y le señalaría con el dedo sin miedo.

—Señora, por favor, cálmese —dijo uno de los soldados, acercándose con cautela, como si temiera mi estallido—. Se va a complicar aún más.

—¡Aléjate! —repliqué, sin mirarlo siquiera.

Mis ojos estaban fijos en la mansión al frente, donde cada sombra parecía moverse con mi rabia.

—¡Vincenzo! —grité de nuevo, con la voz rasgando la noche como una hoja.

Y, por fin, lo vi. Su figura alta y fuerte apareció a lo lejos, avanzando hacia mí. La lluvia se deslizaba por su traje impecable, pero no se molestaba en resguardarse. No lo necesitaba. Vincenzo De Luca no se inclina ni siquiera ante la fuerza de la naturaleza.

Su mirada se cruzó con la mía y, por un instante, el mundo pareció detenerse. El corazón me golpeaba tan fuerte que lo sentía en la garganta, pero me negué a apartar la vista.

Allí estaba, el hombre al que amé y odié con la misma intensidad. El hombre que ahora me veía como a una traidora. Y, aun así, no retrocedería.

—Vete, no me desafíes más —dijo firmemente del otro lado del portón de hierro, con los ojos clavados en los míos, de una intensidad amenazante.

—Me iré, pero no antes de decir lo que necesito decir —resoplé, con la voz cargada de determinación, reflejando la firmeza de la decisión que tomé después de tanta vacilación.

Levantó la mano e hizo un gesto para que abrieran el portón, con un chirrido metálico que se elevó en la noche lluviosa. El agua caía pesada, empapándole el rostro y pegándole el cabello a la frente. Frente a mí, estaba un hombre envuelto en rabia y odio, una figura desprovista de cualquier rastro de compasión. Un contraste brutal con el hombre que un día me enseñó sobre el amor, las caricias y el camino verdadero hacia la felicidad.

—Aurora, ¿no temes por tu vida? ¿Crees que tendré clemencia contigo para siempre? —preguntó, con su voz cargada de desconfianza y furia, mientras las rejas se abrían lentamente, revelando su presencia imponente.

Respiré hondo, intentando mantener la calma pese a la tormenta de emociones que me rodeaba.

—Tu última imagen de mí fue suplicando, Vincenzo —respondí, con la voz más serena ahora, aunque ronca de tanto gritar antes.

—Pues suplica de rodillas; no volverás a hacerme quedar como un idiota —replicó, acercándose con rapidez, sus pasos resonando sobre el suelo empapado. Mant tuve mi postura firme, negándome a retroceder ante su agresividad.

—Ni siquiera me dejaste explicar, Vincenzo… quiero que sepas que… —alcancé a decir, pero me interrumpió de golpe.

—Has cruzado todos los límites, esposita —dijo, sujetándome los hombros con fuerza, con los ojos clavados en los míos—. No sé si seré capaz de…

—¡Déjame terminar! —lo interrumpí, con determinación—. Quiero que sepas que no te necesito; mi hijo no te necesita; no necesitamos nada que venga de ti. No me mereces, no mereces lo que llevo dentro. Y te aseguro, Vincenzo, que te darás cuenta.

Sonrió de forma extraña, un gesto que no transmitía más que desdén.

—Qué osadía —comentó, con voz cargada de sarcasmo.

—Lo que hiciste conmigo no se le hace ni a un animal —continué, con lágrimas empezando a formarse en mis ojos—. Me abandonaste en ese hospital sin dinero, sin móvil, sin saber adónde ir. Rechazada, embarazada y sola. Me sentí basura, Vincenzo.

—¿Y lo que hiciste conmigo? Mentiras, intrigas y escenas. ¿Eras siquiera virgen? ¿Ese hijo es mío? —replicó, con la rabia evidente en cada palabra.

—No es tu hijo, y espero de verdad que anules este matrimonio, porque soy yo la que no quiere tener nada que ver con alguien tan vacío por dentro como tú —respondí, con la voz temblando de emoción.

Sin aviso, me agarró de los brazos, forzando nuestros cuerpos a unirse con furia palpable. Nuestros labios se encontraron en un beso violento y posesivo, cargado de amargura y dolor. Fue un beso ardiente y, al mismo tiempo, amargo, reflejo del fuego de las heridas y decepciones que ahora nos separaba.

—¡Suéltame! —Logré zafarme y reaccioné con una bofetada, sintiendo la dureza de su mejilla bajo mi mano.

—Al menos cumpliste bien y calentaste mis noches; valió el tiempo que perdí contigo —dijo, con la rabia aún prendida en la mirada.

—Odio a mi padre y te odio a ti. Uno es un manipulador que usa a su propia hija para beneficiarse, sin considerar sus sentimientos porque simplemente no le importan; el otro es un monstruo insensible que solo ve su propio ego, sin importarle la verdad que tiene delante. No necesito a ninguno de los dos y, desde hoy, soy libre —declaré, mirándolo a sus ojos estrellados con determinación —. Libre, Vincenzo, ¿entendiste? ¡Soy libre!

—Entonces usa tu maldita libertad y desaparece de mi vista, o perderé la postura y me convertiré en el monstruo que dices que soy: te encerraré en mi perrera y te haré mi esclava para siempre —amenazó, sujetándome de la cintura con fuerza y pegando de nuevo nuestros cuerpos—. Quizá eso es lo que quieres, ¿una correa de oro, qué tal?

Desesperada, empecé a golpear sus hombros con las manos, intentando librarme de su agarre. Tras varios golpes, por fin me soltó y yo di un traspié hacia atrás, intentando recuperar el equilibrio.

—Por favor, no me busques nunca más, ni aunque un día descubras que cometiste el mayor error de tu vida —dije entre lágrimas, con la voz llena de dolor—. ¡Te odio!

Se quedó quieto, observándome en silencio mientras la lluvia seguía cayendo sobre nuestros rostros. Me di la vuelta y empecé a alejarme, acariciándome los brazos como intentando consolarme. El frío de la noche se me metía en la piel, pero me abrazaba no solo para calentarme, sino para contener la soledad y el desamparo que me devoraban. El frío era insignificante frente al dolor.

Mis pasos se volvieron inciertos y un dolor de cabeza lancinante empezó a acosarme con fuerza renovada. La sensación era abrumadora, como si cada latido del corazón amplificara la pulsación dolorosa en mi cabeza.

—¡Ay, Dios mío! ¡Duele demasiado! —gemí, desesperada, apretándome la cabeza con fuerza en un intento por aliviar el dolor.

La vista se me nubló y lo único que alcancé a percibir fue un faro brillante iluminándome la cara. Sentí que estaba a punto de desmayarme otra vez, el dolor consumiéndome por completo. En ese momento crítico vi a Giovanni bajar del coche, con el rostro marcado por la preocupación mientras me observaba.

—Don, tenemos que ayudarla —dijo, acercándose con rapidez, con la voz cargada de urgencia y compasión.

Antes de que pudiera reaccionar, mis ojos se cerraron y la oscuridad me envolvió de nuevo, haciéndome desmayar antes incluso de sentir el suelo.

CAPÍTULO 29 – Cuide de ella

VINCENZO De Luca

—¿Con orden de quién la sujetaste? —pregunté, dando un paso al frente, con la mirada fija en él.

Giovanni vaciló; sus ojos se movían entre mí y Aurora, como si buscara una respuesta que no aumentara mi ira.

—¡Dame a mi mujer y la sujeto yo! —bramé con autoridad absoluta, con la paciencia completamente agotada.

Entonces dio un paso adelante, ajustando el peso de Aurora en sus brazos antes de responder:

—Presentó un episodio de síncope, posiblemente relacionado con una cefalea intensa. Es fundamental hacer una evaluación detallada y proporcionar los cuidados necesarios, Don.

Mis manos se cerraron en puños al oír sus palabras. El pecho me ardía de frustración, rabia y… algo que no quería admitir: preocupación.

—Está embarazada y bajo el estrés de tener que enfrentarse a mí tras ser descubierta. Por eso se desmaya —declaré con voz fría—. Es débil.

Tomé a Aurora de los brazos de Giovanni, tirando de ella con firmeza, pero intentando no hacerle daño. Pese a todo, mi toque vaciló; el corazón me golpeó más rápido al sentir su cuerpo inerte en mis brazos.

—Don, soy neurólogo. Sé que está irritado, pero…

—¡Dame la llave! ¡Quiero la maldita llave! —lo corté, extendiendo la mano.

Giovanni soltó un suspiro pesado antes de obedecer y dejó las llaves en mi palma. Su expresión era de alerta, como sabiendo que discutir conmigo en ese momento sería inútil.

Respiré hondo, ignorando la opresión en el pecho, y caminé rápido hasta el coche de Giovanni. Abrí la puerta trasera de un tirón y, con cuidado, recosté a Aurora en el asiento. Incluso en medio de la rabia, no pude dejar de notar la palidez de su rostro, el cabello mojado pegado a su piel.

Di la vuelta al coche y me senté al volante. El corazón me latía descompasado mientras encajaba la llave en el contacto; las manos aún me temblaban.

—Don, escúcheme —insistió Giovanni, acercándose a la ventanilla, preocupado.

—Basta de consejos, Giovanni. ¡No quiero oír nada más! —retruqué, girando la llave con fuerza; el motor rugió en respuesta—. Síganme.

Pisé el acelerador y el coche salió disparado por la carretera encharcada; la lluvia golpeaba el parabrisas como si intentara hacerme desistir. Los soldados me seguían, listos para cumplir cualquier orden.

Miré por el retrovisor y vi a Aurora inmóvil, su cuerpo balanceándose suavemente con el movimiento del coche. Por más que la ira ardiera dentro de mí, una parte se preguntaba si había cruzado una línea de retorno imposible.

Todo era demasiado reciente; yo ni siquiera entendía aún la maldita situación. Estaba embarazada y ya no era mi inocente y preciosa esposa.

«¿Por qué sigues preocupándote?» La voz en mi cabeza era cruel e implacable. «Mintió. Te engañó. Te usó».

Y, aun así, allí estaba yo, conduciendo a toda velocidad para garantizar que la atendieran.

Ya no era yo; era un idiota lamentable, digno de pena.

Conduje mucho tiempo hasta llegar a la residencia de Massimo. No hizo falta pedir que abrieran el portón; al reconocerme, los empleados lo abrieron de inmediato. Pero hoy no venía como el

yerno exitoso y poderoso de Massimo. Venía como el hombre que trae el caos, la personificación del terror.

El chillido de los frenos sonó alto cuando me detuve bruscamente ante la entrada principal. Detrás de mí, tres coches estacionaron en secuencia. Bajé y me acomodé el saco empapado. La lluvia que me corría por el cuerpo era insignificante frente a la furia que me consumía. Todo el vino ingerido parecía no surtir ya efecto; la sangre me hervía, alimentada por lo que crecía dentro de mí.

—Despidan a todos los empleados, incluidos los guardias. Nosotros tomamos el control —dije con autoridad—. Informen que recibirán un bono por sus servicios.

Los soldados, liderados por Giovanni, asintieron y se dispersaron por la propiedad, cumpliendo mi orden sin dudar.

Volví la atención a Aurora, aún inconsciente. La tomé en brazos; su peso ligero se acopló a mí. La lluvia se deslizaba por su rostro pálido, mezclándose con mechones enmarañados. Subí los escalones hacia la puerta principal y, antes de alcanzar el picaporte, la puerta se abrió, revelando a Massimo, con una mezcla de sorpresa y aprensión en la cara.

—¿Qué está pasando? —preguntó, con los ojos muy abiertos, alternando entre mi rostro y Aurora en mis brazos. Estaba tan sorprendido como asustado.

Lo miré con desprecio.

—Te devuelvo a tu hija —respondí con voz seca.

Massimo dio un paso atrás, claramente tomado por sorpresa.

—Vincenzo, es un malentendido. No hay necesidad de tanto alboroto… —dijo, con la voz levemente trémula, buscando una salida diplomática.

Me planté frente a él.

—No te atrevas a explicarme, Massimo —mi tono creció—. No toleraré ni una palabra más que salga de tu boca.

Sin esperar, crucé la sala con Aurora en brazos. Miré alrededor, buscando un lugar adecuado para acostarla.

—¿Dónde está su habitación? Llévame —mi orden fue clara, inapelable.

Massimo pasó delante y caminó a prisa por los pasillos. Lo seguí de cerca hasta un dormitorio donde acosté a Aurora con cuidado, pero sin la ternura de antes. Era un puñado de luz y sombra, una mujer que ahora personificaba mi mayor decepción.

En cuanto la cubrí con la sábana, empezó a abrir los ojos, parpadeando lentamente, como si la realidad se ajustara a ella.

—Bienvenida de nuevo, esposita —mis palabras salieron afiladas—. Te traje a la casa de tu padre; aquí te cuidarán los tuyos.

Intentó incorporarse, pero el cuerpo le pesaba; estaba exhausta. Su voz salió en un susurro doliente:

—No me dejes aquí, aquí no…

Estornudó, y llevó la mano a la cabeza. Gimió, con la expresión cruzada por el dolor:

—Duele…

La observé unos instantes, furioso por no poder hacer nada. Luego me volví hacia Massimo; mi voz destiló desprecio:

—Ocúpate de ella. Necesita un baño, calor. Cuida de tu hija y de tu nieto —di un paso al frente, acercándome hasta quedar a centímetros de su rostro—. Desde ahora son mis prisioneros. No saldrán de aquí hasta que yo decida cómo vengarme.

Gruñí las últimas palabras y, sin esperar respuesta, salí del cuarto; la mente me hervía con pensamientos caóticos.

Mientras bajaba las escaleras, pensaba en Aurora y Massimo trabajando juntos para engañarme. Cada palabra de aquella grabación seguía martillando, repitiéndose como una pesadilla sin fin.

No es hija de Isabella. No es nieta de Marco.

La bilis me subió a la garganta. Todo mi mundo parecía venirse abajo; mis certezas, pulverizadas una a una.

Me hicieron un idiota. Planearon cada detalle, creyendo que podrían manipular al Don de la Cosa Nostra.

Apreté los puños al recordar la voz de Aurora en la grabación. Su "confesión", tan directa, tan cruel:

«Lo engañé. Voy a quedar embarazada».

El golpe fue certero. Jamás me había sentido tan traicionado. Era una herida que iba más allá de la rabia, un tajo en el alma.

Aurora… la mujer que fue mi luz, ahora era mi oscuridad más profunda.

Necesitaba tiempo para pensar, para digerir el veneno en mis venas. Pero algo era seguro: esto no acabaría así. La venganza sería implacable y me encargaría de que sintieran el peso de mi furia.

—Saquen a todos los empleados y vigilen cada segundo de esta maldita familia, hasta nueva orden —instruí a Giovanni antes de girar la llave del coche y conducir sin rumbo.

AURORA Colombo

Esto no podía estar pasando. El cuerpo me temblaba y la mente giraba en círculos, perdida entre el dolor y la humillación. Estaba de nuevo en manos del hombre que debía protegerme, ser mi puerto seguro. No era justo. Nada de esto era justo. Vincenzo era el monstruo que temía, pero Massimo… él era el verdugo que me acechaba en las sombras. Preferiría la muerte a seguir viviendo así.

—Dime, Massimo, ¿qué maldita enfermedad tengo que me roba la paz, que no me permite actuar con dignidad? —la voz áspera se me escapó de los labios.

Me incorporé de la cama con esfuerzo, el cuerpo aún débil y tambaleante.

Massimo estaba junto a la ventana, observando los movimientos de afuera tras la cortina. Soltó una risa amarga antes de volverse; su mirada destilaba desdén.

—Estamos jodidos y ¿tú preocupada por tu enfermedad? —arqueó las cejas, como si mi pregunta fuera el colmo del absurdo.

No quería oír nada más. Sus palabras eran veneno y yo ya estaba llena de él. Lo ignoré y caminé hacia la puerta. Cada paso me costaba, pero necesitaba salir. Necesitaba aire.

Antes de tocar el picaporte, sentí un tirón brusco en la muñeca. El cuerpo me giró con violencia y, de pronto, estaba cara a cara con Massimo. Su mirada era puro odio y, antes de reaccionar, llegó el impacto: una bofetada fuerte y cruel que me ardió en la cara; trastabillé hacia atrás, paralizada un segundo.

—¡Inútil! —rugió, con la voz cargada de furia—. ¡Lo echaste todo a perder!

Massimo avanzó antes de que pudiera recuperarme. Sus dedos se enredaron en mi cabello y tiró de él con saña. Me empujó y caí al suelo con un golpe doloroso.

—¡Para! ¡Vas a matar a mi hijo! —grité, tratando de protegerme el vientre con las manos, pero la voz me salía ronca y baja.

No me oyó. Massimo pateó mis piernas con violencia, cada golpe me arrancaba gritos mudos. Me encogí cuanto pude, intentando hacer de escudo entre sus ataques y mi vientre.

—¡Nos va a matar! —bramó Massimo, con los ojos encendidos por una locura que nunca le había visto—. ¡Arruinaste nuestra vida!

Los golpes siguieron, implacables, mientras yo me aferraba a la poca fuerza que me quedaba. Cada patada era el recordatorio de lo sola que estaba, abandonada por todos, incluso por el hombre que debía amarme, que debía confiar en mí.

Las lágrimas se mezclaban con la sangre que me corría de la boca, pero me negué a rendirme. Sobreviviría. No por mí, sino por el pequeño ser que llevaba dentro. Mi hijo me necesitaba.

«Aguanta, mi hijo».

Con un último grito, reuní todas mis fuerzas y empujé a Massimo lejos. Tropezó, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, inconsciente. Aproveché para arrastrarme hacia la puerta; la visión nublada, los miembros exhaustos, pero la determinación intacta.

—Voy a salir de aquí… —susurré entre sollozos, débil pero firme. Nadie me impediría proteger a mi hijo.

VINCENZO De Luca

Puse la música del coche al máximo y dejé que latiera en el interior mientras tragaba el humo del cigarrillo, sintiendo el ardor llenar mis pulmones. La mezcla de nicotina y rabia era lo único que necesitaba para intentar poner la cabeza en su sitio.

El móvil vibró en el bolsillo, cortando el alivio breve.

—Maldición… —murmuré, apretando el volante antes de alcanzar el aparato.

En la pantalla, un número desconocido. Fruncí el ceño. Podía ser cualquiera, pero esa noche, si alguien buscaba problemas, yo estaba dispuesto a entregarlos sin que se esforzara. Bajé el volumen.

—Vincenzo, ¿te gustó el regalito que te envié? —la voz femenina sonó al otro lado, suave y provocadora.

—Así que fuiste tú —respondí seco, con desprecio.

—¡Claro! ¿Quién más haría todo por ti? —Amanda rió quedo; el sonido me irritó más.

—Gracias.

—Necesitabas saber que tu esposa es una zorra interesada, una mentirosa, una oportunista y…

—Ahora ya sé todo eso, Amanda —la interrumpí, con la voz cortante y un toque de ironía—. Y me gustaría agradecértelo como corresponde.

Una sonrisa perversa me cruzó los labios.

—Sabía que estarías agradecido. Un hombre de tu nivel no haría otra cosa; por eso no descansé hasta poder demostrártelo —replicó, presuntuosa.

—¿Dónde estás? —pregunté, asumiendo un tono más suave, casi seductor.

—¿Necesitas consuelo? —provocó, con una risita baja.

—Sí, necesito desestresarme —dije, aún sonriendo.

—Estoy en mi apartamento; ya sabes dónde.

—Me daré una ducha y voy. Espérame sin ropa interior —corté.

Apagué el teléfono y pisé a fondo. Subí la música; el motor rugió. Apreté una última calada del cigarro y lo apagué en el cenicero del tablero. Con la carretera delante, puse rumbo al destino. Amanda sería el siguiente capítulo de la noche caótica.

—¿No llevas ropa interior? —pregunté en cuanto Amanda me abrió la puerta, con la voz cargada de sarcasmo.

—Sin bragas ni nada debajo del abrigo —respondió, con una sonrisa seductora mientras se aferraba a mi cuello. Cerré la puerta tras de mí con un suave empujón; el clic del pestillo resonó en la silenciosa habitación.

Me excitaba la idea de desahogarme, y Amanda sería el comienzo perfecto. Pero mi mente estaba lejos de cualquier deseo genuino; era una mezcla de ira, adrenalina y el placer perverso de tener el control.

Sin perder tiempo, la empujé hacia atrás con un movimiento brusco, haciéndola tambalearse ligeramente, y saqué el arma de mi cintura con un solo movimiento fluido. La punta del cañón brilló en la tenue luz del apartamento, y la expresión de Amanda cambió al instante. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida, y la sonrisa se desvaneció de sus labios mientras miraba fijamente el objeto mortal en mi mano.

—¿Qué pasa, Vincenzo? —preguntó con la voz entre el nerviosismo y la confusión.

Sonreí de lado, una sonrisa que no contenía ninguna amabilidad.

—Siéntate ahí y abre las piernas —ordené, apuntando el arma hacia el sofá cercano, en voz baja pero llena de autoridad.

Dudó un segundo, respirando con más fuerza mientras sus ojos oscilaban entre mi rostro y el arma. Luego, con una risa nerviosa, intentó ocultar su evidente miedo.

—Vaya… la cosa se pone interesante, ¿no? —murmuró, forzando un tono burlón, pero su rostro aún pálido delataba el miedo que crecía en su interior.

Amanda creía que sabía con quién estaba tratando, pero hoy le mostraría exactamente lo que significaba cruzarse con Vincenzo De Luca.

Se sentó en el borde de la silla, vacilante, pero con una expresión seductora. Sus ojos se encontraron con los míos con ese brillo travieso que, en otras ocasiones, me habría hecho sacar la polla sin dudarlo.

—Eso es, abre más las piernas —ordené, moviendo el arma en un gesto imperioso.

—Así que es verdad... eres un hombre increíble —murmuró, casi gimiendo mientras miraba el frío metal—. ¿Cosa Nostra, verdad? Vaya…

Mi mirada permaneció fija en ella, inexpresiva.

—¿Se lo diste a Massimo solo para averiguar algo sobre mi esposa? —pregunté, cruzándome de brazos, con voz gélida y llena de desdén.

Amanda arqueó una ceja, sorprendida por el repentino cambio de tema.

—No me acosté con él, solo fui su secretaria —respondió, tratando de mantener un tono firme, pero la vacilación en su voz era innegable.

—¿Creías que me sacarías algo averiguando algo sobre ella? —repliqué, inclinándome ligeramente hacia delante.

—Era lo correcto —dijo con una sonrisa nerviosa—. En el fondo sentía que no servía para nada, que era una mentirosa, una perra egoísta…

Mi rostro permaneció impasible, pero cada una de sus palabras avivó el fuego dentro de mí.

—Por suerte para ella, lleva a mi hijo en su vientre —dije lentamente, asimilando las palabras—. Así que no puedo hacerle nada. No físicamente. Pero tú… —me encogí de hombros, con una sonrisa cruel dibujando la comisura de mis labios.

Amanda instintivamente retrocedió, cerrando las piernas.

—¿Qué quieres decir? —murmuró, su voz ahora revelaba miedo.

—Nadie se burla de mí, Amanda. He matado por mucho menos. Y lo que intentaste hacer está más allá de todo lo que puedo aceptar.

—No hice nada, solo te hice un favor, Vincenzo. Solo quería protegerte…

—Mentiras y más mentiras… —la interrumpí, y mi voz grave resonó por la habitación—. ¿Sabes qué me gusta de ti, Amanda? Que cada vez que mientes, la pequeña chispa de lástima que empiezo a sentir por tu patética existencia se desvanece.

—Vincenzo, por favor, yo…

—Abre las piernas —ordené con voz seca.

—Pero…

—¡Ahora! ¡Ábrete bien ese coño, maldita sea! —exigí, sin dejar lugar a objeciones.

Obedeció, visiblemente sorprendida, pero aún intentando mantener cierta compostura. Sus ojos se posaron en mi cintura, intentando interpretar mis intenciones, buscando en mi polla una pista de que pretendía poseerla.

Le agarré las piernas con fuerza, sujetándolas. La punta de la pistola se deslizó sobre su piel con mesura, y el contraste entre el frío metal y su piel cálida la hizo estremecer.

Amanda cerró los ojos, intentando perderse en alguna fantasía que transformara el miedo en placer.

—Mírame —ordené en voz baja pero llena de autoridad.

Sus ojos se abrieron lentamente y se encontraron con los míos. Estaba vulnerable, completamente a mi merced, y así era exactamente como quería que se sintiera.

—Haré lo que sea para tranquilizarte, Vincenzo. Soy capaz de cualquier cosa por ti —murmuró Amanda, con la voz cargada de desesperación, mientras sus ojos suplicantes buscaban en mí un atisbo de compasión.

Ella no lo encontraría.

CAPÍTULO 30 - Todo

VINCENZO De Luca

—Hoy es tu último día —dije fríamente, presionando la punta de la pistola contra la entrada de su coño expuesto, sin apartar la vista de su rostro.

Ella jadeó y el pánico finalmente se apoderó de cada una de sus células.

—¿Qué haces? ¿Hablas en serio? —Le temblaba la voz, pero intentó mantener la compostura—. ¿Vas a matar a una mujer? ¡Eso es una bajeza, Vincenzo! ¡Un hombre como tú… es un cobarde!

Me incliné ligeramente y hablé en voz baja y peligrosa.

—¿Cobardía? —Solté una risa seca—. ¿Crees que eso es cobardía, Amanda?

—¡Sí! —casi gritó, y su miedo se convirtió en algo parecido a la indignación—. ¿Matar a una mujer indefensa? Tú no eres esa clase de hombre.

Mi sonrisa fría y calculada apareció, pero no había humor en mis ojos.

—No soy un hombre, Amanda —susurré—. Soy el Don de la Cosa Nostra.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, pesadas e implacables.

—¿Y sabes lo que eso significa? —continué con tono gélido—. Para mí, los traidores no tienen género, ni defensa, ni perdón.

Ella negó con la cabeza, las lágrimas corrían por su rostro, pero permaneció en silencio, como si se diera cuenta de que cualquier palabra podría sellar aún más su destino.

—Eres una mentirosa, astuta, una mujer que intenta controlarlo todo usando ese coño barato como herramienta —declaré con desprecio.

Amanda intentó retroceder, pero no tenía adónde ir.

—Vincenzo, por favor, escúchame…

—Tu sentencia ya fue dictada —interrumpí en voz baja, casi un susurro—. Y ahora entenderás lo que significa cruzarte con un Don.

Mi dedo rozó el gatillo mientras mi mirada permanecía fija en la suya, esperando su reacción.

—Tu esposa te miente, intenta estafarte, ¿y soy yo a quien quieres matar?

—Exactamente. —Una fría sonrisa se dibujó en mis labios al presionar la punta de la pistola contra su coño—. ¿Y sabes por qué? —Me incliné un poco, acercando mi rostro al suyo—. Entre tú y yo, te voy a contar un secreto. Solo porque sé que no tendrás la oportunidad de contárselo a nadie. ¿Quieres saberlo?

Ella dudó por un segundo, pero el miedo en sus ojos la hizo responder rápidamente:

—Sí.

—Aurora… —murmuré, dejando que mi tono transmitiera todo el peso de las palabras que venían—. Aurora es la única persona que puede pisotearme, y yo jamás podría hacerle daño.

Vi la confusión en los ojos de Amanda mientras trataba de procesar lo que acababa de decir.

—Así es. —Me incliné más cerca, con un tono más sombrío—. Me siento débil, porque lo correcto sería meterle una bala en la cabeza y hacer justicia. Pero no puedo. Nunca lo haré.

Los ojos de Amanda se abrieron, sorprendida por la confesión.

—¿En serio? —murmuró, con voz apenas audible—. ¿La… la amas?

Me reí, pero no había humor en el sonido.

—No lo sé… Quizás… —Me enderecé, apartando un poco el arma—. ¿Pero ahora entiendes por qué estoy tan furioso contigo?

—¿Furioso conmigo? —repitió, incrédula—. No es culpa mía que ella no sirva…

—Estoy furioso contigo porque no descansaste hasta destruir mi felicidad —la interrumpí—. Me lanzaste verdades dolorosas y difíciles de digerir. Verdades con las que simplemente no sé cómo lidiar.

Amanda dejó escapar una risa amarga y su coraje aumentó momentáneamente.

—¿Así que preferías vivir engañado por una mentira que te hiciera feliz? —Se rió, con un sonido seco y cortante—. Vincenzo, estás siendo patético.

Mi expresión se endureció y mis dedos apretaron con más fuerza el mango de la pistola.

—Odio las mentiras, Amanda. —Mi voz salió como un gruñido, fría y definitiva—. Pero por mucho que lo intente, no puedo odiar a Aurora, lo que me obliga a dirigir mi odio hacia ti.

—¿Peleaste mucho con ella? —preguntó, mirándome con un gesto curioso y penetrante.

—Sí, peleamos bastante. Ahora ya no finge amarme; simplemente me odia y niega lo que escuché directamente de su propia boca. Se hace la inocente. El problema es que sigo creyéndole, y lo único que me mantiene firme en mi decisión de alejarme es mi orgullo.

—Vamos a resolver esto, ¿de acuerdo? —dijo, moviéndose incómoda en la silla.

—Te agradezco la sesión de terapia, pero vas a morir y quiero que lo sepas —respondí con una sonrisa fría y amenazante—. Vamos, empieza a rezar. En cualquier momento podría apretar el gatillo y acabar contigo.

—¿De verdad va a pasar esto? ¿Voy a morir hoy? —preguntó, con voz temblorosa, revelando el miedo que yo quería ver cada vez más

en ella.

—Claro que sí. Mi palabra no es vacía. Solo te hablo para crear ambiente, ¿entiendes? Para saborear más el momento.

Empezó a reírse sin control mientras las lágrimas corrían por su rostro. La mezcla de risa y llanto solo aumentó mi irritación.

—Vincenzo, tengo una sorpresa para ti antes de que hagas alguna estupidez, pero primero tienes que prometerme que no me matarás —dijo, intentando recomponerse.

—Ahora me has enfadado aún más —respondí, manteniendo la sonrisa y sin apartar la pistola que todavía sostenía—. Vamos a negociar: si logras convencerme con esa sorpresita, te mato hoy mismo, sin rodeos. Pero si me engañas, si intentas burlarte de mí, te mataré lentamente, descuartizándote y echándote a mis perros. ¿Qué te parece?

En ese momento empezó a llorar sin control, sollozando con desesperación.

—No quiero morir, por favor —suplicó con la voz quebrada.

—¿Cuál será tu decisión? ¿Me sorprenderás o debo alimentar a mis perros? —pregunté con los ojos fríos y sedientos.

—¡Por favor, por favor! —repitió, con el desespero marcado en cada palabra.

—Uno… dos… tres… —Conté lentamente, aumentando la tensión.

—Yo… —empezó a decir, pero dudó.

—¿Qué? —pregunté impaciente.

—Hice un montaje, hice algunos cortes. Por favor, perdóname, me convierto en tu esclava —suplicó desesperada, con la voz temblorosa.

—¿Montajes? ¿Cortes? —respondí, retirando un poco la pistola y prestando más atención a lo que decía.

Exhaló pesadamente y cerró las piernas, como si intentara protegerse.

—Grabé la conversación de Massimo con Aurora, pero no fue exactamente como la escuchaste —dijo, con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo fue? —pregunté, curioso y aún desconfiado.

—Te voy a mostrar la grabación original, te la voy a mostrar —dijo señalando el celular que estaba sobre la estantería.

Me acerqué y agarré el teléfono. Mi corazón empezó a latir con fuerza, golpeando con ansiedad.

Estaba totalmente alterado. Ese mismo día descubrí la mentira, el embarazo y, además, estaba a punto de descubrir que… ¿todo había sido una trampa? ¿Sería posible?

—Aquí está la grabación original. Escúchala —dijo con voz cargada de esperanza.

Le indiqué que la reprodujera, volví a colocar el arma entre sus piernas y empecé a escuchar con atención. Mi corazón latía acelerado; una mezcla de miedo, ira y traición me devoraba por dentro. ¿Cómo pude haber caído en esta trampa?

"¿Qué crees exactamente que encontrarás, Aurora?" Era la voz de Massimo.

"No quiero encontrar nada, solo saber más sobre mi abuelo." Respondió Aurora.

Mientras escuchaba, una oleada de rabia me invadió. Me sentía impotente y furioso por haber sido manipulado de esa manera.

—¿Qué crees exactamente que vas a encontrar, Aurora? —era la voz de Massimo.

—No quiero encontrar nada, solo saber más sobre mi abuelo —respondió Aurora.

Con cada frase, mi rabia aumentaba.

—¿Has tenido una conversación esclarecedora con tu marido? ¿Ya aclararon todos los puntos? —continuó Massimo.

—Ahora te entiendo, papá. Entiendo por qué nunca te sentiste realizado en la vida. Fuiste una decepción para la familia de mi madre. Por tu culpa la marginaron, la repudiaron, porque eligió involucrarse con un fracasado como tú —replicó Aurora.

—Aurora, si yo fuera tú, me trataría con más respeto. No tienes idea de lo que pasé. No sabes todo lo que hice por ti, cuánto arriesgué para que tuvieras la vida que tienes ahora —retrucó Massimo.

—¿Y qué hiciste exactamente por mí, papá? Porque hasta ahora lo único que veo es cuánto destruiste, no lo que construiste —contestó ella.

—Vincenzo solo está contigo porque cree que llevas la sangre de los Colombo. Así que, si eso es lo que te hace sentir poderosa, olvídalo, muchacha. No eres más que una bastarda y lo sabes —escupió él con desprecio.

—Ni siquiera sé por qué sigo intentando hablar contigo. Solo dices tonterías —dijo Aurora, cortante.

—No eres hija de Isabella, por lo tanto no eres nieta de Marco. No tienes la sangre de la Cosa Nostra —insistió Massimo.

—Soy tu copia, por más que lo odie. Soy tu versión femenina, así que no soy adoptada —le respondió ella, desafiante.

—Eres mi hija, sí, pero no con Isabella. Ella no lo sabe. Nadie lo sabe. Es el secreto que cargo, Aurora. Y por eso necesitamos trabajar juntos, para que nada de lo que luché se pierda —confesó Massimo.

—¿Qué? —susurró Aurora, incrédula.

—Queda embarazada de Vincenzo. Asegura un heredero y así estaremos garantizados.

—¿Quedarme embarazada? —repitió ella, indignada.

—Solo así estableceremos nuestra sangre en este imperio, Aurora.

—Me quedaré embarazada, sí, papá, pero porque Vincenzo y yo nos amamos, y no por tu patético interés que crees que comparto —respondió Aurora con dureza.

—Ya te dije que Vincenzo está contigo porque cree que tienes la sangre de la mafia. Pero, si descubre que lo engañaste, entonces… —amenazó Massimo.

—Lo engañé, sí, papá. Lo engañé cuando no le conté la verdad sobre el hombre manipulador y egoísta que eres —contraatacó Aurora.

—Solo te cuento este secreto porque quiero que sepas que, cuanto más alto subes, más dura será la caída. Mantén los pies en la tierra, Aurora. Te guste o no, eres mi hija, y eres tan fracasada como yo —escupió Massimo.

—Entonces reconoces que eres un fracasado.

—Sí, y mi mayor fracaso fue no haber podido educarte bien.

La grabación terminó y mis ojos, desorbitados, se clavaron en Amanda.

—¿Ves? Te dije que podíamos arreglar esto —dijo, intentando calmar la situación—. Entiendo que tu amor por Aurora te haga cometer tonterías, como asesinarme, pero ella es inocente. Así que puedes…

La ira y la desesperación de haber caído en esa trampa se transformaron en furia pura.

—Nos vemos en el infierno —respondí con frialdad.

Con agilidad sorprendente, volví a apuntarle el revólver al coño y, sin dudarlo, apreté el gatillo. No podía permitir que Amanda quedara impune, no después de todo lo que había pasado.

El impacto fue devastador y brutal. La bala atravesó su cuerpo al instante, desgarrando piel y músculos con una fuerza implacable. La sangre brotó violentamente de su sexo, goteando al suelo y

manchando el tapizado con una evidencia grotesca de la violencia recién desatada. La sangre también empezó a salirle por los ojos: la bala había alcanzado su cerebro. Sus pupilas, antes llenas de miedo, quedaron fijas en mí con una expresión de agonía eterna y silenciosa.

—Maldita —murmuré, limpiando la sangre del arma con su abrigo.

Un vacío me envolvía, un peso de culpa que ni siquiera merecía sentir.

Aurora era demasiado pura para mí. Maldita la hora en que la traje a mi vida.

Mi mente giraba intentando procesar lo ocurrido. ¿Qué clase de día había sido ese?

Antes de salir del apartamento de Amanda, marqué el número de Enrico. Tras unos segundos, respondió con voz adormilada.

—¿Don? —preguntó, cansado.

—Tienes un desastre que limpiar. Te enviaré la dirección —dije aún temblando por la adrenalina.

—Está bien, Don —respondió él, ya poniéndose en movimiento.

Colgué y volví la mirada hacia Amanda, desplomada en la poltrona, su cuerpo inerte. La sangre seguía manando lentamente, empapando el tapizado.

La escena debería haberme dado satisfacción, pero lo único que sentía era un vacío profundo, una mezcla de desprecio y autodesprecio que me devoraba.

¡Maldita mujer!

Si la hubiera eliminado cuando la despedí, nada de esto habría ocurrido. Pero la verdad era aún más amarga: el verdadero culpable era yo.

Apreté la mandíbula y sentí el amargo sabor de la ira subir por mi garganta. No era solo por Amanda ni por su miserable teatro, era

por mí, por ser lo bastante idiota como para caer en su trampa.

Pasé la mano por mi cara, intentando disipar la sensación sofocante.

Aurora.

Su nombre seguía resonando en mi mente, recordándome lo que había perdido: su confianza, su amor, el hijo que llevaba en su vientre…

Lo había perdido todo.

CAPÍTULO 31 - Vacío

AURORA Colombo

—Gracias, Suzie —agradecí con la voz entrecortada, apretándola contra mí en un abrazo intenso. Sentí sus brazos vacilantes rodear mi cuerpo, como si ella también necesitara aquella despedida.

Suzie era más que una simple cocinera en la casa de mis padres. Detrás del delantal blanco y de la postura sumisa, había una mujer que, en silencio, presenciaba los dramas y bochornos que acechaban a nuestra familia. Sus ojos siempre expresaban un deseo desesperado de intervenir, pero el miedo y las circunstancias la mantenían atada de manos. Hoy, sin embargo, se convertiría en la pieza clave de mi liberación.

—¿Adónde vas, niña? —preguntó Suzie, lanzando miradas rápidas a los lados, como si esperara que mi padre apareciera en cualquier instante—. Si tu padre nos pilla…

El temor en su voz era palpable, pero forcé una sonrisa que no alcanzó mis ojos. Ella no tenía idea del peligro real que había allí.

—No te preocupes, Suzie. Me las arreglo desde aquí. Ya hiciste más que suficiente —mi voz salió más firme de lo que me sentía por dentro. No podía dejar que percibiera la tormenta de sentimientos que me dominaba.

Ella suspiró, su mirada recorriendo las marcas de mis brazos, las mismas que había visto cuando pasó por mi cuarto mientras intentaba huir. Aquella noche había sido un infierno, pero la presencia de Suzie hizo posible el plan que jamás habría concretado sola. Con su ayuda, me disfracé de asistente de cocina y salimos de la casa en el coche de su sobrino, que aguardaba en la puerta lateral.

Los soldados de Vincenzo ahora patrullaban la propiedad como perros de guarda, y los empleados, incluida Suzie, parecían más confundidos que nunca. Sin embargo, el paquete de dinero que cada

uno recibió fue suficiente para comprar su silencio y quitarles las ganas de hacer preguntas.

—¿Llevas dinero? ¿Necesitas más? —insistió Suzie, acomodando el cuello de mi blusa con dedos temblorosos. Su preocupación me conmovía, pero sabía que tenía que partir.

—Estoy bien, Suzie. Jamás olvidaré lo que hiciste por mí —aseguré, conteniendo las lágrimas que amenazaban con caer.

Ella posó una mano en mi hombro, la mirada anegada de emoción.

—Te deseo suerte, niña. Que Dios te proteja y que todo se arregle con tu marido. Las peleas pasan, pero el amor siempre vence.

El comentario me atravesó como un cuchillo afilado. Vincenzo y yo… ¿Amor? Apenas pude responder; así que solo forcé una sonrisa y asentí antes de entrar en el taxi que me esperaba.

Ahora era oficial. Por fin estaba iniciando la vida que siempre deseé: solo yo y mi bebé, que crecía en silencio en mi vientre.

Nadie volvería a oír hablar de mí; no podía arriesgarme. Cambiaría de país, de corte de cabello y de nombre, si era posible, pero no volvería a ser aquella Aurora que tanto sufrió.

Que todavía estaba sufriendo.

Me giré en la cama, acurrucada bajo las mantas, cuando los golpes en la puerta resonaron en la habitación del hotel barato donde me había hospedado para descansar. Suspiré y subí el edredón aún más, como si pudiera esconderme del mundo —o de quienquiera que estuviera allí. No era desinterés; era algo más profundo, una fatiga que pesaba en el pecho y hacía que incluso abrir los ojos pareciera un esfuerzo extremo.

Otra tanda de golpes llegó, ahora más insistente. Intenté ignorarla, pero el corazón me dio un brinco, dividido entre la preocupación y el agotamiento. Los músculos estaban rígidos, y mi mente, una confusión de pensamientos inconexos, casi como si estuviera

anestesiada. Pero en el fondo la alarma estaba encendida: me habían localizado en apenas unas horas.

Me senté en la cama como si una fuerza invisible me hubiera tomado. Fue extraño cómo el cansancio desapareció de golpe, sustituido por un frío en la espalda que me dejó alerta. El corazón martillaba con fuerza, la respiración se volvió corta, casi inexistente, como si me robaran el aire.

—¡Aurora, abre la puerta! —la voz grave e impaciente de un hombre sonó del otro lado, acompañada por golpes que parecían perforar mi cráneo.

Abrí los ojos de par en par y el pánico se apoderó de mí.

—Dios mío… —susurré, con la voz temblorosa como si ya estuviera sentenciada. Lágrimas calientes comenzaron a rodar por mi rostro antes de que pudiera contenerlas; la impotencia me aplastaba con brutalidad.

¿Sería un soldado de Vincenzo? Claro que sí. ¿Quién más tendría interés en irrumpir en mi refugio? Si estaban en la casa de mi padre, solo podía significar una cosa: estaba marcada.

Todo mi cuerpo temblaba, cada músculo tenso, al borde del colapso. Me llevé las manos a la frente y sentí el calor palpitante de la fiebre. Estaba enferma. No solo físicamente, en todos los sentidos. Algo dentro de mí se deshacía, como una cuerda a punto de romperse.

Con las piernas vacilantes, me levanté y caminé hasta la ventana del hotel. La cortina se mecía suavemente con el viento, mientras yo miraba el vacío exterior. Miré hacia abajo, observando la acera distante. No era tan alto, pero suficiente. Suficiente para acabar con todo.

Un pensamiento oscuro cruzó mi mente, rápido y devastador como un rayo. Tal vez la caída aliviara mi dolor para siempre.

El corazón se disparó tanto que parecía a punto de explotar, mientras el mundo a mi alrededor se volvía una niebla fría e inmóvil. Yo no existía, no de verdad. Todo lo que creí ser hasta entonces

había sido moldeado por otros. Ni siquiera el matrimonio, que por un instante creí que era una elección, estuvo bajo mi control. Al fin y al cabo, Vincenzo creía que yo tenía "sangre de la mafia".

«Solo salta», susurró una voz en mi mente, suave y seductora, como si fuera la solución a todo el peso que cargaba. Mis ojos siguieron fijos en el suelo lejano, pero entonces mis brazos abrazaron instintivamente el vientre. No eran solo mis sueños los que terminarían en ese salto, sino los suyos también, los de mi bebé.

Tragué en seco, el cuerpo trémulo de fiebre y agotamiento. Estaba débil, sí. Enferma, exhausta. Pero aún tenía algo por lo que luchar.

El sonido de la puerta abriéndose de golpe me arrancó de los pensamientos. El estruendo retumbó en la habitación, y mi cuerpo reaccionó por puro reflejo. Di un salto involuntario hacia adelante y, antes de pensar, la mitad de mi cuerpo estaba colgando por fuera de la ventana.

El viento frío cortó mi piel y la visión del vacío abajo me llenó de terror puro. El corazón amenazó con detenerse y, en ese instante, una verdad se reveló con claridad devastadora: no quería morir. No realmente.

—¡Ayuda! —grité, con la voz estrangulada por el miedo. Intenté equilibrarme, pero cada movimiento parecía traer la amenaza inminente de la caída.

Mis manos se aferraron desesperadamente al borde de la ventana; el sudor mezclado con el pavor hacía que los dedos resbalaran. El peso de mi cuerpo oscilaba peligrosamente, mientras el miedo a caer se hacía cada vez más real. No podía permitirlo. No podía dejarlo —dejarlo morir conmigo.

VINCENZO De Luca

Pasé el resto de la madrugada en vela, yendo y viniendo por mi galpón como un león enjaulado, incapaz de encontrar paz. En mi

mente, cada pensamiento más oscuro que el anterior.

—Don, ya los mató a todos. ¿Qué seguimos haciendo aquí? —preguntó Marco, vacilante, señalando los cuerpos desfigurados esparcidos por el suelo de hormigón manchado de sangre.

Hombres que, de alguna forma, me habían fallado y, peor aún, a la Cosa Nostra. Sabían el precio de la deslealtad o de la incompetencia, y estaban allí esperando el momento de pagarlo. Ese momento llegó en la madrugada y me aseguré de que fuera inolvidable —al menos para los que lo vieron.

Aún sostenía con fuerza a Antonella, la maza que tantas veces me había aliviado. El mango estaba ensangrentado. En otro tiempo, ver aquel escenario casi habría sido terapia, un alivio para la rabia que ardía en mí. Pero ahora, no.

—Necesito a más hijos de puta para destrozar —respondí con voz baja.

Marco me observó en silencio mientras caminaba hasta el fregadero del fondo. Abrí el grifo, dejando correr el agua fría, y coloqué la maza bajo el chorro. La sangre rojo oscuro se escurría lenta, mezclándose con el agua y desapareciendo por el desagüe.

Los gritos de dolor y desesperación aún resonaban en mi cabeza, pero no bastaban. Ninguno de aquellos sonidos, ninguna expresión de agonía, parecía reflejar lo que yo sentía. Era vacío. Un silencio ensordecedor, tan profundo que ni la muerte lo llenaba.

El timbrazo del móvil de Marco cortó el silencio como un cuchillo. Contestó de inmediato, y el gesto se le tensó al oír la voz del otro lado.

—¿Giovanni? Estaba… ocupado. Sí… ¿qué? ¡Mierda! Vale, se pondrá aún más cabreado, entendido. Chau —murmuró, lanzándome una mirada nerviosa.

Aquellas palabras bastaron para que mis instintos despertaran. Giré el cuerpo despacio, la mirada clavada en él. Marco colgó con un suspiro pesado, claramente incómodo con lo que debía decir.

—¿Qué dijo? —pregunté, dando un paso al frente.

Marco vaciló, rascándose la nuca antes de responder:

—Su móvil no atiende, pero… en fin, Don… parece que hubo una falla.

—¿Falla? —pregunté—. ¿De parte de quién?

—Todos los hombres que están en la casa de Massimo… —empezó Marco, y se detuvo, como si medir las palabras suavizara el impacto.

—¿Necesito seguir preguntando o vas a decirlo ya? —exigí, avanzando otro paso, mi presencia aplastándolo.

Tragó en seco y por fin soltó:

—Su esposa… desapareció. Su suegro fue hallado inconsciente en el dormitorio, con una herida en la cabeza. Está bien, pero…

Mi mente se detuvo un segundo; el peso de las palabras explotó en el aire.

—Me importa poco la salud de ese desgraciado. ¿Cómo que mi esposa desapareció? —mi voz salió como un rugido.

Marco intentó mantener la calma, pero sus ojos lo delataban.

—Ella… huyó.

La rabia burbujeó y mis dedos apretaron instintivamente el mango de Antonella.

—¿Cómo una mujer pequeña consigue huir de decenas de hombres armados? —grité, con un tono que hizo a Marco dar un paso atrás.

—Probablemente se disfrazó y escapó antes de que alguien lo notara…

Levanté la mano, cortando sus excusas inútiles.

—Vamos. No debe haber ido lejos. Quiero a todos buscándola. Cancelen todas las operaciones de mis hombres. Hasta encontrar a Aurora, todo queda paralizado.

Marco parpadeó, sorprendido por la orden, pero la disimuló.

—¿Está seguro, Don?

—¿Estás cuestionando mi orden?

Negó rápido, sumiso:

—De ningún modo.

—Perfecto —zanjé.

Aurora podría haber huido, pero no iría lejos. La encontraría, costase lo que costase. Para bien o para mal, era mía. Ya estaba demasiado jodido, demasiado vacío como para importarme si eso era correcto o no.

AURORA Colombo

—Toma esto, te hará bien —dijo la mujer, extendiéndome un vaso de jugo y una pastilla. Su cabello oscuro enmarcaba un rostro de ojos azules intensos y piel unos tonos más oscura que la mía. Era elegante y esbelta. Era evidente que se trataba de alguien con dinero y audacia.

Miré el vaso con recelo. Ya no estaba en el cuarto del hotel barato donde me había ocultado. Ahora estaba en un hotel lujoso, con una vista imponente y pasillos interminables. Ella y su guardaespaldas me habían traído hasta aquí, lejos del caos que dejé atrás. A diferencia de lo que pensé, los golpes en la puerta no eran de un soldado de Vincenzo, sino del guardaespaldas de ella.

—Creo que ahora ya puedes decirme quién eres y por qué me estás ayudando —dije, aún desconfiada, antes de aceptar el vaso.

—Un médico viene a examinarte —respondió con calma, sentándose a mi lado.

—¿Quién eres? —insistí, con la voz cargada de impaciencia y cansancio.

Me miró directamente, con ojos firmes y serios.

—Soy tu madre.

Mi mente se congeló un instante.

—¿Mi madre? —repetí, con la incredulidad en cada palabra, alzando una ceja por puro reflejo.

Ni siquiera sabía dónde estaba mi madre con la que había crecido. Tal vez escondida por los rincones de la casa, fingiendo no ver nada, como siempre hizo.

—Esperaba el momento adecuado para acercarme a ti —continuó, con voz firme, pero un matiz de vulnerabilidad—. Te he estado observando.

Solté una risa amarga, más por frustración que por humor.

—¿Y decidiste esperar hasta que casi me tirara por una ventana para aparecer? ¿Necesitabas todos estos años? —pregunté, con la voz llena de dolor, como si se hubiera roto una represa.

Ni siquiera sabía si creerle. Todo me resultaba confuso, pero la rabia y el dolor necesitaban un blanco.

—Solo te encontré cuando vi la noticia de tu boda con Vincenzo De Luca. Antes de eso, creí que estabas muerta —dijo, y una lágrima solitaria le resbaló por la comisura del ojo.

Guardé silencio, asimilando sus palabras.

—Yo…

Estaba demasiado confundida, demasiado cansada…

—Massimo me robó de ti, ahora lo sé —afirmó, con la voz temblorosa pero llena de convicción—. Te cambió en aquel hospital; puso a una criatura sin vida en tu lugar, que en nada se parecía a mí, y aun así lloré, sentí el dolor del luto…

El corazón me galopó; cada latido retumbó en mis oídos. Aquello era el colmo de lo surrealista.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —pregunté, sintiendo la ansiedad crecer.

Suspiró, inclinándose un poco para mirarme de frente.

—¿No ves nuestro parecido? —preguntó suavemente—. Puedes ser la copia de tu padre, pero saliste de mi vientre. Eres parte de mí y nadie puede negarlo.

Tragué saliva, pero siguió antes de que pudiera reaccionar.

—Y, además…

—¿Además? —la animé, casi en un susurro.

Extendió la mano y tocó con suavidad el lado de mi rostro, cerca de la oreja.

—¿Ves este lunar pequeño que tienes aquí? —Señaló y, acto seguido, me mostró un lunar idéntico en su propio rostro. Mi mirada saltó a su lunar, el corazón cada vez más acelerado—. Mi abuela tiene uno igual… —murmuró, como justificando lo obvio—. Haremos una prueba de ADN, si necesitas certeza, pero…

—Está bien. Discúlpame —cedí, con la voz quebrada—. Te creo. Massimo me dijo que no soy hija de Isabella…

Sonrió con tristeza; sus ojos brillaron con una mezcla de dolor y alivio.

—La mamá está aquí ahora, hija. Y te va a proteger de todo, sea lo que sea que tengas que enfrentar.

—Ay, no… el dolor vuelve —gemí, sintiendo mi cuerpo debilitarse de nuevo. Ni siquiera tuve tiempo de disfrutar el reencuentro con aquella mujer, mi supuesta madre, cuyo nombre ni sabía.

El pánico empezó a expandirse por dentro. Me incorporé de un impulso; las piernas me temblaban.

—¿Qué dolor? —preguntó, con la preocupación dibujada en los ojos.

—Duele mucho… —murmuré, presionando las manos contra la cabeza, como si pudiera contener la presión a punto de estallar.

Reaccionó de inmediato, se levantó a toda prisa y corrió hacia la puerta.

—¡Dígale al doctor que se apresure! —ordenó al guardaespaldas de guardia.

Sabía lo que venía. Iba a desmayarme otra vez. El mundo ya empezaba a girar, los bordes de mi visión se volvían borrosos. Antes de que todo se oscureciera, una última esperanza cruzó mi mente: ojalá de verdad fuera mi madre… que estuviera allí para ayudarme, y no para destruirme aún más.

El vacío tomó mi cuerpo y fue como caer. Esta vez, sin embargo, alcancé a ver que caería sobre la cama, y entonces todo se apagó. De nuevo.

Cuando abrí los ojos, me vi recostada en una cama de hospital. Las luces blancas arriba eran suaves, pero igual molestaban la vista. A mi lado, la misma mujer que me había encontrado en el hotel estaba sentada con la cabeza gacha. Parecía inmersa en pensamientos sombríos, pero al notar mi movimiento levantó la mirada.

—Tus ojos… —murmuré, con voz débil y ronca—. ¿Has estado llorando?

No respondió de inmediato, pero sus ojos rojos e hinchados lo confirmaban.

—Aurora —susurró, levantándose para acariciar mi rostro con una ternura que me sorprendió—. Todo va a salir bien, ¿sí? Todo va a salir bien. Estoy aquí contigo —su mano buscó la mía y la apretó con fuerza, transmitiendo una seguridad que yo no sentía.

—Estoy bien —intenté sonreír, pero el gesto salió frágil, casi inexistente.

Solo entonces me di cuenta de lo lejos que estaba de estar bien. Todo a mi alrededor seguía girando, como si estuviera en un barco a

la deriva. Mi voz sonaba distante, casi ajena, y el mareo me hacía dudar si realmente estaba despierta.

—Está bien —repitió, intentando mantenerse serena, aunque el miedo le asomaba en la voz—. Estás bien.

—¿Seguimos en Palermo? —pregunté—. Si Vincenzo me encuentra, él…

—Sí —respondió con rapidez, interrumpiéndome antes de que continuara—. No hay tiempo. Tienes que ser operada con urgencia, cariño.

La palabra "operada" encendió cada célula de alerta.

—¿Operada? ¿Por qué? ¿Mi enfermedad es tan grave? Si tomo los comprimidos… calmarán el dolor…

Ella suspiró hondo, con los ojos vidriosos.

—Estás en el mejor hospital, te operará un médico experimentado y todo saldrá bien.

—¿Qué tengo? —pregunté con la voz quebrada, mientras el miedo me inundaba.

Vaciló un momento, buscando las palabras correctas.

—Tienes un tumor en la cabeza que puede matarte en cualquier momento. Está en fase avanzada, y el médico dijo que sigues viva de milagro. Dijo que eres muy fuerte —hizo una pausa, apretando aún más mi mano—. Hará unos exámenes antes de la operación, pero, hasta entonces, debes mantenerte tranquila. No podemos arriesgar que la situación empeore. Todo saldrá bien, pero tienes que mantener la calma. Sé que yo no la tengo; al fin y al cabo, podría perder a mi hija justo ahora que la reencontré, no lo soportaría, así que yo…

Sentí el corazón desbocado y un frío intenso recorrerme. Ella seguía hablando, pero yo ya no escuchaba. Un tumor. Fase avanzada. Un milagro. Las palabras resonaban como una pesadilla de la que no

podía despertar. Estaba viva por poco, y ahora mi futuro dependía de esa operación.

¿Qué más podía ocurrirme? Me lo pregunté, inconsolable.

—Mi bebé… —murmuré, casi inaudible, interrumpiendo sus palabras.

Frunció el ceño, confusa, inclinándose hacia mí.

—¿Qué dijiste, cariño?

Respiré hondo, reuní la poca fuerza que me quedaba y llevé las manos temblorosas al vientre, como protegiendo al pequeño ser que cargaba.

—Yo no puedo morir —susurré, con la voz quebrada—. Estoy embarazada.

CAPÍTULO 32 - Prioridades

VINCENZO De Luca

Dos días después…

—Se nos vino abajo la farsa a los dos, querido suegro —declaré, ajustando mi saco antes de sentarme en la butaca de Massimo. Estaba amordazado y con las manos atadas a la espalda, tirado en la silla frente a mí. El despacho, antes símbolo de su autoridad, ahora era mi dominio. Todo allí estaba bajo mi poder.

Massimo masculló algo, y ni me molesté en entender. No me importaba. Mi paciencia se había agotado. Llevábamos dos días buscando a Aurora sin señal alguna; cada minuto alimentaba más mi rabia.

Ya habíamos identificado a la empleada que la ayudó. Una simple cocinera, desesperada por ayudar a una mujer en sufrimiento. Fue inútil para mi propósito: no sabía dónde estaba Aurora, así que la dejé ir. Al fin y al cabo, quien ayudara a mi Aurora tendría la vida garantizada. Aquella mujer probablemente ya estaba jubilada con la ayuda financiera que le proporcioné: un beneficio eterno por su "buena acción".

Me incliné levemente en la butaca, observando a Massimo con frialdad.

—No necesitamos fingir simpatía —empecé, con desprecio—. Fui cordial demasiado tiempo por respeto a mi esposa, creyendo que ella te amaba. Pero ahora veo que, si te hubiera matado antes, le habría hecho un favor.

Golpeé con los dedos la mesa, con calma, mientras el silencio se posaba como una sentencia inevitable. Massimo lo sabía. Sabía que el final se acercaba.

—No te mato aquí y ahora porque me siento en la obligación de provocarle satisfacción a ella —dije, dejando que el sarcasmo

escurriera—. Quiero hacerlo de un modo que se sienta vengada, ¿sabes? Quiero que lo presencie.

Massimo gruñó algo tras la mordaza, y yo no me molesté en entender. Sus lamentos eran tan irrelevantes como él.

La puerta se abrió y entró Giovanni. Era el único con permiso para interrumpir, siempre con noticias de la búsqueda.

—Don, traigo novedades —anunció, algo ansioso.

—Por fin. ¿Dónde está? —pregunté, enderezándome.

Giovanni vaciló un segundo; suficiente para irritarme.

—No es sobre Aurora, Don… es sobre Donatello.

Se me endureció la expresión.

—¿Qué pasa con Donatello? ¿No está a punto de recibir el alta?

Giovanni agachó la cabeza, como buscando palabras para amortiguar el golpe.

—Hubo una complicación en su cuadro. Necesita ser operado con urgencia.

Solté un suspiro pesado, aflojando el cuello de la camisa, como si eso pudiera aliviar el ahogo.

—Maldición… —rezongué, con la paciencia al límite.

Giovanni continuó, consciente de que no era momento de titubear:

—Sobre Aurora, Don… sigue en la ciudad. Ya verificamos todas las salidas, el aeropuerto, cada cámara, cada punto de vigilancia. No logró escapar. Está sin dinero, al parecer; iniciamos la búsqueda en hoteles.

Entrecerré los ojos, y una sonrisa victoriosa se dibujó en mis labios.

—Entonces estamos cerca. No escapará de mí.

Mi determinación hizo asentir a Giovanni.

—Sigan con la búsqueda. Pongan vigilancia sobre Massimo. Yo me ocuparé del asunto de Donatello —ordené, firme, ocultando el cansancio que solo yo sentía.

Tenía que lidiar con la salud de Donatello. Mi hermano, que creía fuera de peligro, volvía a convertirse en otra preocupación en medio del caos.

Siempre una batalla tras otra.

AURORA Colombo

Dos largos días pasaron entre exámenes interminables y la preparación para la cirugía que, por fin, estaba a punto de suceder. Todo pagado por ella, mi madre, que apareció como un ángel cuando yo estaba en el fondo. Me sostuvo la mano cuando más lo necesitaba, impidiéndome hundirme del todo. No sé dónde estaría sin ella.

No podía recurrir a mi amiga Alessia. Aquellos problemas eran demasiado grandes para que pudiera ayudar. Por ahora, me mantenía alejada. No quería arrastrar a nadie a mi caos.

En esos dos días tuve tiempo de sobra para pensar. Y cuanto más pensaba, más me dolía el pecho.

No entendía el cambio repentino de Vincenzo. Él mismo me había abandonado a mi suerte y me dijo que me fuera, pero después me aprisionó junto con mi padre.

¿Cómo podía un hombre que había sido tan amable, tan cariñoso, capaz de enseñarme mil maneras de sonreír, convertirse en ese monstruo?

Yo había aceptado la vida que él llevaba. Sabía dónde me metía. Así que, tal vez, no tuviera tanto derecho a sentirme injusticiada. En el fondo, sabía que pagaba el precio de mi elección. Acepté seguir amando a un criminal capaz de quitar la vida a alguien, y ahora cargaba con ese peso.

Dolía. Dolía demasiado.

Las palabras que dijo aún resonaban, cortando más hondo que cualquier cuchillo:

«Voy a anular nuestro matrimonio. Será como si nunca hubieras existido en mi vida. No quedará rastro de nuestra unión».

¿Y qué decir de nuestro bebé?

«Un bastardo, igual que tú. Quiero a los dos lejos de mi vista. Tú y ese hijo planeado para darme el golpe».

Lo dijo sin piedad, destruyendo lo que quedaba de mi corazón. ¿Cómo podía creer que yo era ese tipo de persona?

Sus palabras dolían más que cualquier dolor físico. No era solo el tumor en mi cabeza lo que me debilitaba; era el duelo por el matrimonio que me hacía feliz, por la familia que creí que por fin tendría.

—Ya casi es la hora, mamá —murmuré, con la voz temblorosa, mientras esperaba para entrar al quirófano.

—Todo va a salir bien, mi amor —respondió, con la misma certeza que había repetido a cada segundo.

Era su manera de mantener la calma, de intentar transmitirme confianza. La fe inquebrantable de una verdadera madre. En estos días en el hospital nos habíamos conectado de un modo que jamás imaginé posible. Como si siempre nos hubiéramos conocido, como si nunca hubiera habido distancia.

—Por favor, no dejes que se lleven a mi bebé —supliqué una vez más, con las manos temblorosas sobre el vientre.

Lo repetía sin descanso, y ella procuraba tranquilizarme. El médico insistía en que el embarazo debía interrumpirse. «Tu cuerpo necesita enfocarse en la cura», decía, enumerando razones científicas que sonaban a sentencia. Pero yo no podía, no podía permitirlo.

Mi bebé —mi hijito o hijita— era todo lo que me quedaba. Lo único que realmente tenía sentido. Todos los demás planes, todos los sueños que algún día tuve, ahora parecían insignificantes.

Él era mi motivo para seguir luchando, y nadie me haría renunciar.

Al poco entró el doctor en la habitación, Alberto Leone, un hombre de mediana edad, expresión serena y tono suave que intentaba transmitir confianza. Se acercó a la cama y ajustó la bata antes de comenzar a explicar el procedimiento.

—Aurora, quiero que estés tranquila —empezó, pausado—. La cirugía que haremos es una craneotomía. Básicamente, haremos una pequeña abertura en el cráneo para acceder al tumor y extirparlo.

Sentía el corazón acelerarse al oírlo, pero él continuó con calma, como si hubiera repetido esas palabras cientos de veces.

—El procedimiento se hace con ayuda de tecnología avanzada, como la neuronavegación, que nos permite localizar el tumor con precisión milimétrica. Así preservamos al máximo el tejido sano y reducimos los riesgos.

Hizo una pausa, leyéndome la cara, y siguió:

—El equipo está preparado y estás en el mejor lugar para este tratamiento. Así que, Aurora, puedes estar tranquila que…

Antes de que terminara, la puerta se abrió de golpe, interrumpiendo sus palabras y llamando de inmediato nuestra atención.

Volví el rostro hacia la puerta, igual que mi madre y el doctor. Un grupo de hombres entró con paso firme, miradas severas. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Doctor, será mejor que siga mis instrucciones y reajuste sus prioridades. Debe operar al señor Romano antes que a cualquier otra persona —declaró una voz firme e inconfundible que surgía entre ellos—. Es una exigencia.

El corazón se me disparó. Aquella voz… aquella prepotencia, aquella arrogancia…

Abrí los ojos de par en par cuando el dueño de la voz se reveló.

Vincenzo.

¿Qué hacía allí?

Nuestras miradas se cruzaron y el aire pareció congelarse. Vincenzo estaba de pie, con su porte poderoso y los ojos grises fijos en los míos, cargados de… ¿Ira? ¿Frustración? ¿Quizá arrepentimiento? No importaba. Aquella mirada me desestabilizó por completo.

La respiración se me entrecortó y las manos se aferraron instintivamente a la baranda de la cama con toda la fuerza que pude reunir, como si ese gesto pudiera anclarme a la realidad. No podía mostrar debilidad. No delante de él. No más.

VINCENZO De Luca

—¿Cómo que está ocupado? —pregunté, con la irritación evidente, dirigiéndome al gerente del hospital. Tenía las manos cerradas a los lados, pero la voz tronó—. ¡Dígale que soy Vincenzo De Luca, que hago muchas donaciones a este hospital y exijo ser atendido ahora! —exclamé, yendo y viniendo como uno de mis perros enfurecidos.

El gerente parecía incómodo, trasteando papeles sobre la mesa mientras intentaba mantener la compostura.

—Entiendo perfectamente, señor De Luca, pero el doctor Alberto se está preparando para una cirugía de extrema urgencia. El caso del señor Donatello está siendo atendido con la debida atención, pero el doctor debe seguir la lista de prioridades.

Me detuve en seco y me giré hacia él; apoyé las manos en la mesa con fuerza, haciendo temblar algunos papeles.

—¿Me está diciendo que Donatello no es prioridad? —pregunté, con la voz baja y la amenaza evidente.

Tragó en seco; el sudor brilló en su frente.

—Bueno, no, no exactamente… —balbuceó—. Solo digo que, en términos de gravedad, hay otro caso que requiere la atención inmediata del doctor Alberto. Sin embargo, hay otro médico cualificado que puede atender al señor Donatello Romano y…

—El doctor Alberto es el mejor y el más experimentado. Exijo que él opere a Donatello —lo corté, con voz cortante—. O cancelo todas mis donaciones a este hospital.

El gerente se puso visiblemente nervioso, llevándose la mano al cuello del camisa como si se ahogara.

—Por favor, sígame —cedió por fin—. Lo llevaré con el doctor para que hablen personalmente y, quizá, usted pueda persuadirlo.

—Perfecto —respondí, con una sonrisa fría.

Estaba impaciente y de humor insoportable. Mi verdadera naturaleza emergía, como siempre en crisis. ¿Consecuencias? No me importaban. Era el dueño de todo. El más poderoso. Y todos debían inclinarse.

Quería a cada hombre de la ciudad revolviendo cada rincón por mi mujer. Y quería las manos del doctor Alberto operando a Donatello. Así funcionaban las cosas, y nadie, absolutamente nadie, iba a impedírmelo.

Al salir del despacho, mis hombres aguardaban fuera. Sin decir palabra, hice una seña para que me siguieran. No estaba dispuesto a perder tiempo.

Sí, usaría la amenaza más descarada para persuadir al doctor. Donatello no podía esperar. Su vida estaba en riesgo, y nada se interpondría entre mí y la supervivencia de mi hermano.

Seguimos al gerente por los pasillos como hombres de poder en marcha, emanando autoridad e intimidación. Él avanzaba con paso rápido y vacilante, echando miradas furtivas por encima del hombro para comprobar que seguíamos detrás.

Nos detuvimos frente a una habitación y el gerente señaló la puerta con un gesto nervioso.

—El doctor está ahí, hablando con el paciente de extrema urgencia. Arréglese con él, por favor —dijo, bajando la cabeza como un perro sumiso.

Cobarde.

Hice una seña, uno de los míos abrió primero, me dejaron espacio, y entré con paso firme.

El ambiente era silencioso, salvo por el sonido de los equipos. Vi al doctor de pie junto a una cama. Parecía concentrado, pero su cuerpo se tensó al notar mi presencia. Ni me molesté en mirar al paciente. No había tiempo para formalidades.

—Doctor, será mejor que siga mis instrucciones y reajuste sus prioridades. Debe operar al señor Romano antes que a cualquier otra persona —declaré con firmeza—. Es una exigencia.

Pero mi mundo vaciló en el instante en que mi mirada se posó en la figura detrás del doctor. Aurora.

Di un paso atrás, como si la mente se me hubiera congelado. Todo alrededor pareció deshacerse y, por un momento, me hundí.

—Señor De Luca, comprendo que… —empezó el doctor, pero su voz quedó ahogada por el tumulto en mi cabeza.

—¿Aurora? ¿Qué haces aquí? —interrumpí, incrédulo, con la voz firme y los ojos clavados en los suyos. El cuerpo, anestesiado. No esperaba encontrarla allí. No en ese lugar, ni en esa situación—. Doctor, ¿por qué mi esposa es un caso de extrema urgencia? —di un paso hacia él y lo tomé del cuello del guardapolvo antes de que respondiera.

—Yo… —balbuceó, dándome unas palmadas para que lo soltara.

Lo solté rápido, conteniendo la rabia que borboteaba.

—Discúlpeme, doctor —murmuré, pasándome la mano por el cabello, nervioso—. Ha sido un día de mierda y perdí el control.

Volví la mirada a Aurora, pero las palabras se me atascaban. Estaba allí, en una cama de hospital, tan debilitada, y yo no sabía qué decir.

Una verdad incómoda me golpeó: tal vez era mejor alejarme. Tal vez era la única forma de no empeorarlo todo para ella.

—Vincenzo, déjame en paz, por favor —su dulce y cansada voz estaba llena de dolor, como si verme fuera la peor condena.

Antes de que reaccionara, la mujer a su lado intervino:

—Señor Vincenzo, le pido que se retire de la habitación de Aurora.

Ignorándolas, me dirigí al doctor:

—¿Qué tiene? —pregunté—. ¿Perdió a mi hijo? ¿Está bien mi esposa y mi hijo? ¿Por qué está aquí?

El doctor tragó, desvió la mirada y respondió:

—Necesita ser operada con urgencia. Tiene un tumor cerebral que podría llevarla al óbito en cualquier momento.

Sentí el corazón acelerar; mil pánicos me invadieron.

—Entonces llévela ahora mismo al quirófano —ordené, intransigente.

—Sobre el feto… ya he aconsejado a Aurora que… —el doctor parecía a punto de decir algo crucial y sentí casi parárseme el corazón.

—¡Nadie va a arrancarme a mi hijo! —interrumpió Aurora, suplicante y valiente, con las manos sobre el vientre.

La miré, admirado por la fuerza que aún encontraba en medio de tanto sufrimiento.

—Doctor, ha oído a mi esposa —dije, más bajo esta vez—. Los quiero a los dos sanos y salvos. Haga lo que sea necesario. Pero salve a los dos.

Aturdido, no pude decir nada más. El shock, el miedo y la culpa me ahogaban.

—Vigílenla —ordené con voz ronca, sin mirar atrás. Crucé entre mis hombres y salí, caminando rápido por los pasillos.

Necesitaba salir de allí. Me temblaban las manos y tenía la mente hecha pedazos como nunca. Busqué cualquier lugar donde esconderme.

Abrí la primera puerta y entré, sin importarme dónde. Por suerte, era una sala vacía, de archivos.

Cerré de un portazo y me apoyé en la hoja, soltando el aire con fuerza, como si recién pudiera respirar. Me froté la cara con vigor, intentando ordenar los pensamientos y calmar los nervios.

La había cagado. Mi esposa estaba a punto de morir y yo ni siquiera vi las señales. Mientras me hundía en desconfianzas y lo controlaba todo con mano de hierro, caí en la primera trampa hecha para separarnos.

¿Qué clase de líder era? ¿Cómo podía dirigir un imperio si no sabía dirigir mi propia vida?

La culpa ardía como ácido, y sabía que no había excusa para mi ceguera. Aurora merecía más, y yo le había fallado.

CAPÍTULO 33 - Estabilizada

AURORA Colombo

Cuando me llevaron a la mesa de cirugía, sentí que estaba a punto de atravesar un portal. El frío del ambiente me calaba la piel y la sensación de vulnerabilidad era abrumadora. Una película de toda mi vida pasó por mi mente en segundos, cada momento orbitando en torno a aquel instante específico: minutos atrás, en la habitación del hospital, con Vincenzo cambiando de actitud al verme.

Todo había sucedido demasiado rápido. Se vino abajo demasiado rápido. Ahora, mientras miraba el techo blanco y las luces cegadoras, ni siquiera sabía si era capaz de comprender la realidad a mi alrededor.

—Voy a administrar la anestesia, Aurora —dijo el anestesiólogo, pero su voz sonaba lejana, casi como un eco de otro mundo.

Las voces de los médicos y enfermeras a mi alrededor se mezclaban, susurros perdidos entre el zumbido en mis oídos. La luz intensa encima de mí parecía el final de un túnel, y el mundo empezó a deshacerse, como una pintura corrida.

Mis ojos se cerraron lentamente, cada latido de mi corazón más suave. Todo giraba. Mi última esperanza era simple, casi ingenua: que, al volver a abrir los ojos, todo fuera distinto.

—Aurora —oí que me llamaban a lo lejos, mientras sentía toques leves en el rostro. La voz parecía distante, pero insistente—. Aurora, ¿me oyes?

Reconocí la voz del doctor y, con esfuerzo, abrí los ojos. La luz suave de la sala aún me resultaba demasiado fuerte, y él estaba allí, inclinado sobre mí, con una linterna pequeña examinando mi vista.

—Hola, doctor… ¿estoy viva? —murmuré, con una ligera náusea y la cabeza pesada.

—Claro que sí —respondió mi madre, aliviada, acercándose.

—La cirugía fue un éxito —informó el médico con una leve sonrisa—. Removimos el tumor mediante una craneotomía mínimamente invasiva. Utilizamos neuronavegación para mapear con precisión la zona afectada y preservar el tejido sano. El procedimiento también incluyó la cauterización de vasos alrededor para evitar cualquier hemorragia. Todo transcurrió según lo esperado.

—Gracias, doctor —susurré, intentando sonreír, pero sentándome aún muy aturdida para moverme. Mi cuerpo se sentía pesado, como si toda la energía me hubiera sido drenada.

Entonces, un miedo me atravesó.

—¿Y mi bebé… está bien? —pregunté, apretando levemente la sábana.

El doctor asintió, manteniendo el tono tranquilo.

—Sí, el bebé está bien. La cirugía en sí no representaba riesgo para el embarazo, pero tu estado general exigía mucho cuidado. Ahora, no te preocupes. Lo más importante es que te recuperes, descanses y sigas todas las indicaciones para garantizar una buena evolución.

Mi madre apretó mi mano con fuerza, los ojos anegados, y sentí un pequeño alivio en el pecho. Estaba viva. Mi bebé estaba bien. Ahora solo necesitaba concentrarme en recuperarme y seguir adelante.

—Gracias, doctor, le estaré eternamente agradecida —dijo mi madre con una elegancia natural y una gratitud genuina que casi me hizo llorar.

Cuando volvimos a quedar solas en la habitación, giré lentamente el rostro hacia ella, aún sintiendo el peso de los vendajes alrededor de mi cabeza.

—Debo de estar preciosa —bromeé con voz débil.

Ella sonrió y sus ojos brillaron con lágrimas.

—Estás preciosa —respondió con dulzura, mirándome como si fuera lo más valioso del mundo.

Su sonrisa era reconfortante, pero no bastaba para acallar el dolor aplastante que se alojaba en mi pecho. La herida interna seguía abierta, cruel. No era solo la decepción con Vincenzo o con mi padre… sino también con Isabella. Mi otra madre.

¿Ahora todo tenía sentido? ¿El motivo por el cual Isabella nunca pareció realmente preocuparse por mí? ¿Sabía, desde el principio, que yo no había salido de su vientre?

Estaba demasiado débil para llegar a cualquier conclusión. Demasiado vulnerable, perdida en pensamientos sombríos. A mi lado, solo había una mujer que parecía amarme incondicionalmente, incluso habiéndome conocido hacía menos de una semana.

Cosas feas cruzaban mi cabeza, sombras que no podía disipar. ¿Sabía Isabella que yo estaba enferma y, aun así, me desatendió como mi padre hizo siempre?

Ahora que empezaba a sentir el peso y la profundidad de lo que significa ser madre, las fallas de Isabella y Massimo dolían más. La ausencia de amor y cuidado, el vacío que dejaron, nunca fue tan cruel como ahora.

—Tu marido parece preocupado por ti —dijo mi madre suavemente, interrumpiendo el flujo de mis pensamientos—. Mientras estabas en cirugía, ordenó que trajeran tu celular, algunas prendas y dinero.

Por un momento pensé en ignorarlo, fingir que no había oído. Pero aquellas palabras tocaron algo en mí, una mezcla de rencor e ironía.

—Él solo se preocupa por sí mismo —respondí en voz baja y amarga, cerrando los ojos, señal de que no quería seguir con el tema.

El cansancio me pesaba. Estaba exhausta. No solo físicamente, también emocionalmente, y dormir parecía mi única fuga en ese momento.

VINCENZO De Luca

Tres días después…

—A todos los efectos, sigue siendo mi esposa. No voy a anular el matrimonio, no hay motivos —dije con tranquilidad, apagando el cigarrillo en el cenicero y manteniendo la mirada fija en el paisaje de la ventana. A lo lejos, los viñedos danzaban suavemente al ritmo del viento.

—¿Y si ella quiere la anulación, Vincenzo? ¿Se la concederás? —preguntó mi madre, con curiosidad y un leve desafío.

Guardé silencio, apretando la mandíbula. ¿Por qué le encantaba complicarme la vida?

—Aurora me va a perdonar y seguiremos con nuestro matrimonio —respondí firme, sin apartar la vista de la ventana—. Más aún ahora que está embarazada.

—¿Qué cambió? —insistió, más cerca—. Hasta ayer estabas encerrado en este despacho, martirizándote como un loco, creyéndote indigno incluso de pronunciar su nombre.

Suspiré, metí las manos en los bolsillos del pantalón y al fin la encaré.

—Mamá, tú eres la única que lo sabe, así que haz el favor de olvidar ese desliz. Fue un momento de locura —admití, intentando mantenerme sereno, aunque la irritación acechaba.

Ya no estaba al borde, había ordenado mis ideas tras pensar mucho, pero últimamente era difícil conservar la cordura demasiado tiempo.

Me lanzó una mirada perspicaz y enseguida suavizó la expresión.

—Voy a visitarla hoy. A lo mejor puedo allanar el camino por ti.

Negué con la cabeza, cortando su intención.

—Yo hablo por mí mismo. La veré. Déjalo para mañana. He esperado hasta ahora porque el médico avisó que está más estabilizada, más lúcida.

Mi madre arqueó una ceja, pero no insistió.

—No hagas más tonterías, Vincenzo —advirtió, sin hostilidad.

—No volveré a tomar decisiones precipitadas —prometí, volviendo la mirada a la ventana—. Fue una lección.

AURORA Colombo

El mundo parecía suspendido dentro de aquella habitación de hospital. Físicamente estaba mejor, lista para recibir el alta en unos días, pero mi desasosiego crecía sin control. Quería salir de allí. Quería huir de esa prisión blanca y estéril que me recordaba a cada segundo la fragilidad de la vida.

Gracias a tener el celular conmigo, mi amiga Alessia ya se había puesto en contacto y, para mi alegría, estaba entre las pocas personas que venían a verme. En realidad, mi lista de visitas era corta. Alessia y solo ella.

Lara Bianchi, mi madre biológica, estaba exhausta. Sus ojos, enmarcados por ojeras profundas, delataban el esfuerzo que hacía por mantenerse entera. Por la mañana, se sentaba frente al pequeño espejo de su bolso, se maquillaba con manos cuidadosas, intentando disimular el cansancio. Pero las huellas estaban ahí, evidentes, y me provocaban una punzada de culpa.

—Ya te dije que no necesitas quedarte aquí todo el tiempo —me quejé por enésima vez, más cansada de lo que quería sonar—. Mira cómo estás, mamá. Necesitas una buena noche de sueño. Dormir aquí no es lo mismo.

Suspiró, cerró el espejo con un clic suave y se giró hacia mí con una mirada firme, pero tierna.

—Aurora, mi estado no se debe solo a esto. Tengo la cabeza llena de problemas, pero tú y tu bienestar son mi prioridad.

Había algo en su voz que cargaba un peso de verdad y dolor. Lara me había contado su historia, lo que pasó cuando "perdió" a su hija: a mí. Me habló del heredero de la compañía del hospital donde dio a luz usando su seguro, el hombre que la ayudó en su momento más oscuro. Se enamoraron, se casaron y se mudaron a Roma, donde vivían felices con sus tres hijos. Mis hermanos, a quienes pronto tendría el placer de conocer: Carlo, de diecisiete; Claudio, de catorce; y Davide, de apenas cinco. Estaba ansiosa por conocerlos.

Decía que entendía la felicidad de tener un amor. Por eso esperaba que Vincenzo y yo nos arregláramos. Sabía, aunque no lo dijera con todas las letras, que Vincenzo era un criminal mafioso. Pero no lo juzgaba. Lara parecía haber vivido cosas que iban más allá de lo que podía imaginar, cargando secretos que quizá nunca compartiría.

—Mamá, estoy bien —dije en un suspiro, sincera—. Lo peor ya pasó. Me siento fatal de verte así, tan preocupada por mí.

Se acercó, se sentó en la silla junto a mi cama y me tomó la mano entre las suyas.

—Me habrías preocupado mucho más si ese infeliz de Massimo no hubiera hecho la crueldad que nos hizo —dijo con rabia al nombrarlo —. Las madres somos así, Aurora. Lo entenderás cuando nazca tu bebé. Nunca tenemos sosiego. Cuando no es una cosa, es otra.

Los ojos se le humedecieron, pero la sonrisa en sus labios fue dulce.

—Y ahora mismo te garantizo algo: no querría estar en ningún otro lugar.

Increíble, pero estaba ocurriendo.

Su cariño, su fortaleza y su presencia eran un bálsamo en medio de la tormenta que vivía. Aun con todas las preguntas y dolores, en ese instante me sentí agradecida por no estar completamente sola.

Tenía una madre, tenía hermanos, tenía una familia que me habían robado, pero que la vida se las ingenió para devolverme.

—Prometo ser una buena hija y ayudarte a recuperar el tiempo perdido —dije, y me sentí muy bien al hacerlo.

—Con permiso, Aurora, tienes una visita —anunció Bianca, una de las enfermeras que me atendían.

El corazón se me aceleró de inmediato. ¿Sería Vincenzo?

Habían pasado tres días desde la cirugía, y no había aparecido ni una vez. Tal vez por fin hubiera decidido dejarme en paz, seguir con su vida y permitirme seguir con la mía. Pero con Vincenzo, nunca se sabe. Era imprevisible. Un enigma que oscilaba entre la crueldad y la preocupación, y eso me dejaba completamente perdida.

Después de todo lo que hizo —tratarme con frialdad y sin consideración, echarme, convertirme en prisionera—, ¿por qué se tomó la molestia de enviar mi celular y algunas cosas? ¿Por qué insistió tanto en que el doctor me operara y protegiera al bebé, cuando parecía decidido a poner a Donatello como prioridad? Esas preguntas me atormentaban, aunque intentara apartarlas. Tenía que ser fuerte. Tenía que centrarme en mi futuro, en lo que realmente importaba. Vincenzo… era un dolor que no podía soportar pensar ahora.

—¿Quién es? —preguntó Lara, mi madre biológica, con voz firme a mi lado.

—Es la madre de Aurora —respondió Bianca, y vi a Lara tensarse de inmediato.

Se volvió hacia mí, sus ojos buscando alguna señal de si quería o no recibir aquella visita. Dudé un momento, pero asentí despacio. Quizá fuera demasiado pronto. Quizá demasiado tarde. Pero quería hablar con Isabella. Necesitaba enfrentarla y tratar de encontrar un poco de paz, o al menos respuestas.

Me acomodé en la cama, sintiendo aún firmes los vendajes alrededor de mi cabeza, mientras Bianca salía a buscar a mi madre.

Lara se acercó, el rostro ahora más suave, aunque con una tensión visible en los ojos.

—Voy a darte espacio para que hables con ella —dijo con un cuidado protector. Se inclinó y me besó la frente con ternura—. Cualquier cosa, solo llama. Estaré en la puerta.

—Gracias, mamá —respondí con una sonrisa débil, intentando disimular la angustia que se me instalaba en el pecho.

Cuando Lara salió, la habitación volvió a quedar en silencio. Un silencio con una anticipación casi insoportable. No sabía cómo sería la conversación con Isabella, pero algo me decía que sería liberadora.

Cuando entró, sentí su perfume antes que el sonido de sus pasos. Un nudo se me formó en la garganta, apretando con fuerza. Ella era mucho más para mí de lo que quería admitir, aunque nunca se hubiera esforzado por serlo.

—Aurora —me llamó suavemente, acercándose a la cama. Nuestras miradas se encontraron y, por un instante, el mundo pareció detenerse.

Estaba sentada, apretando el tubo del suero con tanta fuerza que los dedos se me pusieron blancos.

—Mamá… —susurré.

Tosió, desvió la mirada. Se la veía incómoda, sin saber cómo actuar ni qué decir.

—¿Cómo me encontraste aquí? —rompí el silencio, ya insoportable —. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Vincenzo os dejó en paz a ti y a papá?

—Vincenzo me dejó ir —respondió con un encogimiento de hombros, una sonrisa cansada curvándole los labios—. No soy alguien relevante. Solo fui usada, Aurora… toda la vida.

Sus palabras me atravesaron el corazón como un cuchillo.

—Lo siento —murmuré, tragando en seco, buscando algo que decir.

Negó con la cabeza, apartando mi compasión.

—La que lo siente soy yo. No pude protegerte… Creí de verdad que tu padre, a su manera torcida, hacía lo mejor por ti, por nosotras. Pero no es el hombre que pensé.

Oí su voz quebrarse y vi la tristeza en sus ojos. Era sincera, y eso bastó para empezar a romper el muro entre nosotras.

—Gracias por venir, por preocuparte —murmuré, con la voz cargada de emoción.

No había dicho mucho, pero, extrañamente, bastaba. Yo ya estaba dispuesta a perdonarla.

—He venido a despedirme —confesó, con una expresión tensa, como si cada palabra pesara.

—¿Despedirte? —pregunté, confundida, con el pecho encogido.

No estaba allí para arreglar las cosas, para interesarse por mí y mis problemas, para ser la madre que debió ser.

—Me voy del país, Aurora. Conocí a una persona hace unas semanas y…

—¿Conociste a una persona? —la interrumpí, intentando entender—. ¿Estás enamorada?

Se sonrojó levemente, desvió la mirada con una pequeña sonrisa.

—Sí.

Guardé silencio unos segundos, digiriendo la información.

—¿Pero tienes que irte del país? —pregunté al fin.

—Él es de Nueva York. Estaba aquí por trabajo y… bueno, aquí no me queda nada.

—¿Estás segura de que ese hombre es confiable? —fruncí el ceño, preocupada.

—Sí, me trata como nunca me han tratado, me da todo lo que Massimo jamás me dio.

Sus palabras sonaron definitivas, despegadas, y el corazón se me apretó.

—Te deseo mucha felicidad, y gracias por despedirte —dije, forzando una sonrisa, con el dolor creciendo por dentro.

—No sabía si venir… si sería bienvenida.

—Has hecho bien —respondí, sonriendo pese al temblor en la voz.

Ahora sería parte de mi pasado, pero, de algún modo, sabía que la echaría de menos para siempre. Extrañaría lo que ni siquiera tuvimos. Un duelo extraño, como llorar por algo que nunca existió y que, en algún lugar del corazón, deseé desesperadamente.

Un murmullo de voces tras la puerta interrumpió mis pensamientos, atrayendo mi atención.

—Quiero ver a mi esposa. Creo que ya le di suficiente tiempo —oí la voz inconfundible. Vincenzo.

Me mordí los labios y todo el cuerpo se me tensó. Nerviosa.

—Vincenzo está ahí —susurró mi madre, Isabella, como una alerta —. Creo que es hora de irme —añadió con leve inseguridad.

Se inclinó, me besó la mejilla y sonrió, pero fue un gesto apurado, casi automático.

—Sé feliz. Volveré a visitarte en el futuro —dijo, acomodándose el bolso y dirigiéndose a la puerta.

La vi salir con pasos rápidos, como si solo hubiera hecho una visita casual a una amiga. ¿Eso era todo? ¿Así terminaba nuestra interacción? ¿Una despedida simple, casi indiferente?

Por un momento me pregunté si el problema era yo. ¿Sería demasiado emocional? ¿Esperaba demasiado de todos?

Pero, antes de hundirme en esos pensamientos, recordé que tenía asuntos más urgentes.

Vincenzo estaba entrando.

¿Y yo? Estaba allí, con la cabeza vendada, conteniendo el llanto que subía a la garganta, cargando el peso de todo lo ocurrido. Me sentía patética.

Sin embargo, estaba firme y decidida respecto a Vincenzo. No tendría espacio en mi vida tan fácilmente. Aunque no supiera qué quería, quizá hablar del bebé y… bueno, él podía ser peligroso, asesino, frío; pero yo seguía siendo una madre dispuesta a proteger a su hijo a toda costa y a enfrentar a Vincenzo o a quien fuera.

—Vincenzo, detente ahí mismo. No des ni un paso más —dije con firmeza en cuanto apareció en mi campo de visión.

Se detuvo al instante y, por primera vez, noté lo distinto que estaba. Su altura casi alcanzaba el dintel, pero su cuerpo parecía más delgado, sus rasgos menos adustos que la última vez.

—Aurora, necesitamos hablar… —empezó, con voz grave, aunque menos rígida que antes.

—No estoy lista. No quiero verte —corté, apretando el tubo del suero.

—Déjame estar a tu lado —pidió, amagando un paso hacia mí.

—Vete… —repetí con la voz temblorosa, pero firme—. No me hagas decirte mil ofensas como la última vez. Porque las tengo, muchas, atoradas en la garganta.

Me observó en silencio unos segundos, sus ojos grises clavados en los míos. ¿Venía a "estar a mi lado"? ¿Después de haberme arrojado lejos de él?

—Pareces dispuesta a no moverte de tu posición, igual que yo no me cansaré hasta que resolvamos esto —respondió con una calma que me irritó aún más—. Te dejaré en paz, respetando el ambiente del hospital, pero después, Aurora, tendrás que oír todo lo que tengo que decirte.

No aparté la mirada; sostuve el pulso del choque.

—Vete —repetí, más firme.

—Me voy —dijo, aunque su expresión revelaba contrariedad. Como si cada palabra le costara.

En cuanto cruzó la puerta y desapareció, me tapé la boca con las manos para contener el llanto. No quería llorar. No otra vez. No por él.

Pero las emociones me golpearon con fuerza. Me había herido de la peor manera, tirando mis sentimientos a la basura, y ahora ¿qué esperaba? ¿Que simplemente escuchara y lo dejara atrás?

Respiré hondo, tragando la pena que insistía en desbordarse. Tenía que ser fuerte. Seguir decidida. Porque, por más que algo dentro de mí reaccionara a su presencia, no podía olvidar: algunas heridas eran demasiado profundas para ignorarlas.

Lara entró; extrañamente, ya me resultaba tan familiar…

—Mamá —dije, soltando el llanto y recibiendo su abrazo.

No necesitaba decir nada; parecía entenderme por completo.

CAPÍTULO 34 - Decisión

AURORA Colombo

Veinte días después…

—Qué corazoncito más lindo —dijo Alessandra, sonriendo a la pantalla del ultrasonido, con un brillo en los ojos que reflejaba la ternura de un momento tan especial. Mi madre, Lara, estaba a su lado, y ambas compartían una mirada de complicidad que parecía cargar años de historias.

Se habían reencontrado en el hospital, cuando Alessandra vino a visitarme. Fue un momento inesperado y cargado de emoción. Alessandra se quedó helada en cuanto vio a Lara a mi lado; su expresión osciló entre el shock y la incredulidad.

—¿Lara? —susurró, con la voz quebrada como si hubiera visto un fantasma.

Lara asintió con una sonrisa tímida, pero con los ojos henchidos de emociones difíciles de contener.

—Sí, Alessandra, soy yo —respondió con suavidad.

Alessandra se llevó la mano al pecho, como si necesitara sujetarse el corazón en su sitio. El reencuentro fue tan intenso que por un momento temí que Alessandra sufriera un infarto allí mismo.

En ese instante, todo cobró sentido para mí. Lara era la amiga de la que Alessandra me había hablado una vez, durante nuestra estancia en el spa. Las piezas por fin encajaban.

Por lo que entendí, el matrimonio de Alessandra y el vínculo de Lara con Massimo habían puesto fin a su amistad. La vida se encargó de separarlas.

Lara, que no tenía lazos directos con la mafia, solo trabajaba prestando servicios en la casa de los padres de Alessandra. Logró alejarse de ese mundo, pero no sin condiciones: la obligaron a

firmar un contrato de confidencialidad, prometiendo silencio absoluto sobre todo lo que presenció durante sus días de trabajo. Y ella sabía el precio de romper un contrato con la Cosa Nostra.

Cuando "perdió" a su hija —o mejor dicho, cuando Massimo se la robó—, Lara decidió que no quería nada más de aquel pasado sombrío. Quiso empezar de cero, lejos de todo y de todos los que pudieran recordarle ese dolor.

Ahora, verlas juntas, hombro con hombro, compartiendo un momento tan delicado e importante para mí, era algo que jamás habría imaginado.

Parecía inevitable. Aunque yo no tuviera la "sangre de la mafia", mi vida siempre estuvo entrelazada con ese mundo, mucho antes de que yo lo supiera. Mi madre ya conocía a la Cosa Nostra mucho antes que yo, y ahora todo tenía sentido. Era como si mi destino hubiera estado sellado desde el principio.

—Es demasiado lindo —exclamó Lara, con la voz cargada de admiración, mientras miraba la pantalla del ultrasonido. El pequeño corazón de mi bebé latía con fuerza y ritmo, un sonido que llenaba el silencio de la sala con ternura y emoción inconmensurables.

Aún no sabíamos el sexo del bebé, pero la expectativa flotaba en el aire. Estábamos las tres ansiosas, cada una a su manera, pero unidas por ese momento casi mágico.

Vincenzo, sin embargo, seguía ausente. Aún respetaba mi voluntad de mantenerlo alejado, lo cual, por ahora, me ayudaba a no alimentar todavía más el odio que ardía dentro de mí. La rabia que sentía era mortal, visceral y difícil de contener.

Ahora, ya recuperada, podía pensar con más claridad, y la indignación hervía en mi pecho al recordar cómo él, sin dudar, me clasificó como mentirosa, falsa e interesada. Creía que yo actuaba junto a mi padre, como si formara parte de un plan sucio. Era tan absurdo, tan cruel, que solo pensarlo me revolvía el estómago.

Seamos sinceras: tenía todos los motivos para odiarlo. Vincenzo había roto mi confianza de manera devastadora, tirando por la borda todo lo que construimos. Pero, al mismo tiempo, empecé a notar algo que me resistía a admitir: no cualquiera tendría la lucidez de oír una grabación —con voces tan claras y convincentes— y sospechar que pudiera estar manipulada.

Pero él debería haberlo hecho.

Él, el hombre al que consideré mi príncipe azul, mi amor, mi todo, debió confiar en mí. Debió mirarme a los ojos y ver la verdad. En vez de eso, eligió tratarme con crueldad, lanzándome palabras duras e implacables que resuenan en mi cabeza noche tras noche.

Los recuerdos de aquel abandono eran un peso constante. No sabía si algún día podría olvidarlo.

Las palabras afiladas como cuchillas, la frialdad en su mirada, el desprecio en su voz… Todo eso aún me perseguía, invadiendo mis noches solitarias en forma de pesadillas. Eran tan reales que, al despertar, mi cuerpo temblaba y el vacío a mi alrededor se volvía asfixiante.

Estaba cansada de luchar contra el dolor. Pero ¿cómo superarlo cuando la persona que más amé fue quien me hirió tan profundamente?

De regreso a casa —un apartamento en el que vivía sola, financiado por mí… o al menos eso me gustaba decir—, pensé en el reciente "milagro financiero". Mi padre, Massimo, había depositado una suma considerable —posiblemente todo el dinero que tenía— en mi cuenta, algo que nunca imaginé que haría. Pero yo lo sabía. Sabía que ahí estaba la mano de Vincenzo. Igual que sabía que Vincenzo por fin había descubierto la verdad sobre Massimo.

Eso lo explicaba todo: el repentino cambio de actitud de Vincenzo hacia mí, sus intentos de protegerme y, claro, el gesto financiero inesperado de mi padre. Era como si Vincenzo estuviera intentando

reparar, a su manera torcida, todo lo que se derrumbó entre nosotros. Inocente, yo no lo perdonaría jamás.

En el camino, paramos en el centro comercial para tomar un café. Los guardias estaban por todas partes, divididos entre los hombres de Lara y los soldados de Vincenzo. Mi vida seguía sin privacidad pero, paradójicamente, me sentía libre de una forma que hacía tiempo no experimentaba.

—Lara, si es niña, yo elijo el nombre. Si es niño, lo eliges tú —dijo Alessandra con una sonrisa traviesa, antes de llevarse un bocado de pastel a la boca.

—Hecho. Estoy segura de que es niño —respondió mi madre, confiada, removiendo perezosamente el café.

Negué con la cabeza, divertida ante la inocencia de ambas. Parecían tan despreocupadas, como si de verdad fuera a pasar.

—Pues quien va a elegir el nombre seré yo —afirmé, tras tragar un pedazo del pastel delicioso que estaba comiendo—. Ustedes ya tuvieron a sus hijos y ya eligieron sus nombres. ¡Con permiso!

Lo dije con falsa indignación, poniéndome de pie mientras las dos reían.

—Necesito ir al baño, ahora mismo. Me estoy haciendo pis —anuncié.

—Tu barriga ni se nota, estás de poco tiempo, y ya vas a cada rato a hacer pis —refunfuñó Alessandra, poniendo los ojos en blanco.

—No seas una abuela entrometida —repliqué, riendo mientras me alejaba de la mesa. Sus carcajadas resonaban a mi espalda, y yo misma me reí mientras me apartaba.

Fingí no notar que uno de los hombres de Vincenzo me seguía y caminé hacia el baño de mujeres, empujando la puerta con calma para darme un instante de respiro lejos de tantas miradas.

Me miré en el espejo, acomodando un mechón detrás de la oreja. Mis ojos reflejaban una mezcla de cansancio y nostalgia, y sabía

que, por más que lo intentara, la sombra de Vincenzo siempre estaba allí, suspendida. Protegiendo… o controlando. Confieso que mi corazón ardía cada noche, dividido entre el deseo de estar cerca de él y la tristeza por todo lo que cambió entre nosotros. Al final, la rabia se desbordaba a cada momento del día, y solo la reemplazaba la alegría de pensar que, en unos meses, tendría un pequeño ser humano en mis brazos, para quien yo sería el sol de su universo. Entonces sí, sería amada de forma exclusiva por alguien.

De pronto, una voz fría y amenazadora quebró mis pensamientos:

—No digas ni una palabra o vas a morir aquí mismo, princesa.

Mi cuerpo se congeló al instante; el pavor recorrió cada centímetro de mí. Sentí que alguien me tiraba del pelo y me tapaba la boca con fuerza.

Intenté gritar, pero solo escaparon sonidos ahogados. El corazón me golpeaba desbocado y la adrenalina corría como fuego por mis venas.

—Vas a hacer todo lo que yo diga si quieres vivir, ¿de acuerdo? —susurró el hombre en mi oído, con voz baja y letal—. Si quieres que tu mamita viva, tendrás que obedecerme.

Las piernas me temblaban mientras me obligaba a mirar la pantalla de un celular. El video mostraba a Isabella, mi madre, amordazada y sentada en una silla. Tenía el rostro ensangrentado; estaba herida y lloraba. El estómago se me revolvió y la sala comenzó a dar vueltas a mi alrededor.

¿Qué estaba pasando? ¿Mi madre no estaba en Nueva York?

—Tu mamita vive si obedeces las reglas; de lo contrario, muere. ¿Qué te parece mi jueguito? —El hombre se burló de mi desesperación, su voz hecha pesadilla—. Voy a soltarte ahora y te vas a quedar muy quietecita, vas a seguir con tu vida con normalidad. Pero esto es lo que vas a hacer: vas a volver a los brazos de tu querido marido y me vas a conseguir un pendrive que está en la caja fuerte de su despacho. ¿Ves qué sencillo es?

Después, tu mamita será libre para encontrar un nuevo amor. Al fin y al cabo, conmigo no fue lo que estaba pensando.

¿Era ese el hombre con quien se había ido?

Me quitó la mano de la boca y me soltó de pronto. Retrocedí al instante, jadeante, con las manos temblorosas y la respiración entrecortada. Estaba aterrada, incapaz de pensar con claridad. Quería gritar, pero no podía. No cuando mi madre estaba en peligro.

—Me pondré en contacto contigo en una semana, a esta misma hora, aquí mismo —dijo, guiñando de forma provocadora antes de señalar que me fuera—. Si no estás, ya sabes… —se hizo un gesto de ahorcamiento en el cuello.

Aún estaba rígida, y caí en la cuenta de que ni siquiera había hecho lo que había venido a hacer. Pero eso era el menor de mis problemas.

Trat é de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Giré la llave a toda prisa y salí corriendo, con el corazón martillando como si fuera a explotar.

—Señora De Luca, ¿está todo bien? —preguntó uno de los soldados de Vincenzo en cuanto pasé por su lado, con el rostro pálido y las manos temblorosas. Tenía que pensar rápido. Ya no era opción dejarme controlar. Ese soldado de Vincenzo estaba allí y debía usarlo en mi favor. Al fin y al cabo, ese era su trabajo, ¿no?

Quizá, si capturaba al criminal, todo podría resolverse más rápido.

—Ahí, en ese baño, hay un enemigo de Vincenzo que quiere un pendrive —dije con urgencia, señalando la puerta—. Está amenazando a mi madre y…

No necesité decir más. El soldado llevó la mano al radio de inmediato y murmuró algo con tono firme antes de avanzar hacia el baño con pasos cautelosos, con la postura impecable de quien sabe lo que hace.

—Salga de aquí —ordenó, con voz baja, cargada de autoridad y seguridad, mientras entraba al baño con el arma en la mano.

No esperé para ver qué pasaba. Corrí de vuelta a la mesa, con el corazón desbocado y la cabeza dando vueltas. Al llegar, Alessandra y Lara ya estaban de pie, visiblemente tensas. Ya sabían que algo iba mal.

—Nos vamos ahora mismo —dijo Alessandra.

Los guardias nos condujeron rápido hacia la salida, intentando disimular la tensión y el pánico. Cada paso fue un reto; mi mente se llenaba de escenarios terribles.

Tenía miedo. ¿Habría tomado la decisión equivocada? ¿Al involucrar al soldado, habría puesto a mi madre en un peligro aún mayor?

Pero lo hecho, hecho estaba. No había vuelta atrás.

Mientras salíamos del centro comercial, intenté controlar la respiración, pero el pecho seguía oprimido por la incertidumbre. Lo único que tenía claro era que debía proteger a mi madre, y sabía que si yo cumplía las exigencias de ese hombre, quedaría más atrapada aún en aquella situación.

¿Era el hombre con quien se había ido por amor? Actuó de manera impensada y…

Que Dios la ayude ahora.

CAPÍTULO 35 - Negociación

VINCENZO De Luca

—Ya está, guapa, siéntate más, así —murmuré entre gemidos bajos, mientras sentía el semen salir casi dolorosamente. Todo mi cuerpo temblaba, abrumado por un alivio temporal, pero mi pecho se llenaba de una inmensa frustración.

Me apoyé en la pared, cerrando los ojos un momento, dejando que el silencio llenara la habitación. Fue un momento vacío, casi patético. Siempre había sido un hombre sexualmente activo, y mis necesidades físicas no dejaban lugar a la negación.

Pero la única persona que mi cuerpo realmente aceptaba, la única que mi conciencia toleraba, era mi esposa. Aurora.

Y ella era inalcanzable. Distante.

Mientras tanto, tenía que lidiar con la realidad. El vacío que dejaba no era solo físico; era un eco que resonaba en mi mente y en mi corazón.

Debería haber estado en cualquier otro lugar a esa hora del día, pero estaba en mi solitaria y maldita habitación, masturbándome y pensando en ella.

Sentía un deseo incontrolable que ninguna otra mujer podía satisfacer. Aurora era el principio y el fin de todos mis deseos, pero mientras ella no estuviera disponible, solo me quedaba la ilusión barata de un alivio fugaz.

Una paja no era suficiente, pero era todo lo que tenía ahora.

Y, sin embargo, al pasar el momento, la frustración regresaba con aún más fuerza. Porque, en el fondo, no era solo mi cuerpo el que la deseaba. Era todo. Mi alma. Mi corazón. Mi mente.

No tuve tiempo de lamentarme mucho, mi celular empezó a brillar sobre la cama. Realmente no podía tener un minuto de paz, ni

siquiera para correrme y frustrarme.

—¿Giovanni? —contesté el teléfono con tono de advertencia.

—Don, venga al galpón siete, es urgente —respondió apresuradamente; el sonido de voces de fondo indicaba que algo estaba sucediendo.

Mi corazón se aceleró.

—¿Qué está sucediendo?

—Alguien interceptó a Aurora en el baño del centro comercial. Tenemos a ese hijo de puta.

Mi sangre hirvió al instante. Apreté el teléfono con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

—¿Está bien? ¿Mi esposa y mi hijo están bien? —pregunté con voz ronca y cargada de preocupación.

El bebé todavía estaba dentro de ella y tardaría meses en nacer, pero cada día que pasaba ya estaba creando escenarios de cómo sería mi vida como padre.

—Sí, Don, están bien.

Dejé escapar un breve suspiro, pero el alivio fue inmediatamente tragado por una rabia palpitante.

—Voy para allá —declaré, terminando la llamada sin esperar respuesta.

Durante los últimos días había estado trabajando mi paciencia, obligándome a controlar los impulsos que siempre me habían dominado. Hasta ahora, Massimo seguía respirando.

Seguía vivo, viviendo bajo mis cadenas en su propia casa.

Pero en ese momento, mientras la ira ardía dentro de mí como un incendio descontrolado, pensé que tal vez mi paciencia había llegado a su fin.

¿Quién se atrevió a tocar a mi mujer y a mi hijo? Ese hombre aprendería, de la peor manera, lo que significaba cruzarse en el camino de Vincenzo De Luca.

Era el maldito primo Caruso. El cabrón llevaba días siguiendo a Aurora, esperando pacientemente el momento perfecto para acercarse a ella. Era lo suficientemente astuto como para pasar desapercibido, pero le faltaba la inteligencia para afrontar lo que vendría después.

—Creí haber dejado claro qué les pasa a quienes me traicionan —empecé en voz baja y fría mientras me acercaba—. De verdad que no tienes ni una pizca de honor.

Me desabroché la camisa y me la quité lentamente. No quería ensuciarla con lo que estaba a punto de suceder.

—La zorra de tu esposa es aún más estúpida de lo que pensaba —se burló, con una sonrisa torcida y desafiante en los labios—. Pensé que tendría miedo suficiente para obedecerme y salvar a su madre, pero la muy tonta decidió recurrir a ti, eliminando así cualquier posibilidad de que sobreviviera.

Se rió, un sonido cargado de burla, pero sus ojos revelaban otra cosa: un pánico enmascarado.

—Sí, esa perra de Isabella moriría de todas formas, a mis manos. Pero ahora… ahora morirá a manos de mi primo, y él es mucho más creativo que yo. Porque él va a…

Antes de que pudiera terminar, levanté la mano, interrumpiéndolo con un gesto brusco.

—Iba a usar a mi querida compañera Antonella —comenté, tomando el mazo y acariciándolo como si fuera una obra de arte—. La adoro porque hace que el trabajo sea más desordenado y divertido.

Su sonrisa torcida vaciló por un segundo. Sabía que Antonella significaba dolor. Mucho dolor.

Pero en vez de usarla, guardé el mazo junto a mis otras armas y tomé un machete. Su peso se sentía perfecto en mi mano.

—Esto encajará mejor en mi plan —comenté, moviendo la hoja en el aire y observando cómo el acero reflejaba la luz del galpón.

—No le tengo miedo a nada —espetó, intentando sonar valiente—. Estoy listo para morir.

—¿Quién habló de morir? —pregunté, con una sonrisa maliciosa en los labios. Mi tono dejaba claro que debía estar mucho más preocupado de lo que fingía.

—También soy muy creativo, ¿sabes? —continué, dejando que la punta del machete raspase el suelo de cemento—. Y cuando me enojo, mi creatividad alcanza niveles sorprendentes.

—Intenta sorprenderme —lo desafió de nuevo, pero el sudor ya le corría por el rostro.

—Es muy sencillo, no lo mantendré en suspenso —dije con calma—. Opción número uno: me dices lo que quiero saber, liberas a Isabella y mueres de un tiro en la cabeza.

Se rió, una risa amarga y burlona que resonó en el galpón vacío.

—Opción número dos: te niegas a negociar conmigo. Entonces, con este machete, te cortaré el pie izquierdo y te repetiré la oferta. Después, será el derecho. Después, tus manos, tus orejas… y seguimos. Tienes todo tu cuerpo para que lo vaya cortando, pedazo por pedazo.

Su risa se apagó. Pude ver el pánico crecer en sus ojos, aunque intentaba ocultarlo con bravuconadas inútiles.

Asentí con la cabeza a Giovanni y Marco, quienes de inmediato le sujetaron el pie izquierdo contra el suelo.

—Te dije que no tengo miedo —gruñó, escupiéndome en la cara como último acto de desafío.

Me limpié el rostro con calma, mirándolo fijamente por un momento antes de continuar:

—Así que, cuando no me quede nada que cortar —susurré, inclinándome para que oyera bien cada palabra—, te convertiré en el patio de recreo de los hombres más enfermos que conozco. Les encantará follarte por el culo, traidor. Les fascina un desastre sangriento. Y cuando terminen, se correrán dentro de tu culo mientras gritas.

El terror finalmente ganó. Gritó, maldiciendo, pero sus palabras ahora estaban cargadas de puro miedo.

—¡Hijo de puta! ¡Te vas a morir! ¡Mis primos van a matar a tu esposa y a tu hijo! ¡Te van a quemar la casa y…!

Lo silencié de un solo golpe del machete. La hoja descendió con precisión, cercenándole el pie izquierdo y dejándolo colgando apenas de un hilo de piel. La sangre brotó a borbotones, manchando el suelo, y sus gritos desgarraron el galpón.

—No me hagas cumplir todo lo que te dije antes de darme lo que quiero —dije con calma, mientras lo veía retorcerse de dolor y perder el coraje.

Apunté nuevamente hacia él con el machete.

—Tienes la opción de morir hoy y ahorrarte años de tortura… o convertirte en la maldita esclava sexual de mis hombres más enfermos. La decisión es tuya.

CAPÍTULO 36 - En el momento de la ira

AURORA Colombo

Dos días después…

No tenía noticias, nadie me informaba nada. Era como si estuviera atrapada en una burbuja de silencio e incertidumbre. Los soldados estaban apostados en peso para vigilarme. Cada vez que abría la puerta del apartamento, ahí estaban: cuatro hombres, serios, con posturas rígidas y ojos atentos.

En ese momento necesitaba respuestas. Abrí la puerta otra vez, el corazón acelerado por la ansiedad.

—¿Mi madre…? ¿Alguna novedad sobre ella? —pregunté, aprensiva —. ¿Vincenzo ya resolvió?

Los cuatro soldados intercambiaron miradas rápidas, pero nadie respondió directamente. Uno de ellos, el que parecía el líder, dio un paso al frente.

—Señora, ¿y usted ya decidió si volverá a su casa? —preguntó, manteniendo un tono respetuoso, pero firme—. El Don nos decapitará si usted sigue aquí y algo ocurre.

Llevaban dos días intentando persuadirme.

—No estoy sola aquí —repliqué enseguida, cruzando los brazos, tratando de parecer más firme de lo que realmente me sentía—. Estoy con mi madre y con sus guardaespaldas.

Mi voz salió más alta y nerviosa de lo que planeaba. Estaba angustiada, y me resultaba difícil mantener la calma.

—Señora, la orden del Don es su seguridad por encima de todo — insistió el soldado—. Él está resolviendo la situación, pero necesitamos garantizar que nada le pase a usted ni al bebé en su vientre.

—Vincenzo debería preocuparse por Isabella, no por mí, ya que es culpa suya que ella haya sido capturada —murmuré, intentando contener las lágrimas que amenazaban con escapar.

—Por favor, señora, regrese a casa. Allí tenemos más control, más seguridad —intentó una vez más.

Negué con la cabeza, rehusándome a ceder.

Cerré la puerta sin dar otra respuesta, apoyándome contra ella mientras sentía el peso del mundo aplastando mis hombros. La culpa era un peso que me consumía, lento pero implacable.

Maldito el día en que me había encantado por Vincenzo. Fue ahí, en ese instante, cuando todo empezó a desmoronarse. Por más que intentara convencerme de que las decisiones eran mías, de que podría haber evitado estar en esa posición, sabía, en el fondo, que Vincenzo era un imán. Y yo, un pedazo de metal atraído sin posibilidad de fuga.

Me dejé caer en el sofá, exhausta, con los pensamientos girando como una tormenta. Lara salió de la sala contigua, su semblante sereno contrastando con mi inquietud. Acababa de colgar una llamada.

—Era el abogado —dijo, dejando el celular sobre la mesa de centro —. Dijo que está avanzando con la causa y, en breve, Massimo será denunciado.

Levanté la cabeza de golpe, sorprendida por la rapidez.

—¿Tan rápido? —pregunté, frunciendo el ceño.

Lara sonrió, un gesto que mezclaba alivio y orgullo.

—Mi marido tenía algunos contactos —explicó, encogiéndose de hombros.

Intenté absorber lo que decía, pero mi mente estaba atrapada en otra cosa, una realidad difícil de enfrentar. Massimo, mi padre. El hombre que debía protegerme, pero que había causado tanto sufrimiento…

—Solo no sé si mi padre seguirá vivo para pagar por todo lo que hizo… —murmuré, sintiendo un nudo apretar aún más mi garganta —. Tal vez ya esté muerto, Vincenzo es… ni sé qué decir. Si lo obligó a depositarme tanto dinero, con seguridad no tiene buenos planes.

Lara se sentó a mi lado, posando una mano suave sobre la mía.

—Aunque esté muerto, su nombre será manchado con esa condena. Incluso muerto, será condenado. La justicia se hará. Y sobre el dinero, ya te dije que apoyo a Vincenzo: todo lo que Massimo tiene es tuyo, y eso no paga ni un uno por ciento de lo que debería darte para compensar todo el daño en tu vida —afirmó Lara, con voz firme y convencida, mientras me observaba atentamente.

Asentí, sintiendo un peso en el pecho que parecía asfixiarme. No quería que él estuviera muerto…

Mi vida estaba envuelta en una oscuridad sofocante. Todo parecía girar en torno a muerte, peligros y decisiones imposibles. No había un instante de paz, un momento en el que pudiera respirar sin sentir las circunstancias sobre mis hombros.

Entonces, sonó mi celular y di un salto, el corazón disparado. Corrí a contestar. Al ver el visor, el estómago se me encogió. Era Vincenzo.

No me llamaba desde nuestra última pelea, desde la separación. En otra situación, quizá habría rechazado.

—Vincenzo —contesté, con la voz apresurada.

—Está hecho. Tu madre está libre. Está siendo atendida en un hospital local y no te preocupes, no volverá a ser molestada.

Sentí mi cuerpo relajarse por primera vez en días.

—Gracias a Dios… —murmuré, con el alivio desbordando en mi voz.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—Estoy llegando a Palermo —dijo finalmente, su voz grave, pero tranquila—. Y creo que ha llegado la hora de que conversemos.

Entrecerré los ojos y solté un suspiro.

—No, si es sobre nosotros, no quiero hablar nada contigo —respondí, antes de colgar.

Me quedé con el celular en la mano unos segundos, como si necesitara procesar lo que acababa de pasar. Me pasé las manos por el rostro.

Miré a Lara, que estaba sentada cerca, observándome con preocupación.

—Está bien —le conté, soltando el aire que parecía atrapado en el pecho—. La rescató.

Lara se levantó de inmediato y vino a abrazarme con fuerza.

—Te lo dije, todo iba a salir bien.

Apoyé la cabeza en su hombro un instante, absorbiendo el consuelo que me ofrecía. Pero el alivio se desvaneció pronto, sustituido por la inquietud.

—Ahora tengo que rezar para que no quiera matarme por no querer hablar con él —solté, apartándome del abrazo—. No sé qué quiere conmigo, mamá, pero sea lo que sea, no se lo voy a facilitar.

Lara inclinó la cabeza, estudiando mi rostro.

—¿Incluso sabiendo quién es?

Guardé silencio. No estaba lista para admitir lo que, en el fondo, ya sabía.

—Especialmente por saber quién es —murmuré al fin.

Al día siguiente…

Tenía en las manos un folleto de una escuela de alfarería en la que planeaba matricularme. No era nada grandioso, nada comparado con los planes que Vincenzo había trazado para mí cuando estábamos juntos. Pero, para mí, era suficiente. Algo sencillo, pero que podía darme una nueva dirección.

En realidad, nunca lo había hecho de forma correcta. Mi experiencia se resumía a unos intentos torpes, pero en mi mente ya tenía cierto talento. Quizá era solo una manera de convencerme de empezar algo nuevo, algo que fuera enteramente mío.

—¡Va a ser genial! —exclamó Alessia a mi lado, con el entusiasmo típico de ella—. ¿Y si conoces a un hombre guapísimo y musculoso que hace vasijas maravillosas? ¿Ya pensaste en él masajeándote con esas manos fuertes?

Me atraganté con la cuchara de helado que llevaba a la boca, abriendo mucho los ojos.

—¡Alessia! —exclamé, horrorizada con la idea.

Ella se echó a reír, despreocupada, limpiándose con una servilleta.

—¿Qué pasa? Solo digo que puede ser una buena distracción —provocó, guiñándome un ojo.

—¡Imagínate! —retruqué indignada—. Yo, embarazada, ¿pensando en hombres? Estás loca. Solo pienso en mi bebé y en nuestro bienestar.

Dije eso mientras tomaba otra cucharada del helado.

—Está bien, está bien, sin hombres por ahora. Pero cuando nazca ese bebé, te arrastraré a todos los lugares más interesantes de la ciudad —declaró Alessia, señalándome con la cuchara como si fuera una amenaza.

Me reí, negando con la cabeza.

—Ya veremos, Alessia. Por ahora, solo quiero que las cosas estén en paz —dije, intentando sonar ligera, aunque en el fondo sabía que mi tono tenía más sarcasmo que optimismo. —Soy una joven divorciada, madre soltera, pero con mucho dinero para sobrevivir. Ah, y tengo un ex tóxico, pero eso es casi normalidad, ¿no? —completé con una risa amarga.

Horas más tarde, estaba de vuelta en mi apartamento. Alessia ya se había ido y Lara estaba ocupada con otros asuntos. La soledad era un peso familiar, pero esa noche parecía más opresiva.

Estaba en el clóset, ordenando ropa para distraerme, cuando sonó el timbre. Mi cuerpo se congeló, la incertidumbre invadiéndome.

"¿Quién será?"

Era la pregunta que siempre me hacía al oírlo. El miedo constante a que fuera Vincenzo o algo peor me acechaba.

Abrí la puerta despacio, el corazón latiendo fuerte. Uno de los soldados de Vincenzo estaba allí, sosteniendo una caja negra.

—Señora De Luca, una entrega —dijo, con su expresión impasible de siempre.

Miré la caja con desconfianza.

—¿Qué es? —pregunté, cruzando los brazos.

—Un regalo del Don —respondió, extendiéndola hacia mí.

Mi instinto gritaba que algo estaba mal.

—¿No será una bomba, verdad? —arqueé una ceja, tomándola con recelo.

Negó con la cabeza, un casi sonrisa en los labios.

—No, señora. Solo un regalo.

Entré y cerré la puerta. La caja pesaba un poco, pero nada exagerado. Mi corazón martillaba. Algo estaba mal, pero la curiosidad vencía al miedo.

—¿Qué querrá tu papá ahora? —murmuré, acariciando mi vientre plano.

Me senté en el sofá, la caja sobre la mesa de centro. La observé unos segundos, luchando entre abrirla o no.

Claro que la abriría. La curiosidad era un monstruo implacable.

Con manos temblorosas levanté la tapa. Un grito salió de mi garganta antes de poder contenerlo.

—¡Aaaaahhhhhh! —chillé, arrojando la caja lejos.

Temblando, mis ojos se fijaron en el contenido ahora expuesto en el suelo. Dentro de un plástico, había una mano cercenada, aún ensangrentada.

Pero no era cualquier mano.

Mis ojos fueron directo al reloj en su muñeca. Lo conocía.

—No… —susurré, cubriéndome la boca mientras las lágrimas me nublaban la vista. Era el reloj de mi padre.

La confirmación de lo que ya sospechaba me golpeó como un puñetazo. Esa mano era suya.

Además de la grotesca visión, había algo más: una nota.

Me congelé. Vincenzo adoraba dejar notas.

Trémula, la abrí. Reconocí la caligrafía elegante pero firme:

"Ahora ya no tiene una mano para golpearte, esposa."

Las lágrimas corrían sin control. Mi pecho dolía, una mezcla de rabia, tristeza y confusión.

Recordé la última vez con mi padre: esa misma mano me golpeó, me pateó en el suelo. Las cicatrices emocionales seguían ahí.

Tomé el celular con dedos temblorosos y marqué. Él contestó enseguida.

—Aurora, qué sorpresa —su voz calma, casi burlona—. ¿Qué opinas de mi regalo?

—Estás loco —respondí entre sollozos.

—Loco por ti y para ti —replicó, con tono decidido—. Esto es solo el comienzo. Massimo pagará por todo lo que te hizo.

—Vincenzo, tienes que parar —supliqué—. Me has hecho mucho daño y ahora dices que lo haces por mí. No me gusta la violencia. Déjalo pagar en la cárcel. Lara ya lo está arreglando.

—¿Cárcel? —rió, frío—. La cárcel es un spa comparado con lo que le tengo preparado.

—Vincenzo, déjalo en paz. Yo sé que en ti hay bondad, muy en el fondo…

—¿Lo sabes? ¿De verdad? —cortó él—. Te lo dije una vez: si tenía algo de humanidad, era por ti. Pero también te dije que soy el propio mal. No me pidas ser bueno cuando ni siquiera quieres estar conmigo. Si fuera bueno, no me habrías dejado. No habrías huido de mí.

Sus palabras me atravesaron como cuchillas.

—Si no estoy contigo, no es porque te considere malo —contesté con voz rota—. Es porque no confiaste en mí. Me tomaste por mentirosa y traidora a la primera. Me humillaste, me echaste, llamaste bastardo a nuestro hijo. Me expulsaste de tu vida como a un perro.

—Aurora, aquello fue en el momento de la ira. Nada de eso es verdad. Solo estaba muy…

—¡Basta de excusas! —lo interrumpí con firmeza—. No puedo obligarte a hacer lo correcto, pero tampoco puedes obligarme a tragar tus mentiras.

Colgué sin darle chance a responder.

El llanto estalló, incontenible, como una tormenta largamente contenida.

"¿En el momento de la ira? ¿De verdad me quiere de vuelta?"

CAPÍTULO 37 - Verdad

VINCENZO De Luca

Llevaba mucho tiempo fuera de mí; bueno, desde que recibí aquel mensaje con esa maldita grabación, para ser exactos.

—Máteme de una vez, por favor —pidió Massimo, con el hilo de voz que le quedaba tras días y días de tortura, con la mano cercenada y varios dientes arrancados.

Quería a Aurora allí conmigo, viendo con sus propios ojos lo que les pasa a quienes la hieren. Quería a Aurora conmigo por muchos motivos, pero empezaba a entender que…

—Debería hacer lo que ella desea, Don —dijo Donatello, la voz de la conciencia, poniendo una mano en mi hombro.

Respiré hondo y me giré hacia él. Ya estaba recuperado, tan fuerte que ni parecía haber bordeado la muerte.

—Si hago eso, sabes que me tomarán por un débil —expliqué, soltando un suspiro.

—No si te aseguras de que, de vez en cuando, Massimo reciba un recuerdito en prisión —sonrió Donatello.

Sabía ser cordial, pero también tenía varias ideas de destrucción.

Yo quería matar a Massimo poco a poco, pero con mis manos, en mis términos, a mi voluntad.

—Nunca permitiré que ese desgraciado… Lo mataré igual que hice con aquel médico charlatán, el doctor Romeo, y ni Aurora ni nadie me hará cambiar de idea —proclamé, decidido.

Dos meses después…

—Massimo Colombo, usted es declarado culpable de secuestro de menor, violencia doméstica, atentado contra la vida por negligencia, soborno, evasión de impuestos…

El juez seguía con la lista interminable de delitos, cada palabra una sentencia sobre el hombre que había causado tanto sufrimiento a Aurora. Pero mi atención no estaba en él. No importaba lo que dijera el juez ni cuántos años le cayeran. Yo solo podía mirar a Aurora.

Estaba entre los testigos, sentada junto a Isabella, Lara, Alessia y mi madre. Todas las personas que ahora formaban parte de su mundo, mientras yo era el excluido. El hielo entre nosotros era tan intenso que parecía llenar el espacio vacío donde antes había amor y calor.

Ya no formaba parte de nada.

Todos iban a sus consultas, acompañaban cada pequeño hito del crecimiento de nuestro bebé. Ellos estaban ahí para ella, dándole apoyo y cariño. ¿Y yo? Yo solo podía observar desde lejos.

Me había convertido en alguien que hacía de todo por agradar a la mujer que, a mis ojos, parecía desagradecida. Pero, en el fondo, sabía que no era ingratitud. Las palabras que yo había descargado sobre ella aquella noche de lluvia habían causado más destrucción que cualquier golpe que Antonella hubiera descargado sobre cuerpos.

El juez golpeó el mazo, poniendo fin al juicio. Hubo revuelo en la sala: gente hablando, levantándose, preparándose para salir.

Vi a Massimo ser conducido, cabizbajo y sin la mano, por el pasillo que lo llevaría a cumplir su condena. Ya no era una amenaza para Aurora, pero tampoco era ya mi objetivo.

Mi batalla era otra.

Vi a Aurora ser abrazada por los que la rodeaban, recibiendo palabras de consuelo y apoyo. Sonrió, pero esa sonrisa no era para mí.

Me levanté del banco donde estaba, decidido a irme. Aquella escena era un recordatorio cruel de lo que había perdido.

—Los reporteros están afuera —advirtió Donatello, a mi lado, siempre atento.

—Que pregunten lo que quieran —respondí, encogiéndome de hombros, preparándome mentalmente para lo que vendría.

Caminé por el tribunal, bajando las escaleras hacia la salida. El sonido de los reporteros era un zumbido lejano hasta que, de pronto, me rodearon.

—Señor De Luca, ¿sigue separado de su esposa? ¿Qué llevó a una separación tan precoz? ¿Fueron los delitos del señor Colombo?

—Señor De Luca, ¿no le da pena que el niño crezca con sus padres separados?

—¿Qué tiene que decirles a los hombres engañados por sus esposas?

Las preguntas venían de todos lados. Tenía la paciencia al límite, pero, por primera vez, algo dentro de mí decidió que no era el momento de huir.

—Yo amo a Aurora —dije, con voz firme y decidida. Cayó el silencio a mi alrededor—. Y espero que ella me perdone. Espero que podamos seguir con nuestro matrimonio y criar a nuestro bebé juntos.

Alcé la mirada y encaré una de las cámaras, con expresión seria pero sincera.

—Mi consejo para quien tiene a su amor al lado: cuídenlo, confíen y… no lo pierdan.

Hubo una pausa. Estaban en shock. Vincenzo De Luca, el hombre que rara vez hablaba de su vida personal, estaba abriendo el corazón de forma tan pública.

Los dejé boquiabiertos y caminé hacia mi coche. No había dicho nada que pudiera expresar del todo lo que sentía, pero era suficiente para que Aurora me escuchara.

Si estaba viendo, quizá esas palabras pudieran llegarle. Porque, en el fondo, lo único que quería era una segunda oportunidad. Ella no quería hablar conmigo, por más que lo intentara, y yo me preocupaba demasiado por ella como para obligarla a estar en mi

presencia. Para ella, yo nunca volvería a ser ese hombre. Aunque eso significara condenarme a vivir lejos de ella para siempre.

AURORA Colombo

Parece que solo cuando oí al juez enumerar los delitos de mi padre, declararlo culpable y golpear el mazo, me cayó realmente la ficha. Todo lo que viví, todo lo que soporté… la realidad de quién era en verdad Massimo Colombo por fin me alcanzó.

Tenía una apariencia impecable, incluso encantadora, pero por dentro era un hombre podrido. Un corazón tan envenenado que, en ese momento, ya no podía sentir pena por él. Ni rabia, ni dolor. Solo vacío.

Apenas puse un pie fuera del tribunal, me recibió el alboroto de los reporteros que habían esperado pacientemente mi aparición. Cámaras, micrófonos y flashes surgieron de todos lados.

—Señora De Luca, ¿aceptará de vuelta al señor Vincenzo? —preguntó uno, con voz clara y punzante.

El mundo se detuvo un segundo.

Me quedé en blanco, completamente desprevenida ante una pregunta tan directa.

—Yo… —balbuceé, sin saber qué decir.

—Por favor, sigamos —murmuró Alessandra, tirando de mi brazo, mientras los guardias empezaban a apartar a los reporteros con firmeza.

Entramos rápido en el coche, pero el corazón seguía acelerado.

—¿Qué fue eso? —pregunté, presionando la mano contra el pecho mientras intentaba recuperar el aire—. ¿Qué clase de pregunta fue esa?

Mi madre Lara, a mi lado, me miró con comprensión.

—Ya sabes cómo son los reporteros, Aurora. Viven para ese tipo de preguntas.

Isabella y Alessia ya se habían ido, dejándome solo con mi madre y Alessandra, mi suegra.

Mientras el coche avanzaba por las calles de Palermo, mi mirada vagaba por el paisaje que pasaba tras la ventana. Mis emociones estaban tan confusas como los edificios que se difuminaban por la velocidad.

E, inevitablemente, volví a pensar en él.

Vincenzo estuvo hoy en el tribunal. Tan poderoso y decidido, vestido con esa perfección casi irritante, como si controlara cada aspecto de sí mismo y del mundo a su alrededor. Había permitido que el juicio se celebrara porque yo se lo pedí. Lo respetó.

No eran las centenas de flores que me enviaba, ni los billetes, ni los intentos de conversación; nada de eso me hacía pensar mejor… pero que Massimo siguiera vivo, eso era un punto a su favor.

VINCENZO De Luca

La sala de juegos de mi casa era uno de los pocos refugios donde podía, por un brevísimo instante, fingir que mi vida no estaba repleta de decisiones complicadas y responsabilidades aplastantes. La mesa de billar, en el centro, estaba impecable, como todo allí. Pero, en ese momento, era el escenario de algo raro: un intento de desconexión, porque, a veces, hasta el jefe más poderoso necesita tiempo con sus amigos.

Intentaba distraerme de todo, y mi "todo" se resumía en Aurora, nuestro bebé y en lo que ya no éramos.

Giovanni estaba apoyado en el borde de la mesa, girando el taco entre las manos con ese aire de superioridad que le encantaba ostentar en momentos así.

—Deberías haber tirado más a la izquierda —rezongó, señalando la bola que acababa de golpear. Se quedó cerca de la tronera, pero no cayó.

Me encogí de hombros, dejando que una sonrisa presuntuosa curvara mis labios.

—Forma parte de mi estrategia —respondí, ajustándome la manga con calma.

Marco, que siempre buscaba provocar, rió y negó con la cabeza.

—¿Estrategia? Suena más a excusa para un mal tiro, Don.

Antes de que pudiera responder, Donatello —que se preparaba para la siguiente jugada— intervino con su voz tranquila y cordial:

—¿Podrían darle un respiro al Don? Solo está probando nuestras reacciones —dijo con una sonrisa leve, acomodando el taco—. Y han caído redonditos.

Lo miré, alzando una ceja.

—¿Probando reacciones? ¿Eso crees, Donatello? —pregunté, sin perder el tono provocador.

Sonrió apenas y movió el taco con precisión. La blanca corrió por la mesa, golpeó otra bola y esta cayó con un sonido satisfactorio.

—Creo que todos necesitamos relajarnos de vez en cuando —repuso, incorporándose—. Incluso tú, hermano.

Giovanni rió mientras se posicionaba para su tiro.

—¿Relajarse? ¿Vincenzo? Eso es tan raro como ver a Marco acertar dos jugadas seguidas —se burló.

—Eh, cuidado con lo que dices —replicó Marco, apuntando el taco a Giovanni como si fuera una espada.

—A decir verdad, Giovanni —seguí, aprovechando para picarlo—, Marco tiene más probabilidades de errar un disparo que de embocar una bola.

Marco entornó los ojos, pero sonreía: se divertía con las pullas.

—¿Quieren ver quién falla ahora? —desafió, inclinándose con una concentración exagerada.

El juego seguía así: bromas, risas y jugadas bien pensadas. Era raro encontrar un momento en que el peso del mundo no estuviera sobre mis hombros, pero en esa sala, con ellos, podía recordar cómo era ser solo un hombre. Tal vez debía permitirme más ratos así con mis hermanos, en lugar de estar siempre enfadado con todo.

Donatello, siempre el más equilibrado, observaba con calma y atención. Cuando Giovanni falló por milímetros, se acercó y le palmeó el hombro con camaradería:

—Ha faltado poco, Giovanni. La próxima será mejor —animó, como compensando las chanzas con un toque de cordialidad.

Giovanni bufó, pero sonrió, aceptando el gesto.

Mientras me preparaba para mi siguiente tiro, analicé la mesa.

—Vamos, Vincenzo, demuestra lo que sabes —dijo Donatello, con tono de ánimo y un humor sutil.

Golpeé con precisión; la bola recorrió el paño y cayó en la tronera.

—Parece que aún sabe jugar —comentó Marco.

—Para nuestra suerte —añadió Donatello con una sonrisa, inclinándose para su turno.

La puerta de la sala se abrió de golpe: Cezare apareció con una expresión cercana a la euforia. Trataba de contener la sonrisa, pero el entusiasmo se le notaba.

Dejé el taco sobre la mesa, intrigado.

—Cezare, ¿algún problema? —pregunté, entornando los ojos.

—Bueno… tiene una visita, señor.

Marco, apoyado en la mesa, alzó una ceja, cruzando los brazos.

—¿Quién puede ponerte así de animado, Cezare? —pregunté, estudiándolo.

Vaciló un segundo, pero el brillo en sus ojos lo delataba.

—Es la señora Aurora —dijo al fin, casi temblando de entusiasmo.

En el acto, se me erizó la piel.

Un silencio denso ocupó la sala.

—Parece que alguien va a necesitar algo más que una tacada certera para salir de esta —comentó Giovanni, girando el taco con una sonrisa maliciosa.

Marco soltó una carcajada.

—Vincenzo, por fin el destino te da una oportunidad para arreglar las cosas. Solo no la eches fuera como en tu último tiro —rió, negando con la cabeza.

—Si hace falta, puedo darte unos consejos sobre cómo pedir perdón. Parece que los vas a necesitar —añadió Donatello.

—Muy graciosos —repliqué, intentando mantener la compostura, aunque el nudo en el pecho era imposible de ignorar. Aurora estaba allí—. Después, todos serán castigados por los insultos de hoy.

Cezare miraba la escena con una sonrisa discreta, aún en la puerta.

—Don, lo espera en su despacho.

—Parece que el gran Vincenzo De Luca está nervioso —provocó Giovanni, dando un golpe al azar.

—¿Nervioso? ¿Vincenzo? —se sumó Marco—. Ha enfrentado asesinos, rivales, incluso a la policía sin pestañear, pero basta que aparezca Aurora y pierde el control.

Ignoré los comentarios, pero en el fondo tenían razón. Aurora tenía un poder sobre mí que nadie más tenía. Y ahora estaba aquí.

Dejé el taco, me ajusté la camisa y caminé hacia la puerta, lanzándoles una última mirada:

—Intenten no destrozar mi sala de juegos mientras no estoy —advertí.

Giovanni sonrió y alzó el vaso de whisky de la mesa:

—No prometemos nada, Don.

Salí, tratando de no parecer tan afectado. Inútil. Aurora siempre sabía cómo sacudir cada parte de mí.

¿Estaría allí porque por fin estaba lista para volver conmigo y hacerme el hombre más feliz del mundo otra vez?

La pregunta me torturaba, deshaciendo la calma que había reunido en esa sala. Sentí el corazón acelerarse, una mezcla de esperanza y miedo creciendo dentro de mí.

Si estaba allí, había un motivo. ¿Cuál?

¿Darme una segunda oportunidad? ¿Decirme que estaba lista para dejar el pasado atrás? ¿O… solo reírse de mí después de la declaración pública que había hecho la tarde anterior a la salida del tribunal?

Me pasé las manos por el pelo, intentando recuperar algo de calma mientras avanzaba hacia el despacho. Fue inútil.

Volvía al punto de partida. Toda la fuerza que había reunido para afrontar lo nuestro parecía evaporarse. Ahora solo quedaban la esperanza y la expectativa, peligrosamente mezcladas con el miedo a un nuevo golpe.

Yo, Vincenzo De Luca, temiéndole a las palabras de una mujer.

CAPÍTULO 38 - Príncipe de las tinieblas

VINCENZO De Luca

Cuando llegué a la puerta de mi despacho, me detuve un momento y respiré hondo. Me pasé las manos por la cara, intentando reunir algo de calma, y enderecé la postura antes de tocar el picaporte. Era ahora o nunca.

Al abrir, mis ojos encontraron de inmediato a Aurora. Estaba de espaldas, mirando por la ventana: una figura delicada y, al mismo tiempo, inquebrantable. Había algo distinto en ella.

Se giró al notar mi presencia; nuestras miradas se cruzaron y el corazón me dio un salto involuntario.

—¿Decidiste por fin dejar de maltratar a mi pobre corazón? —pregunté con una sonrisa.

Aurora alzó una ceja, sus ojos azules, fríos como hielo.

—Increíble que consigas soltar un comentario así cuando no hay el más mínimo clima entre nosotros —respondió, con firmeza y una punta de amargura que no se me escapó.

Tragué saliva. Cerré la puerta a mis espaldas con cuidado.

—Aurora, llevo todo este tiempo intentando hablar contigo, sin éxito. Nunca quieres verme, no atiendes mis llamadas. Pero ahora, de repente, decides que quieres hablar conmigo y apareces sin más en mi despacho, sin pedir permiso, a diferencia de mí. —Mi voz salió con un tono provocador, aunque la herida detrás era inconfundible —. Eres valiente desafiando así al Don.

Me miró, pero parecía tener las palabras atrapadas en la garganta. Su expresión mezclaba resistencia y vulnerabilidad.

Di un paso hacia ella, acortando la distancia.

—¿Te dejé sin palabras? ¿Acerté? —provoqué, ladeando la cabeza para leer cada matiz en su rostro—. ¿Te diste cuenta de lo injusta que estás siendo conmigo y decidiste dejar de castigarme?

Antes de pensarlo mejor, mi mano fue a su cintura y la atraje contra mí. Su perfume me invadió, suave, embriagador, aún más punzante tras tanto tiempo separados.

La presioné contra la pared, firme pero conteniendo la fuerza, sujetándola como si pudiera escaparse en cualquier segundo.

—Perdóname, mi ángel rubio —susurré, con la voz baja junto a su oído, sintiendo su cuerpo tenso bajo mi contacto—. Dime que viniste a perdonarme, que viniste porque no puedes seguir con tu vida sin mí.

—Vine a decir que podemos ser buenos padres, juntos, siempre que no pongas a nuestro hijo en peligro…

—O hija —corregí, sin apartar la mirada.

Suspiró.

—Sí, o hija. Pero quiero que sepas que…

La interrumpí; las palabras me hervían por dentro.

—Nuestro hijo lleva mi sangre, mi atención, mi afecto. Si alguna vez lo maltraté, me repudio. Y no, no era yo en ese momento. Tienes que darme una oportunidad para intentarlo de nuevo, Aurora.

Me miró como procesando cada sílaba antes de responder, un poco más suave:

—Lo sé. De cualquier forma, crecerá con tu sombra detrás, así que…

—Protegeré a esa criatura con mi vida —afirmé, con determinación —. Igual que haría contigo, si hace falta.

Vi sus hombros relajarse apenas, como si mis palabras hubieran quebrado parte de su coraza.

—Yo te creo… Vincenzo —murmuró, y el pecho se me llenó de una esperanza peligrosa.

Incliné la cabeza, buscando cualquier señal más allá de la formalidad de ese encuentro.

—Estás feliz, ¿verdad? —pregunté en voz baja, intenso—. Con la cuenta llena, estudiando pintura, alfarería, comprando el ajuar del bebé, paseando con tu amiga… Estás feliz.

Vaciló.

—En la medida de lo posible —dijo, tragando, con la mirada que se desvió un segundo.

—No maté a tu padre. Hice lo que pediste —afirmé, tanteando su reacción.

—Te lo agradezco.

—¿Agradeces? —arqueé una ceja.

Alzó la vista; en sus ojos había demasiadas cosas no dichas.

—Vincenzo… —bajó la voz—. Estoy aquí para decirte que podemos ser amigos, por el bien de nuestro bebé.

"Amigos." La palabra resonó en mi cabeza. Sabía que era una máscara de algo mayor. No podía creer que quisiera ser solo mi amiga.

—Estás aquí por mucho más, confiésalo —retruqué, provocador. Acerqué la mano a su cuello, sujetándolo con cuidado pero con firmeza suficiente para que sintiera mi impacto. Me incliné y mordí suavemente su oreja, escuchando cómo su respiración se aceleraba.

—Estás aquí porque lamentas, tanto como yo, el destrozo de lo nuestro —seguí, ronco al oído—. Porque tienes la esperanza de que podamos superarlo, aunque intentes negarlo.

—No se puede… —empezó, pero la voz le falló.

Sonreí, sabiendo que había tocado algo profundo.

—¿Jugamos? —pregunté, retirándome apenas, sin soltar sus ojos.

Aurora alzó una ceja, sorprendida.

—¿Jugar?

—Verdad o consecuencia —aclaré, firme.

Se rió.

—¿Tú y yo solos? Eso no…

—Sí, con nuestras reglas —interrumpí. Quería respuestas; y quizá también dar algunas.

Me evaluó un segundo; luego alzó el mentón, segura.

—Empiezo yo. ¿Verdad o consecuencia, Vincenzo?

Tragué. Creía estar preparado para cualquier cosa.

—Verdad. Siempre la verdad contigo —respondí.

Dio un paso al frente, clavándome los ojos.

—¿Por qué no confiaste en mí? ¿Por qué me trataste así? ¿Qué te llevó a actuar de ese modo sin escucharme? ¿Quién eres en el fondo de tu alma?

La pregunta me golpeó. Sabía la respuesta, pero decirla en voz alta… era lo difícil.

Me di la vuelta; no pude sostener su mirada. El aire pesaba, como si las palabras atascadas bastaran para llenar la sala.

—No soporto las mentiras —empecé, casi en susurro—. Las mentiras me sacan de quicio, me ciegan, me hacen actuar como un loco.

La sentí cerca, envolviéndome con su presencia, pero aún así no me giré.

—Nadie sabe esto, Aurora. Ni mis hombres, ni mi madre. —Respiré hondo, sintiendo abrirse una vieja herida—. Por una mentira…

—¿Qué pasó? —preguntó suave, tocándome el brazo con cuidado—. Vincenzo, puedes contármelo.

Cerré los ojos un segundo; su contacto traía consuelo y vulnerabilidad.

—Mi padre —dije, y la voz me tembló—. Me obligaba a mentir para cubrir su aventura con la esposa de uno de sus hombres. Me golpeaba cada vez que lo enfrentaba.

El silencio de ella fue ensordecedor.

—Suena patético y simple, lo sé —seguí, girándome por fin para mirarla—. Pero mentir años y años a mi madre y a todos, inventar excusas, tapar huellas… me dejó un trauma, Aurora. Un odio visceral a la mentira.

Sus ojos estaban fijos en mí, y por primera vez no vi rabia ni rencor, sino comprensión.

—Nunca quise parecerme a él —confesé—. Así que cuando creí que tú me mentías, fue revivirlo todo. Perdí el control. Pero te juro que estoy trabajándolo, por ti.

No respondió al instante. Se quedó mirándome, su mano aún en mi brazo, ahora más firme.

—Vincenzo —dijo por fin—. Yo nunca te mentí. Nunca. Quizá oculté los dolores de cabeza, pero ¿mentir?

Sus palabras fueron bálsamo y cuchillo. Yo sabía que no me había mentido y me odiaba por ello.

—Ahora me toca. ¿Verdad o consecuencia? —pregunté, buscando cambiar de enfoque.

—Verdad —dijo sin dudar.

Respiré hondo; sabía qué preguntar. Era bajo, pero la duda me devoraba.

—¿Ya no me amas?

Aurora parpadeó varias veces antes de apretar los labios en una línea fina.

—No porque yo te ame va a arreglarse todo —replicó, herida.

Las palabras me atravesaron… pero no negó. Aún me amaba.

Me acerqué un poco más, leyendo cada detalle de su cara.

—¿Cómo una cosita tan linda y dulce puede ser tan rencorosa? —provocqué, enredando mis dedos en su pelo, intentando aliviar el clima, aun sabiendo que era arriesgado.

Bufó, cruzándose de brazos, pero el rubor en sus mejillas no se me escapó. Por dentro, me sentí aliviado; cada segundo que seguía allí aumentaba nuestras posibilidades.

—No confundas rencor con dignidad, Vincenzo —alzando la barbilla —. ¿Crees que unas palabras bonitas y gestos grandilocuentes borran lo que pasó?

Tenía razón. Lo mío no se olvidaba así. Pero no podía rendirme.

—No quiero borrar nada, esposa —bajé la voz—. Quiero construir algo nuevo. Mejor. Contigo.

—¿Te parece tan fácil?

—No es fácil. Pero vale la pena. Tú vales la pena —dije, prendido de sus ojos. Di un paso más, acortando la distancia—. ¿Verdad o consecuencia? —susurré.

Alzó una ceja, entre curiosa y desconfiada.

—Eh, ahora me toca preguntar a mí.

—Está bien. Elijo consecuencia.

Se sorprendió, retrocediendo un poco.

—Esperaba que dijeras verdad —admitió.

Sonreí, divertido.

—Estoy loco por que digas “consecuencia” —dejé que mi mirada recorriera su cuerpo, lenta, intencionada.

Entrecerró los ojos, captando la dirección de mis pensamientos.

—Gracias por el aviso —retrocedió un paso más—. Imagino tus "consecuencias" y… no voy a decir consecuencia.

Reí bajo y ronco, inclinándome apenas hacia ella para no dejarla escapar de la intensidad.

—Claro que te las imaginas. —Sonreí más—. Conoces muy bien a tu hombre.

Antes de que reaccionara, la sujeté por la cintura y la pegué a mí. El calor entre nosotros era casi palpable, queriendo imponerse a las palabras.

—¿Lo sientes? —murmuré—. ¿Este pene duro? Llevo mucho tiempo necesitando vaciarlo.

Intentó apartarse, pero mi mano firme en su cintura la mantuvo en su sitio.

—¿Cómo puedes ser tan inoportuno? —se indignó, con un rubor leve.

—Perdóname, Aurora. Por todo —cambié el tono, más serio. La solté lo justo para mirarla directo—. Prometo darte la llave que gobierna mi vida. Y ahora, aun si te viera con otro delante, no volvería a desconfiar de ti.

Me sostuvo la mirada con sus ojos azules, enormes, brillantes.

—¿Promesas vacías, Vincenzo?

Negué, sin apartar los ojos.

—No están vacías. Es todo lo que puedo ofrecer ahora: mi sinceridad, mi devoción… mi promesa de no volver a tratarte como te traté.

—Quisiera borrar lo que pasó —dijo, con la voz rota, tragándose el llanto.

El pecho me dolió. Me sentí una completa basura. Yo la había herido.

Tal vez por eso nunca forcé que me escuchara. No me sentía digno. Ella debía decidir.

Pero viéndola así —vulnerable y fuerte—, supe que no podía dejar que ese momento lo dominara el dolor. Debía ser distinto.

—Aurora —intenté sonar lo más suave posible—. Ya nos hundimos bastante. Si seguimos en ese ciclo, solo crecerán los recuerdos dolorosos.

Desvió la mirada, pero no se apartó.

—Algunas cosas hay que ignorarlas, olvidarlas, para seguir adelante —insistí, buscando sus ojos.

Me miró.

—Te expliqué qué me pasó, por qué reaccioné tan mal. Aurora, tienes que ser humana también, ¿sabes? Saber perdonar a quien te ama. Dar una segunda oportunidad, como hiciste con Massimo.

Las palabras salieron antes de pensarlas, y vi el impacto.

Abrió los labios, sorprendida.

—No le diste una segunda oportunidad —replicó, incrédula.

—Pero lo dejé vivir —contesté, firme y sereno—. Igual que tú tienes que dejarme vivir… pero a tu lado.

—Estoy aquí —murmuró, casi para sí—. Y ya es un comienzo.

Aquello encendió una llama en mi pecho.

Di otro paso, invadiendo su espacio con cuidado, leyendo su reacción.

—¿Qué se siente tener a Vincenzo De Luca en tus manos?

No respondió enseguida, pero sus ojos decían mucho.

Me acerqué un poco más y aparté una mecha detrás de su oreja con suavidad.

—Si estás aquí, Aurora, es porque sabes que tienes la llave de mi vida —susurré—. Entonces, ¿por qué no entrar de una vez… y no salir nunca?

La atraje; el calor de su cuerpo contra el mío parecía capaz de borrar el tiempo separados. Nuestras miradas se ataron; el deseo era tan denso que ardía en el aire.

Me incliné despacio, dándole tiempo de echarse atrás; no lo hizo. Cuando nuestros labios se encontraron, la chispa estalló.

El beso empezó suave y pronto fue voraz. Mi lengua buscó la suya, y gemí al sentir su respuesta inmediata. No dudó; cedió al impulso, respondiendo con una intensidad que aceleró mi sangre.

Mis manos subieron a su nuca, enredándose en su pelo; la otra bajó a su cintura, a su lomo, apretándola más contra mí. El calor de su cuerpo, el roce de sus pechos en mi pecho… cada detalle me incendiaba.

Un suspiro suyo, suave e intoxicante, golpeó el poco control que me quedaba. La mano descendió a su cadera, la apreté con necesidad y reverencia, reconociendo cada curva que tanto conocía.

Ella me agarró la camisa, los dedos crispados, tirando de mí, como si el espacio entre nosotros fuera insoportable. El beso se hizo más profundo, más desesperado, como si quisiéramos recuperar el tiempo perdido. A cada cruce de lenguas, a cada jadeo, el calor subía, pulsando con una necesidad casi insoportable.

Cuando nos separamos, estábamos sin aliento. Sus labios, ligeramente hinchados y brillantes, me llamaban de nuevo; sus ojos brillaban entre confusión y deseo.

—Aurora, me cambiaste la vida desde el primer cruce de miradas. Si alguna vez me creíste digno de ti, ese hombre sigue aquí. El que te hizo sonreír tantas veces, el que te hizo sentir segura, el que quiso ser tu puerto.

La voz me falló un segundo, pero seguí sin apartar la mirada.

—Perdóname. Por no ver lo que te hacía tu padre. Por no percibir tus dolores de cabeza, las señales. Por la arrogancia de creer que lo controlaba todo cuando eras tú quien equilibraba mi vida. Me equivoqué, Aurora. Más de la cuenta. Pero si algo sé, es que… te amo. Y, pese a mis errores, aún quiero ser el hombre que te hace sonreír, el que te protege de todo, incluso de mí.

Callé, esperando su reacción, respirando pesado, como si cada palabra me hubiera arrancado un trozo. Nada borraría lo que hice, pero necesitaba que supiera que, aunque roto, haría lo que fuera por arreglarnos. Porque ella lo era todo.

—Yo también te amo, Vincenzo, y creo que tienes razón. Si quiero exigirte algo, debo dar ejemplo y… darte la oportunidad de ser distinto.

El corazón me desbocado. Era todo lo que deseaba; el alivio se sentía irreal.

—Eres… admirable —dije, tomando su rostro entre mis manos, sin poder contener la sonrisa.

Respiró hondo, con un brillo suave en los ojos.

—Pero no prometo que todo vuelva a ser igual…

—¿Puedo mostrarte algo? —pregunté, tomándola de las manos, eufórico.

Alzó la ceja, sorprendida por el giro.

—¿Qué cosa?

—Ven —dije, tirando de ella.

La saqué del despacho y la guié por los pasillos. Paré ante una puerta junto a nuestro antiguo cuarto. La abrí despacio, con ansiedad y entusiasmo, y me giré para ver su reacción.

Aurora se detuvo en la entrada, con los ojos muy abiertos. Se llevó una mano a la boca, extasiada.

—Vincenzo… esto es… —la voz se le quebró, dando un paso dentro.

—Para nuestro bebé —expliqué, emocionado.

La habitación era digna de un príncipe o una princesa. Paredes blanco perla con molduras doradas finísimas. Un chandelier de cristal lanzaba destellos suaves.

La cuna, en el centro, de madera blanca con detalles dorados tallados a mano, con dosel de tul cayendo como nube. Al lado, una butaca de terciopelo crema con cojines.

Una cómoda a juego, tiradores dorados en forma de coronitas. Estantes flotantes con ositos lujosos, libros infantiles de tapa de cuero y pequeños jarrones en blanco y dorado.

En el suelo, una alfombra mullida beige completaba el ambiente, acogedor y grandioso.

—Es muy lindo… —dijo, con la voz tomada, paseando la mirada por cada detalle.

Se detuvo junto a la cuna, deslizando los dedos por las tallas, con una sonrisa boba que me encendió el pecho.

—Cuando sepamos el sexo, añadimos detalles en azul o rosa —expliqué, acercándome. Tenía el pecho tan lleno que me costaba respirar.

Se volvió hacia mí, los ojos brillantes entre sorpresa y admiración.

—Tú… Quiero decir, esto es…

—Fue una de mis maneras de ser paciente y quedarme en mi sitio, sin ir a buscarte contra tu voluntad —tomé aire—. Construí este cuarto con la esperanza de que se use más que unos cuantos días al mes.

—Ni siquiera te acepté ir a una consulta —confesó, con pena, bajando la vista y jugando con su dedo—. Me faltó madurez, quizá.

—No. Hiciste bien —le tomé las manos—. Me dejaste castigado, y me vino bien, créeme.

Alzó la mirada; el brillo ahí me apretó el pecho.

—Eres admirable —dijo ahora ella, sincera.

—¿Puedo tomar eso como confirmación de que nos das otra oportunidad? —acaricié su vientre, por fin.

Me sonrió y asintió, tímida. Quizá un poco orgullosa, pero la ayudaría a superarlo.

La atraje; el calor de su cuerpo contra el mío tras tanto tiempo me quemaba el pecho: su olor, su toque, su boca… incluso su coño apretadito que no lograba sacarme de la cabeza.

Cuando me rodeó el cuello, nuestros cuerpos encajaron como si nunca se hubieran separado. Sus pechos —visiblemente más grandes por el embarazo— se aplastaron contra mí y perdí el control.

Incliné la cabeza y nos besamos con urgencia. Mi lengua invadió su boca, y un gemido suyo encendió el fuego que ya me consumía.

Mis manos recorrieron cada curva. Le subí el vestido de un tirón; por debajo solo llevaba una braguita delicada ya húmeda.

—Aurora, eres mía. Dime que solo mía —exigí, hambriento.

—Soy tuya, Vincenzo. Siempre lo fui —susurró, temblorosa.

Me bajé la bragueta mientras ella me desabrochaba el cinturón con prisa. Nos desnudamos casi a la vez; verla desnuda, con los pechos más llenos y las curvas acentuadas, casi me hizo perder la cabeza. La guié al a alfombra, tumbándola con cuidado, sin domar la urgencia. Besé su cuello, bajé a los pechos, más sensibles.

—Están más grandes… deliciosos —murmuré, lamiendo y mordisqueando los pezones.

—Ohhh, Vincenzo… más, por favor —gimió, enredando los dedos en mi pelo.

Mi mano bajó a su centro, encontrando su coño caliente y mojado.

—Joder, Aurora… ya estás lista para mí —susurré, deslizándome entre sus pliegues.

—Vamos, Vincenzo, ahora —imploró, moviéndose contra mi mano.

No resistí más. La penetré de un golpe firme; arqueó el cuerpo y gritó mi nombre.

—Ay, qué rico, Vincenzo, más hondo, por favor.

—¿Me echabas de menos, eh, golosa?

—Sí… sí…

La sujeté de las caderas, marcando el ritmo con fuerza y precisión. El choque de nuestros cuerpos, sus gemidos, mis gruñidos… todo llenaba la habitación.

—Corre para mí, putita —le susurré al oído, besándola y mordiéndole el cuello.

Cambiamos: se montó sobre mí, brillante de sudor, moviéndose con una intensidad que me volvía loco.

—Qué delicia, Aurora… nunca me cansaré de ti. Te extrañé tanto —gruñí, sujetando sus pechos mientras ella gemía sin parar—. No me castigues más…

La giré a cuatro, admirando la perfección de su culo. Le di un azote, dejando la marca roja y un gemido alto.

—Ay, qué rico, Vincenzo. ¡Más, por favor!

—Toma —dije, dándolo todo.

Volví a entrar; la agarré fuerte de las caderas y me hundí más, más fuerte.

Estallamos casi a la vez; sus gemidos se mezclaron con los míos.

—Te amo, Aurora… para siempre —susurré, abrazándola mientras recuperábamos el aliento—. Voy a recompensarte cada día por esta segunda oportunidad.

—Lo sé, Vincenzo —dijo, jadeante, con los ojos brillando de placer y emoción—. Aunque un poco distinto de lo que supuse al principio, sí eres mi príncipe. Un príncipe de las tinieblas, pero lo eres —rió.

—¿Príncipe de las tinieblas? —repetí, pensativo—. Me gusta.

CAPÍTULO 39 - Completos

AURORA Colombo

Cuando pasé por las enormes puertas de la casa de la que había huido la última vez, supe que no estaba allí por casualidad. Vine con la intención de escuchar a Vincenzo. Él venía respetándome, dándome espacio, y quizá había llegado el momento de retribuir eso, aunque con cierta reticencia. Llevaba meses intentando redimirse de sus errores, pero, sobre todo, quería demostrar que aún había algo que salvar entre nosotros. Y allí, en ese instante, yo necesitaba encontrar la respuesta a la pregunta que me venía atormentando: ¿sería capaz de intentarlo otra vez?

En el fondo, sabía que la Aurora orgullosa y temerosa quería prevalecer. Pero la Aurora soñadora, aquella que siempre deseó días mejores, estaba loca por salir del capullo. ¿Por qué no dejar atrás todo —los errores, las mentiras, las decepciones— y simplemente vivir? Vincenzo era imperfecto, pero yo tampoco era ninguna heroína santa y tardé bastante tiempo en darme cuenta.

—¡Aurora! —la voz de Alessandra resonó en el pasillo cuando nos vio pasar juntos; acabábamos de salir de la habitación donde… bueno… Vincenzo y yo estábamos lado a lado. Parecía sorprendida, aunque intentaba disimular la sonrisa que amenazaba con escapar.

—Alessandra... —intenté explicarme.

—La cena se servirá a las siete, hoy —dijo Alessandra, desviando la mirada, pero sin ocultar la satisfacción de vernos juntos.

Sonreí con incomodidad, recibiendo un apretón en mi trasero de parte de Vincenzo.

Meses después

Salí de la clase de alfarería cargando en las manos un jarrón que había moldeado con tanto cariño que podría jurar que tenía mi alma impregnada en él. Vincenzo me esperaba en el coche junto con

Enrico, el chófer, como siempre puntual e impaciente. Mi vientre redondeado ya era visible, incluso bajo el vestido más suelto.

—Mira, te dije que lo traería, ¿no? —sonreí, mostrando el jarrón a Vincenzo en cuanto entré en el coche.

—Está precioso, mi amor. —Tomó el jarrón, admirándolo con cuidado —. Solo podría haber sido moldeado por la mejor alfarera del mundo.

—El profesor dijo que tengo mucho talento.

—¿Lo dijo otra vez? —preguntó Vincenzo con un tono casi infantil, cruzando los brazos—. Ya te he dicho muchas veces que tienes talento.

No pude evitar reírme a carcajadas.

—También dijo que podré competir en la próxima edición del Concurso Internacional de Arte en Cerámica.

—Solo si tengo mi lugar garantizado en la zona VIP para animarte. —Vincenzo se inclinó para atraerme hacia un beso, pero antes murmuró contra mis labios—: Mi campeona.

Después del beso, miró mi vientre y sonrió con ternura.

—Estás aún más hermosa así, ¿lo sabías? Nuestra Valentina ya está haciendo que su madre sea irresistible.

Rodé los ojos, pero no pude evitar sonreír.

—No pierdes la oportunidad de ser cursi, ¿verdad?

Él rió, satisfecho.

—Vamos a darnos prisa, Enrico, la consulta es en unos minutos. Nuestra Valentina está ansiosa por nuestro encuentro —dijo, dirigiéndose al chófer.

—¡Pero respete las leyes de tránsito, Enrico, por favor! —añadí, riendo.

El consultorio estaba en silencio, salvo por el sonido del aparato siendo ajustado. Vincenzo sostenía mi mano, sus dedos entrelazados con los míos, y podía sentir el leve temblor en sus manos. No apartaba los ojos de la pantalla frente a nosotros, aún apagada, mientras el médico extendía el gel frío sobre mi vientre. Mi cuerpo se estremeció con la sensación, y Vincenzo sonrió de lado, como si intentara aliviar la tensión. Siempre era así en las consultas.

—Está frío, ¿no? —comentó.

—Un poquito... —murmuré, apretando su mano.

—¿Listos para ver a nuestra pequeña? —preguntó el médico, ajustando el transductor.

Asentí, sintiendo que mi corazón latía más rápido. Vincenzo no respondió, pero su mirada ansiosa lo decía todo.

Cuando el sonido de los latidos del corazón de Valentina llenó la sala, contuve la respiración un instante. Era un sonido fuerte, rítmico, como un recordatorio de que ella estaba allí, viva y creciendo.

—Es ella... —murmuró Vincenzo, su voz ronca y baja. Apretó mi mano y vi cómo sus ojos brillaban de emoción—. Este es el sonido más hermoso del mundo...

El médico sonrió y ajustó la pantalla.

—Vamos a echar un vistazo más de cerca. Ella está muy bien, creciendo como se espera. En tres semanas ya podrá nacer.

Entonces apareció la imagen: Valentina. Era difícil distinguir todo, pero allí estaba ella, tan pequeña y aun así tan real. Vincenzo soltó una breve risa al ver su silueta.

—Cada día está más hermosa... increíble. —Parecía perdido en las palabras, los ojos pegados a la pantalla, como si realmente pudiera distinguir algo allí.

Y, como si supiera que estaba siendo observada, Valentina se movió. Sus bracitos diminutos se levantaron, y un movimiento más fuerte

mostró lo que parecía ser una patadita. Reí, sintiendo el movimiento en mi piel.

—¡Se está moviendo! ¡Mira eso! —exclamé, señalando la pantalla, incapaz de contener la emoción.

Vincenzo se inclinó más cerca de la pantalla, riendo conmigo.

—¡Mira esa energía! Definitivamente es mi hija. Ya sabe cómo hacer una entrada triunfal.

Valentina se movió de nuevo, esta vez con una patada más fuerte que casi parecía una respuesta a su comentario.

El médico sonrió.

—Parece que tenemos a una futura bailarina aquí. —Bromeó—. Está llena de energía.

Vincenzo soltó mi mano y se inclinó aún más, hasta que su rostro quedó cerca de mi vientre.

—Eh, pequeña... puedes seguir así. Solo no canses demasiado a mamá, ¿vale? —dijo en un tono juguetón, pero cargado de ternura.

No pude contener las lágrimas. Llegaron silenciosas, cálidas, mientras observábamos a nuestra hija allí, llena de vida. Vincenzo volvió a sentarse a mi lado y limpió una lágrima de mi rostro con el pulgar.

—Eres increíble, Aurora —dijo, con una suavidad que me desarmó por completo.

Caminamos hasta el coche tomados de la mano.

—Sabes, creo que ella va a ser como tú.

Él arqueó las cejas, curioso.

—¿Cómo así?

—Llena de personalidad e imposible de ignorar. —Sonreí, y él rió fuerte, un sonido que iluminaba el momento.

—¿Y si es como tú? Fuerte, valiente, terca... —provocó, pero su voz estaba llena de orgullo.

—Entonces tendrás mucho trabajo —bromeé antes de entrar en el coche.

—Que Dios me ayude —dijo, fingiendo seriedad.

—Hoy el día está cargado, todavía tenemos una cena que ofrecer —le recordé.

—Me encanta cuando damos una cena, eres simplemente la anfitriona más hermosa del mundo.

La mesa estaba llena esa noche. Lara, mi madre biológica, vino acompañada de su marido, un hombre simpático que adoraba hacer chistes, y mis tres hermanos: Carlo, Claudio y el pequeño Davide, todos adorables y guapos, todos parecidos a Lara. Isabella también estaba presente, elegantemente discreta, pero con una sonrisa cálida en el rostro; estábamos aprendiendo a llevarnos mucho mejor que antes. Alessia trajo su energía contagiosa y no paraba de intentar disimular las miradas en dirección a Giovanni, y los inseparables Donatello, Giovanni y Marco, los fieles compañeros de Vincenzo, estaban allí para completar el grupo. Alessandra estaba radiante, dirigiendo cada detalle de la cena con una mirada atenta.

El ambiente era ligero, las risas resonaban en la sala mientras el aroma de las comidas deliciosas dominaba el lugar. Sentía el calor humano a mi alrededor, un sentimiento escaso durante gran parte de mi vida. Era como si, en ese momento, la paz hubiese encontrado un hogar en medio del caos.

—Vincenzo, no sabía que tenías tantas habilidades culinarias —bromeó Lara, señalando el plato de pasta que él había ayudado a preparar.

—Soy un hombre de muchas sorpresas —respondió él con una sonrisa, pero sus ojos estaban fijos en mí. Su mirada llevaba algo

más profundo, una mezcla de admiración y ansiedad que hacía latir mi corazón con fuerza.

Mientras todos conversaban, noté a Donatello ayudando a Davide a cortar la carne en el plato. La escena era inesperadamente dulce, contrastando con el aire normalmente reservado de Donatello. Giovanni hacía chistes que arrancaban carcajadas de Alessia y Lara, mientras Marco comentaba algo sobre la decoración de la mesa que Alessandra había preparado cuidadosamente.

—Aurora, tu plato está vacío. ¿Quieres un poco más? —preguntó Vincenzo, inclinándose para tomar la fuente de pasta. Sus ojos rápidamente se desviaron hacia mi vientre prominente—. Valentina necesita alimentarse bien.

Sonreí, acariciando mi vientre con ternura.

—Valentina está muy bien cuidada, pero un poco más de pasta sería genial, gracias.

—¡Eso mismo, mi nieta merece lo mejor! —exclamó Alessandra, arrancando risas de todos.

No podía dejar de sonreír. Allí, rodeada de personas que importaban, comprendí que quizá había tomado la decisión correcta al darle una nueva oportunidad a Vincenzo. ¿Massimo? No tenía noticias de él y… creo que no las quería tener. Estaba muy bien, cada uno con sus elecciones.

De repente, sentí algo extraño. Una presión, seguida de una molestia y un líquido escurriendo por mis piernas.

—Ay, Dios mío. —Puse la mano en mi vientre—. Creo que se me rompió la bolsa.

Un alboroto se apoderó de la sala. Vincenzo fue el primero en levantarse.

—Marco, toma las llaves. Giovanni, avisa al hospital.

En un instante, estaba a mi lado, arrodillándose para sostenerme con cuidado.

—Vamos, mi amor. Valentina no puede esperar más.

Donatello apartó las sillas, abriendo camino, mientras Alessandra organizaba a los soldados para que nos acompañaran. Lara estaba visiblemente preocupada, pero intentaba tranquilizarme con palabras suaves.

—Respira, Aurora, respira. Todo saldrá bien —decía.

—¡Nuestra sobrina va a nacer! —exclamó Davide, comprendiendo lo que pasaba.

—Sí, Davide, va a nacer —dije, sintiendo cómo el dolor se intensificaba esta vez.

Vincenzo me tomó en brazos con la misma facilidad de siempre, como si yo no pesara nada, y caminó hasta el coche.

—¡Enrico, vamos al hospital, ahora! Pero conduce con cuidado, ella y Valentina son todo para mí.

Cuando llegamos al hospital, todo ocurría en un movimiento constante, pero para mí todo parecía una mancha borrosa. Las contracciones venían como olas, y cada dolor parecía durar una eternidad. Vincenzo nunca soltó mi mano. Estaba a mi lado, firme, aunque el sudor en su frente delataba su nerviosismo.

—Tú puedes, Aurora. Eres la mujer más fuerte que conozco.

Intentaba concentrarme en su voz, usándola como un ancla en medio de la tormenta de dolor.

—Aaay… —asentía con la cabeza, afirmando que estaba bien.

—Vamos, mi maravillosa esposa. Vas a traer a nuestra Valentina al mundo con la misma gracia y fuerza con que haces todo en la vida.

Sonreí entre las contracciones, apretando su mano con toda la fuerza que podía.

Pronto estaba en la sala de parto, rodeada por enfermeras y por el médico que había llevado mis controles prenatales. Vincenzo permaneció a mi lado, animándome con cada empujón.

—Lo estás haciendo increíblemente bien, mi amor. ¡Una vez más, solo una más!

Cuando el llanto fuerte y saludable de nuestra hija resonó en nuestros oídos, una ola de alivio y felicidad me invadió y una lágrima descendió por su rostro.

—Llegó. Nuestra Valentina llegó.

La enfermera la colocó en mis brazos, y apenas podía creer en la perfección que tenía delante de mis ojos. Valentina tenía el cabello negro y los ojos intensamente grises, como los de su padre. Su carita delicada era una combinación perfecta de los dos. Finalmente, allí estaba ella conmigo, tan perfecta, tan hermosa.

—Es la cosa más perfecta de este mundo —murmuré, admirando cada detalle.

Vincenzo se acercó, besando mi frente con cuidado, antes de acariciar la cabecita de Valentina.

—Gracias, mi amor, por darme esto. Por darnos este regalo. Eres increíble.

El momento era de pura felicidad. En ese instante, con Valentina en mis brazos y Vincenzo a mi lado, supe que finalmente habíamos encontrado nuestro lugar en el mundo. ¿Quién diría que mi lugar sería al lado de un mafioso, un criminal, conocido mundialmente como un buen hombre exitoso, pero que en realidad era el mal encarnado cuando lo necesitaba? Él me hacía feliz, me escuchaba, me daba amor y… a pesar de celoso, confiaba en mí.

Ahora estábamos completos. Aún más completos.

EPÍLOGO

VINCENZO De Luca

Cuatro años después…

El sonido amortiguado del llanto del bebé resonó por el monitor en la cabecera de la cama. Levanté la cabeza de la almohada, parpadeando algunas veces para ajustarme a la penumbra de la habitación. El cuerpo, aún exhausto, me pedía quedarme, pero el amor que me movía no me dejó elección.

—Es mi turno —susurré a Aurora, besando suavemente su frente.

Ella se movió levemente, pero permaneció dormida, un ángel descansando de tantos días dedicados a nuestra familia.

Recorrí los pasillos oscuros de la casa en silencio, empujando la puerta del cuarto de Luca con cuidado. En cuanto entré, lo que vi hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Qué haces aquí, Valentina? —mi voz salió en un tono asustado, no por enojo, sino por la sorpresa de verla junto a la cuna.

Ella se giró hacia mí con sus ojos grises brillando, los mismos ojos que tantas veces me hicieron cuestionar cómo alguien podía ser tan puro.

—Yo quiela acalma lo. —Respondió con voz dulce.

Suspiré, sintiendo cómo el cansancio desaparecía por un instante. Me acerqué y tomé a Luca en brazos, sentándome en el sillón al lado de la cuna. Todavía sollozaba bajito, pero el calor de mi pecho comenzó a calmarlo. Hice un gesto para que Valentina se acercara.

—Eres una gran hermana mayor —dije, acariciando su cabello mientras se acurrucaba a mi lado—. Estoy seguro de que Luca lo sabe muy bien. ¿Lo quieres, verdad?

—Sí, papá. Lo voy a plotege. Le doy un golpe en la cala del lobo malo —declaró con convicción, apretando sus pequeños puños.

Solté una risa baja. Ah, mi niña… Era tan feroz como cariñosa, y aunque yo quisiera mantenerla lejos de la violencia, sabía que ese coraje corría por sus venas.

—Él será quien crezca y mate al lobo malo —dije, mirando a Luca, que ya dormía profundamente en mis brazos.

Un pensamiento pesado cruzó mi mente. Era verdad, y también era un peso que deseaba que nunca tuvieran que cargar.

—¿Qué alboroto es este? —la voz de Aurora sonó desde la puerta.

Valentina saltó de mi lado, corriendo hacia su madre con los brazos abiertos. Aurora la levantó con facilidad, apretándola contra el pecho y depositando un beso en su cabeza.

—Vaya, despertamos a mamá —dije, fingiendo pesar mientras me levantaba con Luca en brazos.

Aurora me sonrió, esa sonrisa que siempre iluminaba hasta los rincones más oscuros de mi alma.

—Luca se sentía solo, nada más. Vamos a hacerlo dormir de nuevo y todo estará bien —dije, acariciando a Luca con amor.

Me acerqué a ellas, y por un instante, el mundo se detuvo. Nosotros cuatro, juntos en esa habitación, bajo la débil luz de la luna que entraba por la ventana. Mi familia. Mi todo. Mi verdadero imperio.

Mientras colocaba a Luca de nuevo en la cuna, Aurora y Valentina permanecieron a mi lado, sosteniendo mi mano.

El amor puede nacer en medio del caos, crecer entre espinas y florecer como el más raro de los jardines. Transforma, cura y construye. Y esa noche, bajo el silencio de la casa y la promesa de un nuevo amanecer, supe que mi redención estaba completa.

Aurora y nuestros hijos eran la vida que siempre soñé, pero que nunca pensé que pudiera merecer. Ahora, con ellos a mi lado, sabía que podía enfrentar cualquier cosa. Porque el verdadero poder no estaba en la fuerza ni en el miedo, sino en el amor que nos une.

AURORA Colombo

Tres años después…

La lluvia golpeaba las ventanas con fuerza, y el sonido de los truenos resonaba por la casa, como si reflejaran la inquietud que dominaba mi pecho. Era tarde en la noche, los niños dormían profundamente en sus habitaciones, pero yo, incapaz de encontrar paz, caminaba de un lado a otro en nuestro cuarto.

Esa era la parte difícil de estar casada con Vincenzo De Luca. Había noches como esa, cuando él estaba "trabajando" y el significado de esa palabra en su mundo me helaba la sangre. Vincenzo siempre intentaba tranquilizarme, mantenerme apartada, pero yo sabía demasiado. Sabía lo que "trabajar" significaba para un hombre en la cima de la Cosa Nostra.

Me detuve frente a la ventana, observando la lluvia deslizarse por el vidrio, mientras mi mente se llenaba de preguntas y miedos. Hasta que, finalmente, vi las luces del coche atravesando las puertas de la propiedad. Mi corazón se aceleró.

Sin pensarlo dos veces, corrí fuera de la habitación y bajé las escaleras. La puerta del salón ya estaba sin llave, así que la abrí antes de que Vincenzo pudiera salir del coche. Él me vio y vino hacia mí, aún quitándose la chaqueta empapada de lluvia.

—¡Vincenzo! —corrí hacia él, lanzándome a sus brazos, mis manos ansiosas buscando cualquier herida o señal de que algo estuviera mal.

—Estoy bien, esposa, estoy bien. —Sostuvo mi rostro con firmeza, sus ojos estrellados llenos de ternura, y me dio una sonrisa que debía transmitir confianza—. Nadie me alcanzó.

—¿Y los otros? ¿Están bien también? —pregunté con la voz aún temblorosa, mi pecho subiendo y bajando con rapidez—. Donatello, Giovanni…

—Sí, no tuvimos ninguna pérdida. —Suspiró, con un tono de alivio.

—Eso significa que el otro lado la tuvo. —Mi voz salió en un susurro, la verdad amarga de lo que significaba pesando en el aire.

—Es lo que pasa cuando alguien se mete con la Cosa Nostra —dijo Vincenzo con firmeza, como si fuera una ley inmutable del universo.

Respiré hondo, decidiendo no profundizar más en ese asunto. No esa noche.

—Vamos a dormir —dije, cambiando de tema—. Mañana es nuestro aniversario de bodas, y necesitamos crear una escena perfecta para los reporteros. Les encanta hablar de nuestra vida.

Vincenzo rió, un sonido bajo y ronco que siempre me erizaba la piel.

—Seguro, pero ahora quiero hacer una escena que nadie presenciará nunca, solo nosotros dos. —Lo dijo con un brillo malicioso en los ojos.

Antes de que pudiera responder, Vincenzo me tomó en brazos.

—¡Vincenzo! —exclamé, pero él solo sonrió y me llevó escaleras arriba.

Al llegar a nuestro cuarto, cerró la puerta con el pie y me dejó suavemente en la cama. Su mirada ardiente hacía que mi cuerpo entero reaccionara, incluso sin un solo toque.

—Abre las piernas, mi amor. —Ordenó, su voz baja y ronca, cargada de deseo—. Tengo sed y quiero beber tu miel.

No hubo resistencia de mi parte. Vincenzo era el hombre que amaba, y cada vez que me miraba de esa forma, mi corazón y mi cuerpo se rendían por completo.

La lluvia seguía cayendo afuera, pero dentro de esa habitación, todo ardía en llamas. Éramos solo él y yo, dos cuerpos fundiéndose, dos almas que encontraron la redención el uno en el otro.

En la oscuridad de la noche, bajo la tormenta que caía, supe que no importaba lo que el mundo nos lanzara, estaríamos listos para enfrentarlo todo.

Juntos. Siempre juntos.

FIN

Lee también:

EL HIJO DEL MAFIOSO CRUEL : DESPRECIADA Y EMBARAZADA

(Clique aqui para ler)

—Tu padre me debe, y tú vas a pagar por él.

—Y... yo no tengo dinero para pagar nada.

—No te hagas la tonta, cariño —posó la mirada en mi boca. Mis ojos temblaban, pero no me atreví a cerrarlos—. Ya estás bastante grandecita y sabes bien cómo se pagan realmente las deudas.

Elena Galli, una joven italiana valiente, decidió honrar el último deseo de su abuela viviendo en un convento y dedicándose a la fe. Pero su vida da un giro oscuro cuando es secuestrada en plena madrugada y llevada a la fuerza a México. Allí, Elena es lanzada al mundo de Alejandro Herrera —*El Diablo*—, el implacable jefe de un cartel, quien la confunde con Chiara Marino, la hija de su mayor enemigo, el temido jefe de la Cosa Nostra.

Alejandro busca venganza por la masacre de su familia, y Elena es la moneda que usará para atraer a su enemigo. Decidido a corromper a la dulce y religiosa joven, Alejandro ve en ella una oportunidad para destruir la pureza y fragilidad que su pasado le negó.

En un juego peligroso de seducción, poder y miedo, Elena se enfrenta al lado más oscuro de su propia alma.

Un secreto.

Una promesa.

Tres noches para pagar la deuda de un hombre que apenas conocía.

—Alejandro, yo...

—Dijiste que yo era el único hombre en tu vida, Elena, pero hasta un hijo con otro tienes.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, querida lectora, por cada capítulo leído, por haber llegado hasta aquí. Es para ti que escribo, espero que lo hayas disfrutado y que no me hayas odiado demasiado, jaja.

Si *La Virgen Condenada al Mafioso Perverso* conquistó tu corazón, quiero pedirte un pequeño favor: valora el libro con 5 estrellas y deja un comentario. Tu opinión es esencial para que otras lectoras conozcan la historia, además de ser un gran incentivo para mí como autora.

Ah, y no olvides seguirme en las redes sociales para estar al tanto de los próximos lanzamientos y contenidos especiales.

Tu apoyo marca toda la diferencia en mi carrera, y no puedo esperar a que leas mi próxima historia.

Con todo mi cariño,
S. D. Marinho — o Sá, ahora que somos cercanas.

CONTACTO CON LA AUTORA EN INSTAGRAM (@s.d.marinho.autora): pulsa aquí
TODOS LOS LIBROS DE LA AUTORA EN AMAZON: pulsa aquí